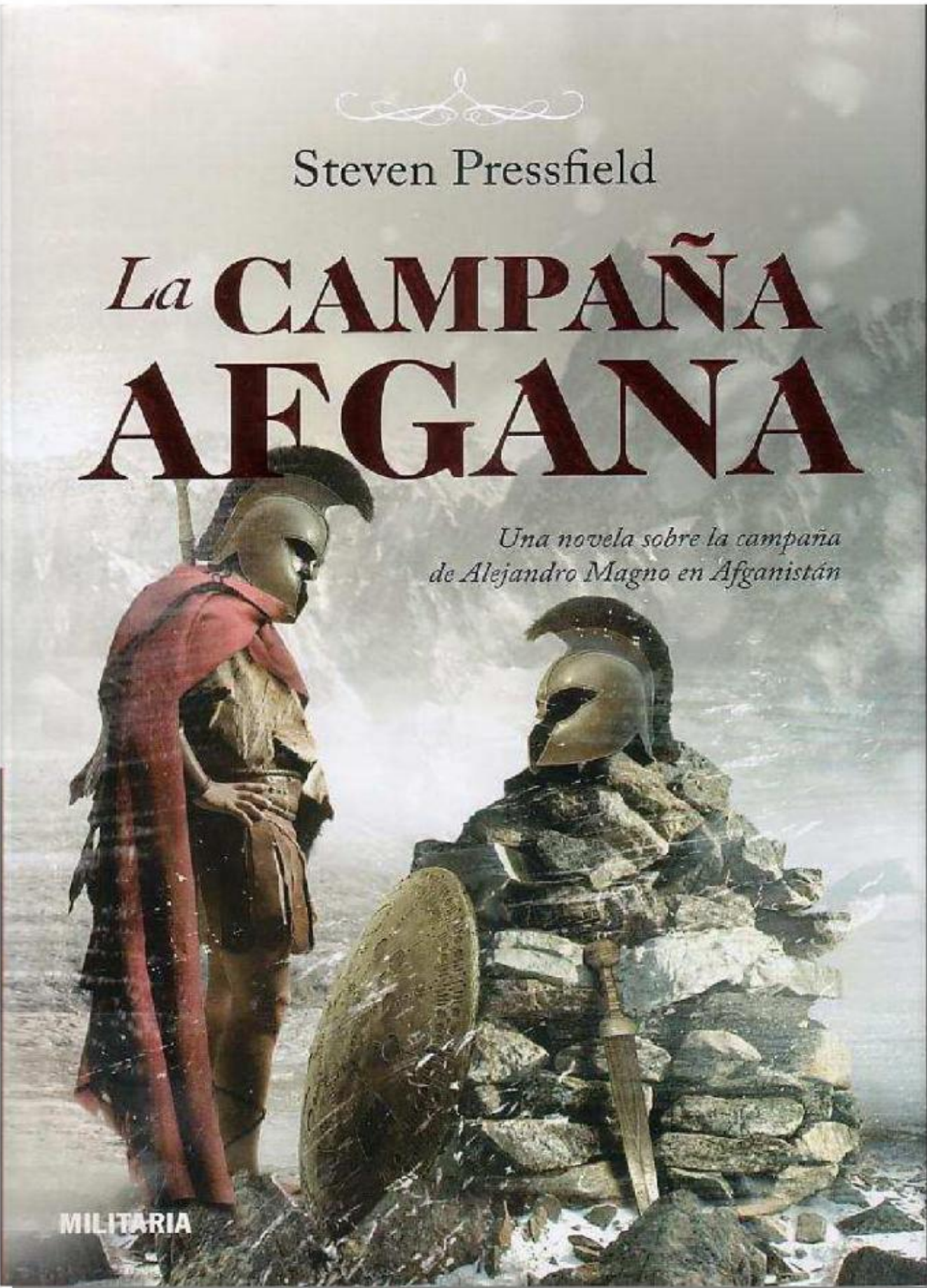




Steven Pressfield

La CAMPAÑA AFGANA

*Una novela sobre la campaña
de Alejandro Magno en Afganistán*



MILITARIA

The book cover features a detailed illustration of two ancient Greek soldiers in a rugged, mountainous landscape. On the left, a soldier stands in profile, wearing a bronze helmet with a crest, a red cape, and a tunic. He holds a large, round, weathered shield. To his right is a stone cairn or pile of rocks. On top of the cairn sits another bronze helmet. A sword is planted upright in the rocks at the base of the cairn. The background shows misty, snow-capped mountains under a pale sky.

La campaña afgana

Sobrecubierta

None

Argumento: Hace 2300 años el ejército invicto de Alejandro Magno invadió la tierra natal de las fieras y orgullosas tribus afganas. Esta campaña, que debía durar tres meses, se prolongó por tres largos años. Ésta es la historia de uno de esos soldados... Matías, el más joven de tres hermanos y el más ansioso por probarse a sí mismo, se presenta voluntario para unirse a la ambiciosa expedición al indómito país que ahora conocemos como Afganistán. Pero tan pronto como cruza la frontera, Matías empieza a darse cuenta de que los macedonios se enfrentan a un tipo de enemigo al que no están acostumbrados. Para sobrevivir, los hombres de Alejandro tendrán que adaptarse a los métodos de un despiadado adversario que hace uso de tácticas basadas en el terror y en la insurgencia pero, ¿a qué precio? Matías y sus compañeros sufrirán un rito de iniciación marcado por el miedo, la euforia, el horror y la vergüenza.

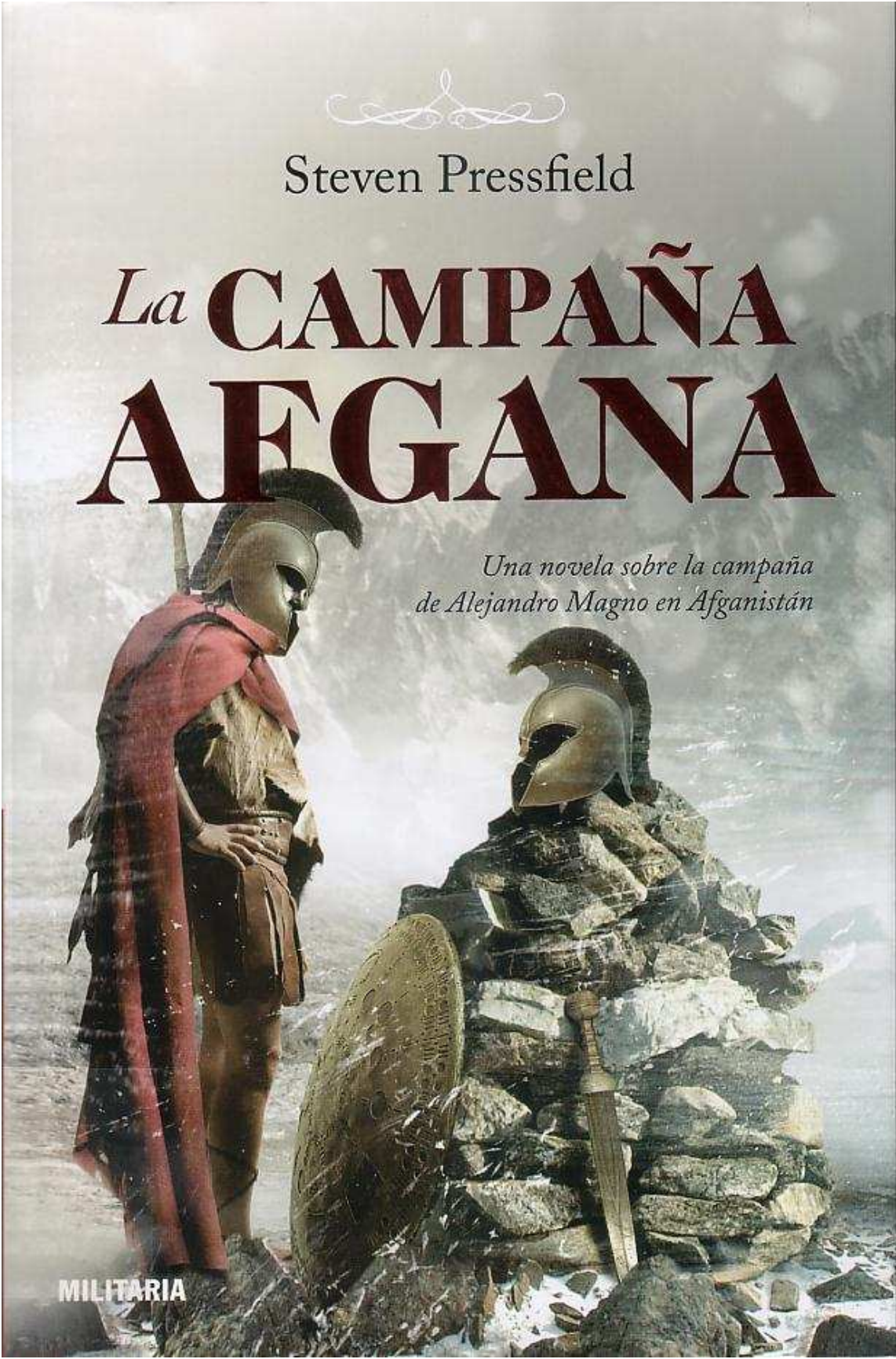
OceanofPDF.com



Steven Pressfield

La CAMPAÑA AFGANA

*Una novela sobre la campaña
de Alejandro Magno en Afganistán*



MILITARIA

The book cover features a dramatic illustration of two ancient Greek soldiers in a misty, mountainous landscape. On the left, a soldier in a red cape and bronze helmet stands looking towards the right. On the right, another soldier's helmet sits atop a tall, conical pile of stones. A sword is planted upright in the base of the stone pile, and a large, round shield leans against its base. The background is a hazy, greyish-white, suggesting a cold or snowy environment.



Steven Pressfield

La campaña afgana

1

Steven Pressfield

LA CAMPAÑA AFGANA

Traducción de Mila López

Militaria / Planeta

*Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el
previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados*

Mapas: David Cain

Revisión técnica: Marc Gener y Javier Negrete

Título original: *The Afghan Campaign*

Primera edición: enero de 2008

Steven Pressfield, 2006

© Editorial Planeta, S. A., 2007

Avda. Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona (España)

© Traducción: Mila López, 2007
ISBN: 978-84-08-07427-4
Preimpresión: Abogal, S.C.P.
Depósito legal: B. 52.862-2007
Impreso en España por EGEDSA



Steven Pressfield
La campaña afgana
2

La campaña afgana

Steven Pressfield

Subtítulo: Una novela sobre la campaña de Alejandro Magno en Afganistán

Editorial: Militar / Planeta

Cubierta: Cartoné

Fecha Edición: 2008

Editorial: Planeta

ISBN: 978-84-08-07427-4

Fecha de Edición: 02/2008

Tamaño: 150 X 230 mm.

Páginas: 348

Hace 2300 años el ejército invicto de Alejandro Magno invadió la tierra natal de las fieras y orgullosas tribus afganas. Esta campaña, que debía durar tres meses, se prolongó por tres largos años. Ésta es la historia de uno de esos soldados...

Matías, el más joven de tres hermanos y el más ansioso por probarse a sí mismo, se presenta voluntario para unirse a la ambiciosa expedición al indómito país que ahora conocemos como Afganistán. Pero tan pronto

como cruza la frontera, Matías empieza a darse cuenta de que los macedonios se enfrentan a un tipo de enemigo al que no están acostumbrados. Para sobrevivir, los hombres de Alejandro tendrán que adaptarse a los métodos de un despiadado adversario que hace uso de tácticas basadas en el terror y en la insurgencia pero, ¿a qué precio? Matías y sus compañeros sufrirán un rito de iniciación marcado por el miedo, la euforia, el horror y la vergüenza.

En un tono ágil y trepidante, La campaña afgana demuestra una vez más la profunda comprensión de Pressfield acerca de las esperanzas y desesperaciones de los hombres en las batallas.

«Pressfield devuelve a la vida a Alejandro Magno con la misma fuerza y habilidad con que conjuró a los héroes de la Termópilas en *Las puertas de fuego*.»

OceanofPDF.com

MANDA SCOT

Nacido en Trinidad (Puerto de España) en 1943, Steven Pressfield se graduó por la universidad de Duke en 1965. Comenzó su carrera literaria como guionista de cine y trabajó en más de 34

películas de Hollywood, algunas de las cuales se convirtieron en notables éxitos de taquilla (*La leyenda de Bagger Vance* o *Por encima de la ley*). Cuando ya estaba plenamente establecido en esa profesión, decidió probar suerte con las novelas históricas de tinte bélico. Quizá su pasado en los marines inspiró algunos de sus personajes más logrados, como los espartanos de *Las puertas de fuego* o los macedonios de *La campaña afgana*. Sus novelas han sido traducidas a varios idiomas y en 2003 fue nombrado ciudadano de honor por la ciudad de Esparta.

Ilustración de cubierta: © Larry Rostant

Diseño de cubierta: Lucrecia Demaestri / Departamento de Diseño,

División Editorial del Grupo Planeta

Steven Pressfield

La campaña afgana

3

Para Ruthie

NOTA HISTÓRICA

La campaña de Afganistán de Alejandro dio comienzo en el verano de 330 a.C., cuando su ejército entró en Artacoana (la Herat actual), y se prolongó hasta la primavera de 327, momento en que partió de Bactra (próxima a la Mazar-i-Sharif contemporánea) y cruzó por el Hindu Kush hasta llegar a la India.

Fue la campaña más larga en la carrera militar de Alejandro y la más difícil que libró. Sus adversarios no eran grandes ejércitos, sino hombres libres de tribus del territorio que en la actualidad comprende Afganistán y Turkmenistán, así como jinetes guerreros que habitaban las estepas y las montañas que llegarían a ser Uzbekistán y Tajikistán. En ambos bandos se cometieron atrocidades sin precedentes y se sobrepasaron los límites de la guerra. A pesar de las numerosas victorias, Alejandro no sometió la región hasta bien entrado el tercer año del conflicto, cuando pactó una alianza con el señor de la guerra Oxiartes al tomar por esposa a Roxana, su hija. De la

porfiada oposición con la que topó da cuenta el hecho de que cuando Alejandro continuó

su avance hacia la India, en 327, dejó en Afganistán no menos de diez mil soldados de infantería y tres mil quinientos de caballería —un quinto de su ejército—para evitar que el país volviera a la insurgencia.

*Para un glosario de la jerga que se usa en este libro ver página 345.**

OceanofPDF.com

* De la edición impresa [Nota del escaneador]

Steven Pressfield

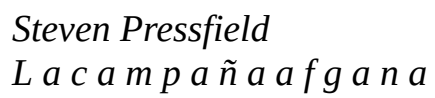
L a c a m p a ñ a a f g a n a

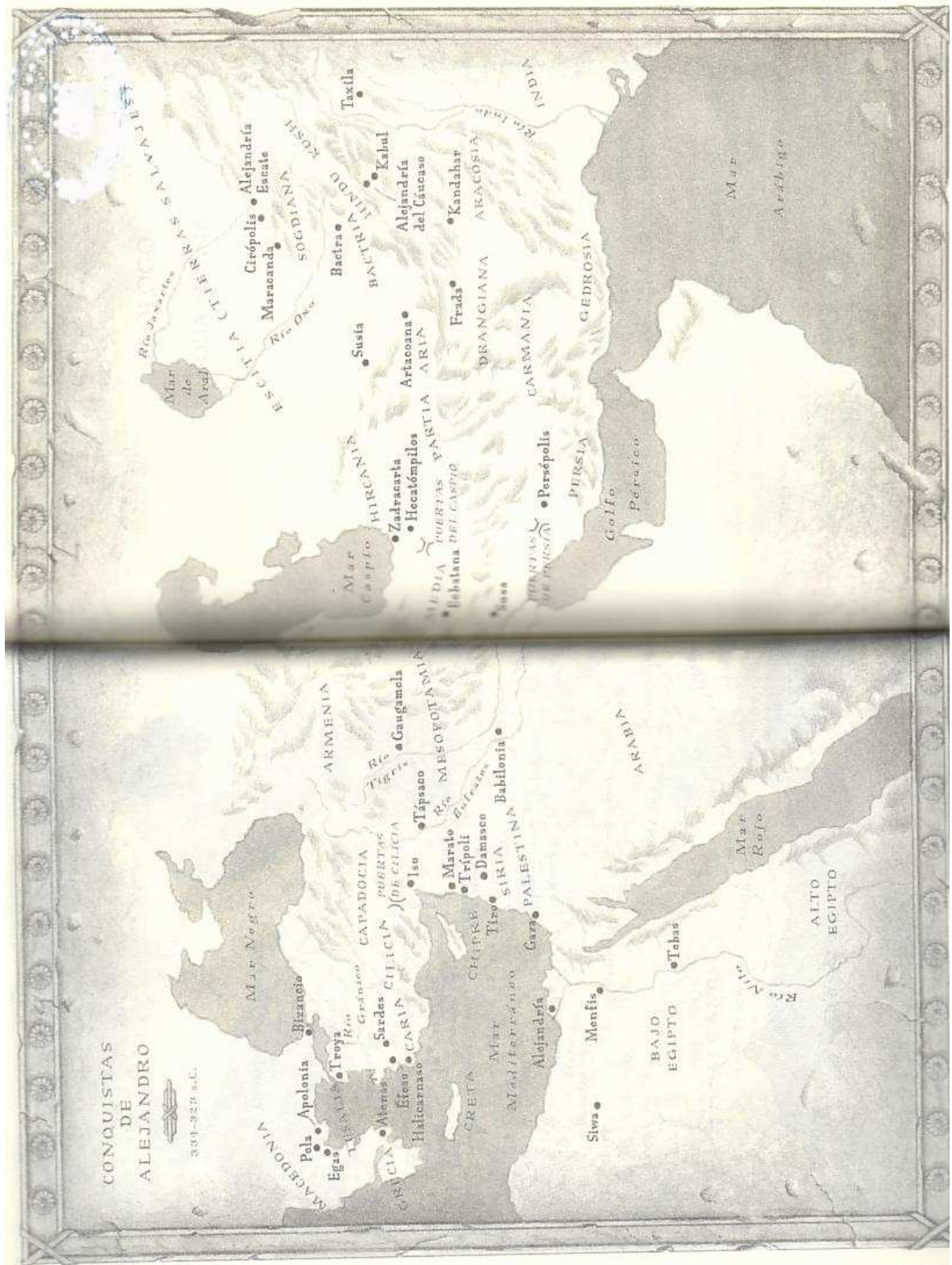
4

«¿Acaso creéis que a tantas naciones acostumbradas al nombre y al dominio de otro y a las que no nos une ni religión ni costumbres ni idioma en común se las ha sometido con la misma batalla en la que fueron derrotadas? Únicamente las reprimen vuestras armas, no su predisposición, y aquellos que nos temen cuando estamos presentes, serán enemigos en nuestra ausencia. Tratamos con animales salvajes que sólo el transcurso del tiempo domará, pero están atrapados y enjaulados porque su propia naturaleza no permite amansarlos... En consecuencia, o renunciamos a lo que hemos tomado o nos apoderarnos de lo que aún no tenemos.»

Discurso de Alejandro a sus tropas en la aproximación a Afganistán.

QUINTO CURCIO, *Historia de Alejandro*





Steven Pressfield
La campaña afgana
 6

Steven Pressfield
L a c a m p a ñ a a f g a n a
7
PRÓLOGO

OceanofPDF.com

BODA EN ASIA

La guerra ha terminado. O lo hará esta noche, al ponerse el sol, cuando Alejandro tome por esposa a la princesa afgana Roxana.

A través de la llanura de los Lamentos —llamada así por la multitud de sepulturas que hay en ella— los campamentos macedonios se extienden pegados a los del enemigo, costado con costado. Debe de haber medio millar de estos últimos, esos vivaques que los afganos llaman *tafiran* («círculos»), en cada uno de los cuales se albergan entre cincuenta y quinientos hombres. Todos los clanes y las tribus desde Artacoana hasta el Jaxartes han viajado para asistir a la celebración, junto con miles de buhoneros, prostitutas, alfayates, costureras, acróbatas, músicos y adivinos. Aquí está

la fuerza expedicionaria macedonia al completo, caballería e infantería, incluidas las unidades extranjeras. Todos los capitanes y cabos van de acá para allá con sus mejores galas, ansiosos de que empiecen los festejos. Todos excepto mis compañeros Bandera, Púgil, Rojillo y yo. Aún nos queda trabajo que hacer.

Hay que reconocer que Alejandro tiene mérito. Al tomar por esposa a la princesa afgana, convierte a su enemigo más temible, el señor de la guerra Oxiartes, en su suegro. Ninguna otra maniobra habría logrado la victoria en esta guerra. O lo que puede pasar por ser una victoria. Así pues, tendremos paz. Dudo que cualquier cese de hostilidades se haya deseado con tanto fervor como éste. Una campaña que se suponía iba a durar tres meses se ha prolongado casi tres años en los que no han dejado de sucederse las atrocidades y los actos brutales. Aquellos que salimos de casa siendo niños nos hemos convertido en hombres primero y luego en algo más parecido a animales o a demonios. Los afganos han salido peor parados. Doscientos mil muertos, ésa es la cifra de la que se habla. Y yo lo creo. No sé si quedará algún pueblo en este país que no haya sido arrasado por nuestras tropas o una ciudad que no hayamos desmantelado piedra a piedra. De modo que ésta es una boda muy deseada. El acuerdo entre Alejandro y Oxiartes es como sigue: el señor de la guerra entrega a su hija y acepta a nuestro rey como su soberano. A cambio, Alejandro lo inviste como su Primer Deudo y Compañero del Rey, lo que hace de Oxiartes el mandamás

de todos los nobles bactrianos y el pez más gordo al este del Éufrates. Después de la boda, los maces, como nos llaman aquí a los macedonios, recogemos nuestras cosas y nos largamos. No sé quién es más feliz, si nosotros por irnos o los afganos por vernos marchar. Yo también me caso esta noche. Mil cuatrocientos maces nos uniremos con chicas afganas en una ceremonia colectiva. Mi prometida se llama Shinar. Es una larga historia, así que la contaré

sobre la marcha.

Mi amigo Bandera desmonta frente a la tienda en este momento, justo cuando termino de armarme. Tiene unos cuarenta años y es el tipo más duro que conozco. Me ha enseñado todo lo que sé y lo seguiría incluso al infierno.

Entra vestido con el equipo militar de gala, para la boda. Le señalo su capa.

—Vas a asarte con eso.

Bandera abre un faldón de la capa con gesto brusco. Debajo del brazo izquierdo lleva un xifos sujeto a las costillas con una correa y un cuchillo afgano largo atado a un muslo, así como dagas arrojadizas metidas en las botas. También lleva otras dos armas a la vista: una espada ceremonial en el tahalí y media pica de nueve pies. Éstas son para llamar la atención sobre ellas; para darles a los *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

8

baz (que es como llamamos los macedonios a cualquier varón afgano) algo en lo que fijarse. Púgil y Rojillo han sofrenado a sus caballos fuera. Dentro de unos instantes marcharemos a través de la estepa, de camino al campamento de los pactianos de Altai. Allí me reuniré con el hermano de mi prometida y lo resarciré con una indemnización de honor para saldar mi deuda con él y que no nos mate ni a mí ni a su hermana. El precio es la paga de cuatro años y mi mejor caballo.

Así es Afganistán. Sólo aquí tiene uno que sobornar a un hombre para que no acabe con su propia hermana por el crimen de estar contigo.

Sospecho una posible traición, por supuesto. Por eso llevamos armas. En cierto modo, tengo la esperanza de que ocurra. Por otro lado, nuestro código mace de *filoxenía* («amor por el extranjero») me prohíbe quitarle la vida a un miembro de la familia con la que voy a emparentarme. Soy idiota por respetarlo todavía, pero es lo que hay.

En lo alto de la ciudadela se oye la llamada del pregonero. Dos horas pasado el mediodía. El día persa empieza al ponerse el sol. Entonces será cuando se celebre la boda. Otras ceremonias menores han tenido lugar a lo largo del día. A última hora de la tarde tendrá lugar la parada militar. El ejército mace al completo y todos los clanes y tribus afganos desfilarán ante Alejandro, Roxana y los dignatarios. La gran boda, la real, tendrá lugar en el palacio de Corienes, en lo alto de la fortaleza de Bal Teghrib, la «Montaña de Piedra». La ceremonia multitudinaria en la que Shinar y yo nos uniremos se celebra al aire libre, en el nuevo estadio que hay al pie de la colina. Cuando las bodas hayan terminado dará comienzo la celebración.

—Muy bien —dice Bandera—. Vamos a repasarlo todo otra vez.

Bandera es bastante mayor que nosotros. Su rango es de sargento abanderado y tendrá un nombre propio, pero nunca he oído a nadie llamarlo por otro distinto al que usamos nosotros, por su rango.

Nos hace ensayar movimientos de bloqueo. Es fundamental que el hermano y los dos primos de Shinar no escapen. No podemos permitir que huyan ni que sobrevivan a las heridas. Nuestros golpes han de ser mortales. Esos tres son los últimos parientes varones de Shinar. No quedan más que estén obligados por el *nangwali*, el código de honor afgano, a que se haga justicia. Muertos hermano y primos, podremos comprar un arreglo para no cargar con el delito. El dinero servirá

como reparación. Pero esos tres deben morir.

Les estoy agradecido a mis compañeros. Van a correr un serio peligro por mi causa. Yo haría lo mismo por ellos y lo saben. Se sentirían avergonzados si les manifestara mi gratitud. Cuando esto haya acabado, si aún seguimos vivos, les conseguiré a cada uno de ellos una mujer o un caballo.

—Todo cuanto puedo decir —añade Rojillo mientras terminamos con los preparativos—, es que éste es un ejercicio estupendo para entrar en calor antes de una boda. Mis compañeros y yo estamos acabando de prepararnos cuando mi prometida aparece en la entrada. Ahora se bañará, ayudada por sus damas de honor, y realizará el *karahal*, el rito de purificación pactiano. Ese rito no puede presenciarlo un varón. Me mira directamente a los ojos.

—¿Cuándo te vas, Matías?

—Ahora.

Un mozo me trae el caballo. Mis compañeros ya han montado en los suyos. La despedida afgana es *tel badir*, «Dios te guarde». Shinar me hace

esa seña y yo le respondo con otra igual. Bandera taconeando a su poni.

—Ahora o nunca.

Partimos. Para llevar a cabo, si no nos queda más remedio, una última matanza; después nos largaremos de este país.

Steven Pressfield

La campaña afgana

9

OceanofPDF.com

LIBRO I

OceanofPDF.com

SOLDADO RASO

1

Soy el tercer y último hijo de mi familia que parte hacia Afganistán. Mis hermanos mayores lo hicieron como soldados de caballería. Yo he firmado como infante.

No hay mucha diferencia entre caballería e infantería en Afganistán, como ocurría en las primeras campañas de Alejandro en Asia Menor, Mesopotamia y Persia. En el este se espera que un soldado de infantería salte a lomos de cualquier criatura que soporte su peso —caballo, mula, asno o *yaboo* (el poni afgano)— y cabalgue hasta el lugar donde está la acción, que allí desmonte y combata o incluso que luche a lomos del animal si es preciso. Del mismo modo, los soldados de caballería, incluso la unidad de élite de los Compañeros del Rey, restan importancia a echar pie a tierra y liarse a puñetazos al lado de los «pisahormigas».

Mi padre perdió la vida en Afganistán o, para ser más exacto, murió de sepsis en un hospital militar de Susia, en la provincia de Aria, situada en la frontera occidental del país. Mi padre no era un soldado de caballería ni un infante, sino un ingeniero del tren de asedio; lo que las tropas llaman

«topos», porque los minadores y zapadores se pasan el tiempo cavando trincheras, levantando parapetos y retirando tierra con capazos de mimbre. Se llamaba como yo, Matías. Mi padre combatió en el río Gránico, en Tiro, Gaza e Iso. Era un auténtico héroe. Y mis hermanos, también. Una vez, teniendo yo dieciséis años, mi padre envió a casa un recibo de depósito del ejército por valor de un cuarto de talento de oro. Con él compramos otra granja con dos graneros y un arroyo que tenía agua todo el año, y con lo que sobró tuvimos suficiente para vallarla con piedra.

El más vivo deseo de mi padre era que yo, el hijo menor, no fuera a la guerra. Además, mi madre se oponía con todas sus fuerzas a cualquier paso encaminado a alejarme del país.

—Achaca si quieres a tu mala suerte que te haya parido el último de la camada, Matías —me dijo una vez—. Pero, te guste o no, eres mi baluarte y el baluarte de esta granja. Tu padre murió y jamás volveremos a ver a tus hermanos. El afán de gloria será su perdición y como legado dejarán grandes nombres, nada más.

Mi madre temía que, estando en otros países, pisara el lazo tendido por alguna desvergonzada moza extranjera, que me desposara con ella y no regresara a Macedonia jamás. Sin embargo, tenía dieciocho años y estaba tan deseoso de gloria como los demás jóvenes enardecidos de un reino cuyo monarca de veinticinco años, Alejandro, hijo de Filipo, había saqueado el imperio más poderoso del mundo en sólo cuatro años y había entusiasmado a su país con conquistas, fama y tesoros.

En el ejército macedonio los alistamientos no se hacen por años, sino por ciclos o «paquetes». Un paquete consta de dieciocho meses. El período mínimo es de dos paquetes, uno para entrenamiento y otro para servicio, pero un hombre debe comprometerse para un tercer ciclo si lo llaman a filas para ir al extranjero, lo que haría un total de cuatro años y medio. Funciona así: un recluta entra en servicio con un regimiento del Ejército de Ocupación. Ésta era la fuerza que Alejandro dejó

Steven Pressfield

La campaña afgana

10

para mantener bajo control a Grecia y las tribus del norte. Todos esos contingentes eran territoriales; había que proceder de la región de ese regimiento o no se podía acceder a él. Cuando Alejandro necesitó reemplazos en Asia, mandó pedirlos a Macedonia. A veces se reclutaban regimientos enteros; otras, a personal especializado en actividades militares tales como inteligencia o ingeniería de asedios o simplemente soldados de infantería con antigüedad a los que les tocaba en suerte. Todo eso era irrelevante para un joven de mi comarca, Apolonia. Apolonia no tiene regimiento de infantería; es una región de caballería. El escuadrón más famoso de los Compañeros de Alejandro, la *ile* de Sócrates Satón, procede de Apolonia. Este escuadrón, en el que mis dos hermanos sirvieron, encabezó la carga en la batalla del río Gránico; combatió en el flanco derecho de Alejandro en las grandes victorias de Iso y Gaugamela. En Dión tenía más estatuas de héroes que cualquier otro escuadrón, incluso el del rey. Como todos los jóvenes del territorio fascinados por la guerra, Lucas, mi mejor amigo, y yo habíamos empezado a entrenar todos los años, antes incluso de aprender a caminar, preparándonos para el día en que pudiéramos acceder a las pruebas y, con la ayuda divina, convertirnos, como los héroes de Apolonia que nos precedieron, en Compañeros del Rey.

Llegamos demasiado tarde, Lucas y yo. Para cuando nos llegó el momento, el ejército de Alejandro había penetrado tanto en Asia y había asimilado tropas de tantas naciones derrotadas que nuestro rey ya no mandaba alistar escuadrones de Compañeros en Macedonia salvo para reemplazar hombres muertos, heridos o licenciados. Todas las tropas de caballería que empleaba en ese momento eran escuadrones de mercenarios, en su mayoría persas, así como sirios, lidios, capadocios y jinetes de otros reinos del conquistado este. Ningún mace podía unirse a ellos, ni aun en el caso de que pudiera ir al otro lado del mar, que no podía, ni aunque supiera hablar la lengua bárbara, que no sabía.

Sólo había un modo de que Lucas y yo llegáramos a Asia: como soldados de infantería a sueldo. Como mercenarios.

Por entonces, montones de contratistas —llamados *piloforoi* por los gorros de fieltro que llevaban— viajaban por las ciudades de Grecia y Asia Menor alistando tropas. Era un negocio. Los candidatos pagaban una tarifa, a la que llamaban «poni» porque era tan excesiva que con ella se podría comprar un buen potro. Esas sumas iban a parar a los gorros de fieltro. Al cumplir los dieciocho años, Lucas y yo viajamos seis días hasta el puerto de Metone, punto de contratación de tropas de infantería mercenarias. Las tabernas estaban plagadas de profesionales avezados: arcadios y siracusanos, cretenses y rodios, incluso oficiales aqueos y espartanos. Todos se conocían de enganches anteriores; tenían compañeros y camaradas que los subirían a bordo. Lucas y yo éramos los más jóvenes con mucha diferencia y no conocíamos a nadie. Ningún *piloforoi* quería saber nada de nosotros por convincentes que pareciéramos al mentir sobre nuestra edad o nuestro historial de servicio (que no teníamos).

Pasaron diez días y nuestro dinero para sobornos menguaba rápidamente con los intentos de abrírnos hueco o comprar un destino a cualquier parte. Al final, nos fuimos a buscar al general de reclutamiento en persona. Ni siquiera pudimos acercarnos a él, por supuesto. Un sargento de línea, oriundo de Pela, nos echó a patadas.

—Un momento, chicos —dijo al oírnos hablar—. ¿Sois de Apolonia?
Nos preguntó si sabíamos montar.
¡Éramos centauros!

El sargento preparó nuestros papeles en el acto y no quiso aceptar dinero. Nos apuntó en infantería montada. Eso era lo que más necesitaba Alejandro. Lucas y yo no nos creíamos la suerte que habíamos tenido.

Preguntamos en qué unidad estaríamos y cuándo nos darían nuestros caballos.

—Nada de unidades y nada de caballos —contestó el sargento. Nos había apuntado en la lista de reclutamiento porque éramos macedonios entre tantos forasteros—. Ningún oficial en el extranjero ha rechazado jamás a un chico de casa.

Le dimos las gracias de todo corazón, pero él le quitó importancia.

—No os preocupéis por la unidad con la que embarcáis ni si vais a oler siquiera una hora de instrucción. Allá, en el este —agregó—, el rey os reclutará dondequiera que os necesite. *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

11

2

El decimosexto día de desio nuestras tropas de reemplazo desembarcaron en la ciudad de Trípoli, Siria; era el principio del verano del sexto año del reinado de Alejandro, el cuarto desde que nuestra fuerza expedicionaria se internó en Asia. El rey y su ejército se encontraban entonces a mil millas en dirección este, en ruta desde Persépolis, la capital de Persia, a Ecbatana en Media, la residencia estival de sus reyes. El imperio persa había caído y Alejandro perseguía a su rey fugitivo. De acuerdo con los informes, el tren de provisiones de nuestro señor estaba formado por siete mil camellos y diez mil parejas de asnos, todos ellos cargados de oro. Nuestro destacamento de reemplazo estaba formado por seis mil cien hombres a bordo de cuarenta y siete barcos. En el puerto de Trípoli no había capacidad para tantos y puesto que los navíos no tenían literas ni posibilidades de estar a la capa durante la noche, los capitanes, que no eran más que patrones de mercantes contratados, se reunieron y decidieron que entre nuestro transbordador (pues eso era la embarcación) y otros nueve o diez más nos acercarían a la costa. Una vez allí nos dirían a los milicos que recogiéramos nuestros bártulos, saltáramos por la borda y nadáramos hacia la playa. Y eso es lo que hicimos. La cosa habría tenido gracia si no fuera porque me cansé de sostener sobre la cabeza un par de botas estupendas y el agua salada me las estropeó. Así

es como desembarqué en Asia, calado hasta los huesos y descalzo.

Las tropas de reemplazo no somos un ejército, por lo que no nos formaron en regimientos, sino en CC.EE. —contingentes embarcados— y ni siquiera teníamos armas al desembarcar. Tampoco había monturas para la

caballería porque los animales venían en otros transportes que llegarían después. Nos esperaba un campamento tan grande como una ciudad, además de una escolta de seiscientos mercenarios sirios y mil cuatrocientos infantes licios, también mercenarios; al mando, oficiales macedonios que nos conducirían hasta Marato y desde allí, a través de Larisa, a Tápsaco, por donde cruzaríamos el Éufrates para viajar por Mesopotamia, Siria y Kurdistan. Tardaríamos entre tres y cuatro meses en alcanzar a Alejandro.

Como ocurre siempre en un campamento nuevo, a los hombres les faltó tiempo para dedicarse a sus pasatiempos favoritos: recorrer el lugar buscando amigos y afanar cualquier parte del equipo a la que tuvieran ocasión de echarle mano. No podías dejar ni un cuscurro de pan sin que alguien te lo birlase y en el menor descuido ya podías despedirte de un buen gorro o de un par de botas. La bolsa del dinero te la colgabas cerca de la de los testículos y después de estrecharle la mano a un desconocido comprobabas si seguías teniendo las dos en su sitio.

En el ejército de Alejandro, hasta el último soldado sabía cuál era su sitio, pero allí, a mil millas en la retaguardia, lo que primaba era el «todo vale». Comías cuando a los cocineros les daba la gana y dormías donde encontrabas un hueco en el que tumbarte. No te apartabas de los compañeros para que los mangantes no te quitaran hasta las pestañas. Mi grupo estaba compuesto por Lucas; Terres, al que apodamos Trapos por gustarle vestirse como un figurín; y el retaco, Pitón, más conocido por Pulga. Todos procedíamos de Apolonia, todos teníamos dieciocho años y todos nos conocíamos de toda la vida.

Lucas era el líder. Era un dirigente nato y se proponía que destacáramos de la tropa normal y corriente. Se suponía que tenían que pagarnos al desembarcar en Trípoli (había pasado un mes entre organizarnos y cruzar en barco), pero si en esa muchedumbre alguien tenía cuartos nunca vi señales de ello. De hecho, nos tocó pagar a nosotros. Las sanguijuelas que se encargaban de la cocina pedían dinero por entrar a la tienda del comedor. Se pagaba hasta por cagar.

—Hemos de buscarnos un toro —decidió Lucas, que se refería a alguien con rango al que pegarnos.

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

Lo encontramos en un sargento mayor llamado Tolmides. Tolo para abreviar. Era un tipo achaparrado, fuerte, con un gran bigote y un casco forrado con colmillos de jabalí; había sido compañero del padre de Lucas y estaba al mando de una compañía de infantería licia. Lucas lo vio en la cola de las letrinas.

—¡Eh, Tolo! ¿Dónde puede cagar por aquí un milico sin tener que pagar?

—Por las pelotas de Hades —exclamó Tolo, que rió mientras se acercaba—. Ya os habéis hecho mayores ¿eh, piltrafillas?

Mucho bromear, pero su rango no era ninguna tontería. Entraba en la categoría de los que llamábamos «cebollones». Nos llevó fuera del campamento y embuchamos algo con sus licios en la estepa.

Le preguntamos qué posibilidades teníamos de que nos pagaran.

Más o menos las mismas que teníamos de cagar marfil. ¿Cuándo nos asignarían a un regimiento?

Cuando untáramos a los oficiales que nos escoltaban. ¿Y que pasaba con el equipo?

Tolo nos dijo que no repartirían armas hasta que llegásemos a Tápsaco o más adelante y que entonces también tendríamos que soltar dinero por eso.

—No os preocupéis, que el furriel os lo descontará de la hoja de soldada. —Se refería a la cuenta de nuestro sueldo. Iríamos saldando la deuda conforme pasara el tiempo prestando servicio.

—Esto no nos lo dijeron allá, en casa. —Lucas parecía abatido.

—Si lo hubieran hecho, no os habríais alistado —respondió Tolo, que se echó a reír. Nos pegamos a él. Tolo y sus camaradas maces habían servido como exploradores en operaciones de avanzada, llevando a cabo misiones de reconocimiento para Alejandro en Aria y Afganistán. Los habían mandado a la retaguardia para entrenar a los reemplazos durante la marcha. Ganaban una paga doble por ello y el doble de eso por escoltarnos. No os pongáis tristes, hermanitos. —Tolo señaló hacia el este, a la noche asiática—. Ahí fuera los hombres caen como moscas por el calor, por enfermedades o simplemente porque se chalan. —

Se dio golpecitos en la cabeza—. Ascenderéis rápido si demostráis ser fuertes. No manchéis vuestra hoja de servicio, haced lo que os manden y estaréis en el buen camino. Había otros seis maces en el grupo de oficiales de Tolo, entre ellos Estéfano de Egas, el famoso poeta de guerra, un héroe condecorado y una auténtica celebridad. Estéfano tenía treinta y cinco años

y a esas alturas ya debería ser capitán o teniente como poco, pero seguía plantado en sargento de línea por propio gusto. El que sigue es uno de los poemas que lo han hecho famoso allá, en casa, incluso uno de los preferidos por las mujeres.

EL BAGAJE DE UN SOLDADO

*La práctica enseña al soldado a preparar
el petate con lo que más necesita encima,
para tenerlo a mano. En los bolsillos de fuera,
las cebollas y los ajos, bien envueltos,
para que no apesten la capa aguadera
y el zamarro que guarda al otro lado.*

*Al fondo, debajo de todo, mete esos objetos
que debe proteger a toda costa contra el polvo,
contra el extravío, contra los elementos.*

*Allí, envueltas en la piel de gamuza que me diste,
amada esposa, es donde guardo tus cartas.*

El más joven en esa camarilla de oficiales maces ya pasaba de los treinta; algunos tenían cincuenta e incluso más. Eran los cabrones más duros que jamás habíamos visto. Nos tenían acojonados. Cualquiera de ellos, por sí solo, habría podido zurrar a todo el grupo. Acabamos haciéndoles recados y cargando con su equipo sin que nadie nos mandara hacerlo, sólo para que no nos arrancaran la cabeza de un mordisco. Una noche, Lucas y yo fuimos a recoger leña y regresábamos *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

13

con paso cansino al campamento cuando uno de ellos nos llamó, un sargento abanderado cuyo nombre real nadie se había atrevido a preguntar y al que la tropa llamaba simplemente Bandera, el título habitual por el que hay que dirigirse a alguien de su rango.

—Vosotros dos, venid que Os voy a enseñar algo.

Soltamos la leña y corrimos a toda prisa hacia él como colegiales. Bandera llamó a uno de sus licios y le ordenó dar media vuelta para ponerse de espaldas. Luego me plantó bruscamente en la mano el astil de su media pica, una versión corta de la sarisa que entonces se usaba en Asia.

—Mátalo —ordenó.

Me puse rojo como un tomate. ¿Estaría hablando en serio?

—¿Cómo acabas con un hombre que huye de ti?

Yo no lo sabía.

Bandera ordenó al licio que diera media vuelta.

—¿Y si se da la vuelta y te hace frente?

Yo no lo sabía.

—Ocupa su sitio.

—¿Qué?

De repente me encontré ocupando el lugar del licio.

—Corre —ordenó Bandera. Antes de que pudiera dar un paso, estaba de bruces en el suelo y sin resuello. Ni siquiera sé dónde me golpeó Bandera, sólo sentí la parte trasera de la media pica que me hacía caer patas arriba en un instante y, al siguiente, el impacto en mi cráneo. No podía moverme ni respirar; estaba indefenso.

—Así —le oí aleccionar a Lucas—. De costado, para que el hierro no se atasque entre las costillas. —Y me lanceó. No fue un simple pinchazo; profundizó lo bastante para que sintiera el filo arañarme en el hueso.

Bandera tiró de mí y me ayudó a levantarme. Lucas estaba pálido.

—Si el enemigo te hace frente, lancéalo ahí. Un golpe seco. Y tiras para sacar la pica enseguida y que no se atasque.

Bandera se volvió hacia mí.

—Cuando golpeas a un hombre, ¿con qué fuerza lo haces?

Antes de que tuviera tiempo de contestar, Bandera había atizado a Lucas en el pecho con el extremo del asta de la media pica. Nunca había oído un golpetazo así. Mi compañero se desplomó en el suelo como muerto.

—Hazle esto al afgano —añadió Bandera—, antes de que él te lo haga a ti.

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

14

3

La falange macedonia se basa en una fila de dieciséis hombres. Dieciséis, uno detrás de otro. Dos filas forman una sección. Ésta se encuentra al mando de un sargento de línea. Cuatro filas forman un pelotón, dirigido por un teniente y un sargento abanderado. Un cuadro lo forman cuatro pelotones, dieciséis por dieciséis: doscientos cincuenta y seis hombres. Y una brigada, seis cuadros: mil quinientos treinta y seis. En el ejército de Alejandro hay seis brigadas. En formación de dieciséis en fondo,

el frente de la falange mide más de seiscientas yardas. El jefe de tropa de cada pelotón es un sargento abanderado, llamado así por el banderín que ondea en la punta de su pica larga, la sarisa. Su puesto es en primera fila. Su segundo en rango es un cabo primero. Se le llama «zaga». Es el que va en la retaguardia. En muchos sentidos su trabajo es más importante que el del abanderado (al que también se llama «primero» o «cabeza») porque es quien empuja a la fila hacia delante y si a algún hombre se le ocurre la idea de quedarse atrás tiene que vérselas con él.

El tercero en rango de cada fila es «el noveno hombre», un sargento o un cabo primero. ¿Por qué

el noveno? Porque cuando se da la orden de «doble frente» la fila de dieciséis se divide en dos medias filas de ocho llamadas «andas» y la media posterior de ocho se adelanta al lado de la media de ocho delantera. El noveno hombre se convierte en el primero de la nueva fila. Con este despliegue, la brigada ha pasado de un frente de unos cien hombres a otro de doscientos, en fondo de a ocho. La falange al completo pasa de cubrir un frente de seiscientas yardas a uno de mil doscientas.

Tal formación era el entrenamiento practicado en Macedonia por el Ejército de Ocupación y el tipo de combate de la fuerza expedicionaria de Alejandro durante los tres primeros años de la guerra con Persia, en las grandes batallas convencionales del Gránico, del Iso y de Gaugamela. En Afganistán, nos dicen, las cosas no serán tan sencillas, ya que es un territorio donde sólo hay montañas y desierto. Allí no se puede utilizar la falange porque el enemigo no plantará cara en una batalla campal. ¿Por qué iba a hacerlo? Lo aniquilaríamos si lo hiciera. En Macedonia, en la instrucción con las sarisas de dieciocho pies, una fila tenía que estar perfectamente alineada desde la primera línea hasta la última o si no la formación tropezaba con sus propios pies. Era lo que se llamaba avanzar «en el eje». La virtud del guerrero de «estar en el eje»

significaba ser disciplinado, obediente, no desviarse nunca. Un buen soldado estaba en el eje en todo lo que hacía.

Aquí, en el este, empezamos a darnos cuenta de que no hay eje. La sarisa de dieciocho pies ha pasado a ser una media pica de nueve y la falange sólo existe en la explanada de desfiles. Sólo quedan dos preceptos: uno, sacrificar todo en pro del esfuerzo general; y dos, no abandonar jamás a un mace.

—La guerra en el este —nos instruye nuestro sargento poeta, Estéfano — es de tres tipos: en llanura, acción de caballería; contra plazas fuertes, asedio; en las montañas, infantería ligera. El cuarto tipo es acción contra poblaciones, pero los instructores no nos han explicado nada sobre eso.

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

15

4

Se suponía que nuestra fuerza de reemplazo tenía que partir de Trípoli a los tres días de haber desembarcado, pero nos hemos quedado atascados aquí otros veintidós días hasta que han llegado las monturas de la caballería y nuestras armas. No es para tomarlo a broma, ya que a nuestro grupo no se le ha pagado aún (ni a nosotros ni a nadie) y con los pocos cuartos que nos quedan no tenemos para vivir. Hemos acabado robando como espartanos. Es lo que hace todo el mundo. A las tropas de escolta no nos dejan entrar en la ciudad, así que sableamos, rebuscamos en la basura, rateamos, trocamos y apostamos. A saber cómo, pero funciona. He acabado con la mayor parte de mi equipo renovado y con un par de botas decentes para sustituir las que se me estropearon en el mar. Lucas y yo hemos hablado con un par de jinetes de los Compañeros que regresan a Apolonia y que conocen a mis hermanos y tienen noticias suyas.

A Elías lo han herido pero se encuentra bien; ahora está en el hospital de Frada, al sur de Afganistán. A Filipo (Elías tiene nueve años más que yo y Filipo, catorce) lo han ascendido a comandante. Ahora se encuentra en la India, como enviado en las operaciones de avanzada, para negociar alianzas con los potentados nativos con antelación a la ofensiva de Alejandro por el Hindu Kush hacia el Punjab. Los nombres de esos lugares me suenan increíblemente románticos. ¡Mis hermanos! ¡Qué tíos tan ilustres! ¿Cómo voy a lograr estar a su altura? ¿Los reconoceré cuando los vea?

La caballería de los Compañeros, en la que mis dos hermanos sirven, es el cuerpo de élite de las unidades en combate de Alejandro. Cuando te aceptan en un escuadrón, se te arregla la vida. De hecho, ese hombre se convierte en el compañero del rey. Puede comer con él, ir de juerga juntos, dirigirse a él por su nombre, (aunque pocos se atreven a hacerlo, es cierto). Las brigadas de la falange comparten el nombre de Compañeros (*pezétaroi*, «compañeros de a pie»), pero no es lo mismo, ya que el rey está en la caballería y sus compañeros más íntimos también son jinetes. En teoría,

cada escuadrón de Compañeros se compone sólo de jinetes de su región natal: Apolonia, Botica, Torone, Metone, Olinto, Anfípolis y Antemunte, escuadrones que Alejandro llevó

a Asia. (Hay otros cuatro de otras partes de Macedonia, pero se quedaron como guarnición en Grecia y el norte tribal.) Pero en la práctica, jinetes destacados acuden de todas partes del reino buscando un hueco. Conozco hombres que se han casado o que los ha adoptado una familia del lugar con tal de probar suerte en las pruebas.

Las pruebas duran cuatro días. Los dos primeros son para ejercicios obligatorios; el tercero, carrera a campo traviesa; el cuarto es para combate. Un jinete debe aparecer con una reata de siete caballos. Se le exige utilizar cuatro como mínimo a lo largo del recorrido de trabajo (para demostrar que no hace trampas al montar un animal avisado), y uno de esos cuatro tiene que servirle de montura en la carrera de obstáculos o en las pruebas de combate. Se necesitan diez años para entrenar una buena montura de caballería y los costes ascienden a lo que cuesta una granja pequeña. Sólo el hijo de un hombre rico puede intentarlo, a menos que lo patrocine otro hombre rico, como les ocurrió a mis hermanos, o que a su padre lo haya condecorado el rey. De muchachos, mis dos hermanos eran caballerizos y cabalgaron en el hipódromo como jinetes de carreras. No sabría decirlos cuántas noches llegaron a casa con la cabeza partida y las espinillas destrozadas. Eran imparables. En las pruebas de Apolonia, cuando Elías sólo tenía diez años, se coló en el corral mientras ensillaban los caballos y se subió no en uno, sino en dos campeones, con un pie en el lomo desnudo de cada animal al tiempo que asía las riendas de uno con la mano *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

16

izquierda y las del otro con la derecha; y no sólo cabalgó a toda velocidad como si tal cosa, sino que además hizo que los caballos saltaran las dos vallas, dentro y fuera, todo ello encaramado a los animales como si llevara los pies clavados en los lomos. La paliza que recibió como castigo casi lo dejó sin conocimiento, pero valió la pena; se había dado a conocer. Él y Filipo, cinco años mayor, eran capaces de bajar del caballo a galope tendido y subir de nuevo de un brinco, sujetos únicamente con la crin del animal enrollada a una muñeca; sabían hacer «la revuelta» (colgarse por un lado del caballo, deslizarse por debajo del vientre y montar por el otro

lado). Cualquiera de los dos ensartaba una pera con la lanza larga sujeta con una sola mano y a galope tendido, como si tal cosa. Sus conocimientos veterinarios y en lo que llamamos «hiposofía» (todo cuanto pasa dentro del establo) eran parejos a los de cualquier albéitar del reino. No obstante, ninguno de los dos superó la prueba de calificación y no sólo una vez, sino en cuatro ocasiones —eso da una idea de la gran cantidad de excelentes jinetes que tenía el reino— antes de que, por fin, los enviaran en la expedición del segundo año con cuatro mil reemplazos al mando de Amintas Andromenes. Cruzaron a Gaza, en Palestina, por mar y se reunieron con el ejército del rey en Egipto. Nuestro nuevo y tardío contingente parte de Trípoli ahora, al vigésimo tercer día. Estamos en pleno verano y cualquier superficie de armadura debe llevar algún revestimiento de tela o de otra forma el sol la convertiría en una sartén. En casa nos entrenamos para hacer marchas de treinta millas al día cargados con el equipo y las raciones. Ahora, a través de Siria, caminar quince parece que fueran cuarenta y recorrer veinte, como si fueran cien. El sol cae a plomo; respiramos arena en vez de aire. En la marcha hacia Marato vamos con la lengua fuera, como perros. Me pongo al paso junto a Bandera, que se da cuenta de que lo estoy pasando mal.

—El afgano hace cincuenta millas a pie en un día y el doble a caballo. No bebe y no come. Arráncale la cabeza y te lanzará otro par de golpes más antes de desplomarse. La diana suena tres horas antes de amanecer y la columna sale dos antes que el sol. Los que van a la cabeza acampan a media tarde y los rezagados y el tren de suministro los alcanzan al oscurecer. Una hora antes del mediodía se ordena hacer un alto y se descarga a los asnos y las mulas; las acémilas pueden aguantar de seis a ocho horas, pero hay que quitarles la carga durante dos o de lo contrario caen reventadas. Para nosotros no hay tanta consideración. Tenemos veinte minutos y después... ¡Arriba, se acabó el descanso! En una de las paradas del tercer día de marcha, Lucas se apartó para mear y Bandera lo miró con desaprobación.

—No debería quedarte ni una gota.

Según él, si aún puedes mear es que no caminas lo bastante deprisa. Ahora ya tenemos armas y cuando acampamos pronto, nos entrenamos. Operaciones de acordonamiento. Bloqueo y registro. Nunca habíamos oído cosas así. Despliegues en abanico. Barridos mediante columnas volantes. Todo esto es nuevo para nosotros. En desplazamientos a larga distancia, la marcha diaria se plantea de manera que vaya de una zona habitada a otra, ya

sea una villa o una ciudad que tiene encomendado el abastecimiento de pan y forraje o en la que haya al menos un mercado para el ejército. Ahora, en días seleccionados y como entrenamiento, la columna empieza a dar rodeos para evitar esos núcleos habitados. Aligeramos de ninguna parte a ninguna parte, levantamos un «campamento rápido» con zanja y parapeto y rodeado de una estacada. Nada de pan de trigo esos días. Cenamos bodrio, como llamamos a las gachas de cebada, que sacamos de la mochila de comida que llevamos todos y en la que se guarda la ración de grano para diez días. Lo sazonomos con mastuerzo o con las hierbas que podamos apañar y el pollo o ganso que alguna que otra vez distraemos de un corral. Para desayunar tomamos vino, aceite de oliva y «pan rápido» (una pasta de cereales molidos que se pone en remojo durante la noche y se cuece un poco sobre piedras planas de la hoguera de guardia o directamente sobre el fuego en las «palas», las planchas planas de hierro de las catapultas). Una comida de la que no queremos ni acordarnos es el «pienso» (gachas de mijo), pero hasta eso es preferible al

«almuerzo de cigarra», que significa que no hay nada que llevarse a la boca. Tolo y Estéfano han incorporado ese «día de hambre», uno de cada siete, para que las tripas se nos acostumbren a lo que está por venir.

Bandera me ha adoptado —a su modo— o más bien yo me he pegado a él como un percebe. En *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

17

Tápsaco ha ocurrido un incidente. Por fin nos han pagado y para celebrarlo mis compañeros y yo hemos buscado una barbería; al regresar al campamento no hemos encontrado la bolsa del dinero. Lucas la lleva siempre encima y en ella guardamos nuestro fondo común. Ha desaparecido. Esto es serio. Hasta el mes que viene no hay más pagas y no podremos soportar otro asedio del hambre. Busco a Bandera y le cuento que el último sitio en el que aún teníamos la bolsa ha sido en la barbería.

—Llévame allí —dice.

Recluta a Tolo y a un cabo mace llamado Rojillo. La tienda del barbero es a la vez su vivienda, una casucha de adobe con un sombrajo delante y una cocina a un costado. Es la hora de comer y la esposa no quiere abrir la puerta. Es una bruja gruñona que nos encara con mucha frescura. Bandera echa abajo las tablillas de una patada. Todas las tiendas de la ciudad se amontonan en el distrito del mercado, un hormiguero infestado de cólera

llamado *Terik*, que significa «paloma». En cuestión de segundos, los dueños de todos los puestos de la calle se apiñan a nuestro alrededor al tiempo que farfullan en su lengua y nos ordenan que nos larguemos. El cobertizo del barbero está a reventar de pilluelos y abueletes; también hay tres o cuatro hermanos o primos, hombres jóvenes, todos ellos armados y de pie, con cara de pocos amigos. Bandera va cargado con su garfio, una peligrosa arma que se usa para desmontar a los jinetes de la caballería, y una espada corta sujeta al hombro con un correa; Tolo y Rojillo tienen sus espadas; Lucas y yo también las llevamos, pero quieran los dioses que no tengamos que utilizarlas. Bandera va directo hacia el barbero. Mediante señas y algunas palabras de la lengua de esta tierra le hace entender que queremos nuestro dinero.

—¡Fuera! —nos grita el tipo—. ¡Fuera de mi casa! ¡No tengo nada!

Bandera lo agarra por el cuello y lo estampa contra la pared. Tolo y Rojillo empiezan a volcar muebles, o las cuatro tablas que sirven como tal; tiran el caldero de cocinar y dan patadas a las tortas de pan que han caído al suelo. A estas alturas, los habitantes de la mitad de la calle han cerrado el círculo a nuestro alrededor y todos braman indignados y claman la inocencia de su vecino. Lucas y yo estamos seguros de que hemos cometido un error. ¡Debemos de haber perdido el dinero en cualquier otro sitio! ¡Dejemos en paz a esta pobre gente!

La cara del barbero se ha puesto de color púrpura, está atragantado y pone a sus dioses por testigos de que no es culpable de nada.

—¡Bandera, son inocentes! ¡Vayámonos!

Bandera no me hace ni caso, suelta al barbero y coge a un crío que se agarraba a los pantalones del viejo, aterrorizado.

—¿De quién es este mocoso?

El barbero no contesta. Nadie dice nada, pero salta a la vista que el crío es suyo. Bandera se vuelve hacia Tolo.

—Córtale un pie.

Tolo y Rojillo despatarran al crío, que chilla a más no poder. Tolo desenvaina el acero, la turba blande sus dagas y Bandera mira al barbero.

—¿Dónde está el dinero? —No obtiene respuesta. Le pregunta a la madre. Nada. Hace una seña a Tolo, que alza la espada.

En el último instante, una chiquilla suelta un chillido y señala un rincón en el suelo sucio. La madre la abofetea, el caos aumenta y Bandera investiga donde señaló la niña. Aparece nuestra bolsa de dinero.

Ya en la calle, Lucas y yo temblamos sin parar.

—Mentirosos y ladrones —masculla Tolo—. Todos ellos. Intentamos dar a Bandera parte del dinero recuperado; lo rechaza.

—Recordad esto —dice al tiempo que hace un gesto hacia el cobertizo del barbero—. Si la hermanita no hubiese chillado, mamá y papá habrían dejado que le cortáramos el pie a su hijo. Tiene razón.

—¿Y se lo habríamos cortado?

Bandera no contesta.

—A la cría le darán una buena paliza. Si no la matan a golpes, faltará poco. *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

18

Tres días después marchamos por el paso que sale del valle de Reghez. Cargo con un macuto de unas sesenta libras en la espalda y un fardo, más o menos la mitad de pesado, sobre el pecho; las cuerdas que los sujetan me están dejando los hombros en carne viva. Bandera se pone al paso a mi lado.

—Dándole vueltas a la cabeza otra vez ¿eh?

Luego sonrío y sigue marchando.

Ver caminar a Bandera es como ver fluir el agua. Tiene el cráneo del color del pergamino; para el caso que hace, es como si el sol cayera sobre una piedra. Nota mi mirada clavada en él.

—Te estás preguntando qué es un soldado ¿a que sí?

Le contesto afirmativamente y él señala una bestia de carga que sube por el camino delante de nosotros.

—Somos mulas, muchacho. Mulas que matan.

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

19

5

Nuestra columna de reemplazo tarda ciento veintisiete días desde Trípoli hasta que alcanza, por fin, a las unidades de retaguardia del ejército de Alejandro. Hemos recorrido mil seiscientas noventa y seis millas según los agrimensores (que miden las calzadas con una precisión de media mano) a través de toda Siria y gran parte de Mesopotamia, Media, Mardia, Hircania y trechos considerables de Partia y Aria. He gastado tres pares de sandalias y el doble de la paga que me dieron para la marcha. Tengo la ropa

hecha harapos. Llegué al frente —si es que se puede usar ese término en una guerra que se disputa en un teatro de operaciones de mil millas de anchura y novecientas de fondo— cobrados tres meses de anticipo. Le pasa lo mismo a todo el mundo. Cuando se recorren largas distancias en columna, el tiempo lo mides en marcas peculiares del paisaje. Digamos que al coronar una cuesta llegas a un valle desierto, una panorámica de veinte o cincuenta millas de extensión. Te pones como objetivo las colinas que se alzan al otro extremo y mientras caminas hacia allí marcas el progreso a medida que te acercas. Y así, todo el día. O eliges otras marcas intermedias: pequeñas elevaciones, aguazales, lechos de río secos; *wadis* o *nullahs*, como los llaman en el este.

Se ven los fenómenos atmosféricos en millas a la redonda cuando atraviesas Media e Hircania. A mediodía, los turbiones cruzan la planicie. Los chaparrones caen en un sector de la columna y en cambio no lo hacen en otro. Ves precipitarse cortinas de agua de las hinchadas panzas de las nubes sin que jamás llegue al suelo porque se evapora a gran altura por el calor del aire. Enormes sombras se deslizan sobre las planicies de forma que unas zonas del suelo están oscuras en tanto que otras resplandecen y se forman dibujos a medida que las nubes se desplazan por el cielo. Si se acumulan frentes tormentosos sobre las montañas, entonces hay aguaceros al final del día.

Los comandantes de Alejandro no aguantan que la hueste avance trabajosamente en una larga columna; no es estético ni castrense; no se puede combatir en esa formación. Así que cuando el terreno lo permite, las tropas se abren en abanico de diez o quince columnas de frente. Eso es bueno porque cuando se llega al campamento, la hueste al completo puede alcanzar a la vanguardia en una hora en lugar de cuatro. La columna prepara los bártulos antes de dormir; de esa forma se está

preparado para emprender la marcha en la oscuridad, antes de amanecer. Aparte de las salidas de reconocimiento, la caballería utiliza sus monturas en contadas ocasiones durante una marcha y los jinetes van a pie junto a sus caballos para que los animales no malgasten fuerzas. Los caballerizos conducen por las bridas a un animal de refresco en cada mano. A los caballos no se les permite ir sueltos en manada, ni siquiera en los ríos donde beben. De lo contrario, volverían a las jerarquías equinas y no servirían como animales de monta.

Cruzando Media vemos caza en abundancia. Gacelas y asnos salvajes; la columna los divisa a millas de distancia por la nube de polvo que levantan en el aire límpido. Se organizan partidas de caza del mismo modo que se haría con operaciones militares: las divisiones envían compañías montadas para cercar a los animales dando un amplio rodeo, a veces de hasta veinte millas, para cortarles la huida y conducirlos hacia los corrales improvisados con cuerdas —si se ha tenido tiempo de prepararlos— o simplemente haciéndoles correr hasta el agotamiento por campo abierto. Los jinetes regresan con carne para las ollas del ejército. Es muy divertido y todo el mundo quiere ir. Rompe la monotonía.

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

20

Un ejército que se desplaza a través de un territorio atrae por igual comercio y curiosidad de todo tipo. Han llegado actores de Éfeso y Esmirna; tenemos danzarines y acróbatas, arpistas y narradores, poetas, rapsodas; hasta sofistas dan disertaciones que, para mi sorpresa, tienen concurrencia. En Armenia, asistí a una conferencia fascinante sobre geometría tridimensional en medio de una gran tronada que descargó en el cordal de las montañas. De campamento en campamento, viajan junto a la columna caravanas de comerciantes o simplemente nativos que cargan a tope, a sus asnos con cualquier cosa que puedan vender: dátiles, ovejas, cerveza de pistacho, huevos, carne, queso. ¿Qué es lo que más buscan los chicos? Cebollas frescas. Allá, en casa, las cebollas se usan para condimentar los guisos. Aquí te las comes crudas. Son dulces como manzanas. Un hombre puede pagar la mitad del salario de un día por una buena cebolla. Evitan que se te caigan los dientes.

Tengo prometida en Macedonia. Se llama Dánae. Durante la marcha le escribo cartas imaginarias. Le hablo de dinero, no de amor. Cuando nos casemos, Dánae y yo necesitaremos el equivalente a la paga de seis años para hacer una oferta por una granja, ya que ninguno de los dos quiere estar en deuda con nuestras familias. A la primera oportunidad, me ofreceré como voluntario para operaciones de avanzada. La paga es doble. Esto no se lo puedo decir a Dánae, porque se preocuparía.

Hay muchas cosas que un hombre no debe contarle a su novia. Lo de las mujeres, por ejemplo. Un ejército viaja acompañado por otro ejército de putas y ramera, por no mencionar a las esposas del campamento, que

constituye un contingente auxiliar más permanente, y cuando éste se diluye en

«territorio del lobo» —territorio enemigo— las nativas vienen a reforzar sus filas. Hemos oído muchas cosas sobre el aislamiento al que someten a sus mujeres los asiáticos y sin duda tal cosa es cierta en tiempos normales. Pero cuando un ejército tan cargado de botín como el de Alejandro pasa frente a tu casa, ni siquiera el patriarca con más vista que un lince puede tener vigiladas a sus hijas constantemente. Las doncellas siguen a la columna buscando la novedad, la libertad, el idilio, e incluso el milico más torpe sabe cómo emborracharlas hasta tumbarlas para tener un revolcón rápido. Estas chicas se quedan para remendar ropa y hacer la colada. La mitad de esos chochitos están apurados —vamos, que están preñadas—, de cuando pasó hace unos meses el ejército que va con Alejandro. Lo que no impide pasárselas por la piedra. Yo no, desde luego. Ni Lucas. Nosotros les somos fieles a nuestras novias, y eso es motivo de pitorreo para nuestros compañeros. Tolo es un putero que siempre está a la caza de algún higo. Se beneficia nativas de dos en dos.

«Una en cada cadera —dice—. Para que no se me enfríen.» La paga de sargento mayor de Tolo, contando las bonificaciones, es de dieciséis dracmas al día (dieciséis veces más que la mía). Por ese dinero uno puede comprar una casa aquí o contratar a medio pueblo para que haga el trabajo que quieras.

El ejército tiene su propia jerga. «Calentura» es la palabra para referirse a las mujeres. Jaca. Higo. Coñete. Rueca o bert (por la palabra nativa *tallbert*, «madre») para una afgana. Ellos también tienen su propia jerga para nosotros. Maces. Milicos. *Bullahs* (de «estúpido» en su lengua). Al sexo le llaman *qum-qum*. Al enemigo nuestros chicos le dicen baz, que es el nombre más común entre los varones afganos, por ejemplo: «Los baz andan ahí fuera esta noche.»

Hay mujeres de dos clases en Aria y Afganistán. A las que están bajo la protección de padres y hermanos se las llama *tir banal*, «la joya». Si se te ocurre dirigirle siquiera una mirada, su gente te degollará. Las de la otra clase han perdido la protección del clan. Quizá sus familiares masculinos han muerto en alguna pelea o en una guerra o esas mujeres han cometido alguna transgresión y las han repudiado. Éstas son las chicas con las que nosotros, los maces, nos relacionamos. Sin embargo no son fulanas. Tienen dignidad. Tienes que casarte con ellas.

Aquí el matrimonio no es como en casa. Uno de mis compañeros de andas, Filotas, conoció a una chica en un pueblo al oeste de Susia. Por la noche ya se habían casado. Nada de ceremonias; sólo tienes que declararlo y ya está. Mis compañeros se burlan de mí porque me tomo en serio el matrimonio. Así es como lo siento. No puedo aceptar estos apaños sin compromisos y sin ritos. No me parece bien.

En la columna recibimos el correo. Las cartas de casa nos llegan cada diez días; en las tropas hay *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

21

gente a la que le llegan cartas del ejército que está más al este. Ésta es de mi madre:

... No tienes que escribirme notas desenfadadas, hijo, y tampoco me importa el progreso de la actual campaña. Dime que estás bien, nada más. Mantente con vida, hijo mío, y vuelve a casa conmigo.

Hay una carta de mi hermano Elías, que va con la guardia personal de Alejandro en Afganistán, por delante de nosotros. No lleva sello de tributo. El correo desde un ejército en combate está exento de tasas.

Todas las cartas informan de las mismas noticias:

Darío ha muerto.

El rey de Persia ha caído, muerto a manos de sus propios generales cuando huían de Alejandro. Los de la columna de reemplazo nos quedamos desolados con esas nuevas. La guerra acabará

pronto y haremos el hatillo para volver a casa con la bolsa tan vacía como cuando emprendimos este viaje.

Elías parece gozar de un estado de ánimo excelente.

¡Matías, pequeño bribón! ¿Cómo estás? ¿Ya has catado tu primer chochito asiático? ¡Bienvenido al ejército combatiente, pobre milico!

Se encuentra bien, dice, a excepción de una herida a la que le quita importancia. Dice que ahora está en el hospital, en Frada, cerca del Gran Desierto de Sal, el Kavir; por eso tiene tiempo para escribir.

La guerra persa está en las últimas, hermanito. Todos los grandes cerebros enemigos buscan llegar a acuerdos. Es todo un espectáculo ver la llegada de esos peces gordos. Por delante van, bajo bandera blanca, sus lugartenientes o sus hijos si los tienen. Las acémilas vienen cargadas de botín «para Iskander», que es el nombre persa de Alejandro. Los recibimos

como a gatitos caprichosos y tenemos órdenes de tratarlos como si fuesen azúcar que debemos llevar a casa en la lengua.

Grandes generales y gobernadores persas, nobles que han luchado contra nuestros chicos por toda Asia —Artabazo, Fratafernes, Nabarzanes, Autofrádates, así como los que han matado a Darío: Satibarzanes y su adlátere Barsaentes— han doblado la rodilla y han sido recibidos con clemencia por Alejandro. ¿Quién más podría dirigir el imperio por él? Hasta los mercenarios Glauco y Patrón, comandantes de la excelente caballería pesada de Darío, han acudido con sus mandos para acordar la paz. Ahora forman una unidad del ejército de Alejandro.

Sólo queda un enemigo rebelde. El general persa Beso, con ocho mil soldados de caballería afgana y con acceso a treinta mil más: los jinetes escitas de más allá del Jaxartes. Se dice sucesor de Darío y está reuniendo un ejército para proseguir la lucha.

No te preocupes, hermanito. Sus propios generales saben de dónde sopla el viento. Nos traerán su casco —con la cabeza dentro— en muy poco tiempo.

En Aria, cerca de la frontera con Afganistán, tenemos la primera oportunidad de desenvainar armas fuera de los entrenamientos. A Tolo y a Bandera, con la mitad de nuestra compañía de mercenarios, les asignan la tarea de dar protección a un tren de suministros que ha de llegar a un pueblo situado a dos días de la calzada militar. Lucas y yo vamos. A mitad de camino, en una zona de barrancales, un destacamento de jinetes aparece sobre una cresta, al frente. Tolo, Bandera y los

«merces» salen en su persecución y nos dejan a los sorches con unos cuantos arrieros y nativos para proteger la caravana. Por supuesto, nada más perderse de vista nuestros compañeros aparece un grupo de otros treinta bandidos. Nosotros somos doce y sólo cuatro estamos armados. Los forajidos son los maleantes de aspecto más feroz que hemos visto nunca. Nosotros no les damos ningún miedo. Cabalgan directamente hacia los suministros y empiezan a servirse. Intentamos ahuyentarlos *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

22

con palabras amenazadoras al tiempo que blandimos las armas. Ellos hacen otro tanto, aunque de un modo bastante más convincente. Nuestros nativos han puesto pies en polvorosa colina arriba, fuera del alcance de las

flechas. Poco después estamos con ellos. Lucas quiere atacar; dice que nos someterán a consejo de guerra por cobardía si no lo hacemos.

—¿Tú estás loco? —le increpa Trapos—. Esos merodeadores nómadas nos matarán a todos. Los bandidos se van y no dejan nada. Nos sentimos idiotas. Tolo y Bandera regresan y, sin mediar palabra, organizan una persecución. Cuando los jinetes ven llegar a la tropa tiran el botín y huyen. Lo recuperamos todo.

—No perdáis ni un minuto de sueño por esto —nos anima Tolo después—. Hicisteis lo correcto. La culpa fue mía por dejaros solos.

Pero nos sentimos chasqueados. El miedo nos ha dejado la mente en blanco y las extremidades agarrotadas.

Estando en marcha, el ejército hace un alto cada cinco días para que los animales descansen. En casa esto sería un día de asueto dedicado a pasatiempos y a reparar el equipo. En el ejército de Alejandro, no. Aquí, en el este, entrenamos.

Aprendemos defensa contra la caballería; aprendemos formación en cuadros huecos y cortinas defensivas móviles; aprendemos cómo simular una carga y cómo recobrar terreno. Hasta cabalgamos un poco. Por cada montura principal, los caballerizos conducen dos animales de refresco. Estas reatas son propiedad de los jinetes; en una guerra convencional, los soldados de caballería jamás te permitirían acercarte a sus animales. Pero en este teatro, es otra historia. Aquí

fuera no existe nada parecido a un caballo principal. Se nos ha reclutado como infantería montada y así constamos en los libros. En caso de entrar en acción y tener que salir la caballería principal, formaremos una auxiliar con monturas de refresco para proteger a la columna. Seguimos viaje.

Practicamos operaciones de acordonamiento; es decir, cercar pueblos.

Nuestras compañías ensayan en emplazamientos ficticios a través de Armenia y de la Siria mesopotámica, y después en el marco real, en las montañas kurdas, al este del Tigris. La fuerza rodea una aldea en la oscuridad para estar en posición de ataque con las primeras luces. Se lleva a cabo en completo silencio. El propósito es que no escape ningún aldeano. La formación de asalto es en orden abierto, en tres líneas.

Punta Punta

Ala Ala Ala

Zaga Zaga

La misma configuración se utiliza para la persecución del enemigo. El principio es la cola de golondrina invertida, en la que a un enemigo individual se le hace pasar entre las puntas, se lo ataca por las alas y lo remata la zaga.

Ala Ala

Zaga

Cuando se cierra el acordonamiento alrededor de un pueblo siempre se deja una vía de escape. La caballería y las tropas de proyectiles se ocultan en los flancos de esa vía. Así es como nos enseñan a tomar prisioneros, derribándolos mientras corren (los rangos más altos son siempre los primeros en salir), en lugar de intentar tomar cautivos de forma selectiva en la confusión del asalto. Ahora pasamos más tiempo practicando golpes mortales. Es inquietante. Lucas y yo nos hemos sentido atraídos hacia los sacrificios al amanecer para observar la forma en que los sacerdotes degüellan ovejas y cabras.

¿Seremos capaces de hacer lo mismo a un hombre?

¿Nos quedaremos petrificados en el momento crucial?

Somos muy conscientes de ser unos muchachos, no hombres como Bandera y Tolo. No hacemos nada como ellos. No hablamos como ellos ni nos plantamos en la misma postura. Ni siquiera *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

23

meamos como ellos. Ellos habitan en una esfera que está muy por encima de nosotros. Los imitamos. Los observamos como si fuésemos niños. Están fuera de nuestro alcance. La columna ya ha pasado por Susia. Los huesos de mi padre reposan aquí, en el cementerio militar. No nos han dado tiempo para hacer un alto. Los reinos afganos se encuentran a sólo unas pocas etapas de marcha más allá. Hace días que a nuestra fuerza la siguen «nubes» y «fantasmas», que es como se llama en la jerga de los soldados a los andrajosos jinetes montados en *yaboos*. Según nuestros guías no son afganos, sino arios y partos, pueblos que se supone que hemos conquistado. Lucas los mira con desconfianza.

—Pues por su modo de actuar a mí no me lo parecen.

Ahora la columna avanza armada todo el tiempo y flanqueada por la caballería. Una cosa que no había esperado viniendo del ejército es el prodigioso consumo de alcohol. Es impresionante cómo se le da a la priva. Los veteranos se ponen ciegos todas las noches hasta caer redondos. Por la

mañana hay que despertarlos a patadas y a veces ni siquiera eso funciona. La columna recoge los bártulos en medio de una cacofonía de toses, bascas, carraspeos, vomitonas; los hombres están hechos unos zorros durante las primeras cinco millas. Si el enemigo atacara al amanecer nos haría picadillo.

Bandera dice que aún será peor después del primer combate. Nos aconseja a Lucas y a mí que empecemos a beber ahora para que el estómago se nos acostumbre.

—En el frente no se aguanta sin beber.

En el ejército se llama «matarratas» y «meados» a la abrasadora priva barata que deja a un hombre sin sentido como si hubiese recibido un golpe en la sien. Esos licores no se parecen en nada al vino rebajado con agua que beben los caballeros en la cena para animar la conversación; es alcohol fuerte que se traga puro, sin aguar. Los destiladores salen de la columna, hombres que saben hacerlo con arroz, centeno, remolacha, pistachos, dátiles de palma; sacan un brebaje de mijo y sésamo asqueroso como cuajada rancia, pero que pega tan fuerte que los hombres hacen cola para conseguirlo. Los coroneles dejan exentos de servicio a los maestros cervecedores y los mandan, hasta escoltados por caballería, a preparar el mejunje sin el que el ejército no funciona. Barricas de cerveza de centeno y trigo, tan espesa por los posos que tienes que sorberla con una caña, se reparten por depósitos situados en la ruta de la columna en marcha. En Aria, la columna se quedó

sin priva durante un tramo de cuatro días de marcha y se llegó a echar mano a las dagas entre compañeros por culpa de la tensión. Los comandantes tuvieron que mandar grupos armados para afanar algún tipo de bebida e incluso cosas como peladuras de pintura de tablones de barcos con tal de evitar que los hombres se mataran entre ellos.

¿Por qué beben los soldados? Bandera dice que para no pensar, que si piensas, empiezas a tener miedo.

El principal narcótico en Afganistán es el naswar o «nas», una goma resinosa de color oscuro que se extrae de las amapolas opiáceas. Lo haces una bola y te lo metes debajo del labio. Te pone negras las encías. El nas viene en dos tipos: el negro y el marrón. El marrón es más barato y en la goma aún quedan semillas. En la tropa se le llama «alpiste». El negro es una pasta pura. La gracia es que se distingue a un oficial de un recluta dependiendo de si usa «negro» o «alpis.» Yo no pienso probar esa mierda,

pero hay muchos que no pueden pasar sin ella. Hay otras drogas, como el *hosheesh*, el *kanna* y el *bahng*; son tipos de opio. El primero y el tercero se fuman en una pipa, mientras que el segundo se mastica. Los tres son tan baratos como los nabos y es fácil conseguirlos. Alejandro ha prohibido el consumo de todo eso, excepto el vino, pero ni siquiera él puede poner freno a este tráfico.

Todas las noches la bebida se cobra la vida de uno o dos hombres y sus sargentos tienen que escribir cartas a las viudas. Estéfano complementa su paga redactando decesos inventados para esos informes. No le puedes decir a una esposa que su marido se ha fundido los sesos con nas negro y que se ha partido el cráneo al irse de cabeza a una zanja.

Los fantasmas afganos continúan siguiendo a la columna. Hemos acelerado el paso; nos estamos acercando a Alejandro. Llegan mensajeros que han estado con él hace sólo seis días.

¿Cuándo entraremos en acción?

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

24

—Cuando menos nos lo esperemos —responde Bandera.

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

25

6

La columna llega a Artacoana a los ciento veintisiete días de haber salido de Trípoli. Ni el propio infierno podría ser más horrible que la parte baja de la ciudad, a los márgenes del cauce seco del río; pero la parte alta, la Ciudadela, es increíblemente elegante y civilizada. A las mujeres se les permite salir a las calles, aunque tapadas de pies a cabeza. Se las oye soltar risitas detrás de los velos. Hay parques por todas partes. Bosquecillos de tarayes proporcionan sombra; las ramas exudan una especie de sustancia azucarada que los nativos llaman *amassa*. Te puedes pasar todo el día comiéndola y seguirás teniendo el estómago tan vacío como cuando empezaste. A última hora de la tarde descargan chaparrones que empapan la ciudad; el suelo absorbe el agua en cuestión de segundos y se queda tan reseco y yermo como estaba antes del aguacero. Los persas investidos por Alejandro administran la ciudad. El propio Alejandro ha continuado la

marcha hacia el nordeste con el ejército en pos de Beso, que se había proclamado sucesor de Darío. Nuestro rey invadirá

Afganistán desde el norte, antes de que el invierno cierre los pasos. Artacoana es famosa por sus fábricas de calzado. Toda la parte sur huele como una tenería. Se consiguen excelentes botas, bolsas y sillas de montar por casi nada. A la mañana siguiente de llegar allí, Lucas y yo encargamos unas botas tobilleras a medida; el zapatero nos había prometido que los dos pares estarían terminados a última hora del día siguiente y el hombre nos ha dado el alegrón de cumplir lo dicho. Mientras el zapatero nos las prueba estalla un alboroto en la calleja. Chiquillos y mujeres pasan por delante de la tienda a todo correr, alarmados. Pisándoles los talones aparecen dos correos maces que se dirigen a galope tendido a la parte alta de la ciudad. Si presiente problemas, el instinto del soldado es agruparse con su unidad. Lucas y yo salimos a la calle a tiempo de ver entrar una desastrada columna de infantería macedonia que llega del desierto y avanza penosamente. El hecho de que no lleven escolta de caballería significa que ha sucedido algo terrible. De vuelta al campamento nos encontramos con Bandera y Tolo en el camino. Estéfano va con ellos. Nos cuentan que ha habido una masacre a dos días de camino al sur de la ciudad. Rebeldes al mando del traidor Satibarzanes y su comandante de caballería, Espitámenes (al que llaman «Lobo del Desierto» por su astucia) han tendido una emboscada a una compañía de noventa maces, entre ellos sesenta Compañeros, así como a ciento veinte mercenarios y los han matado a todos excepto al grupo que vimos entrar penosamente del desierto. Partirán dos columnas montadas para vengar esto. A Lucas y a mí nos reclutan para la segunda.

El primer grupo parte al instante; es la columna de persecución y su trabajo consiste en localizar el rastro del enemigo y seguirlo. Nuestra tarea en la segunda columna es cargar pertrechos y seguir a la primera con armaduras, raciones y el equipo pesado. Vale la pena ver a Bandera, a Tolo y, en especial, a Estéfano trasegar con el equipo y prepararlo. Pobre del enemigo cuando estos hombres lo alcancen.

Nuestra columna de persecución es un cuarto de brigada, alrededor de cuatrocientos hombres, la mitad maces y la otra mitad aqueos. El comandante es Amintas Aeropos, más conocido por «Buey». La compañía no ha entrenado ni combatido nunca como unidad; ni siquiera hemos hecho prácticas. Tolo divide en dos a nuestro grupo de sesenta y cuatro, con Bandera al mando de una sección y Estéfano al mando de la otra. Lucas y

yo estamos con el poeta. Todos vamos montados —mi compañero y yo en asnos— y llevamos de las riendas una mula con carga. Seguimos el rastro de la primera columna hasta el anochecer. Jinetes que han retrocedido se reúnen con nosotros y nos guían *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

26

en la oscuridad. Mis botas nuevas aún no estaban cosidas, así que guardo las sandalias desgastadas en una alforja y monto descalzo.

Alcanzamos a la columna de persecución dos horas antes del amanecer. Tenemos tiempo para comer algo y descansar un rato. Las dos columnas prosiguen la marcha al día siguiente. La comarca al sur de Artacoana la forman valles desiertos; las cadenas de colinas se suceden unas a otras. Cuando va a caer la noche del segundo día de viaje, unos jinetes exploradores regresan a galope. Se llama a reunión a los capitanes. La columna se divide en tres: una fuerza de bloqueo dará un rodeo hacia el sureste; una segunda fuerza de asalto irá hacia el suroeste (esos somos nosotros); la tercera montará un campamento base con posiciones de cobertura y nos seguirá cuando se la llame. Emprendemos la marcha a pie, en la oscuridad. Nadie nos dice nada a Lucas y a mí; no se han impartido órdenes y nos da vergüenza preguntar. Sólo tengo las sandalias viejas y a estas alturas las suelas están hechas una pena.

El último explorador vuelve al trote una hora antes de amanecer. Por fin Tolo convoca a nuestras secciones. Nos reunimos en una barranca, debajo de un afloramiento alomado de basalto; la luna se está poniendo. Alcanzamos a distinguir un río en el desierto, de unos cien pies de ancho y dos dedos de profundidad, que brilla como una cinta hasta desaparecer más allá del recodo del afloramiento. Al parecer, sus meandros pasan por un pueblo que está fuera del alcance de la vista, detrás del alcor. El enemigo se ha refugiado en ese pueblo, porque se ha localizado sus caballos. Ignora que nos encontramos aquí.

Tolo bosqueja el pueblo en la arena. Será una operación de acordonamiento. Las columnas cercarán el lugar y entrarán con las primeras luces.

«¿Podré hacerlo? —me pregunto—. ¿Seré capaz de enfrentarme al enemigo cara a cara? ¿Qué

haré cuando la rabia o el terror lo impulsen a lanzarse contra mí?»

—¿Prisioneros? —pregunta un sargento al que no conozco.

—¿Tú qué crees? —pregunta Tolo, tras mirarlo fijamente. La reunión de oficiales termina. A Lucas y a mí siguen sin decirnos nada. Estéfano se acerca.

—Vosotros atraparéis a las mujeres.

Señala a un cabo mace llamado Tonel y nos ordena pegarnos a él. Un instante después Estéfano desaparece, armado. Tonel, de unos cuarenta años, tiene un ojo lechoso y brazos como barras de hierro. Otros seis forman a su lado, cuatro maces y dos aqueos. Guardan las picas y cogen cuerdas en las que hacen nudos corredizos con destreza y rapidez. Nadie nos da órdenes ni nos dice qué

hacer. Los otros no se han despojado de la espada, así que nosotros tampoco lo hacemos. Lucas se pone al paso con Tonel cuando echamos a andar.

—¿Qué hacemos con las mujeres?

El cabo se detiene.

—Bueno —empieza—, no vais a pedir las en matrimonio.

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

27

7

La fuerza de acordonamiento desciende del alcor en ligeras zancadas y se desplaza por el terreno como la sombra de la luna. Nunca he visto a unos hombres moverse tan deprisa y tan en silencio. Los pueblos afganos se proyectan en círculos, como los fortines, rodeados por un muro de ladrillos. Nuestros hombres saltan el de éste a decenas, como agua que se desborda de una presa. Lucas y yo los seguimos torpemente, tratando de no perder de vista a Tonel. Nuestro cometido es no matar a nadie; estamos demasiado verdes para que se nos confíe tal responsabilidad. Sólo hemos de acorralar a las mujeres y a los niños y retenerlos para venderlos como esclavos más adelante. Saltamos el muro a todo correr. Dos perros yacen despatarrados, con un tajo en el cuello; obra de nuestros compañeros para silenciar a esos centinelas. Dentro hay otro muro. El lugar es una colmena de patios de cocina y rediles para rebaños. Tropezamos con cabras y con jaulas de mimbre para pollos y gansos.

Ya suenan los primeros gritos, de nuestros hombres y de los enemigos. Los perros aúllan por doquier. A las casas afganas se entra por el patio. Éstas son de zarzos y bálago. Nuestros hombres prenden fuego a los tejados

e irrumpen en el interior. Nuestra horda corre hacia el barrio meridional de la villa. Tonel grita al tiempo que señala una hilera de chamizos pegados al muro.

—¡Cogedlos según van saliendo!

Matronas y rapazuelos abandonan en tropel las cabañas en llamas. Tonel y otros los azuzan hacia los corrales que hay a lo largo del muro. En cuestión de segundos, nuestro grupo ha atrapado a una docena y siguen saliendo más; todos chillan aterrados.

Me vuelvo hacia el pueblo. Los caballos llenan todas las callejas mientras nuestros enemigos salen disparados, descalzos y medio desnudos. Nuestros chicos los lancean con la media pica o los derriban de los ponis con garfios. Es a la vez extraordinario y espantoso ver con qué eficacia nuestros maces realizan esta tarea. Acaban con todos los varones de una familia sin apenas hacer ruido, con tal presteza que las esposas y los niños se quedan conmocionados, aturdidos. Es la forma de matar de lobos o leones, la fría matanza de un depredador. Es un trabajo. Nuestro grupo retiene a mujeres y chiquillos. A nuestros pies berrea una caterva de cabras y críos que se pega, aterrada, contra las paredes de zarzo del corral hasta el punto de que se comban y amenazan con irse abajo. Sigo sin saber qué se supone que tenemos que hacer. Echo un vistazo a Tonel, que se encuentra al otro extremo del corral. De repente una mujer saca algo de debajo de la ropa y se lo clava en el estómago.

Tonel no se mueve, simplemente baja la vista con gesto de sorpresa y luego la alza de nuevo hacia la cara de la matrona, que permanece paralizada ante él con una expresión igual de sorprendida. Lo ha apuñalado.

Tonel tiene empuñada la espada en la mano derecha. Sin apresurarse en absoluto, ase a la mujer con la mano izquierda por la tela del tocado y con un seco golpe le estrella el extremo de hierro del arma en el centro de la frente. Luego se vuelve hacia Lucas. Se ha oído el chasquido del cráneo de la mujer al partirse desde el otro lado del corral.

Al instante, todos los maces y aqueos empiezan la matanza de sus cautivos. En cuestión de segundos, veinte mujeres son cadáveres. La sangre mana de tal forma que parece que se hubiesen derramado a la vez grandes jarras de vino. No hay lucha ni forcejeo porque los macedonios ejecutan su labor con tal rapidez y de forma tan letal que a las víctimas se les quita la vida antes de que tengan tiempo siquiera de gritar. No es en absoluto un acto impulsado por el ansia de matar ni *Steven Pressfield*

proporciona satisfacción hacerlo. Por el contrario, es evidente la exasperación de los maces porque ese montón de mujeres podría haberse vendido por un buen puñado de dinero. El espanto me ha paralizado. Una cosa es contar semejante holocausto desde la segura distancia de un recuerdo y otra muy distinta presenciar cómo ocurre ante tus ojos. Una mujer afgana se aferra a mis rodillas mientras suplica a gritos. Dos niños entierran la cara en sus faldas.

—¡Rájala! —me grita una voz de hombre. Es uno de los maces que no conozco. Se llama Nudillos. Lucas se ha acercado a mí.

—Obedece, Matías!

Me vuelvo hacia él como en un sueño. ¿Qué esperan que haga? Desde luego, daño a esta pobre y desesperada madre, no. Un golpe me gira con violencia. Es Nudillos otra vez.

—¿Es que intentas matarme? —brama.

No sé de qué me habla. Me atiza un codazo en la mandíbula. Me tambaleo y veo que alza la espada sobre la matrona mientras los pequeños chillan aterrorizados. Lucas me saca de allí tirando de mí. Ahora estamos fuera de los corrales. Hay caballería mace por todas partes. Se ven enemigos a docenas que escapan a galope entre las colinas. Nuestros chicos salen en su persecución.

Huyo por las calles. Ahora estoy solo; corro a zancadas entre chamizos hechos con adobes. A saber cómo he perdido mi arma. Otros maces pasan a toda carrera, en parejas o en grupos de tres; acorralan a afganos en callejones sin salida y los despachan. Nuestros enemigos —es decir, esos carniceros que han masacrado a nuestros compañeros en el desierto— han huido todos. Los que quedan son del pueblo, los pequeños terratenientes nativos que les han dado refugio. Camino entre el caos de paredes desplomadas y carros volcados. Comprendo que he cometido un delito grave al dudar en los corrales de ovejas. Si una de esas tipas tenía un arma, todas tendrían. Había que tomar medidas de inmediato. Un soldado con el que no pueden contar sus compañeros es más peligroso que un enemigo. Eso lo tengo claro. Sigo corriendo. En una calleja veo a Amintas el zapador lanzar a un afgano por la espalda; apunta entre los omóplatos, pero cuando el hombre, tratando de huir, se encarama a un muro, la media pica de nueve pies se le hunde en la parte carnosa del trasero, atraviesa por la cavidad de

la pelvis y le sale por el vientre. El hombre chilla y cae hacia atrás; el astil se parte cuando el cuerpo del afgano empalado se retuerce. Las tripas del pobre tipo se salen por la espantosa raja que se le ha abierto al caer; se enredan en la escala que ha quedado debajo de él, aunque no es una escala propiamente dicha, sino un simple tronco de árbol descortezado con trozos de ramas a los lados, a guisa de peldaños. El hombre se afana en recoger las tripas y se las mete por el agujero del vientre sin dejar de chillar, aterrado. Doy media vuelta y echo a correr. En la calle tienen lugar más escenas de degollinas. Intento escapar de ellas por miedo a que ese horror me vuelva loco. Al mismo tiempo sé que mis camaradas se darán cuenta si huyo, así que busco una forma de que mi marcha parezca intencionada. Que esté solo y separado de mi unidad es una falta punible con latigazos; que haya perdido el arma significa la muerte. Y no voy manchado de sangre. Eso es todavía peor. Me delata. Todos los demás están pringados hasta las cejas. Me estrujo las meninges: ¿dónde encuentro algo de sangre con la que embadurnarme?

Una mano me agarra por detrás. Es Tolo. Me ha descubierto. Sin decir palabra me saca del callejón y me lleva a un patio de tierra. Media docena de maces llenan el sitio. Tolo me empuja a través de la entrada baja de una choza al interior de un abarrotado cuarto oscuro. Me arreo un trastazo tan fuerte en el cráneo con el dintel que casi me caigo redondo. Tolo me empuja hacia algo que hay en el centro del cuarto. Es un hombre. Un afgano de unos cincuenta años con unas trazas que impresionan y al que sujetan dos maces a los que no identifico. Al cautivo le han dejado sin dientes a golpes y la boca es una masa sanguinolenta. Está de rodillas. Tolo me agarra la mano derecha y me pone en ella la empuñadura de un destripador, como llaman al cópiele, una espada corta de tipo espartano.

No hace falta que dé una orden. Está claro lo que tengo que hacer. No puedo.

—¡Ventílatelo! —me grita Tolo. ¿Cómo? No tengo ni idea de qué tipo de golpe he de asestar. Los ojos del afgano se quedan clavados en los míos. Dice algo en su idioma que no entiendo. Noto *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

29

la hoja de Tolo rozándome el cuello. El viejo repite su maldición, ahora a gritos. Arremeto con la espada contra su vientre, pero no lo hago con suficiente fuerza y el hombre se retuerce hacia un lado al tiempo que chilla.

Noto que la hoja rebota en las costillas del viejo y resbala. Ni siquiera le he hecho sangrar. Tolo me suelta un bofetón y añade una sarta de obscenidades. Oigo reír a los hombres que tengo detrás y siento que la cara me arde de vergüenza. Los dos maces que sujetan al viejo lo vuelven a poner delante de mí. El hombre me escupe a la cara y me grita la misma maldición. Agarro la empuñadura con las dos manos y arremeto contra su vientre moviendo el arma de abajo arriba. Pero ahora he empujado con demasiado fuerza y la punta de la espada lo ha atravesado y asoma por detrás. Se ha quedado atascada entre las costillas, por la espalda, y no consigo sacarla. Oigo a los dos maces que tengo detrás desternillarse de risa. Tolo me atiza otra vez. Pongo el talón en el pecho del viejo y saco la espada de un tirón. La tripa se le abre, pero no por ello mengua una pizca su entusiasmo para escupirme e insultarme. Alzo el arma y la hundo, apuntando a la arteria del muslo del viejo, pero de algún modo no le corto a él, sino a mí mismo. Me abro un tajo en la pierna derecha del que mana sangre con una abundancia inimaginable. Estoy fuera de mí por la vergüenza, la mortificación, el miedo, la rabia y la angustia. Ahora hasta Tolo se ríe. Por si fuera poco, un perro ha entrado en el cuarto y se organiza un jaleo tremendo. El afgano sigue escupiéndome. Una forma surge en mi campo visual, por encima de mí y hacia mi izquierda. Más que ver, noto una mano que ase al viejo por el pelo; la forma asesta una cuchilla de revés, con fuerza, seguida de una segunda y una tercera. La cabeza del cautivo se desprende del tronco. Salpicaduras de la médula espinal manchan los pies del ejecutor. Es Bandera. Suelta la cabeza, que cae al suelo con un ruido que recuerda un melón reventado. Los maces sueltan el cuerpo descabezado, que se inclina en mi dirección arrojando borbotones de sangre por el agujero del cuello. Arrojo todo lo que he comido en los últimos tres días. Ya fuera, soy consciente del penoso espectáculo que ofrezco. A diferencia de mis compañeros, que tienen las manos y las pecheras embadurnadas como expertos trabajadores del matadero, yo estoy empapado de muslos a pies con sangre ajena y sangre propia y con vómito, meados y tierra. Lucas me restaña la herida. Identifico al coronel mace Buey cuando pasa por delante con varios oficiales y me mira con guasa y con desdén.

—¿Qué tenemos aquí? —inquire.

—Los nuevos reemplazos —contesta Tolo mientras sale de la choza. Buey sacude la cabeza.

—Los dioses nos asistan.

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

30

8

Esa noche me siento demasiado avergonzado para comer nada y Tolo tiene que ordenarme que lo haga. Me desnudo, pero no puedo lavar la ropa. —Quémala —dice Bandera.

Nuestra unidad se pone en marcha antes del alba; Lucas y yo montamos en *yaboos*, con las acémilas a remolque. Jinetes de nuestra unidad han estado toda la noche a la caza de los afganos que huyeron. Nos guían de un puesto de seguimiento a otro. El número de enemigos es de unos cincuenta, la mitad a caballo y la mitad a pie; aparte de los heridos y otros que se han quedado atrás para mantener la ocupación del pueblo así como para arrasarse otros dos asentamientos que hay valle abajo, nosotros somos más de doscientos, todos montados.

Cabalgamos durante dos días. A esta zona se la denomina *Lora balan*, es decir «piedras negras». Es una tierra baldía, sin agua, muy erosionada y surcada de crestones escarpados de basalto. Es como cabalgar por las calles de una ciudad. Se avanza por angostos cañones entre las paredes de los afloramientos que pueden tener los cursos cegados o secos o ambas cosas a la vez. Diez veces al día hemos de desandar el camino al llegar a un callejón sin salida. Nuestro grupo lleva guías afganos, pero sólo sirven para encontrar agua y forraje y la única razón de que lo hagan es porque si no ellos también morirían de hambre y de sed. Nuestras monturas estaban agotadas al acabar el segundo día. La persecución más parece una marcha de la muerte, porque al caer la noche nos desplomamos como cadáveres.

No he dormido desde lo del pueblo. Cuando cierro los ojos oigo gritar a las mujeres y veo al viejo caer encima de mí, descabezado.

He decidido no matar a inocentes, aunque no puedo decírselo a nadie, ni siquiera a Lucas. Lo he intentado, pero no quiere oírlo.

—¿Mataste a alguien en el pueblo? —pregunto la primera noche cuando nos metemos en el petate, apartados de los demás. Me contesta que no y le pregunto qué piensa hacer la próxima vez.

—¿A qué te refieres?

—A cuando pase algo así la próxima vez. ¿Qué harás? Mi amigo aparta la cobija de una patada.

—¿Qué voy a hacer? Te diré lo que voy a hacer. Exactamente lo mismo que harás tú: lo que me digan que haga. ¡Haré lo que Bandera y Tolo me manden!

Oye la ira que hay en su voz y aparta la vista, avergonzado.

—No vuelvas a sacar este tema, Matías. No quiero oír hablar de ello. ¡Pienses lo que pienses, guárdatelo para ti!

Y, arrebujiándose en la cobija, me da la espalda.

Pienso que somos como criminales. Cuando a un novato se le inicia en la confederación de asesinos, sus superiores le hacen cometer el mismo crimen que ellos. De ese modo, es tan culpable como ellos y no se puede volver en su contra. Es uno de ellos. Le digo todo esto a Bandera.

—Todavía sigues pensando —contesta.

Al mediodía de la sexta jornada remontamos una elevación y allí están: una desarrapada columna de fugitivos descalzos y a pie. Son alrededor de dos docenas que avanzan en fila india a lo largo de la base de un crestón de piedra negra. De lejos se distingue a los afganos de los maces porque una columna de las nuestras estaría erizada con los astiles de las picas y las moharras de las lanzas. Los afganos combaten con arcos y hondas, así como tres armas blancas —pequeña, mediana y grande—

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

31

que llevan colgadas, junto con la pitanza, en una especie de ceñidor llamado *gitwa*. Los afganos escapan. Cuando corremos hacia ellos, trepan como cabras y hacen rodar piedras tras de sí para provocar desprendimientos que empiezan como deslizamientos de chinarras y que se convierten en aludes para cuando llegan a nosotros, obligándonos a echar cuerpo a tierra sobre un pedregal. Una roca del tamaño de una olla del ejército me pasa silbando junto a la oreja, veloz como un proyectil lanzado por una honda. Los caballos no pueden subir por ese montón de guijarros, así

que hemos de seguir la persecución a pie. No conseguimos acercarnos a menos de cien pies del enemigo, que remonta la cresta y se esfuma.

Vamos tras ellos durante otros dos días, ahora a pie y llevando por las riendas a los agotados ponis. Nuestros guías han desaparecido. Nos hemos perdido. Ahora lo principal es encontrar agua; si damos con un hilillo a mediodía, no nos atrevemos a seguir la persecución muy lejos por miedo a

no encontrar más y no saber volver de noche al lugar en que sí había. Estamos acampando alrededor de un agujero cenagoso la sexta tarde cuando Bandera nos manda a mí y a los otros novatos a buscar un manantial. Voy solo por un cañón seco y giro en un recodo. A diez pies hay un afgano en cuclillas, cagando.

Mi primer impulso es disculparme. Entonces se me ocurre, con un absurdo desinterés, que es un enemigo. Se me queda mirando fijamente, tan paralizado por la sorpresa como yo. Quiero llamar a gritos a mis compañeros, pero no me sale la voz. El miedo me ha dejado mudo. El afgano se ha puesto de pie. Tiene unos treinta años, ojos negros y una barba tan espesa como un cepillo de almohazar. Estoy paralizado. Pienso que quizá podría asustarlo. Doy dos pasos al tiempo que blando mi media pica. Se le ve el miedo en los ojos. Traga saliva y luego se lanza contra mí. Antes de darme tiempo a pensarlo, el tipo ha esquivado la punta de la pica, aferra el astil con las dos manos y tira. Yo también tiro. Estamos trabados en un tira y afloja. Ahora el tipo se ha puesto a gritar. Se me ocurre que quizá estaba de guardia, que probablemente hay un campamento afgano a poca distancia, detrás del recodo.

Yo grito también. «¡Bandera! ¡Tolo!» El afgano suelta la pica y salta sobre mí. Parece haber olvidado que lleva armas. Cierra los dedos sobre mis cuencas oculares y me clava los dientes en un hombro. Rodamos por tierra, que es fina como polvo y está tan caliente como cenizas al sol. Ahora no estoy asustado, sino avergonzado. La idea de que vaya a morir de esta forma ridícula me hace reaccionar. Me libero de un tirón; tengo las dos manos vacías. Me siento desprotegido y me ciega la rabia por mi propia estupidez. El afgano ha encontrado su daga. Cojo una piedra del tamaño de una bota. El hombre amaga una cuchillada; siento que la hoja se me engancha en la capa al tiempo que le estrello la piedra en la cara con todas mis fuerzas. Oigo el chasquido de los dientes al romperse. Se tambalea y cae. Me lanzo sobre él con todo mi peso, esternón contra esternón. Le aplasto la tapa de los sesos con la piedra. En un visto y no visto. Oigo romperse el cráneo y una especie de sopa caliente se derrama a borbotones sobre mis dedos. Unas voces gritan por encima de mí. Tres afganos aparecen de pronto; justo en ese momento, Tolo, Trajos y dos merces que no sé cómo se llaman llegan corriendo por detrás de mí.

Dicen que el miedo es la emoción más primaria. No lo creo. Lo es la vergüenza. Lo que siento cuando Tolo pasa lanzado tras los enemigos es

una mezcla de alegría y de alivio porque mi superior me ha visto acabar con mi adversario, aunque lo haya hecho con torpeza, y también el respiro de haberme librado por fin de la humillación sufrida en el pueblo, al menos en parte. Más de nuestros hombres pasan corriendo. Me uno al grupo. Bandera y Lucas van a la cabeza. Experimento una gran euforia, no tanto por haber matado a un hombre como por haber sobrevivido a su intento de acabar conmigo. Desciendo por el cañón a la carrera. Bajo un rayo de sol se acurruca el campamento afgano. Nuestros compañeros caen sobre el enemigo como lobos. Me lanzo a la melé. Siento el frenético deseo de matar otra vez, lo antes posible y a tantos enemigos como pueda, no por estar sediento de sangre sino porque noto que el miedo paralizador surge de nuevo y amenaza con romper sobre mí como una ola en cuestión de segundos. Tengo que realizar un acto valeroso antes de que me arrolle. Paso lanzado ante un hueco en la pared del cañón; dos merces han atrapado en él a un afgano solitario, pero se mantienen apartados todo el largo del astil de las picas y lo azuzan con las puntas. Mi aparición da un vuelco a la situación. Como un solo hombre, los tres *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

32

ensartamos al pobre infeliz como un pez en un arpón. Atravesado, el afgano se retuerce, forcejea para liberarse de las picas enterradas en su vientre.

—¡Mátalo! —es el ridículo grito de los tres. Arrastramos al tipo de vuelta al cañón y sentimos cómo las puntas de las picas arañan contra la piedra. ¡Sus ojos son tan humanos! Es un hombre, no un animal. Su suplicio me parte el corazón. Un lanzazo del primer merce acaba con él y cuelga como un peso muerto. Mis compañeros brincan a su alrededor, un baile más de alivio del miedo que de triunfo. Grito algo y animo a mis compañeros a seguir con la persecución. Para mi sorpresa, me siguen.

El día acaba con una persecución a caballo en la que Estéfano y seis de nuestro merces acaban con los últimos fugitivos. Traen consigo a cuatro prisioneros. Hemos matado a diecisiete y hemos tenido una baja (el merce que pasó a mi lado corriendo en cabeza, junto a Tolo) y tres heridos, uno de ellos mi compañero Púgil, que se ha roto un tobillo en una caída. Se hace de noche. Los nuestros toman como recompensa las armas de los hombres muertos. Engullen el rancho del enemigo y se tuestan las espaldas alrededor de las ascuas de la hoguera. Dos afganos han muerto hoy a mis manos.

Después veré sus rostros en sueños. Después el remordimiento me atormentará. Después. Pero ahora me siento feliz. Siento orgullo mientras me froto los brazos con tierra afgana para quitarme la sangre de hombres que nos habrían matado a mí y a mis compañeros de haber podido. El sueño me sorprende sin remordimientos ni arrepentimiento. En mi vida había sido tan feliz.

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

33

9

A la vuelta, casi tardamos el doble en recorrer la distancia que nuestra columna ha cubierto en seis noches de persecución tras el enemigo; estamos completamente agotados, igual que lo están monturas y acémilas. Tenemos que reunirnos con las otras patrullas. No podemos avanzar como hace el halcón en su vuelo, sino que hemos de desviarnos de un pueblo a otro para llenar la tripa. Una de las fajinas de un novato es buscar comida y forraje. En nuestro grupo somos Lucas y yo los que nos encargamos de esa tarea. «¡Traed algo de cena! ¡Conseguidnos algo de comer!» Vemos que la práctica de «vivir de la tierra» es indispensable para la educación de un soldado joven. Le enseña a dar una paliza a civiles, a intimidar a granjeros y amas de casa. El joven aprende a arrancar tablas del suelo, a romper tejados, a sacudir a la gente. Le entrena a no dejarse impresionar por lo que vea, ni la abuela llorosa ni la esposa suplicante ni los mocosos hambrientos. Todos mienten. Todos tienen algo de pitanza.

Al noveno mediodía del viaje de vuelta a Artacoana, un mensajero llega a galope en el jaco más espectacular que he visto en mi vida. Es un capitán de los Compañeros de Alejandro que trae órdenes del mismísimo rey. Lo acompañan tres guías afganos a lomos de los petizos *yaboos*, que parecen sabuesos al lado del pura sangre del capitán. Sin embargo, esos ponis corren que se las pelan. Mientras el capitán conferencia con Tolo y Estéfano, la tropa acribilla a preguntas a los redrojos.

Nos dicen que Alejandro está aquí, en Artacoana. Al enterarse de la insurrección de Satibarzanes y de Espitámenes, el rey ha interrumpido su avance hacia el este. Dejando el grueso del ejército con su general Crátero, ha dado media vuelta con la caballería y la infantería ligera y ha cruzado casi ciento ochenta millas de desierto en tres días. El caballo rebelde ha vuelto grupas al verlo acercarse. Alejandro ha acorralado a las tropas de

infantería, trece mil hombres, en lo alto de la fortaleza natural llamada Pecho de la Madre. Si los insurgentes lo aceptan como soberano, Alejandro ha prometido que todos podrán regresar a sus casas en paz. El enemigo responde enviando un perro destripado, que significa «vete a la mierda».

Nuestras órdenes, despachadas por el capitán de los Compañeros, no son reunirnos con Alejandro en Artacoana sino marchar a toda velocidad hacia el sitio donde tuvo lugar la primera masacre, asegurar la posición y proteger los cadáveres de nuestros compatriotas de más profanaciones. Hemos de permanecer allí hasta que Alejandro termine lo que tiene pendiente con el enemigo y vaya en persona a rendir los honores debidos a los caídos. Dos de los afganos montados en *yaboos* nos guiarán.

Llegamos al lugar de la matanza tres días después, al anochecer. Es una estrecha garganta entre riscos de granito. Una mermada compañía de mercenarios arcadios protege el perímetro. Se ponen eufóricos al vernos llegar porque con nuestros efectivos mantendremos a raya a las catervas de mujeres afganas que ya han arramblado con el botín de la garganta y que aún vagabundean por lo alto de los riscos a la espera de una oportunidad para entrar disparadas y marcharse con alguna hebilla o moharra que haya quedado tirada y que vale una fortuna en este desierto por el bronce o el hierro con el que está hecha, por no mencionar su valor como trofeo. Los arcadios nos cuentan lo que les pasó a nuestros compatriotas. A los que sobrevivieron a la emboscada inicial los apalearon y los dejaron en cueros; el enemigo los tendió boca arriba en el suelo, despatarrados, atados a estacas brazos y piernas, y les clavaron largos cuchillos en los muslos

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

34

para abrirles heridas profundas, hasta el hueso. Les sacaron las entrañas, les arrancaron los ojos y les cortaron los genitales. Después los untaron con resina de terebinto —trementina— y les prendieron fuego. Todo esto mientras aún estaban vivos.

Nos enteramos por nuestros guías de que son las mujeres y los niños los que ha cometido tales atrocidades con nuestros compatriotas. Nos dicen que es la costumbre del país. Se entrega a los cautivos a las mujeres del clan para que se diviertan. Las tribus no hacen esto sólo con nosotros, sino también entre ellas mismas.

Los arcadios han reunido los cadáveres de nuestros compañeros en el centro del campamento. De ese modo se evita que las afganas se acerquen furtivamente al abrigo de la oscuridad y los desvalijen aún más. Los cadáveres están envueltos y nosotros, los recién llegados, no hacemos intento alguno de descubrir lo que hay debajo.

Al caer la noche nuestras asediadoras empiezan a entonar un lamento lúgubre. Es un ululato que pone la carne de gallina; empieza a un lado de la garganta y le responde un coro igualmente espeluznante desde el lado opuesto. Poco después todo el paso resuena con el lamento de una atroz cacofonía primitiva.

—¿Eso lo hacen chacales o personas? —pregunta Pulga.

—Los aullidos de chacales sonarían más humanos —dice Lucas.

La noche es cálida pero todos estamos temblando. En los campamentos es costumbre que sólo los novatos monten guardia; esta noche los veteranos también hacen turnos. En algún momento de la tercera guardia, una arpía afgana muere a manos de dos de los caballerizos de Buey; se había arrastrado sin que los centinelas la vieran hasta los caballos estacados, a uno de los cuales estaba a punto de desjarretar, a tiro de piedra de la tienda del comandante. Al amanecer, a mí y a otros cuantos más nos destacan para trasladar los cadáveres de nuestros compatriotas a un sitio más seguro del campamento. Agarramos la primera forma envuelta para levantarla; cae en trozos, libre de la envoltura, a nuestros pies. A ese hombre lo habían decapitado y le habían cortado las piernas por las rodillas.

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

35

10

Nuestra columna regresa a Artacoana y se encuentra con la ciudad baja abandonada y la ciudad alta reducida a escombros. En nuestra ausencia los nativos se han alzado y se los ha aplastado. Al este de las colinas, el asedio del Pecho de la Madre ha terminado. Alejandro y su cuerpo de élite ya han emprendido la marcha hacia el sur, a Drangiana, en persecución del rebelde Barsaentes y del comandante de caballería Espitámenes.

Nos enteramos de que son hombres de Espitámenes a los que nuestra partida ha estado persiguiendo. La masacre original fue obra de él. Por orden suya, se traicionó a nuestros pobres compatriotas; por orden suya, se los entregó para que los mutilaran.

¿Dónde está ahora? Ha huido de nuevo.

Nunca había visto una ciudad arrasada. El callejón donde estaba la tienda de nuestro zapatero ha quedado reducido a cascotes y cenizas. El barrio de las curtidurías es un montón de ruinas; los milanos y las jaurías de perros salvajes se han adueñado de los barrios de los ricos. Sólo los parques han salido incólumes. Están llenos de campamentos de tiendas; muchachas que acarrear agua en jarras de barro van y vienen del río.

Nuestra columna de reemplazo sigue sin incorporarse a las tropas de Alejandro. En cambio, nos reuniremos a las divisiones pesadas bajo el mando de Crátero, que han vuelto a Artacoana en pos de Alejandro. El tren de asedio está cargando ahora para viajar al sur; es su artillería la que ha arrasado la ciudad. Examinamos el trabajo que ha hecho. La mitad de la muralla de la ciudad está reducida a polvo; quedan los armazones de troncos que escudan las trincheras desde las que nuestros ingenieros y topos han excavado sus zapas. En el suelo hay una docena de grandes catapultas de largo alcance quemadas y rotas; al parecer es el resultado de las salidas a la desesperada del enemigo. Todo el pinar de la cima del Pecho de la Madre está carbonizado y sólo quedan cenizas. A nuestra unidad le conceden diez días libres para descansar y volver a equiparse. Nos dan permiso para subir a la Ciudadela a echar un vistazo. Se notan los callejones donde el enemigo se había parapetado tras carretas y montones de cañizo y zarzo. Las sucesivas murallas, que no son de piedra sino de adobes, aparecen resquebrajadas como castillos de niños. Esqueletos carbonizados de enemigos cubren el suelo de las habitaciones, tan negras como el interior de una herrería; al caminar, trituras huesos quebradizos.

Salimos fuera para contemplar el Pecho de la Madre. Es un afloramiento rocoso espectacular por lo defendible, más resistente que la propia ciudad. Densos bosques tachonan sus flancos. Unos riscos escarpados son su fachada por el oeste y un curso seco marca la pendiente oriental, que no es tan escarpada. Vemos los puntos donde Alejandro ha cortado esas vías de escape para dejar atrapado al enemigo y en qué otros ha congregado a sus tropas a lo largo de los precipicios. Esperó

a que el viento soplara del oeste y entonces ordenó a sus zapadores que aclararan las densas y reseca pinadas. Dejó una vía de salida en el flanco oriental, donde la configuración del terreno, como un embudo, encauzó al enemigo en fuga hacia un desfiladero rocoso; situó a sus hombres con jabalinas en un terreno alto próximo y a su caballería en los flancos, más

abajo. Tenían órdenes de no dejar escapar a nadie. Cuando la ciudad cayó al día siguiente, nuestros chicos pasaron por la espada a todos los hombres en edad de combatir y vendieron como esclavos a mujeres y niños. Crátero tiene órdenes ahora de hacer pagar a la región su complicidad en la revuelta. Nuestra *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

36

unidad se ha integrado en sus tropas. Actuaremos como fuerzas de bloqueo. Hay once pueblos diseminados por el valle y la misión de nuestras compañías es cortar cualquier vía de escape. Los hombres de Crátero se encargarán de los pueblos.

Jamás había visto guerreros tan aterradores como éstos. Están cortados por el mismo patrón que Bandera, Tolo y Estéfano. No hacen alarde de sus proezas. Para ellos, esto es un trabajo. Son los veteranos que aprendieron el oficio en las guerras balcánicas bajo el mando del rey Filipo; ya eran tipos curtidos cuando Alejandro era un niño. Habían derrotado a Atenas y a Tebas y habían humillado a la poderosa Esparta. Persia y su imperio habían caído ante ellos. Las victorias de Gránico, Iso y Gaugamela eran sus trofeos; fueron ellos los que saquearon Tiro y Gaza, los que tomaron Babilonia, Susa y Persépolis.

Estos pueblos afganos son morralla para ellos. Acordonan dos en una mañana y los han reducido a cenizas para el mediodía. Los enemigos caen ante ellos como espigas de trigo; no les sirve de nada esconderse en graneros o pesebres porque los hombres de Crátero los sacan a rastras y los destripan al instante. Los ancianos les hacen frente, indignados, y maldicen a los invasores en un lenguaje que ellos no entienden ni les importa no entenderlo. Los maces los hacen hincar la rodilla y los despedazan como a puercos. Es un trabajo de granjero. La matanza. Lucas y yo observamos con horror desde nuestros puestos en el perímetro. Lo más espantoso es el clamor de las mujeres, reunidas para la caravana de esclavos. Aúllan como animales; nada puede callarlas. Suben al cielo plegarias entre remolinos de polvo y columnas de humo negro. Conducimos a los fugitivos como si fueran ganado. A los que escapan se los dejamos a los lobos y los cuervos. Chiquillos silenciosos miran con los ojos desorbitados, negros como la muerte, mientras que las viejas, cubiertas las cabezas con tocas negras, alzan las manos al Todopoderoso para que su maldición caiga sobre nosotros.

La operación nos ocupa once días. Cuando regresamos a Artacoana, los ingenieros han trazado una nueva ciudad. La metrópoli, que se llamará Alejandría en Aria, es una muestra de la sagacidad de nuestro joven rey y de su apreciación en cuanto a la debilidad y la codicia del enemigo. Todos los afganos nos parecen iguales a los milicos; no sabemos distinguir uno de otro. Pero Alejandro es más astuto para sacar conclusiones. Ve este país como un corral del diablo, con sus clanes y *khels* contendientes que llevan siglos guerreando entre sí. Las tribus del sur de Aria ambicionan este valle desde hace mucho tiempo, un valle que ha permanecido bajo dominio persa, sus odiados rivales del norte. ¿Por qué no dejar que unos nuevos gallos del corral lo intenten? ¿Por qué íbamos los maces a malgastar sangre y dinero para suprimir a los autóctonos? Que sus enemigos hagan el trabajo por nosotros.

Alejandro hace pública la llamada y no sólo para albañiles, carpinteros y carreteros, a quienes prometió trabajo por un salario insólito en estos reinos, sino también para colonos y pioneros. A estos últimos les prometió tierras y pastos, derechos de paso, garantías de exclusividad para comercio e intercambio. Las tribus meridionales acuden en masa, delirantes ante la perspectiva de dominar a sus adversarios del norte. En cuestión de días, el sitio de la construcción queda desbordado por todos los hombres sanos de las tribus de la región y la mitad de las mujeres respetables, que sirven como cocineras, alfayates, lavanderas, enfermeras, buhoneras, costureras, función ésta vital porque hacen tiendas, fundas para fardos, petates, cinchas y cestos. También pululan por aquí hembras desheredadas —las *peshnarwan*, o «abandonadas»— para ejercer funciones que sus más afortunadas semejantes no harán.

El plan de nuestro rey funciona. Lo que hace unos días fuera el lugar de la espantosa masacre del valle se ha convertido en una floreciente ciudad en crecimiento. Los recién llegados han desplazado a los antiguos moradores y todos ellos le deben su buena fortuna a Alejandro. Hay trabajo de sobra. Esperanzas y salarios son grandes. Con tanta o más maña que poderío, nuestro rey ha puesto al país de rodillas ante él.

A las unidades del ejército que no se dedican a proporcionar seguridad a la construcción —es decir, nosotros (las brigadas de Crátero han marchado al sur para alcanzar a Alejandro y sus tropas de élite)— las tienen muy ocupadas con incursiones nocturnas para acabar con los últimos rastros de

resistencia. Atacamos valle abajo, los mismos pueblos que los hombres de Crátero devastaron *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

37

antes y a los que los hijos afganos que huyeron a las colinas regresan al caer la noche para visitar a sus madres y esposas para que les curen heridas y para conseguir comida y noticias. Echamos abajo las puertas a patadas y los sacamos a rastras a la noche. Se ha dado orden de no pasar por la espada a los cautivos delante de sus mujeres. Hay que llevarlos al desierto y desperdigar sus restos para que sean irreconocibles; esto provoca un terror más duradero a causa de las creencias nativas sobre la existencia de *djinns* y demonios. El olor a sangre atrae a los lobos, que se alimentan con la carroña de los cadáveres. Las manadas han aprendido a seguirnos. Los ojos amarillos relucen con la luz de las antorchas y es imposible espantarlos, ni siquiera cuando se los acribilla a pedradas. El que más detesta este trabajo es Lucas. Tiene los ojos hundidos y con ojeras.

—¿Somos más civilizados que el enemigo? —pregunta una noche, cuando los jóvenes nos tiramos despatarrados al suelo, exhaustos, al lado de algún camino, a la vuelta del trabajo de la tarde—. ¿En virtud de qué definición nos llamamos a nosotros mismos soldados y salvajes a nuestros adversarios?

Púgil advierte a Lucas que baje la voz. Los oficiales podrían oírle y pensar que está de parte de los afganos.

—Que les jodan a los afganos —responde Lucas—. Me importa una mierda lo que les pase a esos cobardes asesinos. Hablo de nosotros. De ti y de mí, Púgil... Y de Matías y Trapos y de todos los jóvenes milicos a los que nos han arrojado a este infierno. ¿Qué nos está pasando?

Lo que nos pasa está claro, aunque ningún novato aparte de Lucas tiene las pelotas de decirlo en voz alta: hemos entrado en un crisol del alma, en el horror de la guerra, y eso nos cambiará. Ya lo ha hecho. ¿Dónde acabará? ¿Quiénes seremos entonces? En mi caso, siento su peso a lo largo de toda la noche dentro del cráneo en forma de escenas de carnicería que se representan a sí mismas con tal derroche de horrores macabros que no me atrevo siquiera a cerrar los ojos.

—Una parte de mí se muere y algo malo crece en su lugar —dice Lucas—. No sé qué es, pero me da miedo y lo odio. Yo me doy miedo y me odio.

Lucas nos llama la atención hacia nuestra posición en la formación de jinetes. Nos ha visto alejarnos de la primera línea, donde se lleva a cabo la matanza. Tiene razón. La escalofriante crudeza de la guerra nos ha afectado a todos. Muchos no pueden dormir. Otros se han atrincherado tras el silencio y el aislamiento.

—Todos pensamos lo mismo —dice Lucas—. ¿En qué me he metido? ¿Podré aguantarlo? ¿Me volverá loco?

Lo veo en todas las caras; nos estamos planteando preguntas: «¿Cómo puedo salir de esto? ¿Qué

tendré que hacer para que me manden a casa?»

—Todos no —responde Púgil.

—Trapos y Pulga lo respaldan.

—¿Y qué me dices de ti, Matías? ¿Cómo puedes soportar esto?

—Por mi padre y mis hermanos —contesto con sinceridad, aunque ni siquiera lo había pensado hasta este momento. Los tres son soldados y héroes. Preferiría morir antes que demostrar que no soy digno de ellos. La vergüenza por mi fracaso en el primer pueblo (y otras reacciones de repulsa e indecisión desde entonces) me han hecho ser, si acaso, más crítico conmigo mismo para desechar las dudas, para ser un soldado, para rechazar argumentos tales como los que expresa ahora mi amigo—. No podemos permitirnos pensar así. ¡Así es la guerra, Lucas!

—Sí —contesta mi amigo—. Pero ¿qué clase de guerra?

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

38

LIBRO II

OceanofPDF.com

UN NUEVO TIPO DE GUERRA

11

Alejandro entra por un lateral y sube al estrado de un salto atlético. Se alza un murmullo en la compañía. ¡Aquí está!

Un viaje de veintiséis días nos ha traído a Frada, al sur de Afganistán. A nuestra derecha, la columna bordea el Dasht-i-Margo, el Desierto de la Muerte. A la izquierda, se alzan las estribaciones de las cumbres del Paropamiso («sobre las que el águila no puede volar») y, más allá, las ensilladas del Hindu Kush. Divisamos los picos a cien millas de distancia, cubiertos ya con un manto de nieve. Aquí, en la vía militar, la grava que se pisa provoca ampollas en los pies. La noche está plagada de víboras y escorpiones.

Es otoño. Ha empezado a soplar el Bad-i-sad-o-bist-roz, el «viento de los ciento veinte días». Durante cuatro días en Frada, nuestras compañías — los maces que nos integraremos en las tropas regulares— han formado al amanecer para oír la arenga del rey. Durante cuatro días Alejandro no aparece. Nos retiramos abatidos, inclinados para aguantar las ráfagas abrasadoras del vendaval. Lo que hace de Afganistán un lugar tan penoso es que no tiene cobijos. El viento baja de las montañas aullando sin que haya siquiera una ramita que frene su impetuoso avance. El paisaje es espectacular, pero su belleza —si es que se la puede llamar así— es rigurosa e implacable. No hay árboles que intercepten la lluvia, que desciende —cuando lo hace— en proporciones inimaginables. En la estación calurosa tienes que cubrir cualquier superficie de metal expuesta al sol. Si la tocas sin protegerte, te levanta unas ampollas impresionantes. Ahora le toca al viento. Marchar con semejante vendaval es como caminar por un túnel. El universo se limita al estrecho espacio que hay entre los ojos resguardados y el petate del hombre que camina delante. ¿Dónde estamos? Como es habitual, nadie nos lo dice. En un declive de algún lugar al este del lago Seistán, un tipo de aspecto pintoresco alcanza la columna con una carreta tirada por dos mulas. «¡Hola, en la calzada!», brama mientras intenta aprovechar el impulso cogido cuesta abajo para dejar atrás el atasco. Nos apretujamos en el arcén. El viajero es un cronista, uno más de la cohorte de aprovechados historiadores que se han pegado al grupo de

Alejandro con *el* compromiso de documentar para la posteridad todas las hazañas de la expedición. Los soldados adoran y odian a esos Horneros de medio óbolo, a los que ven como espectadores que presencian desde sitio seguro lo que ocurre en el escenario donde ellos, los combatientes, derraman sangre de verdad. Aun así, esos ratones del punzón están aquí con nosotros, tragan el mismo polvo y se sacuden de las botas las mismas serpientes. Además, están al tanto de las noticias.

—¡Eh, «rayacera»! —le llama Tolo—. ¿Qué novedades hay? El cronista se anima al oír el acento del sargento.

—¿Sois maces? —Toda la columna es de aqueos y licios—. ¿Qué hacéis en retaguardia?

—Dínoslo tú, que eres el que está al corriente.

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

39

—¿De dónde sois?

Ésta es la pregunta que todos los cronistas hacen a los soldados. Nos convierte en bobos, como les debe de ocurrir a cualquier otra tropa de milicos estúpidos. Gritamos el nombre de nuestras ciudades, como si pensáramos que nuestro nuevo amiguete las va a apuntar en sus despachos y nos hará famosos.

El cronista se llama Costas y tiene el porte refinado de un actor o un músico; el del tipo guapo y con labia que no ha tenido que arrimar el hombro en su vida. Como muchos de sus colegas, aparenta un aspecto soldadesco; lleva capa y gorro militares, éste con ala flexible.

—¿Por qué no escribes un libro sobre nosotros? —le dice Trapos—. Somos el verdadero ejército.

Lo haría, pero ¿quién iba a leerlo? —ríe el cronista. La columna prosigue su marcha hacia *el* sur de Frada. Por fin, al quinto amanecer, el estandarte de nuestro rey aparece. Pajes reales y caballeros de la Guardia Real nos trasladan de nuevo al interior de una empalizada cubierta, a sotavento de una escarpa, un sitio que ha sido palenque para subastas de caballos. El vendaval amaina. Alejandro entra.

Es como si el sol se hubiera descolgado por una cuerda. Todo abatimiento se disipa; la luz del día, que ha sido deslucida y pálida, se vuelve dorada y brillante. No esperaba que nuestro señor fuera tan apuesto. Lleva una sencilla capa de caballería sin insignia de rango ni de realeza. Es

más alto de lo que me imaginaba. «Así es como tendría que sentirse uno en presencia de Perseo o Belerofonte o del propio Aquiles», pienso. Estallan las aclamaciones y no cesan a pesar de los brazos extendidos del rey y sus requerimientos de silencio. Sonríe. El gesto le hace parecer increíblemente joven. Su porte atlético aumenta la impresión de mocedad y los atractivos rasgos, rasurados, incrementan la sensación de juventud y vigor.

—¡Caballeros! —Más que oírle, le leemos los labios porque es imposible oír nada con semejante clamor—. Amigos míos, por favor...

Cuando disminuye el alboroto, Alejandro nos da la bienvenida y nos anuncia que ya no somos reemplazos, sino soldados de la fuerza expedicionaria. Empezaremos a recibir paga de combatientes desde la fecha de nuestra llegada a Artacoana y todos los gastos de la marcha nos serán reembolsados. Nos asignarán a regimientos. Por primera vez presencio esa facultad del rey sobre la que tanto se ha comentado, y que es su capacidad para conocer rostros y recordar nombres. Recorre con la mirada las filas delanteras y saluda a conocidos por su nombre o patronímico, se refiere a hermanos o padres que han servido en las unidades desde su inicio con fáciles comentarios jocosos y exhorta a los recién llegados a que estén a la altura de la fama de sus mayores.

—¡Creedme, hermanos, todavía queda mucha gloria que ganar... y mucho botín!

El recinto estalla de nuevo en aclamaciones. Alejandro habla brevemente de la campaña actual y presenta su plan para las operaciones que tendrán lugar. La lucha, dice, acabará pronto. Sólo queda la persecución de un enemigo que ya ha emprendido la huida y matar o capturar a comandantes que ya están derrotados. Se compromete a que nos habremos marchado de aquí para el otoño y seguiremos hacia la India, cuyas riquezas y saqueos empequeñecerán hasta el basto tesoro de Persia.

—Dicho esto —añade Alejandro—, a ningún enemigo, por muy primitivo que sea, hay que tornarlo a la ligera, y nosotros no cometeremos ese error aquí.

De un momento a otro su expresión se torna grave. Se adelanta hacia el borde de la plataforma, que ha sido el estrado del subastador, y sale al reborde, como para estar lo más cerca posible de sus tropas neófitas.

—Amigos míos, a pesar de lo breve que ha sido vuestra estancia en los reinos afganos no se os puede haber pasado por alto que aquí estamos librando un tipo de guerra distinto. Algunos de vosotros podéis tener la

sensación de que esto no es para lo que habíais firmado. Que éstos no son los campos de gloria con los que habéis soñado. Entended una cosa: las acciones que realizamos en esta campaña son tan legítimas como las llevadas a cabo en cualquier otra. Ésta no es una guerra convencional. Tiene poco de eso. Por ello hemos de luchar de un modo nada convencional.

»Aquí, el enemigo no se enfrentará a nosotros en una batalla campal, como hicieron otros ejércitos a los que combatimos en el pasado, sino en las condiciones que elegiré. Para nosotros su *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

40

palabra no tiene valor. Viola las treguas por costumbre; traiciona en la paz. Cuando lo derrotamos, no acepta nuestro dominio. Vuelve una y otra vez. Nos odia con una pasión tan intensa que sólo la aventajan su paciencia y su capacidad de sufrimiento. Sus niños y sus ancianos, incluso sus mujeres, contienden contra nosotros como combatientes. Sin embargo, no lo hacen abiertamente, sino que se presentan como inocentes y hasta como víctimas que buscan nuestra ayuda. Cuando mostráis compasión, atacan con sigilo. Todos habéis visto lo que nos hacen cuando nos cogen vivos.

»Tened en cuenta, amigos, que he hecho ofertas buenas y generosas a los pueblos nativos. No quería causarles daño, pensaba hacerlos nuestros aliados y amigos. Aborrezco este tipo de lucha. Si existiese una alternativa, la tomaría sin pensar. Pero el enemigo no lo permitiría. Ya hemos visto sus métodos. No tenemos más opción que adaptarnos a él.

El rey habla de fuerza de voluntad... la nuestra y la del enemigo. El enemigo, afirma, no tiene posibilidad de vencernos en el campo de batalla, pero puede socavar nuestra resolución con su obstinación, su encarnizamiento; si consigue espantarnos con su barbarie, entonces puede, si no derrotarnos, sí evitar que lo de notemos. Nuestra fuerza de voluntad tiene que sobrepasar la suya.

—Los tipos de operaciones que ahora nos vemos obligados a emprender, métodos de persecución, de captura e interrogatorio, el trato a los mal llamados no combatientes, todas esas acciones que abordamos en este lugar... también son actos de guerra. Y vosotros sois los guerreros que los llevan a cabo. Dicho lo cual, no soy insensible al hecho de que no pocos de vosotros tenéis padre y hermanos que han buscado y encontrado la gloria en una clase de guerra totalmente diferente y que quizá no tengáis aguante para esta otra, más dura y menos ilustre. No es mi intención obligaros.

Tampoco voy a forzar una votación verbal en el acto, porque sé que, con el peso de la influencia de vuestros compañeros, muchos apoyarían con entusiasmo cualquier pauta de actuación que yo sugiera, y esto intimidaría a otros y los arrastraría, como uno de los caudalosos ríos afganos, hacia un curso que en *el* fondo de su corazón no desean seguir.

»En consecuencia, esta asamblea finaliza. Dejemos pasar la noche y el día de mañana. Tomaos tiempo para pensarlo, para consultarlo con el corazón y para discutirlo con los amigos. Decidid qué

queréis hacer. Entonces, habladlo en privado con vuestro sargento o vuestro brigada. Si pensáis que no podéis participar en esta guerra, el ejército encontrará otros puestos donde podáis ser útiles, ya sea en suministro, apoyo o guarnición o, si así lo deseáis, podréis uniros a las columnas que vuelven a casa, sin rencores y con la paga completa por el tiempo que hayáis estado en servicio, incluido el viaje a Macedonia. La paga completa y bonificaciones para los que se queden. Al oír esto la asamblea estalla en vítores. Alejandro tiene que pedir silencio de nuevo.

—Pero si elegís quedaros, amigos míos, sabed lo que exijo de vosotros: que os comprometáis de todo corazón con esta empresa. Nada de quejas. Nada de echarse atrás. Que luchéis junto a vuestros oficiales y compañeros; que luchéis junto a vuestro rey. Sabed que mi propósito es conquistar todas las naciones antes sometidas al trono de Persia. Eso significa la India. Significa Afganistán. No os equivoquéis; este país es vital para nuestra causa. Constituye la puerta al Punjab, la vía indispensable entre el este y el oeste; hay que someterlo antes de que podamos seguir adelante.

»Y quizá más importante es que las estepas bactrianas han sido durante siglos la ruta de invasión para los nómadas escitas. Esos bárbaros han devastado este país una y otra vez. Salen repentinamente de las tierras agrestes y huyen de vuelta a ellas. A lo largo de la frontera, hace doscientos años, Ciro el Grande erigió una barrera de fortines para impedir el paso a esos salvajes. Aquí cayó él, abatido por los jinetes de las tribus que llamamos masagetas. Fracasó. Nosotros no lo haremos. Perseguiremos a los bárbaros hasta sus refugios e infundiremos tal terror que tendrán que suplicar la paz. Hay que asegurar nuestra posición en este país. Para conseguir eso estáis aquí y eso será lo que haremos. Una vez ultimada la tarea, cruzaremos por el Hindu Kush a la India, donde no sólo espero encontrar riquezas que excedan incluso las que ahora poseemos y hacer que

pasen a nuestras manos, sino a un enemigo con honor y un tipo de guerra más noble.

»Pero antes de la India está Afganistán.

»Eso es todo, amigos míos. Dadle comida al estómago y encontrad un sitio donde descansar los huesos. Sé que las adversidades a afrontar en este campo de batalla no son las que esperabais. Pero sois hijos orgullosos de una nación célebre. Al igual que vuestros padres y hermanos superaron

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

41

cualquier fuerza que se les opuso, ya fuese humana o de la naturaleza, también los haréis vosotros, no temáis. Mañana os incorporaréis a vuestros regimientos.

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

42

12

Al grupo —Lucas y yo y nuestros compañeros Trapos y Pulga— nos han asignado al regimiento de los Compañeros de a pie a las órdenes de Coeno y del señor persa Artabazo o, para ser más exacto, a éste y a su «columna volante». Al día siguiente formamos filas para reconfigurar la tropa. Alejandro ya ha emprendido la marcha; sus unidades rápidas se han dirigido hacia el sur, en dirección al valle de Helmand y a la que llegará a ser ciudad de Kandahar. La división de Coeno es la segunda más importante del ejército, aventajada sólo por las brigadas de élite de Alejandro. Los regimientos de falanges se estructuran conforme a una jerarquía de prioridad y prestigio. En un orden convencional de batalla, la brigada de rango superior ocuparía el puesto de honor en el extremo derecho de la línea, a continuación de la Guardia Real y de los Compañeros de caballería de Alejandro. En esta nueva guerra, un puesto de honor significa que te encomiendan las operaciones más difíciles y arriesgadas contra los componentes más duros del enemigo.

Eso no es una buena noticia. Y para nosotros, los novatos, es peor. Encajados en la línea decimosexta, Lucas y yo estamos condenados a tragar polvo todo el día en la columna y a entrar agotados al campamento horas después de anochecer, cuando todo el guiso caliente se ha terminado y no queda un solo sitio seco donde tumbarse que no esté ya ocupado. Como

«cebollinos», somos esclavos de cualquiera superior en rango (lo que significa la totalidad del regimiento) y hemos de arreglarles el equipo, conseguirles como sea comida y leña y hacer su guardia además de la nuestra. Lo que es peor, estamos enfermos. Lucas tiene almorranas y diarrea. Yo, lombrices, y las plantas de los pies hechas trizas. Para colmo, nos hemos separado de Bandera, Tolo y Estéfano, que han vuelto a sus antiguas unidades. ¿Qué vamos a hacer? Desesperados, nos acercamos a nuestro sargento mayor, al que los hombres llaman Bálago por la espesa y gris mata de pelo y, haciéndonos propaganda de excelentes jinetes de la renombrada caballería de Apolonia, solicitamos que se nos transfiera a la unidad de exploradores montados.

—De modo que sois jinetes ¿verdad? —inquieta nuestro nuevo jefe.

¡Somos centauros!

—Destacados —dice... Y nos asigna como arrieros con la impedimenta. Ahora sí que estamos bien jodidos. Como arrieros, tenemos que levantarnos tres horas antes de amanecer y preparar la recua, viajar en el culo de la columna todo el día y después trabajar duro hasta la medianoche acomodando mulas y asnos. Al viento de ciento veinte días todavía le quedan noventa y uno para terminar, según nuestras cuentas. La desesperación habría acabado con nosotros de no ser por el milagro que nos espera en Kandahar.

Mi hermano.

Elías me encuentra en la ciudad. O, para ser más exacto, Estéfano lo encuentra a él y los dos nos rastrean a Lucas y a mí por el bazar.

¡Qué alegría verlo! Elías sonrío de oreja a oreja.

—¿Pero es éste nuestro pequeño filósofo? —Me sujeta con los brazos extendidos ante sí para comprobar cuánto he crecido (tenía quince años la última vez que nos vimos) y después me da un abrazo que por poco no me despachurra. Mi hermano llora. Y yo también—. No esperaba volver a verte —dice.

—Ni yo a ti.

Mi hermano es una celebridad. Dos Leones de Plata y uno de Oro tachonan su capa escarlata de *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

43

los Compañeros de caballería; en el cinturón, de piel de serpiente, hay tantos «salivajos» —

remaches de hierro, uno por cada enemigo abatido— que parece que es de metal. Su montura (la séptima, nos dice, desde que se marchó de Macedonia) es una preciosa yegua castaña con cordón blanco y las cuatro cañas blancas, a la que llama *Meli*, que significa «miel». Tiene otros dos caballos en su reata, unos castrados más preciosos incluso y, por si fuera poco, una bellísima amante afgana; la conoceré esta noche, cuando lo celebremos. Por lo visto, Elías sólo se queda un día más en la ciudad. Después, su compañía y él —es un brigada de las operaciones de avanzada—

tienen que dirigirse al norte, valle del río Arghandab arriba y entrar en las montañas; buscarán alianzas y compromisos de suministros con los *maliks* locales.

—Entonces ¿el ejército va a seguir adelante? —pregunta Lucas para verificar los rumores que se oyen hace días.

Elías confirma que el propósito del rey es cruzar el Hindu Kush antes de que la nieve cierre los pasos. Invadirá Afganistán por el sur —no por el norte, como se había planeado anteriormente— y atacará a Beso y a Espitámenes en la estepa bactriana.

—Agenciaos una pellica y unas botas resistentes para la nieve. Dicen que el paso más bajo está a dos millas de altura.

Elías nos deja en el mercado. La faena que nos ha asignado Bálago para hoy es alquilar dieciséis mulas más.

—Traedme bestias que carguen peso —nos ha ordenado el jefe por la mañana a Lucas y a mí.

—Sí, sargento mayor.

—Y, chicos...

Nos volvemos.

—Escoged algunas que tengan aspecto apetitoso. Por si acaso hay que comérselas. La columna, tal y como está configurada ahora, emplea treinta mil caballos y mulas. Pero todos se han alquilado en Frada y en los pueblos situados a lo largo de la ruta occidental. Sus propietarios no nos permiten llevarlos al otro lado de la montaña por miedo a perderlos por el frío o a manos de los bandidos y ellos tampoco acceden a subir con los animales. Por eso los exploradores adelantados del cuerpo de reconocimiento avisaron que se necesitaban más. La región respondió. En el litoral frente al pueblo de Gram Tal, el mercado de ganado se extiende a lo largo de millas. Tiendas y *bichees* —sobretechos de tres lados hechos con piel de cabra cosida— se

alinean en calles, como si fuese una ciudad. Aquí se ha reunido a todos los camellos, *yaboos* y mulas existentes en cien millas a la redonda junto a sus dueños que los ofrecen en alquiler. Si te preguntas qué diferencia hay entre el caballo y la mula, es que a la mula es más fácil pillarla. Eso no es ninguna tontería cuando se carga a los animales en medio de la oscuridad. Las mulas son más apacibles que los caballos. Se crean adhesiones en los grupos, de modo que puedes estacar a la cabecilla y a las demás dejarlas libres. Las patas delanteras de las mulas son más largas que las de los caballos; no se clavan en las pendientes y no se les rompen los huesos con tanta facilidad. Las mulas son menos propensas a ponerse nerviosas y a asustarse. Un caballo atorado en un ventisquero se afanará para liberarse hasta que el corazón le estalle; una mula tiene el sentido común de quedarse quieta y esperar a que la ayuden. Sin embargo, las mulas son más testarudas. Un caballo es leal; si te caes y te rompes una pierna, una buena montura se quedará pegada a ti sin moverse. Una mula te dirigirá una de esas miradas que te dicen «lo siento, tío» y se marchará a trote vivo.

Si os preguntáis qué hace al ejército de Alejandro superior al de todos sus rivales, entre otras cosas se debe a esto: nadie os dirá nunca nada. Uno tiene que deducirlo todo por sí mismo. Así se estimula la iniciativa. En otros ejércitos, milicos como Lucas y yo se quedarían parados sin hacer nada sin órdenes de sus superiores. En las unidades de Alejandro, un sargento está tan dispuesto a asumir responsabilidades como un capitán, y un guripa tanto como un sargento. Pero ¡ay! Este tipo de iniciativas se vuelve ahora contra nosotros, ya que cualquier milico del tren de suministros que tenga graduación, por baja que sea, y al que han mandado la misma tarea que a nosotros, o abusa de su autoridad o simplemente nos echa con cajas destempladas de la vía pública. Somos novatos; los veteranos nos comen vivos. Por si fuera poco, una columna de doce mil

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

44

soldados descansados, incluidos los de las cuatro brigadas al completo de la falange de Ecbatana, han alcanzado al ejército aquí. También necesitan mulas. Abarrotan el área del mercado. Se supone que Lucas y yo hemos de volver al campamento con dieciséis animales. Al final del día, en la reata tenemos los ocho bichos más feos y zarrapastrosos de Asia; no se nos ocurre de dónde vamos a sacar los otros ocho que faltan. La región está

esquilma de animales de carga. Por si tuviésemos pocos problemas, hemos topado con un comerciante de ganado afgano, de nombre Ashnagur

— aunque le llamamos Ash— que nos pide el doble de precio y nos exprime al máximo. Lucas y yo apenas tenemos dinero para dos mulas. ¿Cómo vamos a conseguir otras ocho? Ash se compadece de nosotros y nos invita a entrar en su *bi chee*, que comparte con un clan de otros veinte, como poco, para comer pollo y arroz con leche cuajada y platos de *chuppaties* —tortas de pan ácimo— que trae su mujer o una de sus hijas, no sabríamos decir si es lo uno o lo otro, ya que sólo se le ven las manos cuando pasa la comida a través del faldón medio abierto de la entrada. Cenamos sobre alfombras colocadas encima del suelo de tierra.

—Las mulas salen caras —comenta Ash.

Le contestamos que ya nos hemos dado cuenta de eso.

—Las mujeres son más baratas.

No comprendemos.

Nuestro anfitrión finge con mímica que levanta una carga.

—Tres mujeres cargan tanto como una mula y comen sólo la mitad. Y por la noche en el campamento —sonríe—, se puede conseguir un rato de distracción.

Llegamos al alojamiento de mi hermano dos horas antes de la medianoche. Elías y otros Compañeros han alquilado una casa en Gram Tal, villa que se convertirá en la ciudad de Kandahar. El lugar está abarrotado cuando llegamos allí y el sonido de panderetas y cítaras es atronador. El vestíbulo está alumbrado con cirios. No encontramos a Elías. En campaña no hay lugar para el *andron*, un cuarto sólo para varones. Aquí, esposas y amantes cenan al lado de sus hombres. Nos topamos con Costas, el joven cronista que conocimos en la marcha desde Frada. Se convierte en nuestro guía. Cuatro banquetes separados se reparten por las estancias; nuestros compatriotas están tan ebrios y son tan amistosos que tardamos un cuarto de hora en llegar al fondo de la estancia, donde mi hermano y sus camaradas actúan como anfitriones de su sala. Es un aposento amplio, de techo bajo, dispuesto al estilo afgano: nada de cojines ni sillas, sólo alfombras para que todo el mundo se acomode. Maces en distintos estados de embriaguez cubren el suelo, algunos inconscientes en rincones y otros desparramados contra las paredes. El grupo principal se apiña alrededor de una mesa baja y mantiene una animada conversación. Elías nos da la bienvenida. Nos

instalamos apretujados a su lado y al de su dama. Costas lleva una ánfora de vino con la que contribuye al *krater* y por lo que se gana el aplauso general. Los soldados son de las OA (operaciones de avanzada); todos ostentan el pañuelo negro y marrón claro que los identifica como hombres de la tropa de reconocimiento.

Mi hermano hace las presentaciones a voces. A su espalda, de pie, hay un *shikari* afgano. Esa palabra significa «lobo de montaña». Son los guías, unos especímenes de aspecto feroz que acompañan a toda la caballería de vanguardia. Nunca había visto a uno tan de cerca. Aparece entre cincuenta y sesenta años, es delgado como un junco y luce un enorme bigote negro que mantiene tieso con cera de parafina. Viste pantalones holgados —los *kurgan*— metidos en las botas de piel de cordero, así como chaleco, chaqueta y *pettu*, la larga envoltura de lana que sirve como ropón, refugio contra el viento y petate de dormir. Lleva a la cintura los tres cuchillos afganos habituales metidos en un fajín de color carmesí, y carga también con dos venablos de madera de cornejo con puntas de hierro. Por sus cartas sé que la familiaridad de Elías con las tribus del norte viene de lejos. Ha combatido contra la caballería bactriana y sogdiana en las campañas babilónica y persa y tras la victoria, al estar de servicio como correo con ellos y más adelante como enviado, se había traído consigo a esos hombres para contratarlos en unidades especiales a las órdenes de Alejandro. Conoce a los dos grandes sátrapas, Espitámenes y Oxiartes, que ahora cabalgan con el pretendiente al trono, Beso, por la vertiente bactriana de las montañas. No dice nada en toda la velada y tampoco lo he visto intercambiar una sola palabra con su guía, aunque el hombre está pegado a él toda la noche; de

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

45

pie, en ningún momento sentado.

Le pido a Elías que mueva algunos hilos para meternos a Lucas y a mí en su compañía; haremos incluso el servicio como caballerizos. Riendo, mi hermano descarta eso con un ademán al tiempo que cita varias razones que obviamente son pretextos.

Salta a la vista que me está protegiendo. El cuerpo de operaciones de avanzada es peligroso.

—Bebe —me grita—. Hablaremos después.

Estoy asombrado por la cantidad de alcohol que mi hermano ingiere. En Macedonia, Elías siempre había sido un bebedor muy moderado. Ahora sin embargo está borracho como una cuba. Todos lo están. Es una bebida fuerte destilada del centeno y de la cebada, tan ardiente que hasta un caballo se atragantaría. Intento seguir su ritmo, pero la habitación me empieza a dar vueltas. Mi hermano se da cuenta y sonrío con regocijo. Estará muy mamado, pero no se le escapa ni el menor detalle y cuando se levanta para servir una libación, no vierte una sola gota. Conforme se desgranán las horas, se me presenta la ocasión de observarlo. El cabello, cobrizo con pinceladas grises, le cae en ondas hasta los hombros y le tapa una cicatriz que sólo ha podido hacerla el golpe de un sable; le baja desde la oreja izquierda, de la que le falta la mitad, y le atraviesa la mandíbula hasta la barbilla. En la mano izquierda le faltan dos dedos y el brazo lo tiene doblado permanentemente en un ángulo fijo; cuando alarga la mano derecha hacia el cuenco, tiene que utilizar el hombro porque de otro modo no llegaría. En dos ocasiones se ha disculpado para ir a aliviar la vejiga; las dos veces ha podido levantarse gracias a la ayuda de su amante y creo que no es por la embriaguez, sino porque los tendones de la espalda no se le distienden. Se da cuenta de que lo observo y se echa a reír.

—¡Desapruebas mis excesos con la bebida, hermanito! Pero mañana al amanecer, mientras tú

gimes tendido en el suelo al notar los párpados como clavados, sin poder abrirlos, yo estaré en la silla montado, listo para cualquier cosa.

Le creo. Su ropa está raída y tiene la piel curtida como cuero por el sol. Es un guerrero. Y sus camaradas, también. Ninguno de ellos lleva barba. Como Alejandro, todos los Compañeros del cuerpo de operaciones de avanzada prefieren ir con la cara rasurada. La amante de Elías ocupa un hueco en la alfombra que hay a mi lado, pero, al igual que con el guía, mi hermano no la presenta. Es encantadora, una pactiana de la campiña cercana a Ghazni, aunque de esto me enteraré más adelante. El hecho de que ella y el resto de esposas y amantes asistan a la fiesta en el reservado de los varones es una violación al decoro inimaginable en Macedonia y merecedora de la muerte aquí, en el este. Nadie se da cuenta ni le importa. En un período de calma que hay en el jolgorio, la novia de Elías me enseña frases en dari. Habla un griego salpicado de palabrotas soldadescas que ella dice con una ingenuidad encantadora. Me estoy enamorando un poco. No consigo sonsacarle cómo conoció a mi hermano ni en qué circunstancias se

emparejaron. No obstante, me pone al corriente de las noticias sobre nuestro hermano mayor, Filipo, por propia iniciativa. Ha regresado sano y salvo de la India. Ahora está con un destacamento de élite de la unidad de comandos de montaña; ya han cruzado el Hindu Kush y han entrado en Afganistán septentrional, detrás de las líneas enemigas, y buscan alcanzar alianzas entre las tribus y Alejandro. Los fardos en sus caballos de carga van repletos de oro. Pasada la medianoche, Costas el cronista se enzarza en una discusión con dos compañeros de Elías. La polémica es sobre la reciente conjura contra el rey. En Frada, Alejandro ha sometido a juicio sumarísimo a su comandante de los Compañeros de caballería —Filotas, hijo de Parmenión—

con el cargo de traición. El ejército lo ha condenado a muerte y se ha cumplido la sentencia. Parmenión, de setenta años de edad y general de alto rango del ejército desde los tiempos de Filipo, también ha sido ejecutado siguiendo órdenes de Alejandro, aunque no había vinculación directa entre él y el crimen de su hijo. En el ejército se han alzado muchas voces indignadas y disconformes. Además, Alejandro ha actuado contra unos veinte oficiales más que tenían lazos familiares con Parmenión, algunos de los cuales han sido ejecutados y a otros se los ha cesado o se los ha arrestado. Los camaradas de mi hermano defienden estas medidas. Tal es la ley de los reyes desde antes de Agamenón, manifiesta un capitán llamado Demetrio.

—Si un hombre conspira contra el trono no sólo ha de pagar con su vida, sino con la de cualquier *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

46

varón de su familia, incluidos infantes. De otro modo, éstos a los que se ha perdonado buscarán venganza y si no lo hacen de forma inmediata, entonces lo harán más adelante. Nunca ha sido más imperioso tomar esas medidas que ahora, cuando el ejército está en guerra y en territorio enemigo. Con una sonrisa, Costas aplaude las opiniones del capitán.

—Amigo mío, hablas de la guerra entre los afganos y nosotros. No es ésa la campaña que Alejandro está disputando. Su guerra es dentro del ejército, entre las unidades antiguas y las nuevas. Los Compañeros no permiten que se ponga en tela de juicio a Alejandro, ni siquiera en broma.

—¿Te atreves a tachar de conspirador al rey? —espeta el capitán.

—Sólo comento —contesta el cronista— la conveniencia de esas condenas. Costas añade que si no se han dado cuenta de que ahora la mitad del ejército está compuesto por extranjeros. Las unidades, que al iniciarse la campaña eran prácticamente todas macedonias, están compuestas ahora por extranjeros más que nativos, hay más mercenarias que de milicia, más persas, medias, sirias, armenias, lidias, capadocias, que europeas.

—Mirad a vuestro alrededor. Dos tercios de nuestra caballería combatían contra nosotros hace un año. ¿A quién son leales esos extranjeros? Sólo al hombre a cuya clemencia deben su vida y de cuyo favor dependen sus esperanzas y fortunas.

—¿Adónde quieres ir a parar, amigo?

—A que esta guerra, mi valiente capitán, que todos creíamos que había terminado hace medio año, está a punto de convertirse en una segunda guerra cuyo fin no alcanza nadie a ver. ¿Acaso piensas que tus regimientos van a conquistar Afganistán y van a estar de vuelta en casa antes de la Fiesta de la Escarcha? ¡Jamás! Nuestro rey se está creando un nuevo ejército con el que combatirá

aquí y hacia el este para siempre. Derribar el imperio persa es la menor de sus conquistas. ¡Os ha derrotado a vosotros y ni siquiera os dais cuenta!

—No nos discurses con tanta suficiencia, redactor de obituarios.

Ha sido mi hermano el que ha hablado y todos los que están en la habitación se vuelven hacia él.

—Nos dices que miremos a nuestro alrededor. Pues nosotros te decimos que hagas lo mismo. —

El gesto de Elías abarca a los asistentes, repantigados y borrachos como cubas—. Aquí, malditos sean tus huesos, hay hombres que tenemos a la muerte por compañera y que, sin embargo, saldremos mañana a su encuentro para hacerle frente. ¿Qué nos importa dónde nos conduzca nuestro rey ni contra quién? ¡Es nuestro señor!

Al oír esto último, la cámara estalla en un clamor.

—¡Su brazo derecho ha derrotado a nuestros enemigos! ¡Su ímpetu nos ha alzado del anonimato a la fama! ¡Por su voluntad, el ancho mundo está en nuestras manos! ¿Qué somos sin él? ¿Dónde estaríamos si sirviéramos a otro?

La estancia retumba con cada frase.

—¿Conoces la *Ciropedia* de Jenofonte? —demanda mi hermano al cronista.

Contigo, ni en territorio enemigo tenemos miedo.

Sin ti, incluso volver a casa nos asusta.

Elías y yo salimos a la noche, bajo las estrellas. El amanecer lo llevará a las montañas. Se despide de mí con un abrazo.

—¿No me preguntas nada sobre madre y Eleni? —Eleni es nuestra hermana pequeña.

—Sí, sí, claro.

Pero mientras le hablo de ellas me doy cuenta de que mis palabras no retienen su atención. El *shikari* aúpa a la consorte de mi hermano a la silla de montar. La mujer espera. Me separo de mi hermano.

Elías me mira a los ojos con una expresión que es cariñosa y severa a la par.

—No malgastes el tiempo pensando en casa, Matías. No sirve de nada y sólo puede causar dolor.

Steven Pressfield

La campaña afgana

47

13

El ejército emprende la marcha hacia el Hindu Kush en una radiante mañana de otoño. Ash, el arriero afgano, nos ha abastecido de las mujeres que necesitamos para reemplazar las bestias que no conseguimos alquilar. Jura que son buenas portadoras. Fuertes. No habrá problemas. Llevo demasiado tiempo en Afganistán.

El plan parece aceptable. Me gusta.

La ciudad de Kandahar, de la que parte el ejército, se ha rehecho completamente. La hemos construido nosotros mismos en veinte días siguiendo las órdenes de Alejandro; hemos levantado murallas y empalizadas, hemos abierto calles y hemos excavado fosos defensivos. Ahora es una ciudad de tiendas, pero los colonizadores e inmigrantes no tardarán en hacer de ella una urbe de verdad. Se ha dejado allí una guarnición compuesta de merces griegos, veteranos incapacitados y maces que quieren quedarse por razones propias o cuya riqueza hace que ya no sea apto para el servicio. La nueva ciudad controlará el río y las encrucijadas de la calzada del valle bajo de Arghandab y los mantendrá abiertos para el comercio, las comunicaciones y el suministro del ejército.

El nombre oficial de la ciudad es Alejandría de Aracosia, pero los nativos la llaman ya Iskandahar, «ciudad de Alejandro», por Iskander, la

versión persa del nombre de nuestro rey. Iskandahar está repleta de mujeres, en su mayoría jóvenes y todas hambrientas. Son *peshnarwan*, exiliadas, despojadas por la guerra.

El cinturón verde de Afganistán meridional es un tormento de pulgas, tábanos, moscardas y piojos. La senda hacia las montañas se abre paso entre canales de irrigación de los que salen insectos en unas nubes siseantes de zumbidos. Se te meten a montones en la boca y en los ojos, y te establecen colonias en el culo. Caballos y mulas sufren de un modo espantoso. Llevas puesto el equipo al completo y las piernas las cubres con una capa de barro (que los insectos traspasan de todos modos), así como una capucha de malla en la cabeza. El sendero se extiende a lo largo del A rghandab durante unas cincuenta millas en una constante y suave ascensión antes de comenzar la subida de verdad hacia las cumbres. En un pueblo llamado Omir Zadt —«Nariz del Maestro»—, el camino recto se convierte en un continuo zigzag. La columna se prolonga a lo largo de millas. De noche, los campamentos están colgados de la cara de la montaña. Tan pronto llueve como graniza o nieva; o las tres cosas a la vez. Las mulas roznan de noche. Huelen la proximidad del invierno; quieren regresar corriendo al establo, no subir hacia una atmósfera cada vez menos densa y más fría.

Como ya he dicho, nuestra sección ha alquilado porteadoras, once en total, para que vayan con las ocho mulas y otras dos más que Ash encuentra milagrosamente cuando averigua que me queda medio *daric*. Tampoco es nuestro grupo el único que ha recurrido a esta modalidad. Cada brigada tiene al menos doscientas mujeres, todas vestidas con pantalones, chaleco y *pettu*, así como el calzado astroso que los afganos llaman *pashin*.

La razón de que los contratistas escojan mujeres en lugar de mulas para entrar en las montañas es que si una mujer se lesiona, se agota o muere, la pérdida es menor. Una mula es una inversión seria. Aun así, uno sería un mentiroso si dijera que los ojos no se te van hacia esas muchachas delgadas de ojos oscuros. Una de ellas, que en realidad se llama Shinar aunque los maces le han puesto el mote de «Bizcochos» porque no le da apuro alzarse el *pettu* para agacharse a la orilla del camino, tiene unos diecisiete años, una edad intermedia entre mi hermana y mi novia, y es la única —excepto una

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

chica de piernas largas llamada Ghilla— con un brillo inteligente en los ojos. Es delgada pero fuerte. La observo cargar un saco de sésamo que pesa la mitad que ella. Nunca habla. La cuarta noche me he acercado a Ash; quiero que le pregunte cómo ha acabado siendo una porteadora.

—Esas preguntas no deben hacerse nunca —me censura Ash.

Me da a entender que el caso de la joven no es algo excepcional. Afirma que los pueblos de estas chicas han sido incendiados, que todos los padres y hermanos han huido o los han matado.

—¿Los maces?

—¿*Narik ta*? ¿Y eso que más da?

La opinión del viejo hacia las que están a su cargo es que son afortunadas por estar vivas. A su modo de ver, es su salvador. Les llena el estómago, les da trabajo. ¿Quién más haría algo así? Sus propios dioses y antepasados las han abandonado por pecados cometidos en esta vida o en otra. Le pregunto a Ash cómo sabe él eso; alza las manos al cielo con las palmas hacia arriba.

—Si no fuera la voluntad de Dios, no habría ocurrido así.

Ash trata a las mujeres como a mulas. Las conduce con voces como «jía», «so» y chasquidos de lengua en lugar de emplear palabras, las azuza con la tralla y las para con golpes y manotadas. No sabes lo que es una mula cargada hasta que ves los fardos con los que les hace apechar un afgano. Las pobres bestias van tan sobrecargadas que apenas pueden trotar. Pues para las mujeres es peor. No se les proporcionan soportes para fardos ni correas, sino que simplemente se les da un saco o una caja y se les señala el camino que asciende. Si vacilan, las golpean; si caen reventadas, su carga se reparte entre las demás y se las abandona para que mueran. La chica llamada Bizcochos es la primera que ha replicado. Tuve oportunidad de verlo en un lugar donde el sendero cruza un torrente. Se yergue y le dice algo a Ash. El viejo rufián no habría tenido una reacción más sorprendida si una mula se hubiese puesto a hablar. Empuña el *chatta*, que es una cuerda doble con nudos retorcidos en las puntas. En mi vida había presenciado una paliza igual y doy un paso para ponerle fin, pero el sargento Bálago me sujeta.

—La chica es de su propiedad. Insultarás su honor si te interpones.

—¡A la mierda con su honor!

El viejo sigue golpeando salvajemente a la muchacha. Bálago me sujeta con más fuerza. Por los dioses, no lo soporto. Ash se da cuenta de mi

mirada y asesta unos pocos trallazos más de propina, sólo para demostrar quién manda en esta caravana. Después para. La muchacha yace inmóvil. Ninguna de sus compañeras hace un solo movimiento para ayudarla y tampoco a mí se me permite acudir en su ayuda.

Cuando la columna recoge y se pone en marcha media hora después, la chica sigue tendida en el mismo sitio. Sin duda está muerta. Pero unas cuantas millas después, senda arriba, la vuelvo a ver. Las compañeras se han repartido su carga y se la llevan mientras ella avanza con esfuerzo, silenciosa como una bestia.

La columna ya se ha internado en las montañas. De noche las mujeres duermen apiñadas en un grupo, sin otra cosa con la que arroparse que sus *pettu* s raídos. Una vez, a medianoche, Bálago declara que tiene tan llenas las bolas que o monta a una mujer o a un asno, al que pille primero, y hace una incursión a su campamento.

—¡Uf, qué olor! —exclama antes de regresar a todo correr para acabar por sí mismo el trabajo. Seguimos ascendiendo. En otros ejércitos los soldados tienen sirvientes. En el de Alejandro un hombre carga con su equipo; las acémilas se usan sólo para cargar cuerda y tiendas, herramientas para construcción de calzadas, armas y armaduras de repuesto, así como su propio forraje. Una mula de cada tres va cargada exclusivamente de heno y grano, con las cebaderas atadas encima y agitándose como gallardetes con el ventarrón. ¡Cómo aúlla la noche en estas alturas! Cuanto más ancho sea el valle, más llevadero se hace el viento; en las gargantas silba realmente fuerte. A veces el sendero tiene forma de arco, un hueco tallado literalmente en la montaña. Tienes que agacharte o te abres la cabeza. El ventarrón sopla ladera arriba por la mañana y ladera abajo por la noche, excepto en las tormentas, cuando sopla de todas partes.

He de reconocer que Ash tiene razón en una cosa: las mujeres son duras. Más que nosotros. Con los pies envueltos sólo en harapos, caminan con seguridad a través de pedregales de des-

Steven Pressfield La campana afgana

49

prendimientos y por ventisqueros helados sin protestar, como mulas. Lucas se come con los ojos a varias mientras viajamos.

—Llevo demasiado tiempo en este sendero, Matías. Algunas de esas chicas empiezan a parecerme atractivas.

La actividad principal de Afganistán es el bandidaje. Cada valle es el hogar de un clan diferente y cada uno de ellos le saca peaje al viajero. La política de Alejandro es someter a todas las tribus salvajes que hay a lo largo de cualquier ruta que recorre. Eso significa enviar tropas a los cordales de las cumbres para proteger la ruta de la marcha. Lucas y yo nos ofrecemos voluntarios. Cualquier cosa vale con tal de romper la monotonía.

Emprendemos la ascensión a las zonas altas como gatos hacia una vaquería. Hay escaramuzas a diario. En su mayor parte los enemigos son nativos desarraigados y no van armados con arcos (a esta altitud el viento manda las flechas a tomar por saco), sino con hondas con las que pueden lanzar piedras del tamaño del puño de un crío a un cuarto de milla de distancia vertiente abajo. Si una de éstas te acierta por encima de las cejas ya no tendrás que preocuparte por el próximo día de paga. Perseguimos a esos bandidos, que se retiran de una posición defensiva de rocas amontonadas a otra y allí lanzan maldiciones y hondazos rompecráneos hasta que ponen pies en polvorosa cuando nos acercamos y los tenemos a tiro. Sus hijos, ágiles como cabras, actúan como vigías. Ahora acampamos por encima de las nubes. Todo el terreno lo configuran campos de nieve. En las zonas que no tienen el manto blanco, las brañas alpinas lucen alfombras de retama y brezo. Los días son deslumbrantes por el sol cegador y durante las noches hace un frío atroz. Se tarda una eternidad en calentar una escudilla de caldo y cocer un huevo es imposible. El pan se pone duro. Una carrera de doscientos pies nos deja sin resuello. Lo asombroso es que sigue habiendo moscas. Al quinto amanecer topamos con Bandera, Tolo y Estéfano. Se supone que los grupos de los cordales han de regresar a la columna después de cinco días para descansar. ¡A la mierda con eso!

No estamos dispuestos a que nos aparten de nuestros mentores otra vez. Nos gusta estar aquí arriba, donde nadie nos da órdenes y, si se consigue evitar que te rompan la crisma las catapultas manuales del enemigo, las posibilidades de que te hagan picadillo son remotas. Con las cumbres alrededor hasta Ash se convierte en un buen tipo. Encontramos campamentos abandonados por el enemigo; imposible imaginar algo tan primitivo. Ash señala las marcas de diferentes clanes, unos límites que los *khels* jamás traspasarían en tiempos normales, pero ahora, invadidas por el gran Alejandro, las tribus se han unido.

Pregunto sobre Espitámenes. Ash lo conoce; o conocía a su padre. El viejo fue un héroe que cayó

con gloria combatiendo contra los escuadrones de Alejandro en la defensa de las Puertas de Persia. Al hijo, Espitámenes, no lo han educado para ser soldado, afirma Ash. De joven era enfermizo, un ratón de biblioteca. La enseñanza que recibió fue como astrónomo y estudioso zoroástrico.

—Bueno, pues se puso al día con rapidez —comenta Bandera, que le cuenta a Ash las atrocidades llevadas a cabo con nuestros hombres siguiendo las órdenes del Lobo del Desierto. Ash se encoge de hombros y Bandera lo mira fijamente—. Tú beberías también nuestra sangre ¿verdad, viejo ladrón de ovejas traicionero?

—Con gusto —contesta Ash entre risas.

Predice que Espitámenes será el enemigo más enconado al que Alejandro se haya enfrentado.

—Porque ese joven es aún más osado que vuestro rey y su talento para la guerra le viene dado por Dios. Fijaos en que ya ha hecho que vuestro ejército lo persiga por más de medio país y sin embargo aún estáis tan lejos de alcanzarlo como al principio.

Ash afirma que Espitámenes ha huido a través de las montañas y que no lo alcanzaremos hasta la primavera, que nos combatirá como un lobo en la oscuridad.

—Cuando os deis la vuelta, él ya estará en otra parte. Cuando os canséis, os atacará. Ash predice que Espitámenes nos desgastará, que se valdrá de nuestra propia agresividad e impaciencia para que actúen contra nosotros.

—Al final, vuestros propios hombres suplicarán marcharse de este país y vuestro rey aceptará

cualquier acuerdo de paz que se le ofrezca.

El resplandor es tremendo a esta altitud. Asesorados por nuestros *shikaris* preparamos unos *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

50

protectores oculares de cuero y madera y nos los atamos sobre los ojos. En caso contrario nos quedaríamos ciegos. De todos modos, la abrasadora luz pasa a través; penetra por las paredes de piel de cabra de la tienda o de una manta doble de lana. «Levantamos» pelo de caballo de las catapultas de torsión para hacernos una especie de anteojeras para ponerlas sobre los

protectores. Si miras con los ojos entreabiertos una rendija, ves. Las vistas son espectaculares.

—¿A qué altura crees que estamos? —le preguntamos a Bandera en lo alto del cordal montañoso. Él señala un pico que hay doscientos pies más abajo.

—En casa, eso sería el monte Olimpo.

Le creo.

Una extraña pareja se ha hecho amiga aquí arriba: Estéfano y Ash. Al arriero y al poeta se los ve charlar a todas horas. Un amanecer, al levantar el campamento, Estéfano nos rocía la espalda con agua, que es la forma de decir «buen viaje» o «ve con Dios» en pactiano. El viejo enseña al poeta proverbios afganos.

Dios es tímido como un ratón en una pared hueca

Que, según Ash, quiere decir que uno ha de acercarse a la divinidad en silencio y con humildad. Estéfano admira esto, pero a mí me repugna.

—¿Y qué dice tu dios sobre dar una paliza de muerte a una mujer? —le pregunto al mamón.

—¿Por qué no le preguntas tú? —replica el viejo.

—Te lo estoy preguntando a ti.

—Quizá, Matías —interviene Estéfano—, tú y yo ganaríamos más no emitiendo juicios en tierra extraña.

Aunque ciego, Dios ve; aunque sordo, oye.

¿Qué diablos significa eso?

Reza a Dios con el estómago vacío.

Estoy asqueado. ¿Qué clase de religión siguen estos mamones que les permite mutilar a nuestros hombres cuando aún están vivos? ¿A qué piojosa deidad que los empareda entre ignorancia y miseria le rezan?

—Cada precepto de sabiduría que adquieres con racionalismo te aparta más de Dios —dice Ash. El viejo nos cuenta que su religión no tiene nombre, aunque Estéfano ha deducido, con la información obtenida de este villano y de otras fuentes, que los afganos son descendientes de Afghan, hijo de Saúl, hijo de Jeremías, que fue comandante de Salomón de Israel y que construyó el templo de Jerusalén. Nabucodonosor se llevó cautivos a Babilonia a muchos de ellos, donde florecieron y se casaron con sus amos asirios y más adelante con persas y medos. Finalmente las tribus se asentaron en el desierto de Ghor, alrededor de Artacoana, y se hicieron llamar los BaniAfghan o Bani-Israel. Creían en un solo dios, creador del

universo. Esto encajaba bien con la fe persa de Zoroastro (nacido en Bactra, en el Afganistán septentrional), y cuyo dios de luz, Ahura Mazda, no es tan distinto del Yahvé de los hebreos.

Sea como sea, dice Estéfano, las congregaciones hicieron buenas migas. Una nueva raza surgió, producto de la mezcla de medos y tapurios, daas, escitas y gandharis, pero todos, para sus adentros, eran afganos, todos seguían una versión del mismo dios afgano.

A mí todo esto me suena a un montón de patrañas. La religión de Ash, hasta donde alcanzo a imaginar, es un cúmulo de supersticiones tribales tan absurdas como las de nuestros habitantes de las tierras altas de Macedonia que veneran al azar, las tumbas y los antepasados. Le pregunto a Estéfano cuál es su religión.

—¿La mía? —Se echa a reír—. ¡Yo rindo culto a la poesía!

Daría la paga de un mes por oírle disertar sobre su tema, pero elude mis preguntas y sigue con la *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

51

cena. He descubierto una cosa: su verdadero nombre no es Estéfano. Su significado es «laurel» y admite que lo escogió para sí de una corona que ganó una vez en Delfos.

—Entonces ¿cómo te llamas realmente?

—No me acuerdo.

—¿Con qué nombre te alistaste?

—Se me ha olvidado.

Me aconseja que me cambie también el mío.

—Adopta un nombre de guerra, Matías. Resuelve un montón de problemas. A esta altitud las hogueras se hacen con brezo y aulaga. Los tallos fibrosos se arrancan del césped; les cuesta prender y dan tan poco calor que puedes meter la mano en ellos. Pero no tenemos nada más con lo que preparar la pitanza.

Le pregunto a Estéfano cómo puede ser poeta y soldado. ¿No entran en conflicto esas vocaciones, si es que no son irreconciliables?

De nuevo elude la pregunta y vuelve al tema de los nombres de guerra.

—Fíjate en nuestro amigo Bandera. ¿Sabías que era un *mathematikós* de joven?

¿Profesor de música y geometría?

—Él no lo admitirá, Matías, pero lo he visto coger un arpa de mano y sacarle melodías dulces como néctar.

—¿De dónde eres, Bandera? —pregunto.

—No lo recuerdo.

—¡Oh, venga ya!

—Se me ha borrado de la memoria.

Ash se acomoda a mi lado, encima de su piel de oveja.

—¿*Narik ta*? —dice. ¿Qué más da? (Literalmente «¿Y qué?») Estéfano muestra su aprobación con una risa.

—Matías ¿captas la profundidad y la sutileza de la religión afgana?

—No.

—Cuando nuestro amigo Ash pregunta «¿Qué más da?» no lo dice desde la desesperación o la desesperanza, como lo haríamos tú o yo al emplear la misma frase. Si no que plantea una pregunta puramente filosófica. ¿Acaso importa?

—¡Pues claro que importa! —replico—. Eso no es religión. No ofrece esperanza; niega el albedrío, la iniciativa, la potestad de obrar. Es la antítesis de todo lo que simboliza este ejército, porque ¿qué significa el éxito de Alejandro si no la fuerza de voluntad del hombre como individuo?

—¿Y qué éxito es ése?

—¡Mira a tu alrededor!

Tras oír esto, el resto del grupo se dispersa.

—Entonces ¿la conquista es tu religión? —me pregunta Estéfano.

—La acción lo es. Y la virtud. Como la personificáis Bandera y tú y nuestro rey.

—Vaya. ¿Lo hacemos?

Los veteranos resoplan, un sonido amortiguado por las pellicas. Empieza a hacer demasiado frío para seguir con este coloquio.

—¿Sabes, Matías? —dice Estéfano—. Te tomé afecto desde el principio. ¿Te digo por qué?

—Porque nunca se calla —interviene Bandera.

—Porque hace preguntas.

—Ése es su problema.

—Y un día puede que tenga las respuestas.

El castañeteo de los dientes impone concluir el simposio. Estéfano se levanta para hacer su ronda por las posiciones de los centinelas.

—Me preguntas, amigo mío, cómo puedo ser poeta y soldado y mi respuesta es: ¿cómo se puede ser soldado sin ser poeta?

Esa noche dormimos a orillas de una charca. Al despertar nos encontramos con un carnero de montaña y sus hembras que nos observan desde lo alto de una quebrada. Les lanzamos piedras y *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

52

emprenden la huida pared arriba con la facilidad con la que uno de nosotros subiría un tramo de escalera.

Ese día entramos en contacto con el enemigo. Éste es un enfrentamiento de verdad. Lucas es el primero en matar a uno de ellos. El tipo lanza una piedra enorme y luego corre hacia él blandiendo daga y espada. Lucas lo atraviesa con la media pica. El enemigo tarda varios minutos en morir mientras Lucas se queda en cuclillas a su lado, demasiado impresionado para ofrecerle ayuda, y berreando como un chiquillo.

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

53

14

Al noveno día volvemos de turno a la columna. Me espera un paquete pequeño y pesado que, según me dicen, lo despachó un correo del cuartel general de la fuerza expedicionaria. El grupo se apiña a mi alrededor mientras desato el lazo.

Para mi sorpresa, el paquete contiene seis daricos de oro, la paga de medio año. junto a las monedas hay un León de Bronce, la condecoración que se otorga a los soldados heridos en batalla. Mi nombre aparece en ella.

—Esto tiene que ser una equivocación.

Bandera lee la mención. La medalla es por la noche en el pueblo acordonado, cuando fracasé tan bochornosamente en la casucha con el viejo afgano. Las acciones que me atribuye el cuartel general son escandalosamente falsas al pintarme como un héroe.

—Bien, pues no puedo quedarme con esto —digo.

—¿Por qué no? Fuiste herido en acto de servicio.

—¡Me acuchillé yo mismo!

—¿Y qué más da?

El grupo se desternilla. Bandera y Tolo contienen la risa. Es evidente que han sido ellos los que me recomendaron para esta falsa distinción. Tolo

pone un darico en mi mano y los otros los reparte entre el grupo.

—Te corresponde la paga de un mes, muchacho, y el resto para tus compañeros. Es lo justo. En cuanto al León de Bronce, llegará el día en el que te lo ganarás de verdad, créeme, pero al ejército, estando como está siempre ocupado en dar por saco y que no le den a él, no le va a importar una mierda.

Y me prende la medalla en la capa.

—Tómala ahora, mientras la tienes.

Usé el darico para comprar la libertad de la chica, Bizcochos. Estamos de nuevo en camino cuando Ash usa de nuevo el látigo contra ella. No voy a aguantar eso otra vez. Lo aparto a la fuerza al tiempo que manifiesto (un argumento que he preparado y repasado para mis adentros) que no tiene derecho a dejar su propiedad inservible para el ejército, que le ha contratado ese servicio de buena fe, y que si desgracia a la chica por el maltrato que le da, me ocuparé personalmente de que pierda el pago por el alquiler.

—Entonces maldito sea el ejército —replica Ash—. Tendrá que comprar esta propiedad.

—¡Lo hará, miserable mamón!

Le doy el darico entero. El ejército no me lo compensará. Al final se me castiga por excederme en mi autoridad —ridículo, si se tiene en cuenta que sólo supero en rango a mulas y esclavos—y recibo unos cuantos latigazos superficiales que me da Lucas en calidad de segundo empezando por abajo del grupo, para enorme satisfacción de Ash.

—Ahora —dice—, posees una boca que alimentar. Ojalá se te coma casa y hacienda. Dejo en libertad a Bizcochos en el camino y le lleno la ropa con *kishar* —cecina de cabra— y lentejas; Ash interviene con una rápida patada para azuzarla sendero abajo. La veo irse, a la rastra, y *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

54

me felicito por una acción llevada a buen fin.

Diez minutos después, la chica ha vuelto a la fila, cargada con el mismo saco de sésamo. Ninguna amenaza que se me ocurre conseguirá hacer que se marche.

Resulta que la cosa no es tan sencilla; me refiero a comprar la libertad de una mujer. Estrictamente hablando, Bizcochos no es una esclava; no le pertenece a nadie; ni a Ash ni siquiera a sí misma. En el léxico afgano de

tor —asuntos relacionados con el honor de las mujeres— todas ellas han de estar *az hakak*, «bajo la custodia de», un hombre. Su padre antes de casarse; después, el marido; en último caso un hermano, un tío, incluso un hijo si su esposo muere o lo matan. Para rematar, resulta que ahora soy ese guardián.

—Eres su marido —se mofa Ash entre risitas—. Y ella tu mujer.

Mi aprieto se convierte en motivo de regocijo para Bandera y Tolo, quienes me advierten que he violado el código afgano del *nangwali*. Si los familiares varones de la chica aparecen, tendré que matarlos o ellos me matarán a mí. A mis compañeros les parece muy divertido todo esto.

—Lo que tienes que entender, macito —(así es como Ash nos llama a los macedonios; es su versión de maces)—, es que una mujer como ésta —y alza las manos al cielo como para protegerse de una maldición— es *nawarzal*, impura, y *affir*, inaceptable.

—Entonces, que trabaje por un sueldo.

—Soy un hombre pobre.

—Eres un forajido.

¿Qué puedo hacer? Dejo a Bizcochos con Ash y a él le dejo que siga quedándose lo que paga el ejército por la chica. Ni siquiera he conseguido que le dé un décimo. Según él, un arreglo semejante sentaría un «precedente inmoral».

En el transcurso de este choque he llegado a apreciar al viejo capataz. Empieza por compartir mesa conmigo o, más bien, la piedra a la orilla del camino. No soy tan insensible como para no darme cuenta del cumplido.

Una noche le escribo una carta a mi prometida. Ash me está mirando.

—¿Le cuentas todo, macito?

—Todo lo que necesita saber.

Y se carcajea alegremente.

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

55

15

El ejército pasa el invierno en Bagram, una ciudad de guarnición construida siglos atrás por Ciro el Grande, en el templado valle alto al pie del macizo central. Dos ríos, el Kofen (o Kabul) y el Panjshir, irrigan una ancha planicie bordeada de cumbres.

El lugar es un paraíso, de momento. Cuenta con numerosos acuartelamientos para el ejército, forraje seco para los animales y terreno

llano donde entrenar. Nos dicen que los pasos septentrionales se encuentran ya bajo veinte pies de nieve. La acumulación llegará a sesenta en pleno invierno. Ni siquiera a Alejandro se le ocurre otra forma de cruzar a Bactria. Como había predicho Ash, no alcanzaremos a Beso y a Espitámenes hasta la primavera.

Las recuas de mulas y camellos siguen subiendo desde Kandahar con su carga de armaduras, armas, grano y caballos para el futuro ataque. La amante de mi hermano Elías ha subido con una de las columnas. Se llama Daria. Su belleza le da cierta celebridad, al menos entre los maces. Los afganos la aborrecen; y también casi todas las nativas que tienen relaciones con el invasor. Ella y Elías tienen alojamiento en el sector antiguo de Kapisa, en una agradable callejuela bajo moreras de invierno y ciruelos silvestres. Abren un salón de reuniones y consigo que Bizcochos entre a su servicio. Un peso que descargo de mi conciencia.

El ejército entrena y comienza la construcción de otra ciudad de guarnición que se llamará

Alejandría del Cáucaso.

Ahora vemos al rey todo *el* tiempo. A diario hace las rondas por los regimientos que entrenan acompañado sólo por un par de mensajeros y un paje o dos como guardia personal. Desmonta y adiestra personalmente a los hombres. Las tropas lo adoran.

Vivimos en tiendas con capacidad para dieciséis hombres, con suelos de paja compacta. Las mujeres se encargan de cocinar y el servicio funciona. Hasta Lucas tiene una chica ahora, Ghilla, la de las piernas largas. Soy el último de nuestro grupo que sigue sin pareja, aunque confieso que he cogido por costumbre visitar de vez en cuando a las «jornaleras». ¿Le soy infiel a mi prometida?

Ahora bebo más de lo que solía. Tienes que hacerlo, por el frío y el aburrimiento. Ash se ha quedado porque el ejército le paga el forraje de su recua. En primavera cruzará las montañas con nosotros. A las mujeres las ha despedido. Dice que para qué alimentarlas si pueden encontrar trabajo en la nueva ciudad o si no seguir como «gallinas», el escalón más bajo de las esposas de campamento.

Para mi sorpresa, me he hecho bastante amigo del viejo mamón. Tiene conocidos por todas partes. Como novatos, a Lucas y a mí nos asignan todas las tareas en las que se trabaja como un esclavo; nunca terminamos antes de anoecer. Hemos acabado tomando más veces el rancho con los

afganos que acompañan al ejército que con nuestros propios compañeros maces. En tiempos normales, explica Ash, su tribu, los dadicas, estarían peleando ferozmente contra al menos otras dos o tres. Ahora, con la invasión, todos son los mejores compañeros: pactianos, incluidos los apiratas y los higenos; los tircos y los támanas; los meonios y los satagiadas; y otro centenar más. Le pregunto a Ash cómo puede aceptar un empleo de Alejandro si nos odia tanto.

—Al final os echaremos, macito.

Y ríe mientras me pasa otra *chuppatie*.

Lucas todavía lo está pasando muy mal por el enemigo que mató en el cordal de las cumbres. Siente vergüenza por haber sido incapaz de rematar al tipo y al mismo tiempo se siente culpable por no ayudarlo a salvar la vida. Los ojos del afgano, mirándolo con reproche, lo acosan en sueños. Lo que es peor, confiesa, es el recuerdo visceral, siempre presente, de clavar la lanza en las entrañas de *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

56

otro hombre. Intento hacer que no se sienta tan solo y le hablo de la angustia de mi propia experiencia infame cuando me tocó matar a un hombre: la sensación de horrible placer del momento, seguida al instante por un remordimiento atroz, asco y disgusto, conmigo mismo y con la raza humana al completo, y la sospecha de que has cambiado para siempre y para mucho, mucho peor. Pero nada de lo que le digo le ayuda; soy igual que él, un novato. Necesita oírlo de alguien veterano, alguien con experiencia. Es Tolo, quién lo hubiera dicho, el que calma la angustia de Lucas.

—Calar el melón, eso es lo más duro.

Se refiere a matar a un hombre con una lanzada en la tripa, que también se conoce como

«desparramar los comestibles». Es un día en que estamos trabajando en la ciudad nueva, durante el descanso para comer.

—Cualquier sorchí se lía con eso. Agita la pica con las dos manos, igual que un ama de casa dando palos a una rata con la escoba. Clavar el arma en las tripas de un hombre... para eso hace falta coraje. Y la sensación jamás se olvida.

Eso le sirve de ayuda a Lucas y Tolo se da cuenta.

—El soldado disciplinado —continúa—, ataca con los dos pies bien plantados, mirando al enemigo, con confianza. Arremeter con el arma y mantenerse firme. Lo hiciste bien en el cordel, Lucas. Te vi. Me sentí orgulloso de ti.

Mi amigo se pone colorado. Tolo sonríe.

—¿Crees ahora que eres un soldado? —Y le da un cachete afectuoso—. ¡Has dejado de ser un niño!

Hacemos instrucción y seguimos con la construcción de la ciudad de guarnición. Nunca había practicado en una fuerza dirigida por Alejandro. Tenemos más días libres que cualquier cuerpo que conozca. Nada de toque de queda, nada de inspección nocturna en las tiendas. El ejército al completo deja de trabajar desde mediodía hasta dos horas después. Hay vino en abundancia y barato. Las tropas quedan exentas de servicio para formar partidas de caza (de hecho, la instrucción se sustituye a menudo por cacerías) y se nos da tiempo para entrenar en los gimnasios, que son las primeras estructuras que levantan los ingenieros, antes incluso que las capillas y los comedores. A las mujeres se les permite moverse por todo el campamento, a diferencia de las antiguas unidades al mando de Filipo y de la fuerza expedicionaria original de Alejandro; pueden dormir en los acuartelamientos con sus amantes oficiales (y en las tiendas de los milicos) y pueden acompañar a la columna en el campo. Tales son los privilegios deservir en un cuerpo comandando por Alejandro. Ahora, la parte mala.

Todas las unidades en entrenamiento están formadas y en armas dos horas antes de amanecer. Ninguna marcha diaria recorre menos de treinta millas y en muchas ocasiones superan las cuarenta. El paso marcado cubre veinte millas antes de mediodía y no son etapas de un día, sino de cinco y a menudo de diez. No hay más manduca que la que lleves encima; acábala y te mueres de hambre. Los dioses ayuden al hombre que tenga ampollas o lombrices. En la instrucción que se hace en casa es el sargento el que azuza. Aquí son los propios hombres. Alejandro no da órdenes. Simplemente actúa. Camina al lado de los hombres, a pie, con armas y armadura, y no hay un solo tío en todo el ejército que pueda mantener su ritmo. Entrena haga el tiempo que haga, de día y de noche. Un oficial que se distinga cenará en la tienda del rey, detrás de Crátero y Hefestión. En el ejército de Alejandro no existe el castigo corporal. Nuestro señor nos mete en vereda con la amenaza de exclusión del cuerpo y de su favor personal, al lado de lo cual ni la propia muerte tiene importancia. Una mirada desaprobadora de

Alejandro hará caer en picado la valoración del veterano más condecorado, en tanto que una sonrisa o una palabra de elogio eleva al más insignificante guripa a la popularidad.

Los hombres aman a Alejandro. No es una exageración. Las tropas están pendientes de sus movimientos segundo a segundo, como lo está la manada del lobo dominante. La unidad gravita hacia su aparición y se nutre con su presencia, como el amante con el objeto de su afecto. Si le ocurre cualquier percance, el ejército lo nota, incluso a millas de distancia, y reacciona con alarma y desasosiego, que no se alivian hasta que vuelve a ver a su señor y se convence de que está ileso. *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

57

La unidad soportará cualquier cosa por su comandante. Las prácticas más tediosas se llevan a cabo sin un solo rezongo ni una palabra malsonante. Ejercicios a los que no se encuentra utilidad se llevan a cabo con determinación. Siguiendo órdenes del cuartel general, levantamos el campamento y dejamos peladas las cinco millas de suelo que antes ocupaba. Llegan nuevas órdenes: deshacemos los petates y lo montamos todo otra vez. En la construcción de la ciudad las tropas pican terrones helados todo del día y se emborrachan y fornican toda la noche. Están delgados como leopardos y ansiosos de entrar en acción.

El rey tiene medio centenar de unidades de operaciones de avanzada en la montaña. Mi hermano Elías y sus compañeros forman una de ellas. Estos son grupos de élite, compuestos en su totalidad por Compañeros, los más altos y apuestos, a lomos de las monturas más espectaculares. Su trabajo es negociar con las tribus. Llevan regalos de honor —copas de oro, espadas damascenas— y están autorizados para hablar y negociar en nombre de Alejandro. Tienen guías panjshiris, salangais y pactianos khawak, hombres de tribus que habitan los valles altos y los pasos que el ejército tiene que utilizar en primavera. ¿Se opondrán los clanes a que pasemos? Se dice que su número alcanza entre ciento veinticinco mil y ciento setenta y cinco mil hombres, incluidos los *khels* y *sub-khels* de valles principales y secundarios. Ningún invasor, ni siquiera Ciro el Grande, ha conseguido domeñarlos jamás.

Nuestro entrenamiento está claramente dirigido a enfrentarnos a estos merodeadores. Cada batallón tiene su propia artillería de altura para controlar las cumbres dominantes, así como sus compañías de tropas de

proyectiles. Practicamos con botas para la nieve y pellicas. Los ingenieros y zapadores siguen las huellas fuera de Kapisa todo el camino hasta la cabecera del Panjshir. Vemos al enemigo continuamente. Son centenares los que pasan el invierno por aquí, en el valle de Kabul, con sus familias. Y miles más han descendido a altitudes más templadas en las crestas que lo rodean. Sus tiendas de espadas ocupan los paseos de la ciudad de Bagram. Todos van montados y armados hasta los dientes.

Muchos encuentran empleo en el ejército. Tenemos varios en nuestro comedor extraoficial. He conocido a dos de ellos, Kakuk y Hazar, hermanos y más o menos de mi edad. La primera palabra que me enseñan, a la par que se señalan a sí mismos, es *tashar*, que significa potro salvaje. Ambos son buenos tipos, apuestos como leones, el primero con el cabello rubio y el segundo, de pelo negro; los dos lucen espesas barbas de las que presumen más que unos gallos de pelea. La paga les trae sin cuidado y por costumbre derrochan el sueldo de un mes en una noche de juerga. Se han unido a nosotros por la novedad y la aventura. Su atuendo se compone del gorro de fieltro bactriano con orejeras, pantalones gruesos de lana metidos por las botas de piel de oveja, chaleco, jubón y *pettu*. El fajín que les ciñe la cintura lleva los colores de su tribu y en él guardan la comida, las medicinas y los tres «matahombres» con filos de hierro: corto, medio y largo. Son curiosos como gatos. No se cansan de oír cosas sobre mi país. Cada costumbre que les explico les provoca ataques de hilaridad. No podría imaginarse compañeros más geniales, aunque salta a la vista que nos arrancarían los hígados —a nosotros o a sus compatriotas afganos— por el asunto de honor más trivial y eso, cuando el ejército se ponga en marcha en primavera y viole la integridad de su territorio, hará que se lancen sobre nosotros con toda la violencia de la que son capaces. He sabido que el orgullo de los panjshiris es su gran valle, el hogar y el cielo para ellos. ¿Pagará Alejandro el peaje para cruzarlo con *badraga*, escolta oficial? Ciro lo hizo. ¿O nuestro rey intentará pasar por la fuerza? Aún no ha cedido a ninguna extorsión. Al igual que Ash, los hermanos Kakuk y Hazar no ven contradicción en trabajar para Alejandro y estar deseando sacarle las entrañas. Es imposible que estos tíos te caigan mal. Me he sorprendido a mí mismo envidiando su orgullo, su vida libre. El trabajo les es desconocido. Sus ponis se alimentan del dulce pasto en verano y de forraje seco en invierno, cuando se cierran los pasos. Sus esposas y hermanas les tejen las ropas, les preparan el *dal* y el *ghee*. Las familias habitan en casas de piedra, de cuya propiedad son

capaces de recitar hasta veinte generaciones atrás. Las únicas partes desmontables son las puertas de madera y los tejados (en caso de evacuación por luchas a causa de enemistades antiguas). Cada grupo familiar cuenta con dos residencias, la de verano y la de invierno. Si ataca un clan rival, los *khel* los expulsan gracias a que conocen mejor el terreno. Si un enemigo extranjero entra a la fuerza, como *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

58

Ciro en el pasado o Alejandro ahora, las tribus se retiran a refugios a mayor altitud y mandan llamar a familiares más lejanos hasta que reúnen la cifra necesaria; entonces atacan. El *nangwali* es el código de honor del guerrero afgano. Sus dogmas son el *nang*, es decir, el honor; la *badal*, o la venganza; y la *melmastia*, la hospitalidad. El *tor* —«negro, abarca cualquier asunto relativo a la virtud de las mujeres. La afrenta al honor de una hermana o esposa no se puede volver *spin* —«blanco»— por ningún otro medio excepto la muerte. Las enemistades de sangre, me cuentan los dos hermanos, dan comienzo por el *zar*, las *zan* y la *zamin*, es decir, por el dinero, las mujeres y la tierra.

En casos de *badal* la revancha se cobra a manos del padre o del hijo. En el *tor* es a manos del marido, excepto en el caso de mujeres solteras; entonces los varones de la familia no descansarán hasta que se haya hecho justicia. El código del *nangwali* prohíbe el robo, la violación, el adulterio y el falso testimonio; se castiga la cobardía, el abandono de hijos por parte de los padres y la usura. El código prescribe ritos para nacimientos y muertes, para armisticios, desagravios, rezos y dádivas, así como todos los demás trámites de la vida. La pobreza no es un delito. El respeto a los mayores es una virtud cardinal, a la que sigue la paciencia, la humildad, el silencio y la obediencia. Las leyes para la higiene son estrictas, aseguran los dos hermanos, aunque si hay algún rastro de ella ante mi vista he de confesar que se me pasa por alto. Su visión de la vida es la de una noble resignación ante el destino. Todo es decisión de Dios, creen los afganos. Así, nada puede hacer uno salvo ser un hombre y aguantar.

En cuanto a mi tutela de Bizcochos, me traerá problemas, afirman mis amigos. A la joven le queda al menos un hermano vivo, un capitán de caballería que actualmente está al servicio de Espitámenes. Kakuk y Hazar lo conocen; es un paladín de una tribu rival. Si nos encontramos tendré que

atacarlo sin vacilar. Es asunto del *tor*, la sangre lo es todo. Siempre se puede pagar la vida de un hombre.

Una mañana, al despertar, me encuentro con que Kakuk y Hazar se han ido; casi todos los panjshiris del campamento se han «brincado» también. La primavera se acerca; en las zarzas ya brotan moras. Los exploradores informan sobre centenares de nativos que regresan a los valles altos por rutas que sólo ellos conocen. Le pregunto a Bandera sobre esto último.

—Los pasos —contesta—, siguen aún bajo veinte pies de nieve. Nada que no tenga alas atravesará las montañas hasta dentro de otro mes, como poco.

Sin embargo, Ash cuenta otra historia. Los contratistas del tren de suministros están poniendo pegas, nos informa. No subirán con sus recuas al Panjshir si se les da tiempo a los clanes para que lleguen a casa y se organicen en un ejército.

Esa noche Alejandro ordena levantar el campamento otra vez. Desmontamos tiendas y cargamos las recuas, como ya hemos hecho otra docena de veces en ejercicios de prácticas. Esta vez no se trata de un ejercicio. Dos horas antes de amanecer, las unidades de vanguardia del ejército se ponen en marcha con *el* rey a la cabeza y emprenden el ascenso por el camino que lleva al Panjshir.

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

59

16

Kabul está a siete mil pies de altitud. Al segundo día de marcha la columna ha llegado a los nueve mil. Coronamos los doce mil del paso Khawak el sexto día de artemisio. Temprano. Muy temprano.

El sol quema a esta altitud; tal es su fuerza que de hecho es el primer día que nos quitamos la capa de invierno y viajamos bañados en sudor. La reata es de una mula por hombre; la mitad de las bestias sólo cargan forraje y casi todo lo que carga cada hombre en su petate es pitanza. Hasta las monturas de caballería van cargadas; transportan botas de nieve, mantas y pellicas. El ejército no viaja con equipaje pesado y con muy pocas personas que dependan de él. Ésas vendrán más adelante, cuando sea más seguro. Las porteadoras viajan con nosotros. Alejandro les ha do-Hado el sueldo; ese extra se les dará a ellas, no a sus capataces. Bizcochos viene conmigo y Ghilla, con Lucas.

La columna avanza en cuatro secciones. La de vanguardia abre la marcha; ésos son los ingenieros del ejército. Su división conduce tres mil camellos cargados con postes y vigas, cables, cuerdas, tablaje y utillaje; construirán puentes para salvar gargantas y torrentes en crecida. La vanguardia también lleva ovejas y bueyes, no sólo para que arrastren maderos para la construcción, sino para ir aplastando la nieve del camino. Y para sacrificarlos para comer. A fin de proteger esos materiales los ingenieros cuentan con arqueros, honderos, lanzadores de jabalina, jinetes mercenarios de Lidia, Armenia y Media, con asalariados afganos del oeste, tropas de montaña que odian a los panjshiris, y por último, nuestros zapadores maces. Éstos son rufianes del ejército despojados del privilegio de portar armas y que en cambio manejan hachas y zapapicos. Los pobres milicos abren caminos a través de ventisqueros de veinte y treinta pies de altitud. Alejandro y las unidades de élite van a continuación, el *ágema* de los Compañeros —la Guardia Real—, batallones de la primera brigada de Perdicas y Crátero, con lanzadores de jabalina agria-nos, arqueros cretenses y otras compañías de montaña especializadas, incluidos ingenieros de combate con catapultas y oxybeles. Estas divisiones derribarán al enemigo en masa, aquí en el Panjshir, si los nativos de las tribus se oponen a que pasemos, y, más allá, en las estepas bactrianas, donde el rey supera a la caballería de Beso y de Espitámenes. A continuación marchan las brigadas de la falange central, incluida la nuestra, la de Hefestión y la de Tolomeo, así como los batallones no destacados de Perdicas y Crátero; después, las secciones pesadas; luego, las brigadas ligeras de Erigio, Átalo, Gorgias, Meleagro y Poliperconte, junto con la caballería mercenaria e irania. El equipaje va entre ellos y la retaguardia, que está compuesta por otros contingentes y tropas nativas ligeras. En total el número asciende a casi cincuenta mil hombres.

Seguimos subiendo. El invierno se despide con represalias; torrentes primaverales bajan atronadores por las quebradas con el color marrón del barro. Se supone que se tarda trece días en llegar al paso. El sendero discurre recto a través del Panjshir. Setenta millas. Montones de valles secundarios se ramifican de su eje central. Todos ellos aportan su catarata, su deshielo de glaciario; y todos descienden con una furia ensordecedora. Nadie que no sea panjshiri ha regresado jamás de estos remotos baluartes naturales.

Steven Pressfield

—Cuando lleguemos a la cumbre estaremos a doce mil pies —comenta Trapos—. Aquí empieza el paso de Khawak, que tiene cuarenta y siete millas de largo.

La primera tormenta estalla al tercer día. Primero se pone a granizar, después nieva y, a continuación, graniza otra vez. Granizos del tamaño de proyectiles de honda nos hacen quitarnos los cascos y los escudos, bajo los que nos acucillamos de cara a cualquier afloramiento rocoso que encontramos mientras que las mulas y los caballos se apiñan en un silencio penoso hasta que el vapuleo cesa. El sendero está cubierto de hielo. Todas las recuas y reatas están encajonadas en él; las pendientes resplandecen, escarpadas y peligrosas. Tras la tormenta, azota un viento gélido. Todos estamos empapados y tiritamos como potrillos.

—¡Venga, chicos! ¡No os quedéis ahí parados!

La columna ha entrado en el Panjshir propiamente dicho. El valle es bellísimo, mucho más ancho de lo que había imaginado y, a pesar de la altitud, no es especialmente «montañoso». Nuestros guías nos cuentan que, bajo la nieve, hay labradas grandes terrazas escalonadas y que en otoño los nativos cosechan arroz, cebada, pepinos, lentejas y habas en las laderas que ahora irradian un brillo cegador. Huertos enteros se ocultan bajo la capa de nieve acumulada: moras, peras, pistachos, ciruelas silvestres y más albaricoques de los que pueden cargarse en mulas para llevar al mercado. Pronto acampamos en mitad de otra tormenta. No podemos extender el forraje para los animales porque el granizo y la cellisca lo empapan al momento. Los alimentamos usando cebaderas, que también están congeladas, atadas a ronzales helados. No hay madera, así que tampoco hay hogueras. Comemos la *kishar* —carne de cabra— fría, y cuajada que es un puro hielo. Me trago la bola helada que se supone que es una cebolla.

—Tercer día —sonríe Bandera—. Sólo quedan otros diez para llegar arriba. Pegamos la pestaña en un apretado montón —las mujeres también— usando a los animales atados con ronzales como protección contra el viento. Dos veces durante la noche oímos el ruido de ataques a lo lejos, columna arriba. Nos sentimos tan mal que ni siquiera nos movemos. Estoy apretujado entre Bizcochos y Lucas cuando siento unos empujones rítmicos en alguna parte al sur de mis pies.

—¡Tolo, pedazo de cabrón!

Estallan las carcajadas.

—Sólo intento no quedarme congelado, compañero.

Nadie duerme esa noche ni la siguiente. Todos, del primero al último, rogamos que salga el sol, cosa que tarda en ocurrir porque los picos tapan los cálidos rayos hasta media mañana. A mediodía, los hombres nos desnudamos a pesar del frío y sólo nos dejamos puestas las botas. Emprendemos la marcha llevando la ropa empapada extendida encima de los fardos para que el viento la seque.

—No estás mojado de verdad hasta que no tengas empapado el pliegue del ojete —manifiesta Tolo.

—Lo tengo empapado.

—Entonces que los dioses te bendigan.

Estéfano alegra a la tropa prediciendo la victoria en Bactria. Jura que pillaremos a Beso y a Espitámenes con las pelotas al aire. ¿Por qué?

—Porque son hombres inteligentes y no pueden concebir que alguien con la mollera en su sitio cruce las montañas en esta época.

Quinto día. Caminamos a dos millas de altitud. De día y de noche las tormentas descargan nieve y granizo para después deshacerse en vapor y dar paso a un sol atroz. Ahora empieza el deshielo. Es como si la montaña entera llorara. Un millar de arroyos y riachuelos brotan entre las rocas, corren y se unen en torrentes tributarios y a continuación se precipitan en cataratas al río que discurre más abajo. Con el transcurso de los siglos las rocas se han fragmentado y todo es guijarro y pedregal a punto de deslizarse. Un paso en falso y entras en los libros, como decimos los soldados. Por lo que hemos oído, sigue así todo el camino a Khawak, sólo que allí arriba es peor aún. A esa altitud, casi tres millas, los ríos se convierten en glaciares bordeados de morrenas inestables de color grisáceo que son las únicas vías de paso. Esos campos de hielo son intransitables, con una anchura de media milla, resquebrajados por fisuras, grietas y brechas y atravesados por una maraña de grandes torres *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

61

de hielo.

El quinto mediodía estalla una revuelta de los porteadores. Unos cien sirven en nuestra división; tiran las cargas y se niegan a ascender más. Quieren más dinero. Estéfano es el comandante de nuestra sección. ¿Qué se

puede hacer? ¿Matarlos? Capitula y les paga de su bolsillo; los porteadores no aceptan vales del ejército.

El granizo y la nieve que cae a lo largo de toda la noche machacan el campamento; por la mañana tardamos horas en sacar a los rebeldes de los agujeros donde se han refugiado durante la noche. Ahora los arrieros se amotinan también. Ash es uno de sus cabecillas. ¡No son guerreros!

¡No firmaron para pasar por esta dura experiencia!

Ash quiere que se le devuelvan las mulas. Todos quieren lo mismo. Estéfano y los otros oficiales se tiran media mañana negociando. La columna se está fragmentando. Elementos de vanguardia siguen camino sin nosotros. Se abren brechas. Detrás de nosotros deben de haberse iniciado otras revueltas porque ninguna sección nos adelanta. A mediodía, Estéfano consigue reprimir la insurrección. El sol ha asomado de nuevo; el optimismo se reaviva. Pero al cabo de una hora aparecen nubes purpúreas, cae la temperatura y un diluvio de cellisca y granizo se precipita sobre la columna. El vendaval sopla con tanta fuerza que no se puede avanzar un paso; hasta las mulas tropiezan y caen en el peligroso suelo. Acampamos tres horas antes de oscurecer por la simple razón de que es imposible seguir adelante.

Busco a Ash. Ha desaparecido. Lo mismo que los demás arrieros. Han abandonado sus recuas, su medio de vida, y han preferido correr el riesgo de volver camino abajo, solos y a pie. La oscuridad cae sobre el campamento. El frío nos hace dar diente con diente. Las mujeres lo aguantan sin protestar. De noche, Bizcochos duerme descalza, con los envoltorios de tela que calza puestos alrededor del torso para que se sequen y pone los pies en la tripa de otra chica en busca de calor, y a cambio le hace el mismo servicio al calentarle los suyos debajo del *pettu*. Me ha hecho que meta las manos debajo de sus brazos. Hemos aprendido a buscar el sitio para dormir fuera de quebradas estrechas, por las que el ventarrón aúlla. Es mejor en las partes anchas del sendero o al socaire de un afloramiento, si consigues encontrar uno antes que tus compañeros. Las noches son insoportables, haz lo que hagas.

—Sólo otras ocho amanecidas más —dice Bandera.

Amanece y Estéfano tiene a los maces formados y armados. Despertarnos a los porteadores en sus agujeros en la nieve. Antes de que tengan tiempo de dar su siguiente ultimátum, Estéfano da el suyo:

—¡Salid! Salid pitando de ahí y sacad vuestras cargas.

A punta de lanza los hacemos volver al camino. Quieren comida.

—Claro, seguro que la queréis.

Gritan que quieren sus pellicas y sus cubiertas.

—Venid a cogerlas —responde Estéfano con una cita de Leónidas.

Los porteadores claudican y Estéfano los arenga. «¡Adelante, hacia Khawak! ¡Desde allí es cuesta abajo! ¡Sobresueldo para todos en Bactria!»

Recorremos un buen trecho ese día; y también al siguiente. ¿Dónde está la cumbre? Hemos perdido contacto con la columna, tanto por delante como por detrás. Nuestros *shikaris* no pueden hacer nada; no conocen la montaña. Cada tormenta entierra el sendero a más profundidad. Y con el sol es peor. El calor propicia los aludes, aunque todavía ninguno ha amenazado nuestra sección. Sin embargo, más adelante, allí donde ha habido desprendimientos, borran todo rastro del camino y se tarda horas en abrir una nueva vía; cuando salimos al otro lado, sólo las preces nos devuelven la confianza en que no hemos perdido el rumbo.

Al séptimo día se acaba el forraje de los animales. De hecho, nosotros llevamos a media ración desde el cuarto amanecer. Mi estómago resuena con más ecos que un aljibe vacío. Cada paso se convierte en un tormento.

—Tolo —digo mientras camino a su lado con esfuerzo—. ¿Tendríamos que preocuparnos?

—Confía en los dioses benevolentes —contesta.

—Pensaba que no creías en los dioses.

Steven Pressfield

La campaña afgana

62

—Y no creo.

No se ha vuelto a hablar de motines. Los porteadores caminan sin separarse de nosotros. Viviremos o moriremos juntos.

Así es como el peligro te alcanza. Paso a paso. De repente, estás ahí. Miro a Lucas. Incluso con los protectores de ojos y forrado de ropa como un fardo, noto su aprensión. Ya no se trata de la guerra, sino de sobrevivir.

Séptima noche. Dos soldados de un comando llegan al campamento tambaleándose, enviados desde la sección que nos precede, para guiarnos hasta allí. ¡Un pueblo! ¡Sólo tres millas más allá!

Los refugios de los nativos, bajo la nieve, guardan vituallas y forraje. Sobrevivimos a otro interminable asedio de la oscuridad auxiliados por la esperanza.

Todo el día siguiente la sección avanza, aterida, bajo una fuerte tormenta. Eso está bien; significa que nos encontrarnos cerca de la cima. Más o menos a mediodía vemos sepulturas recientes. Compatriotas nuestros de las secciones que van delante. Acogemos, avergonzados, la vista de esas tumbas con alivio porque quiere decir que vamos por buen camino. Por si fuera poco, el mal de las alturas se suma a nuestras penalidades. Nadie puede comer; vomitas todo lo que ingieres. Estamos débiles y desorientados; la tarea más simple se convierte en monumental. Recuerdas, pongamos por caso, que tienes en la mochila un trozo de tasajo. Ahora intentas sacarlo. Tardas en quitarte un mitón hasta contar cincuenta y para entonces ya se te ha olvidado por qué te lo querías quitar. Dos tipos se suben a la frente los protectores de ojos, se les olvida volver a bajarlos y la nieve los ciega. Hay que atarles una cuerda y guiarlos.

Agachamos la cabeza y seguimos adelante. Cada cual se repliega en su propia espiral de dolor. Ves tus pies y oyes el crujido de tus pisadas. ¿Dónde están nuestros guías? Los dos soldados del comando nos dicen que se han apostado hombres a lo largo del sendero para esperarnos y llevarnos al pueblo. Lucas avanza para situarse a mi lado mientras caminamos.

—Aquí pasa algo raro. —Señala al sol—. Vamos en dirección nordeste.

—¿Y en qué dirección deberíamos ir?

—No lo sé, pero hacia allí, no.

El camino da vueltas y revueltas, avanza en zigzag y cruza ensilladas y cornisas. ¿Quién podría orientarse?

Cuando se viaja por un lugar tan agreste te sorprendes a ti mismo poniendo nombres a los accidentes del terreno. En una cresta de borde afilado: «Cuerda del Tendal.» «Dos Torres.» «Casa de Hielo.» ¿Dónde está el pueblo? ¿De verdad hay comida más adelante? ¿Tendremos una hoguera?

Pasado el mediodía. Atravesamos una zona de pizarra y guijarros, una morrena de glaciar excavada por el inmenso río congelado que ha formado esta cuenca. El resplandor es cegador; una y otra vez se abren brechas en la columna. El suceso se convierte en normal, sin provocar alarma. De todos modos, estamos ciegos.

De repente surge una conmoción más adelante. ¿El pueblo? Una hilera de nuestros compatriotas pasan deprisa en sentido contrario.

«Por ahí vais mal, hermanos.»

Hemos perdido el camino.

Hemos subido por el valle equivocado.

—¡Un trabajo redondo, compañeros!

—¿Qué genio está al mando en este jodido grupo? Hombres y animales nos pasan de vuelta por donde hemos venido. Agarro a Lucas.

—Esto es serio.

A nadie le ha entrado el pánico todavía, pero notamos que el caos se avecina. Volvemos sobre nuestros pasos. La columna se disloca más aún cuando algunos compañeros que van en contramarcha interrumpen la fila en su prisa por desandar la morrena. La mala suerte nunca viene sola. Ahora la acompaña otra tormenta. El cielo se tiñe de púrpura, el viento aúlla, el frío nos golpea como un muro de hielo.

Los hombres dan trompicones, caminan a tirones. Los que vienen detrás te empujan, dominados por un creciente terror. El miedo se ha contagiado también a mulas y caballos. *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

63

—¡Alto todos! —brama Estéfano mientras camina a lo largo de la columna—. ¡Hermanos, controlaos! —Llama a los soldados por su nombre, les conmina a mantener el orden. Funciona. La integridad de la marcha se restaura.

Las mujeres son las más fuertes. Ninguna suelta su carga ni hace amago de salir corriendo. Bizcochos y Ghilla se quedan pegadas a Lucas y a mí.

—¿*Ka'meesha*? —«Estáis bien», grito para hacerme oír por encima del aullido de la tormenta. Asienten con un gesto, envueltas en ropa de pies a cabeza. La columna reemprende la marcha. Faltan tres horas para que anochezca. No se han pasado órdenes, pero todos entendemos: tenemos que retomar el camino correcto y encontrar el pueblo o nadie sobrevivirá a la noche con una tormenta como ésta.

Descendemos. Pasamos por la Casa de Hielo. Dejamos atrás las Dos Torres. Ahora la Cuerda del Tendal, esa cresta con forma de columna vertebral de quinientos pasos de punta a punta. Un penacho de nieve se desplaza lateralmente empujado por el vendaval. Tenemos que avanzar al socaire, cegados por la nieve que levanta el viento.

—¡Encordaos todos! ¡Sin excepciones!

Las secciones pasan en hilera a través de la columna vertebral por los escalones cortados en el hielo durante el cruce anterior. Utilizar la media pica. Hincarla, por el extremo del pincho, en la pendiente; contar dos para

darle tiempo a incrustarse; después, impulsarse hacia delante. Todos al tiempo. Increíblemente, lo conseguimos.

—¡El camino!

La alegría se transmite a lo largo de la columna. Nuestros guías gritan desde la cabeza de la columna. ¡Refugio! ¡Refugio para la noche! Jubilosos, nos palmeamos la espalda y los hombros cargados unos a otros. ¡Recuento! La columna forma para ponerse en marcha otra vez.

—¿Dónde está Tolo?

Es Bandera, que repasa la lista.

—Lo vi justo antes de cruzar. —Rojillo señala hacia atrás.

—¿Y dónde está ahora?

Nadie lo sabe.

Bandera recorre la columna hacia atrás al tiempo que retira tapabocas y protectores de ojos para examinar cada rostro.

—¿Iba atado? ¿Quién lo vio encordarse?

La columna ya ha salido de la pendiente y ha dejado atrás el vendaval. Estamos al resguardo de una cara de la montaña y casi tenemos sensación de calidez.

A nuestra espalda, al descubierto, la Cuerda del Tendal aúlla. Bandera regresa sin haber encontrado a Tolo.

—¡Seguid! —ordena mientras nos empuja hacia delante, en dirección al pueblo.

—¿Y tú qué, Bandera?

—¡He dicho que sigáis!

Lucas y yo nos rezagamos. Vemos a Bandera y a Rojillo ir uno al encuentro del otro. Apenas oímos nada. Rojillo señala el fondo de la vertiente de hielo.

—...si Tolo ha caído ahí abajo, ya está criando malvas. Bandera se da la vuelta. Lo vemos cargado con una cuerda Y un destal que ha cogido del fardo de una mula. Rojillo se reúne con la columna, que sigue avanzando. La gente arrastra los pies en dirección al pueblo. Lucas y yo nos miramos.

—Me quedo —dice mi amigo.

Le miro a los ojos. Está en peores condiciones que yo; se habrá congelado dentro de una hora.

—No. —Soy idiota—. Tú vete.

Lo empujo para que se ponga en marcha.

—Guárdame algo caliente.

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

64

17

Bandera y yo encontramos a Tolo quinientos pies más abajo, vivo y delirante. No sabe quiénes somos; ha perdido los protectores de ojos y está ciego. Nos ordena que regresemos pendiente arriba.

Yo quiero irme. Lo haría. Pero no es tan sencillo. Bajar quinientos pies nos ha costado dos horas a Bandera y a mí. La vertiente es abrupta como una escala de mano y resbaladiza como un moco congelado. Tengo las botas hechas trizas, heladas y tiesas como tablas; las suelas están brillantes por el hielo.

Ha caído la noche y Bandera tiene síntomas de congelación. Los vómitos helados le emplastan la pechera, articula las palabras con dificultad y ya no puede cerrar ninguna de las dos manos. Estamos aferrados a una cornisa en la que sólo cabe el ancho de una bota. Tolo cuelga despatarrado, cabeza abajo, treinta pies por debajo de nosotros. Está enganchado en un saliente con una cuerda envuelta al tobillo. La otra pierna está doblada por la rodilla hacia delante.

—¿Quién está ahí? ¿Eres tú, Matías?

Voy a tener que bajar a buscarlo. La distancia que nos separa parece una nimiedad. En verano, una chiquilla podría salvarla a toda prisa, con facilidad. Pero ahora, en la oscuridad, con la temperatura cayendo en picado y nuestro agotamiento y las botas con una capa de hielo, parece un trecho tan distante como el que hay hasta la luna. Abandonaría a Tolo; estoy listo para volver pendiente arriba. Entonces veo a Bandera, con las manos entumecidas por el frío bajo los mitones, dispuesto a descender. Le maldigo usando un lenguaje que en unas circunstancias menos comprometidas me acarrearía la horca.

No puedo dejarle bajar.

Tengo que ir yo.

De algún modo lo hago, amarrado por la línea que Bandera desliza desde la cornisa. Tolo no me reconoce. Ni siquiera cuando le grito al oído. Tiene la pierna doblada completamente hacia delante. Cuando se la toco la noto dura como una piedra.

—El casco —dice—. ¿Ves mi casco?

Ha perdido el casco forrado con colmillos de jabalí. Dice que se le debe de haber caído. Está ahí; y señala. Unos diez pies más abajo, sobre el hielo.

—¿Puedes recogerlo? —me pregunta con una voz tan débil que tengo que acercar la oreja al agujero helado que forma su barba e incluso así apenas le entiendo.

—Déjalo, Tolo.

—Mi casco. —Dice que tiene que recuperarlo.

—¿Para qué?

Dice algo entre toses que no entiendo.

—¿Qué? —le grito.

—En el infierno —dice—. Será una falta de respeto aparecer allí sin casco. Sí, claro ¿por qué no? ¿Por qué no voy a morir por su jodido casco de mierda?

Lo alcanzo y se lo planto en la cabeza, debajo de la capucha de borra. Pego la boca a su oreja.

—Salgamos de aquí de una puta vez.

Atamos a Tolo por debajo de los brazos entre Bandera y yo. La capa es un trozo de hielo que sirve como narria improvisada. Si subimos, palmo a palmo, podremos izarlo detrás de nosotros. Las *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

65

cosas por etapas, de una en una. Empezamos a ascender. Una superada. Dos. Sólo que ahora también empiezan a fallarle las fuerzas a Bandera. No puede hablar. Temo por sus extremidades. Yo aún siento las mías. Estoy bien. La juventud. La juventud lo es todo.

—La cima... —Consigue articular Bandera, aunque más parece un graznido. Se refiere a que debemos alcanzar el camino.

—¿Para qué? ¿Para que muramos allí en vez de aquí?

Me domina una rabia tan desbordante que no se puede expresar con palabras.

—¡Tolo! —grito hacia abajo—. ¿Qué tal si tiras un poco de tu peso? ¡Usa los brazos, maldita sea!

—¡Cierra el pico! —brama Bandera.

—¿Por qué no se encordó? Nos vamos a despeñar por culpa de este tonto del culo.

—Que te calles.

Sigo farfullando. Sé que estoy perdiendo el control pero no puedo evitarlo. Una parte de mí se ha sumido en el delirio y me doy cuenta, pero, increíblemente, la otra parte se conserva lúcida. Calculo que dispongo de media hora antes de que pierda por completo la sensibilidad en manos y piernas.

¿Y luego qué? Una hora hasta congelarme de la coronilla a los pies. Lo que resulta de verdad exasperante de entrar en los libros de este modo es que dentro de veinte días habrá flores en esta ladera. Será primavera. Y que en un mes, los panjshiris tendrán ovejas pastando por los alrededores. Despojarán nuestros cadáveres y danzarán sobre nuestros huesos... Los nuestros y los de todos los centenares más de compañeros que la palmen antes de que la columna haya atravesado estas montañas.

—¡Espabila!

Miró a Bandera boquiabierto, como un hombre que acaba de salir de una pesadilla.

—¡Tenemos que llegar al camino! —me chilla al oído.

No sabría decir si es él quien ha perdido la chaveta o si soy yo. ¿Qué nos espera en el camino?

Nada. La columna ha seguido adelante. Nunca podremos alcanzarla en la oscuridad y, desde luego, menos aún si vamos arrastrando a Tolo. Nuestra única esperanza es que la sección que venía detrás haya llegado hasta aquí. Pero tendrían que estar chiflados para hacer eso. ¿Cruzar la Cuerda del Tendal con este frío y a oscuras? Jamás. Habrán acampado en cualquier agujero, más abajo.

—Vale —respondo, también a gritos. Llegar al camino. Buen plan.

Trepamos ayudados por las puntas de nuestras medias picas; las clavamos en el hielo y nos aupamos astil arriba. Primero la rodilla y luego el pie; cuando sabemos que el apoyo es firme, nos echamos por el hombro la cuerda con la que izamos a Tolo; luego tiramos hacia arriba impulsados por esa pierna.

En algunos puntos la pendiente no es tan mala; podemos cortar escalones en el hielo. ¿Hemos ascendido cien pies o son mil? Sé que sufro alucinaciones. Es como si pudiera oír la voz de Bizcochos. Hablando en griego. Y, encima, en un griego muy bueno. Se ha quedado esperándonos. La columna se ha ido, pero ella sigue allí, en el camino. Qué gran alucinación. Me consuela. Es como uno de esos sueños en los que exclamas: «¡Cielos, qué imaginación!» Echo una ojeada a Bandera por

encima del hombro mientras me pregunto si estará viendo el mismo espejismo que yo. Parece que no. Se limita a seguir trepando. Por las pelotas de hierro de Zeus, qué huevos tiene. ¡Qué gran soldado! Estoy orgulloso de entrar al infierno a su lado.

—¡Eh, Bandera! —Voy a decirle que le quiero y me da igual lo poco militar que suene.

—¡Cierra el pico!

Quiero contarle lo de la visión de Bizcochos. ¿Dónde habrá aprendido a hablar tan bien el griego? Debe de haber sido de los maces que la tomaron antes de que apareciésemos nosotros en escena. Está ahí arriba y grita algo. No sé qué de una cuerda.

—¡Agarradla! ¡Tirad de ella para subir!

Realmente me tiene impresionado con su griego.

Bandera se esfuerza para coger la cuerda. Qué raro es esto. ¿Cómo es que intenta pillar una cuerda que es una alucinación mía?

Ahora la he cogido yo. De algún modo conseguimos llegar al camino. A gatas. Boca abajo. *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

66

Rodando sobre el borde; impulsados por las rodillas. ¿Ponerme de pie? No puedo. Bizcochos y Bandera tiran de la cuerda que creo recordar haber atado por debajo de los brazos de Tolo. Se me pasa por la cabeza la idea de que quizá todo esto no sea producto de mi delirio.

—¡Eh!

Bizcochos se arrodilla junto a mí. Estoy de bruces en el suelo; me gira boca arriba.

¡Eh!

¿Qué?

Me agarra del pelo y me sacude con tanta fuerza que casi me lo arranca de raíz.

—¡Eh! —me grita al oído—. ¿Eres estúpido?

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

67

18

Lo que nos salva la vida es la pellica de Tolo y su capa militar. Con estas prendas hacemos una especie de techo sobre el angosto túnel que

Bizcochos ha cavado en el hielo. Bizcochos me cuenta después que me he empeñado en arrastrar a Tolo para llevarlo con nosotros. Es preciso que Bandera me golpee con los codos (ya no siente las manos) para que me dé cuenta de que nuestro sargento mayor está muerto.

—Estiró la pata abajo —dice Bandera.

Estoy furioso. ¿Por qué no me lo dijo? Ha hecho que nos deslomemos para... Sin embargo, también consigue despertar en mí un gran respeto. ¡Dioses, qué soldado! Y qué amigo.

—¡Desnudad el cadáver! —grita Bizcochos para hacerse oír por encima del aullido del viento. Sin las ropas de Tolo no sobreviviremos a la noche.

—¡Nunca! —grito—. ¿Vamos a dejarlo desnudo?

Lo absurdo de mis palabras me impacta como un golpe. Y a Bandera. Nos echamos a reír. No podemos parar.

Tardamos diez minutos en retirar las ropas de Tolo de su cuerpo rígido. Bandera y yo seguimos desternillándonos de risa. Bandera coge el casco forrado con colmillos de jabalí, lo que desata en nosotros otro ataque de hilaridad. Las lágrimas se nos congelan alrededor de los ojos; tenemos la barba enmarañada con el hielo.

El pobre Tolo yace desnudo. Azul por la capa de escarcha. Resbaladizo. Tenemos que amarrarlo como a un batel a una media pica clavada en el hielo para evitar que vuelva a deslizarse por el borde del precipicio. Nos avergüenza nuestra reacción histérica, pero no podemos evitar reírnos. Aguantamos la noche interminable en el agujero de hielo, Bizcochos y yo con Bandera entre los dos; tiene los pies pegados contra mi vientre y ella le ha hecho meter las manos debajo de sus brazos. Por la mañana nos rescata la avanzadilla de la sección posterior de la columna que viene ascendiendo. Nos sacan de nuestra tumba, rígidos como muertos. Increíblemente, el día amanece cálido. A mediodía, cuando nos reunimos con Nudillos y Rojillo, a los que ha mandado Estéfano a buscarnos, el calor del sol es tan intenso que tenemos que quitarnos las capas. Las atamos sobre la narria improvisada con la piel de buey en la que arrastramos el cadáver de Tolo. El descenso hasta las estepas nos lleva otros nueve días. En ese tramo, en los flancos septentrionales (y sin sol) del Hindu Kush, es donde las penalidades del ejército llegan a su apogeo. Recorremos el paso de Khawak durante seis días. Parece que nunca vamos a salir de él. Veintidós millas a la cumbre y veinticuatro más hasta el sendero en la falda de la montaña. Bandera ha jurado llevar a Tolo todo el trecho hasta la planicie; no quiere enterrar a su

compañero en un agujero encajado en el hielo para que lo ultrajen en primavera lobos o afganos. Sin embargo, no tenemos fuerzas para tirar de su peso. Muchos otros se esfuerzan en la misma tarea que nosotros y arrastran cadáveres de compañeros muertos de frío. Al final dejamos a Tolo, junto a otros treinta, debajo de un túmulo de grandes rocas que ningún depredador ni bárbaro podrá apartar a empujones. Todos los días amanecen envueltos en sombras; el sol sale, pero los picos interceptan los rayos. Los estómagos están vacíos y las piernas parecen de plomo. La columna levanta el campamento y se pone en marcha. A mediodía el calor del cielo asalta los picos que se alzan sobre nosotros. Ahora llegan los aludes. Es primavera. El deshielo libera las masas de nieve colgadas en las vertientes. *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

68

Una y otra vez los deslizamientos entierran el camino. Se tarda una eternidad en abrir paso a través de ellos. El primer día en el desfiladero recorreremos tres millas. Al tercero, menos de una. Es imposible localizar los *tiris* nativos —los refugios subterráneos donde los habitantes de la zona almacenan sus provisiones en invierno—, ni siquiera por las fortunas pagadas a nuestros guías. Lo peor es que mucho de lo que dejamos tirado en el camino, por lo extremo de la situación, era comida. No nos queda nada. Masticamos cera y madera; nos comemos las sandalias de recambio. En Kabul el ejército se entrenó tanto que adelgazó y ahora no nos queda nada de reserva de grasa en el cuerpo. Además, son muchos los que están mal equipados de ropa y calzado. Al lado del camino yacen hombres que ya no se levantan, que cierran los ojos para no volver a abrirlos. Con el hambre, la disciplina de la columna se hace añicos. El ritmo desesperante de «deprisa-ypara», común en cualquier hilera de hombres que avanzan uno tras otro, se vuelve letal cuando los aludes rompen la columna en secciones que quedan incomunicadas entre sí. Cualquiera que tenga siquiera una pizca de comida se encuentra asediado por sus hambrientos compañeros. Un tarro de miel se vende por el sueldo de seis meses. El aceite de sésamo con el que nos frotábamos la piel para protegernos del frío (el de oliva se ha agotado) alcanza el precio del rescate de una emperatriz. Ésta era la carga que llevaba Bizcochos, pero la tiró en la Cuerda del Tendal para ayudarnos a subir a Tolo. Llega la orden de sacrificar a las acémilas, una por compañía. No hay madera para encender lumbres; engullimos la carne cruda.

Al sexto día aparece Alejandro. Increíble, pero ha desandado las millas que nos separan de la cabeza de la columna, acompañado por Hefestión y algunos pajes de su séquito. Sí, las tropas han maldecido su nombre. Presenciando la muerte de sus compañeros, no pocos han condenado a nuestro señor por su imprudencia al osar entrar en estos parajes agrestes tan al principio de la estación. Ahora, al verlo, los asalta una profunda vergüenza. Aquí, ante nosotros, con la sencilla capa de caballería, se halla nuestro soberano, que a estas alturas podría estar comiendo en las cálidas tierras bajas pero que, en cambio, ha elegido regresar con nosotros y compartir las penalidades. No va montado, sino a pie. No tiene comida; ni para nosotros ni para él. Cuando la columna se detiene para acampar, nuestro señor excava en la nieve con la punta de su pica para sacar raíces de silfio y cena ese forraje para cabras. Al ver caído a un hombre, Alejandro lo levanta con sus propias manos. Nos dice que las tropas a la cabeza de la columna estarán dentro de tres días arrancando peras de los huertos en las llanuras bañadas por el sol de Bactria. ¡Arriba esos ánimos, compañeros! ¡Resistid! Las penalidades que sufrimos ahora, por amargas que sean, se pagarán en la moneda de vidas de compañeros salvadas cuando caigamos sobre el enemigo por la retaguardia, donde no nos espera y no ha preparado defensas.

El enemigo huirá, promete Alejandro, acometido por el terror ante nuestra aparición en masa desde estos pasos inclementes, hazaña que se había considerado imposible en esta estación hasta haberlo conseguido nosotros.

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

69

LIBRO III

LA PLANICIE BACTRIANA

19

La planicie bactriana, a la que el ejército desciende con alegría, es un oasis de verdor y abundancia. Se reaviva el ánimo de los hombres a la vista de huertos con perales y ciruelos y bancales de arroz y cebada. Los bactrianos son civilizados; tienen ciudades, no pueblos. En otras palabras, algo que perder. Cuarenta lugares capitulan en once días. Las unidades avanzan a zancadas bajo el cálido sol y por buenas calzadas hacia el granero de Afganistán. La apuesta de Alejandro ha valido la pena. Beso y Espítámenes huyen hacia el norte para poner el río Oxo entre ellos y sus perseguidores macedonios. Por todas partes hay señales de la precipitada retirada. El enemigo ha intentado arrasarlo los campos, pero los agricultores del lugar (a cuyas propiedades pretendían prender fuego Beso y Espítámenes) han logrado salvar las cosechas merced a esfuerzos ingentes. Nos cobran el doble o el triple de su precio, pero no nos importa; nos sentimos muy dichosos de estar calientes y vivos.

En Drapsaca, ingenieros del ejército levantan una vasta tienda hospital para tratar los miles de casos de congelaciones y exposición a condiciones climáticas extremas. Las ropas de los soldados están hechas harapos; la mitad de los hombres van descalzos. Los animales son pellejo y huesos. Aun así, Alejandro y las brigadas de élite se preparan para emprender la persecución. Estéfano hace que nuestra tropa se reúna. Somos libres, dice, de ir al hospital.

—Pero si lo hacéis, ya podéis despediros de vuestra carrera militar. Alejandro sale ahora en persecución del enemigo y recordará el nombre de cada soldado que marche con él. Bandera tiene dos dedos negros y ha perdido uno del pie. Se los corta él mismo con un gran martillo y una cuña de aserrador. En todas las unidades, centenares hacen más o menos lo mismo o convencen a amigos para que se lo hagan. Los hombres prefieren morir antes que entrar en la tienda de los médicos.

El ejército cruza un desierto pedregoso y es una dura experiencia con el calor y la sed. Mueren trescientos más, así como setecientos caballos. Alejandro llega al Oxo dos días después que el enemigo. El río tiene mil

doscientas yardas de anchura. Beso y Espitámenes lo han cruzado y han prendido fuego a todas las embarcaciones. El ejército mace acampa y empieza a construir puentes y balsas.

Nuestras mujeres siguen con nosotros. Las terribles pruebas de la montaña y el desierto las han *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

70

transformado. Se han ganado nuestro respeto y el suyo propio. Ahora sólo las atemoriza el alto, cuando las unidades pueden decidir que ya no las necesitan. Bizcochos me unta las plantas de los pies, llenas de pústulas, con vinagre y me los venda con pieles de topos. Ghilla coloca los huesos. Otra chica, Jenin, se establece como proveedora del nas y del matarratas para el grupo. Las mujeres se han vuelto indispensables. Hasta Bandera las defiende.

Nuestro sargento también ha cambiado desde las montañas. La muerte de Tolo ha sido un duro golpe para él. El pesar hace más humano a Bandera. Le oigo a veces llamar «hijo» a Lucas. En Drapsaca lo condecoran con un León de Plata, el cuarto que recibe. El galardón viene acompañado de un talento de plata. Bandera paga el entierro de las cuatro mujeres perdidas en la montaña y arregla un aborto limpio, en el hospital y con un médico del ejército, para una quinta. Nos repone el equipo y las ropas a todos. Lo que le queda lo manda a casa, para los parientes de Tolo. He llegado a conocer bien a este hombre al que antes miraba con más temor que respeto. Ahora lo veo tal como es: un soldado en el sentido más noble de la palabra. Duro, desinteresado, sufrido. Hace un aparte conmigo en la ciudad de Taloqan y me pone el casco de colmillos de jabalí de Tolo en la mano.

—Toma, esto es para ti. No puedo llevarlo puesto.

No me lo merezco.

Pero ante la insistencia de Bandera me lo guardo en la mochila,

—Los fantasmas dan buena suerte —dice. Manda reunirse nuestra media sección. La segunda anda tendrá un nuevo Número Uno: yo.

¿Está de broma?

—Acabas de ascender a cabo primero, Matías. Enhorabuena.

A partir de ese día, asisto a todas las reuniones informativas del mando. Me siento ridículo. Soy incapaz de dar órdenes a Trapos o a Nudillos o a Lucas.

—Aprende a hacerlo —ordena Bandera. Ahora me incluye en sus reflexiones privadas y sus deliberaciones. Cada runrún que le llega desde arriba de la cadena de mando, lo comparte conmigo. Ahora puedo ir a Estéfano y dirigirme a él como si fuera un amigo. De hecho, me trata con sequedad si no lo hago.

Bandera le pasa las botas y la capa de Tolo a Bizcochos junto con diez dracmas (el salario de un año para un porteador) de la bolsa de dinero de nuestro camarada caído. Se lo ha ganado.

—¿Qué regalo te gustaría de nosotros? —le pregunta en nombre del grupo. Los chicos están de acuerdo en que pida lo que quiera y si podemos, se lo daremos.

—Me gustaría que dejaseis de llamarme Bizcochos —contesta.

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

71

20

Los europeos no pueden entender la miserable posición social de una mujer sola en el este. Es una criatura inferior a un perro porque al menos el animal tiene una utilidad digna, que es proteger el campamento. A los ojos de sus compatriotas afganos, una mujer desprotegida no es adecuada ni siquiera para violarla y asesinarla. Antes preferirían lapidaria. Es una proscrita, abandonada por su dios y sus antepasados. La fatalidad la acompaña y no hay nada que el hombre de clan tema más que la mala suerte.

Sin quererlo, nos hemos convertido en los guardianes de nuestras mujeres. Las provisiones del ejército, que se habrían cargado a lomos de acémilas, van en cambio en la espalda de nuestras mujeres. Y ellas están encantadas de llevarlas. Así que Bizcochos ha dejado de llamarse así. Ahora es Shinar. Bonito nombre. Significa

«refugio» en dari.

—En los pueblos de Ghor, de donde somos —cuenta Ghilla—, siempre hay una casita de piedra, que a veces sólo es un montón de rocas con un tejado, en las colinas que hay por encima de la ciudad. Ese sitio es de todo el mundo. Cualquiera puede refugiarse allí, incluso un criminal, y nadie lo apresaré y se lo llevará contra su voluntad. Ese refugio se llama *shinar*. Os preguntaréis, supongo, qué pasa por las noches entre Shinar y yo.

Exactamente lo que estáis pensando que pasa. ¿Significa eso que soy desleal con mi prometida? En el ejército hay un dicho:

*Quien derrama sangre por rey y ejército
cenará de balde en tierra extraña.*

Significa que las sutilezas de casa no cuentan aquí fuera. Esto es una guerra. Antes pedirle a un hombre que luche sin licor o sin opio a que aguante esta vida sin mujeres. No pensaba así cuando salí de casa. Me decía que le sería fiel a Dánae, que sería la primera. Como decía antes, el Oxo tiene mil doscientas yardas de anchura. Mientras ingenieros del ejército montan pontones y las unidades preparan balsas y *bhoosa* (pieles de tiendas rellenas de paja, cosidas y tratadas para ser hidrófugas) para cruzar la corriente, a nuestra compañía la mandan con otras cuantas a investigar los pueblos que hay a lo largo de la orilla. Las órdenes son traer de vuelta cualquier cosa que flote y cualquier cosa que el ejército pueda montar o comer. Las mujeres se quedan para hacer el trabajo de campamento y tejer cuerda para cable. Hago guardia con Lucas la primera noche que pasamos valle abajo.

—¿Qué tal entre Ghilla y tú? —le pregunto.

Me contesta que a qué me refiero.

—Ya sabes, en la cama.

Mi amigo lo piensa.

—Bien —dice luego.

Esto es embarazoso, así que me callo.

—¿Qué? —pregunta Lucas—. ¿Qué te ronda por la cabeza?

—¿Hay afecto entre Ghilla y tú? —digo después de una corta vacilación

—. Me refiero a que si charláis o... reís.

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

72

«Pues claro», es la respuesta de Lucas. No sabe bien a dónde quiero llegar. Y yo tampoco.

—Con Shinar no hablo ni palabra —continúo—. Nada. Ni antes ni durante ni después. Es como si ni siquiera fuera a mí a quien hace verterse en ella. Podría ser cualquiera.

—¿Quieres decir que es fría?

—No, todo lo contrario. Me agota. Pero la sensación en todo momento es de...

—¿Qué?

—... De vergüenza. Después se odia a sí misma. Sin embargo, a la noche siguiente vuelve tan hambrienta como siempre. —Miro a Lucas a los ojos—. Sólo quería saber si todas las afganas eran así.

Bandera se acerca en su ronda de los centinelas. Cierro el pico. De estas cosas sólo puedo hablar con Lucas.

Nuestra columna avanza valle abajo. El campo a lo largo del Oxo es completamente distinto al que hay en Bactra. Allí, en las llanuras centrales, hay ciudades a las que se les puede llamar joyas. Aquí, todo es abobe y cañas. Terreno de asaltantes e invasores. Todos los hombres son guerreros; cualquier eminencia es un fuerte. Si eres un muchacho, sales con las cabras al alba en dirección a las espinas de camello. Las chicas se sientan en cuclillas y tejen. La comida es *khisma*, nueces y moras secas. El queso de la zona es el *nafta*, salado como salmuera y duro como una piedra. Se conserva cinco años. Los hombres se han ido hace mucho cuando entramos en un pueblo. Cuando les hacemos preguntas a las mujeres, ellas se llevan las manos a las orejas.

—En este país todo el mundo es sordo —comenta Nudillos. —Sordo y estúpido —dice Rojillo. Tenemos un guía con el nombre hebreo de Elihu; respeta la Pascua judía, pero sigue a Zoroastro. Es un tipo interesante que habla con fluidez el farsi, el dari y el griego. Ha vivido en Halicarnaso y ha peregrinado una vez Nilo arriba. Le he pedido su opinión: ¿cuándo acabará esta guerra?

—Nunca —contesta riendo.

Avanzamos por un promontorio de arenisca. Se alcanza a ver a cincuenta millas de distancia.

—Sólo en este territorio —Elihu señala el desolado paisaje—hay siete señores de la guerra que gobiernan. Cada uno de ellos es un reyezuelo respaldado por su propio ejército. Esos hombres son la ley. Imparten justicia, imponen treguas, presiden los consejos tribales; defienden a viudas y huérfanos, dan cobijo a ancianos y débiles. En la batalla marchan en cabeza. Se odian entre sí, pero más os odian a vosotros, los macedonios. —Elihu dibuja un mapa en la tierra.

»Belasaris, Miámenes y Petenes gobiernan el territorio entre el Oxo y la ciudad de Bactra. Oxiartes gobierna al sudeste. La base de Espitámenes y Darafernes estaba al oeste, entre Artacoana y el paso de Bamián, pero ahora han subido hacia el norte y se han aliado con los jefes que hay al otro lado

de la frontera. Corienes, Catanes, Melpanor e Histanes son los que mandan al nordeste, en Sogdiana. A sus órdenes cabalgan cientos, miles, de subcapitanes y comandantes. Eso sin contar a los daas, los sacas y los masagetas al norte del Jaxartes. Sus hombres se cuentan por decenas de miles y son aún más ingobernables que estos afganos.

Por Elihu me entero de que existe la ley tribal *a'shaara*, que regula la conducta de las mujeres.

—*A'shaara* significa «pacto» o «contrato». Es lo que vincula al individuo con la familia, la tribu y los antepasados. Estos últimos son los más importantes. Cuando te dan la espalda, Dios también lo hace.

Le hablo de Shinar y del peso de la vergüenza que parece soportar.

—Tendrías que haberla matado en vez de protegerla —afirma.

Elihu explica que el delito que he cometido se llama *al satwa* en dari. Los hebreos también tienen un nombre para eso: *tol davi*. Significa deshonar a alguien al realizar un acto de responsabilidad que le correspondía hacer a esa persona y no ha hecho.

—Si un forastero se detiene a la puerta de mi casa y mi padre no tiene comida que ofrecerle, es un hecho lamentable, pero no un delito —continúa Elihu con la explicación—. Sin embargo, si a continuación nuestro vecino le proporciona alimento al forastero, entonces ha incurrido en *al satwa* contra mi padre. ¿Lo entiendes, Matías? El vecino ha deshonorado a mi padre ante el forastero. Es una terrible transgresión en nuestro país. El delito es peor aún en tu caso, porque has rescatado a una mujer cuando tendría que haberlo hecho su hermano. Lo has deshonorado mortalmente

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

73

¿comprendes?

—Vale ¿y dónde infiernos estaba él cuando Shinar lo necesitaba? —pregunto—. ¡No habría tenido que hacer nada si él hubiese estado allí para ocuparse de ella!

—Exactamente.

—¡Debería estarme agradecido! ¿Acaso no he defendido a su hermana? ¿No le he salvado la vida? ¡Por los dioses, no hay nada que desee más que entregársela sana y salva!

Elihu sacude la cabeza.

Has deshonrado a los familiares de esa mujer al hacer por su hermana lo que ellos tendrían que haber hecho... Y por eso no podrán perdonarte nunca. En cuanto a ella, es el instrumento de esa deshonra. Los antepasados han sido testigos. Eso es lo que siente ahora al estar contigo. Y si despiertas algún sentimiento en ella, la vergüenza es doble.

—En otras palabras —digo—, para un afgano sería preferible que Ash el arriero siguiera golpeando y maltratando a Shinar, incluso que la matara, a que yo la haya ayudado.

—En efecto.

—O que Tolo o algún otro milico la hubiera violado y humillado. Eso también habría sido mejor.

—Exactamente —contesta Elihu.

Lo único que soy capaz de hacer es sacudir la cabeza, incrédulo.

—Y te diré algo más —añade nuestro guía—. Cada acto de amabilidad que tienes con esa mujer sólo conducirá a sumirla más en la vergüenza. Debes entender que a su modo de ver es indigna. Ha roto el pacto de la *a'shaara* —dice Elihu—. Por eso, Dios le ha vuelto la espalda.

—Bueno ¿y qué clase de dios es ése?

—Yo no soy un sacerdote, Matías.

—No tiene nada de dios. Es un demonio.

Elihu extiende las manos con las palmas hacia el cielo, el mismo gesto que utilizaba Ash y que viene a ser como nuestro encogerse de hombros.

—Éste es el país del demonio —dice—. Y vosotros estáis librando una guerra contra él. Otro de los cometidos de nuestra columna es tomar prisioneros. Los soldados lo llaman la

«cacería de conejos». Hemos de atrapar a cualquier varón al que podamos echar mano, cuanto más alto el rango, mejor, y entregarlo vivo e ileso a los oficiales de Alejandro. Acordonamos pueblos, despertamos a abuelas y esposas. «¿Dónde está tu hijo?», «¡Entréganos a tu marido!». Es un servicio infructuoso. Cuando agarras por el cuello a un hombre, finge que es sordomudo o interpreta toda una escena de inocencia ultrajada. Sabes que está con el enemigo; todos lo están. Pero ¿qué puedes hacer?

Nuestra compañía se ciñe a una buena disciplina en los arrestos gracias a Estéfano, que no consiente la brutalidad. Pero muchas otras unidades no se andan con miramientos. A nosotros no nos corresponde ponerles freno. A su modo de ver, nosotros somos negligentes. Pero da grima ver cómo se machaca a alguien que no puede defenderse y, por supuesto, con eso sólo se

consigue que los afganos nos odien más, sobre todo si se hace delante de la esposa, la madre y los hijos del cautivo.

—¿Piensas alguna vez en tu madre? —me pregunta Lucas una tarde, después de haber puesto patas arriba tres aldeas por la mañana.

—En todo momento. Y en mi hermana. Y en Dánae.

Esa tarde entramos a saco en otro pueblo y abrimos violentamente otra ristra de silos subterráneos. Contienen las provisiones de arroz y lentejas de tres familias. Nos las apropiamos. Las madres se aferran a nosotros y claman entre llantos que se morirán de hambre. Bandera garabatea unos BC, los bonos de compensación. Las mujeres los miran sin comprender.

—Entregadle esto al jefe de intendencia y los oficiales os pagarán cuando pasen por aquí. Elihu traduce. Las matronas parpadean como si no hubiesen oído.

—Os pagarán el doble de lo que vale lo que nos llevamos. Las viejas no lo pillan.

—Todos son sordos y estúpidos.

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

74

21

Nuestro grupo regresa de la cacería de conejos y nos encontramos con que cuatro quintas partes del ejército han cruzado el Oxo. El campamento bulle en un arranque de excitación. ¡La guerra podría acabar pronto! Espitámenes y Oxiartes han enviado mensajes a Alejandro. Tienen bajo custodia al pretendiente al trono, Beso. Lo entregarán a la justicia macedonia si nuestro rey les ofrece a cambio la paz. Pues claro que lo hará. El tratado podría firmarse en cuestión de días. Otra buena sorpresa nos aguarda: caballos.

Durante nuestra ausencia valle abajo, Alejandro ha licenciado con honores a tres escuadrones de caballería de Tesalia, seiscientos sesenta hombres. Los manda a casa más ricos que príncipes. Las monturas salen a la venta. Por supuesto, todos estamos con la bolsa demasiado vacía como para comprar uno. El ejército toma cartas en el asunto; pagará la tarifa a cuenta. El precio es un

«paquete»: dieciséis meses de ampliación del alistamiento.

—Lo tomáis o lo dejáis —dice Estéfano. Él lo acepta y nosotros, también. Cruzamos el Oxo como infantería montada.

Ahora nuestras órdenes son peinar la región en busca de animales de monta que reemplacen a los que se perdieron en las montañas y en el desierto pedregoso. Alejandro quiere siete mil monturas y monturas de refresco, adecuadas para cabalgar, en otoño. Para entonces, Afganistán habrá pasado a formar parte del imperio. El ejército volverá a cruzar el Hindu Kush, esta vez hacia la India, antes de que caigan las primeras nieves.

Estoy enamorado de mi montura. Es una yegua niseana, de capa tordilla blanca y marcada en el anca derecha con hierro en forma de pantera. Se llama *Khione*, que significa «nieve», Costó tres talentos de plata cuando su anterior jinete la adquirió en Me dia. La he conseguido por la mitad. Un robo. Tiene nueve años más cicatrices que Alejandro. Es de constitución corriente, aunque es de cuello fuerte, patas largas y pecho ancho y musculoso. Tiene rarezas. Le gusta que se le dé de comer en pesebre; no probará el heno —ni siquiera la avena— si se le echa en la tierra. Se asusta con cualquier cosa blanca. Muerde. Cabecea. No consiente que se la mande. Le dan terror las abejas. Le encantan las peras y come moras hasta empacharse.

También es un animal de primera para la caballería. Rápida como una liebre desde que emprende el galope, enfila en línea recta y la mantiene como tirada con la regla de un carpintero. No se planta ante ninguna zanja, muro ni obstáculo. En la formación en línea, galopa flanco con flanco junto a los otros caballos sin intentar superar a los que van a su lado; y en la formación en cuña, maniobra como una golondrina en una bandada. Yo no la entreno; me entrena ella a mí. Es la mejor montura que he tenido y la quiero tanto como a mi propia madre.

Como infantes montados recibimos la misma asignación —un «parche», como decimos nosotros— para alimento y cuidados del animal, igual que la de los soldados de caballería. La usamos para contratar caballerizos; o sea, a nuestras mujeres. Ghilla sigue con Lucas, y Shinar, conmigo. Nuestro parche de un dracma al día cubre los gastos con holgura y lo mejor de todo es que, en la estepa, donde nuestras monturas pueden pastar, guardaremos en la bolsa del dinero lo que sobre.

Y estamos ganando una fortuna en el mercado caballar.

Los nativos saben que la guerra casi ha terminado. Todos esos rufianes quieren desprenderse de *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

sus ponis. En medio mes nuestro grupo se hace con más animales de los que puede ocuparse y más amigos nuevos de los que puede acoger. Regresamos de la pradera al este de Maracanda guiando trescientos diez caballos y casi el mismo número de hombres bactrianos, sogdianos e incluso unos pocos daas y masagetas—, todos ansiosos de alistarse como mercenarios con Alejandro. La moral está muy alta. Todos nos hemos convertido en los mejores compañeros del mundo. Una noche ocurre un incidente.

Un guerrero sogdiano se encapricha con Shinar. Me ofrece un excelente potro a cambio. Salta a la vista que espera que acceda. Es casi la medianoche; estamos reunidos en nuestro campamento macedonio, donde varias veintenas de estos espíritus salvajes se han congregado, todos ellos ciegos de *kumis* —leche de yegua fermentada— y tan salidos como garañones. La situación requiere no poca delicadeza. Ofender al tipo (respaldado por varios de sus compañeros, tan capullos como él) podría provocar una gresca, cuando no un baño de sangre.

Le explico al sogdiano, con respeto, que Shinar es mi esposa.

Esto provoca sus carcajadas. A los ojos de los afganos, la chica es claramente una proscrita. Salta a la vista que el cabrón se propone pasársela a sus amigos como regalo del banquete.

—¿Qué defecto le encuentras a mi potro? —pregunta, refiriéndose al precio que ofrece.

—Ninguno. Es un bonito animal.

Alza las manos con las palmas hacia arriba como diciendo: «Entonces, cerremos el trato.»

—La mujer es mi esposa —repito.

Ahora el valentón cree que le estoy tomando el pelo. Que le falto al respeto. He herido su amor propio.

Bandera aparece y evita el estallido. Compra el potro por el triple de su precio real. Satisfechos, el capullo y sus compinches se van con la fiesta a otra parte.

Sólo que ahora Shinar está furiosa. Se marcha airada. ¿En qué la he ofendido? No tengo ni idea. Ghilla va tras Shinar. Ni siquiera ella consigue hacer que vuelva. Al alba, cuando la columna se pone en marcha, resulta que falta Shinar. Alguien ha encontrado su cabello, cortado y tirado en el suelo. No tengo la menor idea de qué significa eso. Durante las dos noches

siguientes Ghilla intenta animarme. Que el afgano valentón intentara rebajar a Shinar tratándola como una prostituta la había insultado de sobra al recordarle lo vulnerable de su posición. Sin embargo, que yo afirmara que era mi esposa sin serlo (y, lo más grave, cuando sus compatriotas afganos sabían que no lo era), significaba añadir otro insulto al anterior.

No lo pillo. ¿Es que no la defendí? ¿Acaso no estaba dispuesto a derramar sangre por ella?

Ghilla suspira.

—¿Tan ciego estás que no ves lo que siente por ti?

—Oh, venga ya. No me vengas con ésas.

—Al decir que es tu esposa sin que lo sea y sin que lo vaya a ser nunca, le estás restregando por la cara su amargo destino.

Al día siguiente Shinar vuelve. Reanuda sus tareas como mi caballerizo, pero no me habla ni me mira a la cara. No quiere decirme por qué se ha cortado el pelo. Perfecto. Estoy en una guerra a tres mil millas de casa. Con esa tragedia tengo más que suficiente. Me niego a participar en otros dramas paralelos.

Dos días después la columna llega a Adana, la primera en la serie de siete plazas fuertes. Alejandro ha estado aquí hace sólo unos días; el lugar se rindió y se le dio la bienvenida al redil. Alejandro en persona ha seguido adelante hacia el Jaxartes, último reducto del imperio persa. Ahí se detendrá nuestro rey.

En esta frontera, Alejandro marcará el límite de su avance septentrional. Una guarnición mace se ocupa de controlar Adana. Nos enteramos de que las otras seis ciudades fortificadas han caído sin oposición. Nuestros compañeros las guardan también como tropas de guarnición. Todas las noticias son buenas. Ahora que se ha arrestado a Beso, sus aliados daas, sacas y masagetas se han marchado a su tierra de las estepas, al norte del Jaxartes; sus bactrianos y sogdianos se han desperdigado de vuelta a sus pueblos. Los señores de la guerra han accedido a *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

76

firmar la paz. Alejandro ha agasajado a Espitámenes y a Oxiartes con los preciados caballos de guerra niseanos y ha mandado traer de la ciudad de Bactra más regalos de honor. Convocará un congreso en el Jaxartes. Allí, en una ceremonia, hará de los altos nobles afganos sus deudos e incorporará en el ejército, con la paga más cuantiosa, a todos los hijos y príncipes que

quieran enrolarse en la presente aventura. Los propios señores de la guerra, si lo desean, cabalgarán con los Compañeros de Alejandro cuando el ejército marche hacia la India.

Nuestra compañía llega al Jaxartes dos días después. Se han construido nuevos corrales para caballos a las afueras del campamento de Alejandro. Los oficiales de intendencia se encargan de nuestros trescientos diez ponis (otras compañías han traído en total más de cuatro mil, además de —

nos cuentan— otros tres mil que hay en las siete plazas fuertes). Diez días más y las unidades habrán resarcido todas las pérdidas de animales de carga y de monta. Nuestra parte es una nada despreciable fortuna. El grupo nada en la abundancia. Saldo mis deudas y aún me queda suficiente para renovar ropas y equipo e incluso para tratar algunos achaques de *Khione*. Los chicos se congregan en torno a una pelea a orillas del río. El campamento de las putas ha alcanzado al ejército; hay cortesanas para aquellos que no tienen una mujer y suficiente matarratas y nas para pillar un buen colocón.

Recojo un ramillete de lupinos para hacer las paces con Shinar, pero ella no lo acepta y se aleja río abajo.

Mierda.

—¿Es que soy una bestia para ti? —me increpa cuando ve que la sigo—. He oído el dicho de vuestros soldados, el de «quien derrama sangre por rey y ejército...». ¿Crees que no sé lo que significa eso?

Le contesto que a mí no me habrá oído decirlo.

—Quiere decir —continúa— que somos animales para vosotros. Lo que hacéis en esta tierra extraña no significa nada. Ghilla no es nada para Lucas y yo no soy nada para ti.

—¿Es por eso por lo que te cortaste el pelo?

—Sí.

—¿Y por lo que huiste?

—Sí.

—¿Habrías preferido que te hubiese entregado a ese valentón y pasar después por todos sus compinches? —le pregunto. Me acusa de tergiversarlo todo.

—¿Debería haberte dejado con Ash? ¿Debería haber seguido adelante y dejarte tendida a un lado del camino, inconsciente por la paliza?

—¡No soy tu esposa!

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Sientes alivio o te enfurece? —La sujeto por los hombros—. Shinar. Shinar...

—Deberías respetarme. ¡Te he salvado la vida!

¿Respetarla? Le recuerdo que fui yo quien compró su libertad.

—¡No quiero la libertad! ¿Qué puedo hacer con ella? No lo pillo.

—¿Qué quieres de mí? —pregunto.

—Nada. No quiero nada de ti.

Empieza a recoger toda su ropa. Ya he presenciado montones de broncas entre otros maces y mujeres afganas. Ahora el idiota soy yo. No me lo puedo creer.

—¿Adónde vas?

—Eso no es de tu incumbencia.

Una vez más me deja sorprendido con sus conocimientos del griego.

—¿Dónde aprendiste a hablar tan bien mi lengua?

—De ti.

La exasperación me vence y le ordeno que regrese al campamento, pero ella me hace frente, cruzada de brazos.

—¿Es que no lo entiendes, Matías? Lo he perdido todo. Sólo te tengo a ti. Entonces se derrumba. La tomo entre mis brazos y, para variar, no se resiste. *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

77

—Shinar —le digo—, la primera vez que te vi en las montañas, tu belleza me llegó al corazón. Tus ojos, tu piel... La forma en que el viento te agitaba el pelo y te lo echaba sobre la cara... No tengo labia. No se me dan bien estas cosas. Lo único que se me ocurre es decirle lo que me hace sentir. Parece que sirve. Poco a poco se apacigua. Hago que me prometa que no volverá a huir.

—¿Te entristeció que me marchara? —me pregunta. —Sí. No tenía a nadie con quién pelearme. Subimos la colina de vuelta al campamento, el uno rodeando al otro con el brazo. En el campo la noche se vuelve fría con rapidez; la calidez de su cuerpo de mujer contra mi costado es una grata sensación. Ya estoy deseando que el día toque a su fin.

Pero cuando llegarnos a la fogata, en lugar de una hoguera ardiendo en pleno apogeo nos encontramos a Trapos y a Rojillo echando arena a patadas sobre cenizas muertas. Los caballos están ensillados para entrar en acción, se preparan armas y armaduras.

—¿Qué pasa, Rojillo?

Bandera aparece montado y trae mi yegua por la brida. Lleva puesta la armadura y la media pica sujeta con una mano; a lomos de *Khione* van mi equipo y mis armas.

—Nuestro querido amigo Espitámenes —dice—. No podía dejarnos acabar nuestra fiesta en paz. El Lobo, sigue explicando Bandera, ha vuelto a atacar con malas artes, a traición. Cruzando el Jaxartes de noche con cuatro mil guerreros, ha atacado e invadido las siete plazas fuertes. Ha masacrado a nuestras unidades de las guarniciones. La campaña entera está en llamas. Bandera me tiende las riendas de mi yegua.

Al parecer, la guerra no ha terminado. Acaba de empezar.

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

78

LIBRO IV

OceanofPDF.com

EL LOBO DEL DESIERTO

22

Todos los hombres del campamento del Jaxartes reciben la orden de llevar raciones para siete días. Se manda a las unidades de avanzada en plena noche hacia la ciudad fortificada más cercana de las siete. Las órdenes son cercar la población y no permitir que ningún enemigo escape para dar la alarma a las demás. Se envían divisiones adicionales con las primeras luces del día para que pongan cerco a las plazas fuertes más lejanas. Alejandro manda avisar al tren de asedio. Éste y el resto de pertrechos pesados todavía no han llegado al Jaxartes. Es un milagro que la columna haya escapado a los merodeadores de Espitámenes; de no haber sido así, también habrían acabado masacrados esos hombres. Se manda a dos escuadrones de caballería ligera a localizar a esas tropas y hacerles dar media vuelta hacia las siete plazas fuertes. Arietes, balistas y catapultas no se transportan nunca montados por ser demasiado pesados. Sólo se transportan las piezas de hierro, así

como los ejes y engranajes de las manivelas y las bandas de torsión hechas con cabello humano. Las partes de madera de las piezas de artillería se construyen in situ con tablones de la zona. Es asombrosa la rapidez con la que los ingenieros son capaces de cortar y dar forma a las piezas, montar los ingenios y tenerlos listos para empezar a disparar. Con esas máquinas de guerra se echarán abajo las murallas de las siete plazas fuertes. Todas excepto las de la más grande, Cirópolis; son de adobe. Se desmenuzarán y se harán polvo.

Mientras el ejército se prepara para abandonar el campamento del Jaxartes se hace correr la voz: por primera vez, Alejandro permite a las tropas llevar consigo a mujeres y niños a los que han capturado para que los vendan para su propio beneficio.

El rey dirige unas palabras a nuestra brigada, formada a lo largo de los corrales de ganado mientras el cielo empieza a clarear. Cae una llovizna que, al juntarse con el polvo acumulado en *el* pelo y en la ropa de las tropas mientras se recogían los bártulos por la noche, hace que los hombres tengan aspecto de figuras de barro. Los caballos están maneados y con las

cebaderas puestas; las mulas roznan mientras los encargados de las recuas las organizan en reatas.

—Amigos míos, no pocos de vosotros tenéis compañeros y amigos en las guarniciones de las siete plazas fuertes. No alberguéis esperanza de hallarlos con vida. El Lobo del Desierto no tiene motivo para refrenar su brutalidad ni la de sus tropas. Ahora, hermanos, respondedme y sed sinceros. ¿Sois capaces de controlar vuestros impulsos en un ataque? ¿Podéis luchar como soldados y no como bestias salvajes? Si creéis que no, entonces decidlo ahora y os dejaré aquí. No os equivoquéis, mi intención es no dejar que ningún soldado enemigo escape a vuestra venganza. Pero lo haremos como un ejército, no como chusma. ¿Podéis controlaros? ¿Puedo contar con vosotros?

Adana cae en una mañana. Alejandro no dirige las cosas desde lejos. Asciende por una escala con la primera oleada de asalto. Dentro de la ciudad, incluso a los muchachos y a los viejos se los pasa a cuchillo. A mediodía las tropas han cruzado las seis millas que hay hasta la segunda plaza fuerte: Gaza, cercada ya por la brigada de Poliperconte. Nuestra compañía, al mando de Bandera y *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

79

Estéfano, desmonta; dejamos los caballos en el cordón del cerco y entrarnos para tornar la ciudad por asalto.

Al otro lado de las puertas la lucha se disputa de casa en casa. Los defensores se abren paso a golpes a través de las paredes divisorias; mientras nuestros compañeros desalojan una habitación, el enemigo se escabulle a la siguiente dejando tras de sí una cascada de adobes y escombros. Si nos acercamos demasiado, da la vuelta a la casa corriendo y ataca por la retaguardia. Ha aprendido a disparar a través de ventanas y a lanzar flechas y dardos desde arriba. Desalojar las casas es un trabajo de equipo: el elemento de penetración, el de asalto y el de seguridad. Uno o dos soldados echan abajo la puerta. Sus compañeros irrumpen por el hueco protegidos con armaduras y con la espada por delante al tiempo que giran sobre sí mismos para cubrir ambas paredes. Las casas afganas son todas iguales: un patio que se ramifica en dos pasillos con habitaciones; a veces hay otra planta encima, con escalera y techo. El equipo de asalto entra a tropel a través de la primera brecha y después desaloja la casa habitación por habitación. Si hay dos puertas, el equipo pasa por ambas a la vez. Pero

el enemigo tiene previsto esto. Ha preparado vigas del techo para que se desplomen sobre nosotros y suelos para que cedan bajo nuestros pies. Sus mujeres e hijos pequeños nos combaten desde los tejados haciendo caer tejas y piedras. Si atacamos desde el tejado y un compañero resulta herido, las pasarnos moradas para sacarlo de allí. Forzar la entrada por abajo significa entablar una lucha comprometida en lugares oscuros como boca de lobo; las habitaciones interiores no tienen ventanas. Irrumpir en ellas es como zambullirse en una alacena. El polvo lo cubre todo; el enemigo acecha detrás de biombos o se agazapa en trampillas del suelo. En una casa, Dados recibe un lanzazo justo en las pelotas. Sacarlo de allí le cuesta a Rojillo una oreja y una saeta *makhate*— un proyectil con un tipo de punta particularmente jodido— clavada debajo de la mandíbula. Tenemos que cortar la punta con tenazas de hierro y sacarla hacia delante, a un pelo de la carótida. El enemigo es un maestro en fingirse muerto. Pasas junto a un cadáver en un pasillo oscuro y de repente vuelve a la vida y se abalanza sobre ti con una daga en cada mano. O lanza vasijas de barro llenas de nafta y mechas de trapos; cuando se rompen al chocar contra una pared, a cualquier desdichado milico al que le salpique ese líquido lo envuelve de golpe una llamarada.

Sólo hay una respuesta a semejante resistencia y es no dejar una sola alma viva. A los heridos se los remata donde caen. A los prisioneros se los conduce como ganado para ponerlos bajo custodia y ejecutarlos después con las manos atadas a la espalda y la cabeza tapada con sus propios *pettus*. Las tropas maces sanean un distrito del mismo modo que un cirujano cauteriza la carne gangrenada. Barrios enteros se esterilizan, reducidos a cenizas. Buey, nuestro coronel, afirma que se sabe que una posición se ha neutralizado cuando no queda nada que sirva de pasto al fuego. En cinco días el ejército toma las siete plazas fuertes. He oído que ha habido quince mil bajas en el enemigo. Bandera comenta que un capitán del cuerpo de servicio del rey le ha dicho que veinte mil. El propio Alejandro está gravemente herido; al alba, en Cirópolis, lo alcanzó el impacto de una gran piedra. A mediodía se ha recuperado lo suficiente para hacer acto de presencia para ordenar a las unidades que no reduzcan sus ataques.

Al sexto día, toda la región ha quedado reducida a polvo. No he evacuado en todo ese tiempo; los únicos retortijones de tripa que he tenido me los ha provocado el horror. Los ojos se me han hundido en las cuencas. Las grietas de las manos y los labios las tengo cubiertas con una capa de

sangre seca. No me queda una sola pulgada en el cuerpo que no esté lacerada, escoriada, magullada. Nadie se sienta porque levantarse después es un martirio. Nadie puede comer ni escupir ni mear. Nos desplomamos como árboles talados y dormimos como piedras.

Costas el cronista nos encuentra en medio de los escombros. Le odiamos. Odiamos a todo aquel que no ha entrado en tropel por las puertas junto a nosotros. En su favor hay que decir que el cronista lo tiene en cuenta y anda de puntillas. Su presencia nos resulta insufrible.

—¿Sabes lo que no aguanto de vosotros, rayaceras ? —le dice Lucas al cronista en un tono de voz que jamás había oído en mi apacible amigo—. Las frases huecas con las que disfrazáis los hechos para que luego toda esta mierda parezca que tiene sentido. Mi amigo ha cambiado en estos seis días. Todos hemos cambiado. Hemos tenido que matar a *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

80

sangre fría a hombres desarmados, atados y con los ojos vendados. No hay alternativa. No podemos tenerlos bajo custodia y tampoco podemos soltarlos. Además, los odiamos y los tememos. Los alineamos en filas de a veinte y los mandamos al infierno tan deprisa como el cocinero de un campamento avía un par de pichones o de tordos. Lucas ya no resiste esto. Como yo, lleva un cuchillo afgano curvo, un *khofari*, para degollar, y la piedra de amolar colgada al cuello con una tira tosca de cuero.

—¿Qué frases? —pregunta Costas.

—«Pacificada la región»— responde Lucas—. Ésa me encanta. Es preciosa. Todos pensamos en Dados y en Rojillo y en que ningún cronista escribirá un solo párrafo sobre ninguno de los dos. Y que si lo hicieran lo trastocarían para adaptarlo a alguna idea hipócrita de honor o integridad. Estamos pensando en el redil de prisioneros afganos a los que degollamos ayer.

¿O fue hace dos días? No es justo que por ese asunto la paguemos con Costas, que es un tipo decente, para ser sincero, pero nos da igual.

—¿Por qué no lo cuentas tal como es? —demanda Lucas. Costas responde que la gente sólo quiere leer cierto tipo de historias, que no hay demanda para las que son de otra forma.

—Te refieres a las reales —dice Lucas.

—Sabes a qué me refiero.

Bandera aparece en el umbral; o lo que era un umbral, pero que ahora sólo es un montón de cascotes.

—No seas tan duro con él, Lucas. Sólo intenta ganarse la vida. Costas se defiende. ¿Qué quiere él o cualquier otro cronista?

—Sólo adquirir cierto renombre, volver a casa llevando historias de países lejanos y ofrecerlas para que se lean en recitales.

—Lo malo, coño, es que las palabras tienen significado —contesta Lucas—. La gente se cree el montón de mierda que publicas. Creen que las cosas son así, sobre todo los chicos jóvenes que están deseosos de oír historias fascinantes y gloriosas. Tienes la obligación de contarles la verdad. Lucas dice que la palabra que más odia es «inmolar».

—¿Qué mierda significa eso? ¿Que ungimos a estos ladrones de ovejas y los tendemos sobre un ara para que se reúnan con su dios?

Nunca he visto a Lucas así. Estoy pasmado. Lo estamos todos. Parece que escupa cada palabra y, a medida que van saliendo entre sus dientes, hemos de hacer un esfuerzo para no ovacionarle. Él se da cuenta y se deja llevar por el entusiasmo.

—El lenguaje cuenta, Costas. Las palabras tienen importancia. ¿Cómo te atreves a adornar con frases bonitas los actos de horror que nos convierten en carniceros a los soldados que hemos de ejecutarlos y por los que dejamos de ser hombres para volvernos bestias? Mira mis pies. Eso negro no es polvo. Da igual que me restriegue la piel con lejía y sosa. La mancha de sangre humana no sale.

»¿«Inmolar»? ¿Por qué no lo dices claramente? Cuenta cómo les cubrimos la cabeza a esos desgraciados bastardos con su propia capucha, les atamos las extremidades, les hacemos doblarse pegados a sus compañeros, ojete contra ombligo. «Deja la garganta al aire», ordena el sargento. «De un tajo, tío.» «Cuidado con la mano, no vayas a cortarte.» ¿Dónde está ese cuadro en tus

«crónicas»? ¿Dónde, la línea de hombres vivos, de rodillas en el suelo, con las manos atadas a la espalda? ¿Dónde, los delantales que llevamos puestos, como matarifes del osario y cómo, cuando ha terminado todo, arrojamos las ropas al fuego porque la peste nunca desaparece? Eso no lo cuentas ¿verdad? Ni cómo se retuercen en el suelo los hombres que matamos para escabullirse de los filos de nuestras armas y cómo tienes que sujetarles los pies entre tus piernas porque de otra forma hay que hacerlo entre dos. ¿Qué indulgencia se les da a esas víctimas? Cuanto menos,

mejor; ninguna, si es posible. Para cuando llegamos a ellos parecen bultos, como si sacrificáramos paquetes. Los soldados los llaman «sacos». Sacos de sangre. Sacos de entrañas. Dioses, qué peste cuando salen al aire las tripas de un hombre. Eso no aparece en tus despachos, ¿verdad? No leemos nada sobre el sonido que hace el «rematador» cuando avanza por la hilera de hombres degollados con un garrote y aplasta cráneos como si fuesen nueces mientras que otros hombres aún vivos rezan *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

81

en silencio o nos maldicen entre gorgoteos de sangre o piden clemencia. Los que guardan silencio son los que dan más miedo. Hombres con cojones. Hombres mejores que nosotros. Bandera ha permanecido inmóvil durante la diatriba de Lucas, consciente de que el horror puede ahogar a los soldados jóvenes y hay que darles la oportunidad de vomitarlo. Pero no va a permitir una sola palabra en favor del enemigo.

—¿Eran mejores hombres, Lucas, cuando despellejaron a nuestros compañeros o los atravesaron con espetones y los pusieron sobre brasas?

—Odio al afgano —replica mi amigo—. Es una bestia y un cobarde. Pero lo que más odio es que nos ha rebajado a su nivel. ¿Puedes defender las masacres que estamos llevando a cabo, Bandera?

¿Es esto el honor macedonio?

Las comisuras de los labios de nuestro sargento se inclinan en una lóbrega sonrisa.

—No hay honor en la guerra, amigo mío. Sólo en las odas a la guerra.

—Entonces ¿qué hay?

—La victoria.

Se hace el silencio en el grupo.

—La victoria —repite luego Bandera, que se dirige a todos nosotros—. Es lo único que importa. Ni la decencia ni la caballerosidad. Mirad a la guerra a la cara. Reconocedla por lo que es. Os volveréis locos si no lo hacéis.

Se vuelve hacia Lucas.

—Te admiro, Lucas. Eres un buen soldado y has demostrado tener cojones al decir en voz alta lo que piensas. Pero con todo mi respeto, amigo mío, tu postura es la de una mujer. Tus palabras son las de una mujer. Deberías avergonzarte incluso de tener esos pensamientos, como sé que se sentirían tus padres y tus hermanos si se enteraran. El papel de un hombre

es luchar, alcanzar logros, conquistar. ¿En qué era ha sido diferente? El instinto del hombre, si es un hombre, es ejercer su supremacía o morir en el intento. Como le dijo Sarpedón a su amigo Glauco mientras se encaminaban a la batalla en el campo de Troya:

Vayamos y ganémonos la gloria o procurémosela a otros.

—La gloria —replica Lucas—, es un bien escaso por aquí. Bandera rechaza su comentario con un gesto.

—¿Acaso un león vacila? ¿Un águila se refrena? ¿Cuál es el anhelo de un corazón valiente si no aspirar a grandes hazañas? He ahí el estandarte que Alejandro sostiene ante nosotros. Por Zeus, hombres que aún no habrán nacido dentro de mil años maldecirán al amargo destino por no haberles permitido marchar junto a nosotros. Nos envidiarán por haber participado en semejante causa y haber logrado tales gestas como ninguna unidad militar volverá a lograr jamás.

—¿Como cortar el cuello a hombres desarmados?

—¿Preferirías que estuvieran armados, Lucas?

No soy un cobarde, Bandera. Lucharé contra cualquiera, incluido tú. Pero no te asesinaré. No te ataré las manos y te mataré como a un cerdo y lo consideraré un acto de valor. Y si tú eres capaz de realizar tales actos sin que te remuerda la conciencia, entonces eres peor que una mujer. Eres un animal.

Bandera se levanta de donde está sentado y yo me incorporo de un salto y me interpongo entre ambos.

—Deja en paz a Lucas, Bandera. Como hombre y como griego puede pensar y hacerse preguntas, plantearse lo que está bien y lo que no.

En un instante Bandera recupera el control de sí mismo.

—¿Y qué está bien y qué no, Matías? ¿O es que tú también te pones de parte del enemigo?

—Cuando éramos muchachos —contesto—, cabalgábamos noche y día entrenándonos para la carga y la persecución. Soñábamos con hallarnos ante nuestro rey como caballeros y héroes. Todavía lo hacemos. —Me vuelvo hacia Lucas y los demás—. Tiene que haber un modo de ser un buen soldado en una guerra asquerosa.

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

82

Púgil se echa a reír.

—Cuando lo encuentres, Matías, no dejes de venir a contárnoslo.

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

83

23

Se dan tres días de descanso a las brigadas que han tomado Cirópolis. A los hombres les hace mucha falta, pero ese respiro es aún más crucial para caballos y mulas; los animales tienen que comer forraje fresco o se desplomarán. El tren de asedio se ha reunido ya al ejército y trae correo. Recibo doce cartas de Dánae, todas en un paquete. La más reciente es de hace siete meses. Bandera me concede media hora para que saboree mi correspondencia.

—Luego vuelve al campamento y prepárate para ponerte en marcha.

Encuentro un poco de sombra debajo de un muro de adobes. En la plaza que se abre frente a mí, nuestra sección y otra más atan en hilera a mujeres y niños prisioneros. Como ya había dicho antes, Alejandro ha permitido por primera vez a las tropas que tomen cautivos en esta campaña para que los vendan y se queden con las ganancias. Es evidente que el propósito del rey, más que meter dinero en la bolsa de los soldados, es darnos un acicate para prender hasta la última matrona y el último chiquillo y que de ese modo no escape ni un solo pequeñajo para llevar esperanza a sus compatriotas. La otra sección y la nuestra los hemos puesto juntos a todos tras acordar repartirnos las ganancias de la recaudación del día.

Me siento en el suelo con las cartas de Dánae. Como cualquier milico, lo primero que hago es colocarlas por orden, la más reciente encima. De ese modo sabré enseguida si mi chica me ha mandado un «lo siento, querido».

Y, en efecto, lo ha hecho.

Otro hombre. Dánae teme que se marchite su juventud. Me ama, pero... Como todos los soldados, he temido que llegue este momento. Me lo he planteado una y otra vez y me he preparado para ello al imaginar que sería doloroso. Ahora, ante el hecho consumado, no siento dolor. No siento nada.

Al otro lado de la plaza, los esclavistas marcan sus adquisiciones. Esos rufianes son árabes; todos. Saben reconocer un mal lote cuando lo ven y estos mocosos y perras afganos son exactamente eso. Insolentes, analfabetos, amantes de la libertad; las probabilidades de amansarlos son las mismas que las de domesticar una manada de chacales. Huirán o morirán en el camino. El mensaje de Dánae lleva escrito varios meses y se me ocurre

que probablemente estará casada a estas alturas. Es muy posible que esté embarazada.

Un impulso perverso me hace abrir y leer las otras cartas, las primeras, cuando mi prometida aún era mía. Son ésas las que me parten el alma. Se nota entre líneas que Dánae ha conocido a ese hombre que ahora me sustituye en su corazón y al que empieza a sentirse unida. ¿Acaso puedo reprochárselo?

Yo estoy con Shinar.

Llevo meses con ella.

Soy yo quien ha andado con engaños, no Dánae.

Los esclavistas evalúan su adquisición como harían con un hato de caballos o de mulas. Examinan dentaduras y pies. Tienen cuidado cuando golpean a su ganado (cosa que hacen con una crueldad que supera incluso la de los propios afganos) para no dejar marcas que menguarían el valor de sus mercancías.

Regreso al campamento y me encuentro con una juerga en marcha. Los soldados no están sombríos después de las masacres. Se desfogan, le dan a la priva y bromean. ¿Han conseguido trofeos? ¿Habrá recompensas o ascensos? Si han perdido a un amigo, eso incrementa su odio por el *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

84

enemigo. No tienen remordimientos. Ha sido un buen día de trabajo. Como algo con Nudillos y Lucas. No les hablo de la carta de Dánae. Mis compañeros suman las mujeres y los niños de la captura del día. Púgil ha ido a hacer un trato con los árabes. Nudillos nos recuerda a Lucas y a mí la debacle de nuestro primer combate, hace muchos meses, en el pueblo con los rediles de ovejas.

—Habéis llegado muy lejos.

—Púdrete en el infierno —le contesta Lucas.

Bandera aparece con órdenes. Hemos de estar preparados para ponernos en marcha dos horas antes de amanecer. Formaremos parte de la columna que partirá hacia el sur en persecución de Espitámenes. Alejandro se dirigirá hacia el norte a marchas forzadas para ocuparse de las tribus al otro lado del Jaxartes. Nudillos se levanta y se rasca.

—¿Cuánto ha sacado Púgil? —pregunta, refiriéndose a la venta de los esclavos. Bandera no le contesta.

—¿Y qué hay de esos chicos? —Nudillos alude a tres muchachos saludables que capturamos en una cantera. De doce o trece años. Tendrían un precio alto.

Bandera entrecierra los ojos y mira hacia las montañas.

—Algunos de nuestros chicos han tropezado en la ciudadela con el sitio donde los afganos despedazaron a nuestra guarnición —contesta.

Eso quiere decir que a todos los cautivos se los pasará a cuchillo en represalia. Adiós a nuestro dinero por venta de esclavos.

—Qué mierda de guerra —se queja Nudillos.

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

85

24

El Raudal de Bendiciones es el río de Maracanda. Nuestra columna de descerco marcha a lo largo de su cauce a buen paso para alcanzar a Espitámenes, que tiene sitiada la ciudad. Donde el río emerge de las cumbres al nordeste de las murallas, lo hace como torrente y baja, atronador, por un desfiladero que llaman Quebrada de las Hermanas (en memoria de dos vírgenes afganas que, según la leyenda, saltaron al vacío para morir en un gesto de desafío contra algún invasor del pasado) para después nivelarse un trecho antes de sumergirse bajo tierra. Cuando se pasa por encima se oye correr el torrente subterráneo. Cerca del pueblo de Zardossa, la corriente emerge de nuevo para desplomarse por otro desfiladero, esta vez uno somero, en un vado llamado Riscal del Consejo. A esa altura el río se ha extendido a media milla de anchura y es tan somero que hasta un niño puede vadearlo. Numerosos bancos de arena e isletas, que los nativos denominan «viajeros», tachonan el canal. Desde una orilla apenas se alcanza a ver la otra. La rivera y las isletas están cuajadas de sauces, retamas y álamos, el tipo de plantas que abunda cerca de una corriente subterránea. En estos días, en otoño, las semillas de álamo navegan río abajo. El aire está blanco con las algodonosas simientes. Nuestra columna se compone de dos mil trescientos hombres, de los cuales tres cuartas partes son de infantería, todos maces, a las órdenes de Andrómaco, apodado el Patillas por la espesa barba pelirroja, y de Menedemo, un comandante de caballería gallardo y brillante con sólo veintisiete años y que a los diecinueve había ganado la corona de laurel en el pentatlón de Olimpia. A nuestro medio escuadrón comandado por

Bandera y Estéfano se le asigna cobertura de flanco; cabalgamos en el ala derecha de avanzada, alertas a una posible emboscada. Estamos en una expedición de cuatro días a marchas forzadas a través de un terreno semidesierto poblado de matojos, espinas de camello y tarayes. Durante todo el segundo día troto al lado del poeta. Estéfano es uno de los pocos maces que no lleva, como se dice, una mujer de campamento. Tiene esposa e hijos allá, en casa, aunque nadie le ha oído hablar de ellos; sólo sabemos que les escribe una carta a diario. Sin embargo, eso no revela mucho ya que el poeta mantiene de forma simultánea correspondencia con un montón de colegas, actores, filósofos, músicos y sabe el cielo con quiénes más. Cuando el ejército se queda en una ciudad extraña, Estéfano tiene costumbre de alquilar una vivienda para él solo, incluso cuando el cuerpo le asigna al campamento o a acantonamientos. Lo hace para escribir. Qué fácil resulta olvidar lo famoso que es. Siempre está

invitado a banquetes y recepciones (con las que el ejército transige en pro de las relaciones locales), a las que asiste con el formal atuendo militar y por lo general escoltando a una de las damas de moda de la ciudad que, con frecuencia, es a su vez poetisa o si no, mecenas de las artes. Mi fascinación por él ha aumentado, si cabe, a medida que nos hemos ido conociendo mejor. A decir verdad, nadie lo conoce realmente. Ni estando borracho suelta la lengua. Me he sorprendido a mí

mismo mirándolo con atención cuando no se da cuenta. Observo su modo de beber y de comer; hasta el más mínimo detalle de su conversación me cautiva. ¿Que habla de algún autor con aprobación? Rebusco por todo el campamento el libro de ese tipo. ¿Que manifiesta desconfianza por cierto oficial? No me acerco a ese hombre.

Desde las montañas, el poeta se ha convertido en el campeón de nuestras mujeres afganas. Durante la marcha busca la ocasión de ponerse junto a ellas para conversar en farsi o en dari o, con *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

86

Shinar, en griego. Se ha erigido en su enlace con el ejército. Lo he visto enseñando a Shinar a leer. Cree que no la valoro y me lo hace saber.

—Lo que no debes olvidar, Matías, es que esta joven que comparte tu vida azarosa, lo mismo que hacen todas las demás con nuestros compañeros, ha atravesado mares del alma tales que ni tú ni yo podemos siquiera llegar a imaginar. En su pueblo, incluso el hecho de que un

forastero la vea de refilón le acarrearía una paliza. Hablar con él le costaría la vida. Ahora está aquí, con nosotros.

¿Crees que estas mujeres han dejado atrás semejante desprestigio? Arde abrasador en sus entrañas a todas horas. Cada pizca de placer que comparten con nosotros la pagan con la moneda de la vergüenza sufrida en secreto. Y sin embargo nos aman. Esta chica te quiere. ¿La has oído alguna vez pronunciar el nombre de Dios? No puede, porque en su opinión y en la de sus compañeras el cielo las ha rechazado, las ha expulsado a un exilio del que nunca podrán volver. «Ojalá veas la espalda de Dios» es la maldición afgana más cruel que pueden echarte. Ése es el pan amargo que tu chica tiene que tragar como pueda cada amanecer.

Le pregunto si ha escrito versos sobre estas muchachas. No me contesta.

—Los soldados y sus mujeres no son tan toscos como imaginan sus superiores. Viendo a tu hermano Elías y a su amante cualquiera pensaría que se encuentra ante un noble y su dama por lo solícito que se muestra el uno por el bienestar del otro. Hasta Bandera, que las prefiere tercas, no las maltrata. Y ya que estamos en ello, ¿qué hay de esa hueste de alcahuetas y rameras que sigue al ejército llueva o truene? Se han convertido en una familia para nosotros. Ninguna chica de Macedonia ríe con tanta alegría como ellas ni se entrega de un modo tan completo a placeres tan sencillos como un baño en el río o una pelea en la nieve. El ejército lleva consigo miles de infantes.

¿Quién se ocupa de ellos? Esas mozas despreciadas por todos. Puede que empezaran como putas, pero han acabado convertidas en madres, hermanas y esposas. Qué atroz ha de ser ese tormento para ellas, que saben que el hombre al que llaman esposo en este país la abandonará cuando le llegue el licenciamiento y regrese junto a su verdadera esposa y sus hijos para no hablar nunca más de ella ni de sus mocosos, con los que ha compartido las alegrías y las amarguras más intensas de su vida.

¿Recuerdas cuando en el Oxo los tesalios vendían sus caballos? ¡Qué patéticas esas despedidas! Al día siguiente esos mismos hombres echaban también a madres e hijos. ¿Cómo se sentían los abandonados? ¿Habían pasado menos calamidades que nosotros? Cada legua que recorremos, ellos la recorren con nosotros. Sufren bajas, como nosotros. Mueren de fatiga y necesidad, de sed y enfermedad. Los cocean mulas; caen por precipicios; el frío les congela las extremidades. Tampoco son inmunes a los ataques enemigos, porque el enemigo sabe muy bien cómo asaltar nuestros

campamentos y de hecho los buscan, en especial estos merodeadores de territorios salvajes —los daas, los sacas y los masagetas— para quienes el pillaje y el botín son hábitos muy arraigados. Estas mujeres también saben luchar. Todas llevan un pincho en el pelo y conocen todos los puntos blandos en los que clavarlo. Estas mujerzuelas y queridas son las campeonas denigradas de nuestra causa. Sin ellas, no duraríamos ni un mes.

La columna descierce Maracanda sin contratiempos. Espitámenes, que había controlado la ciudad por poco tiempo, se da a la fuga al vernos aparecer. Los nativos afirman que su huida se debe a que ellos le han apremiado a hacerlo; temen la venganza de Alejandro si el rey sospecha que la ciudad ha guarecido a su enemigo. O tal vez sólo es un cuento. Sea como sea, tan pronto como Andrómaco y Menedemo se enteran de esto (antes incluso de que nuestros compañeros hayan desmontado) la columna emprende la persecución. Como siempre, nadie nos dice nada. Nuestro medio escuadrón, que ha constituido un ala de la vanguardia, no recibe órdenes hasta que un correo enviado por Andrómaco llega a galope a mediodía de esta jornada ventosa, con el aire cargado de semillas algodonosas, y nos comunica que nos quedemos aquí mientras la columna, dando media vuelta, regresa por donde ha venido, y que, cuando haya pasado, nos reorganicemos como *retaguardia*. En otras palabras: que hoy nos saltamos la comida nosotros y nuestros caballos.

—¿A quién se le ha ocurrido esta genialidad?

Estoy con Trapos, Púgil y Nudillos donde la calzada gira debajo de la muralla de la ciudad. Cuando nuestra unidad se entera de que no vamos a entrar, se alza un gemido general. La ciudad significa grano y agua fresca para nuestros animales, yacijas para nosotros o, al menos, sentarse en

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

87

cuclillas detrás de la muralla y la oportunidad de dormir media noche. En cambio, ahora hemos de partir sin comer y sin descansar y sabiendo que la noche caerá dentro de pocas horas y nos sorprenderá en mitad de un terreno surcado por cientos de desfiladeros laterales en cualquiera de los cuales podría esconderse un regimiento; así como un río que, con la densa maleza y el aire cuajado de semillas algodonosas, nos hará estar tan ciegos como si nos hubiésemos metido en un banco de niebla. En medio de ese

puré, el enemigo podría aparecer desde los matorrales o desde el desierto o incluso desde la somera corriente de agua.

—Chicos —dice Estéfano—, no me gusta nada esto.

Regresamos al trote por la misma ruta por la que hemos llegado. Hay un peligro cuando sirves a un comandante tan audaz como Alejandro y es éste: cuando el rey no está presente y son otros los que tienen el mando, esos oficiales sienten vergüenza de actuar con menos arrojo y audacia de como imaginan que haría él; y eso puede meterte en problemas. Los soldados lo notan. Huelen el alud de mierda que se les viene encima.

—¡Fuera las cubiertas! —brama Bandera mientras recorre a medio galope nuestro frente. Se refiere a que quitemos las fundas de piel de buey que cubren las moharras—. ¡Frotadlas! —Se agacha para tomar un puñado de tierra con el que restregar el astil de la lanza para aferrarlo con firmeza. Siento como si me cayera un ladrillo en las tripas. Daría la paga de diez días por parar y soltar una mierda. Los cascos de monturas enemigas marcan un ancho surco hacia el este. El rastro es tan reciente que los excrementos de los animales casi humean. Miente quien, ante un rastro tan fresco, afirma que los huevos no se le ponen de tapaboca.

Nuestra posición ocupa las dos alas de retaguardia. Hemos pasado el pueblo de Zardossa y el río fluye a nuestra derecha, poco profundo y ancho, atestado de retamas y sauces. A la izquierda todo está cuajado de tarayes y chaparrales. Terreno de arbustos; no alcanzas a ver más allá de cien pies. Cada doscientas yardas te encuentras con la tajadura de otra barranca, semejante a una calzada lateral que desemboca en la principal. Faltan dos horas para que oscurezca. Los caballos resoplan en cada riachuelo tributario; tienen sed y quieren agachar la cabeza para beber. La orden es avanzar de prisa, así que los azuzamos para que crucen.

La disciplina de la marcha manda que una columna en un terreno tan apropiado para una emboscada debe proceder con extrema cautela. La caballería de las alas tendría que rastrear los matorrales en tramos de cincuenta yardas. Habría que asegurar cada barranco seco antes de que la columna lo cruzara. Pero el tiempo juega en nuestra contra. Y la maleza es tan frondosa que se tardaría una eternidad en peinar sólo una franja de un cuarto de milla. También debería haber cobertura de las alas a la orilla del río. Deberíamos ser dos escuadrones, no dos medios, y habría que inspeccionar todas las isletas hasta la orilla opuesta, invisible porque se interponen el denso matorral y las blancas semillas flotando en el aire.

Una hora para el anochecer.

Demasiado lejos de Maracanda para pedir que venga ayuda.

De repente aparecen jinetes a nuestra espalda. Su número iguala a nuestro medio escuadrón de retaguardia; como nosotros, avanzan al trote, más o menos a un estadio de distancia. Se dejan ver con tal descaro que al principio creemos que tienen que ser de los nuestros. Nudillos suelta un penetrante silbido para alertar a Bandera, que cabalga a la cabeza del ala. A su lado, en la calzada de la ribera, marchan dos compañías de mercenarios de a pie. Bandera envía un jinete a sus capitanes. Ya vemos el despliegue de la infantería. Bandera espolea su caballo hacia atrás mientras nos indica por señas que formemos en cuñas.

Somos ochenta y nos dividimos en grupos de veinte. Los que están a mi cargo son los diez situados más a la izquierda. Pongo a Nudillos en la punta (lo que significa la zaga) y cabalgo para situarme en el ala. A mi izquierda, la isla más cercana está a unas cien yardas. Me da mala espina. Lucas pasa azuzando su montura y ocupa su posición en la cuña.

—¿Son de los nuestros? —pregunta en voz alta; se refiere a los jinetes que se acercan por detrás.

—¡Cabalga hacia ellos y entérate! —se ríe Bandera.

Ya notamos que la columna se comprime. A la cabeza se oye vocear a los hombres. Algo pasa allí delante. A través de la nube algodonosa que flota en el aire atisbamos compañías que forman *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

88

frentes a la izquierda, de cara a los arbustos, y a la derecha, de cara a los bajíos. Entramos en una zona de riscos. Los ribazos ascienden, prominentes, a la izquierda. En lo alto aparecen jinetes. Arqueros. No son de los nuestros. No tenemos arqueros. Los jinetes que vienen por detrás han extendido su línea de frente. La franja llana de tarayes y chaparrales entre el río y los repechos debe medir alrededor de un octavo de milla. La cubren. Tras ellos aparecen más hombres montados. Van dos en cada caballo: jinete y soldado de infantería. Hemos oído hablar de esta práctica pero nunca la habíamos visto. Cuando entran en acción el jinete suelta al segundo hombre en pleno galope y ese tipo se une al combate a pie.

Estéfano sofrena su caballo en su puesto en la cola.

—¡Hijos de puta! —grita mientras señala al enemigo—. Lo tenían preparado desde el principio. Se refiere a que la huida de Espítámenes de

Maracanda era una farsa. La emboscada estaba tendida hacía días. El enemigo ha tenido tiempo para prepararla. Sin duda ha acondicionado el terreno cavando trampas donde caigan animales y jinetes para que los aplaste algo de pesado, al igual que las otras llamadas toperas rompepatas; también habrán bloqueado las posibles vías de escape con matorrales y árboles talados.

Le pido a Bandera que me deje investigar la isleta. Demasiado tarde. Sin un solo ruido, la línea de árboles parece cobrar vida. Arqueros a caballo salen a descubierto. No disparan sus arcos y tampoco cargan; simplemente avanzan hacia el borde del agua y mantienen la posición. No hace falta más. Toda la compañía ha quedado inmovilizada. No podemos atacar a los jinetes que vienen por detrás porque pondríamos en peligro a la infantería a la que se nos ha ordenado proteger y no podemos cargar contra la isleta porque dejaríamos desprotegida nuestra retaguardia. Lucas maldice a las alas de avanzada por no haber limpiado esa pantalla tan evidente. Tal vez la rastrearon y la encontraron despejada. El enemigo podría haber estado escondido en isletas más alejadas y después habría avanzado fácilmente, sin que lo detectaran, una vez que los exploradores hubieran pasado.

¿Qué otras sorpresas nos tiene preparadas el Lobo? En la isleta hay unos doscientos hombres. Cuando nuestra infantería ataque, ¿cuántos más aparecerán?

El soldado está entrenado para responder a ciertas situaciones sin necesidad de recibir órdenes. Afrontando una carga de hombre a caballo, la caballería ataca en formaciones en cuña. En emboscadas por el flanco, la infantería ataca de inmediato. Nuestras tropas son de primera y están preparadas para realizar tales evoluciones hasta en sueños. Pero ni la gran destreza ni el valor nos servirán ahora. Estamos en una trampa y las mandíbulas se van cerrando. Gloria a Espitámenes. El Lobo del Desierto nos ha engañado como a bobos. Se ha servido del terreno y de la hora del día, de la extensión de la marcha y de la falta de agua y alimento; se ha aprovechado de nuestra arrogancia y de nuestra ignorancia. Nos ha obligado a luchar en su terreno y con sus reglas.

Nuestra fuerza es igual en número a la del enemigo. Estamos mejor entrenados y somos más disciplinados; llevamos mejores armaduras y armas. Sin embargo, estamos extendidos en hilera como patos en el agua. El Lobo caerá como un enjambre sobre nosotros. Lanzará a sus alas contra la cabeza y la zaga de la columna para, de ese modo, atrapar e inmovilizar a

nuestros compañeros del centro. Luego partirá la columna en secciones. Galopando en círculo, sus arqueros rodearán cada sección aislada y dispararán a boca jarro para después retirarse a una distancia segura cuando intentemos aproximarnos a ellos. No tenemos arqueros. Si nuestra infantería abandona el abrigo de la formación en cuadro, armada sólo con lanza y espada, el enemigo a caballo comunicará a los soldados y los masacrará meticulosamente. Si los de caballería intentamos la misma maniobra, los hombres de Espitámenes retrocederán hasta que no nos atrevamos a perseguirlos más lejos. Hagamos lo que hagamos, estamos acabados.

Es evidente cómo ha de actuar nuestra retaguardia; tan obvio que nuestros oficiales no se detienen siquiera para dar la orden. Simplemente se dirigen a sus puestos, conscientes de que todos los hombres se moverán a su señal. Y llega. Bandera dirige nuestras dos cuñas directamente hacia los jinetes que se aproximan por detrás. De forma simultánea, nuestra infantería merce, que tenemos al lado, se coloca en formación de cuatrocientos de frente y cuatro de fondo y avanza hacia el río con intención de luchar cuerpo a cuerpo con los arqueros de la isleta. Estéfano permanece inmóvil

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

89

con nuestras tropas restantes, más o menos cuarenta, mientras que los oficiales de infantería retienen a nuestra reserva, unos ciento cincuenta. Todos sabemos que el enemigo retrocederá ante nuestra carga para después atacarnos por los flancos con tropas escondidas una vez que nos hayamos alejado demasiado de la base. No podemos evitarlo. Hemos de atacar antes o el Lobo nos empujará más aún dentro de la trampa.

Al frente, nuestra columna de infantería se extiende a lo largo del río más de una milla. Desde atrás vemos al enemigo que empieza a acribillarlos. Son tácticas tan antiguas como el propio infierno. Pero funcionan. Cerrar círculos en torno al enemigo atrapado, dispararle a galope; cuando te ataca, retrocedes; cuando se cansa, vuelves a atacarlo. Contra una infantería sin cobertura en los flancos como la nuestra a lo largo de ese río somero, la victoria es sólo cuestión de tiempo y paciencia. Azuzando reatas de mulas y caballos cargados con más flechas, vemos a los soldados auxiliares de Espitámenes aparecer por la zona de los riscos y por la corriente. Los astiles van atados como gavillas para que los arqueros montados cojan las flechas a galope y vuelvan a la lucha con la aljaba llena.

En retaguardia, el enemigo no espera a recibir la carga de nuestras cuñas. Su línea de frente se divide cuando aún estamos a doscientos pies y se dispersan por los riscos a un lado y por el río al otro. No tenemos una táctica para contrarrestar eso. No podemos romper la formación para dar caza a esos bastardos de uno en uno. Pero continuar la carga dejando atrás el frente original del enemigo significa que te atacan por la retaguardia en cuanto regresan a su formación, cosa que hacen tan rápidamente como golondrinas, y por el flanco lo hacen sus compañeros que esperaban escondidos, a los que vemos ahora salir a centenares por detrás de los repechos de las aguadas y descender por las cuevas. Nuestra unidad tenía asignado el servicio de reconocimiento; no tenemos peso para enfrentarnos a tantos hombres. El Lobo lo sabe. Nos ha vuelto a superar en astucia. Mientras Trapos y yo frenamos a nuestra tropa de diez hombres, el frente del enemigo se reagrupa y galopa a nuestra espalda con intención de aislarnos del grueso de la columna. Lo único que podemos hacer es espolear a nuestras monturas de vuelta lo más deprisa posible.

Estamos muertos y lo sabemos. La sensación es como jugar una partida de castillo contra un maestro, en la que cada movimiento que haces, por muy correcto o arriesgado que sea, sólo conduce a hundirte más en la mierda. La mente piensa deprisa en busca de alguna táctica o estrategia que nos devuelva la iniciativa, pero estamos atrapados como zorzales en ajonje y cuanto más forcejeamos más nos atoramos. Los acontecimientos se suceden con tal rapidez que no tenemos tiempo de imaginar ningún plan excepto revertir a lo fundamental: formar, hacer frente al enemigo, prepararse para resistir y morir.

Entretanto, el Lobo ha hecho saltar la misma trampa contra nuestra infantería de retaguardia que ataca la isleta. Nuestros compañeros avanzan por el río con el agua hasta la pantorrilla. Ahora el enemigo saca más jinetes por los flancos, aísla a nuestras tropas y cae sobre ellas como un enjambre. Montan los corpulentos caballos partos de diecisiete palmos de alzada y grandes cascos que levantan rociadas de agua en los bajíos, lo que reduce más la escasa visibilidad del final del día.* Sería un hermoso espectáculo si su significado no fuera tan calamitoso. Más jinetes aparecen por nuestra retaguardia. Bandera y Estéfano lanzan sus cuñas contra ellos. La lucha se desarrolla exactamente como habíamos temido.

El enemigo cae sobre nuestra infantería en dos columnas, una por tierra firme, en paralelo a los riscos, y la otra por la orilla y por el propio río. En

otras palabras: cabalga a lo largo de nuestro

«eje» por ambos lados. Ataca a intervalos de un cuarto de milla y corta la columna. Desde retaguardia no alcanzamos a ver eso, pero sí lo oímos. No hay sonido en el mundo que se parezca al choque de caballería pesada contra infantería pesada. Los bactrianos y sogdianos de Espitámenes son tropas disciplinadas, unidades de la fuerza principal reclutadas e instruidas por oficiales persas. Están entrenadas para luchar en columnas y en cuñas; saben sacar provecho de las brechas en los cuadros de infantería con tanta eficacia como cualquier soldado de caballería del mundo. Los daas y

OceanofPDF.com

* Se trata del *palmus* latino. Esta medida era el ancho de la palma de la mano, sin contar el pulgar, que equivalía a cuatro *digitus*, es decir, 7,3925 centímetros. (N. de la t.) Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

90

los masagetas del enemigo son salvajes, simplemente. No utilizan tácticas y se limitan a atacar en tropel. Y es suficiente. Los masagetas protegen el pecho de sus monturas con gruesas planchas de fieltro y bronce a las que se les da el nombre de «rebujo» y ellos se protegen las piernas, desde la cadera hasta el tobillo, con piezas de armaduras. Cuando una caballería pesada de esas características arrolla a una formación de infantería, los hombres de a pie no tienen ninguna posibilidad. No obstante, nuestros mercenarios a las órdenes de Andrómaco se cuentan entre las tropas más tenaces y disciplinadas del ejército. Son griegos —arcadios, aqueos y mantineos con sus propios oficiales espartanos— todos veteranos, muchos con más de cincuenta años. Han luchado por el trono persa, primero a las órdenes de los excelentes comandantes Memnón de Rodas y su hijo Timondas, y después a las de Glauco y Patrón, dos capitanes de infantería extraordinarios que sirvieron a Darío hasta el fin; y que sólo se unieron a Alejandro, aceptando el pago por ponerse a su servicio, porque la causa del rey persa está perdida sin remedio. Estos guerreros han combatido cinco años a través de tres mil millas y han afrontado todo tipo de acción imaginable, tanto en derrota como en victoria. Su arma es la pica de doce pies, mortífera para la caballería, y la manejan con una destreza sin igual. La matanza en los bajíos de este día sobrepasará cualquier acción de la guerra afgana, con excepción de determinadas batallas y masacres, porque ninguna de las dos partes cede. Los guerreros daas, sacas y masagetas del Lobo luchan por el botín y la gloria, para destruir al odiado invasor, en tanto que los mercenarios lo hacen simplemente para sobrevivir. Desde donde lucha nuestro medio escuadrón, en la retaguardia, no se ve nada de esto. No sabemos nada de otros combates que se disputan a lo largo de los otros tres cuartos de la columna. Nos han aislado. Somos ochenta hombres a caballo y cuatrocientos a pie. El mérito de que alguno salga vivo de esto hay que atribuírselo a Bandera y a Estéfano que, en medio de la refriega, adivinan que la intención del Lobo al estructurar la emboscada es empujar a nuestras tropas hacia la retaguardia o hacia el río (vías que aparentan ser las únicas

factibles para escapar de la encerrona) y que a lo largo de esas vías Espitámenes ha situado más tropas de caballería e infantería al acecho para masacrarnos. Encambio, nuestros oficiales nos conducen hacia los riscos. Allí nos espera el enemigo para acribillarnos con jabalinas y piedras. Pero eso es mejor que afrontar una línea tras otra en las otras direcciones. Si nuestras monturas no hubieran estado agotadas, si hubiésemos tenido un descanso de una hora al menos durante el día, el grueso de la compañía tal vez habría podido abrir brecha y, una vez en los repechos, habríamos roto el cerco.

Pero el enemigo está descansado y nosotros, exhaustos. Ni a nuestros animales ni a nosotros nos quedan fuerzas en los miembros para remontar las cuestas. Los cascos no encuentran agarre en la arena; los jinetes salen lanzados de la silla y ruedan cuesta abajo; los rematan allí donde caen. Los que aguantan en la silla agotan a sus monturas y se desploman con ellas. Sólo unos pocos puñados consiguen pasar. Cuando nuestro frente cede, el enemigo se nos echa encima en tropel por los flancos y empieza a empujarnos, a infantería y caballería, *en* un gran revoltijo, de vuelta al río. Luchar para vencer ya es impensable. La única esperanza es romper el cerco y escapar. Conduzco a mis diez —o lo que queda de ellos: Lucas, Rojillo, Púgil, Trapos, Nudillos y dos hermanos llamados Tea y Tortuga— a forzar una apertura en la orilla del río. Lucas va en punta. Los adversarios son todos arqueros a caballo armados con potentes arcos compuestos, de hueso y cuerno. Disparan a nuestras monturas. Veo a *Intrépido*, el caballo de Lucas, recibir dos flechazos de manera simultánea, uno en el pecho y el otro, en el cuello. El animal no se frena siquiera, sino que se lanza hacia delante; los astiles se parten por los movimientos de los poderosos músculos al tiempo que el caballo pone los ojos en blanco, aterrorizado. Lucas atraviesa con su lanza el cuello de un arquero daas. Estoy a su izquierda y veo la cabeza de tipo doblarse hacia atrás con un seco chasquido, como un muñeco roto, mientras en la garganta se le abre un enorme tajo. La lanza de Lucas vibra y se parte por el peso del adversario; está a punto de caer por el brusco desplazamiento. También mi media pica hace mucho que se ha partido; sólo tengo el sable, inútil como una vara contra los adversarios protegidos con armadura. Un daas con un bigote enorme me bloquea la salida. Me doy cuenta de que a su maza le falta la cabeza; voy hacia él con mi sable, pero cuando amago la arremetida algo me golpea en el brazo y lo paraliza. Me han disparado. Una saeta, larga

como la regla de un carpintero y tan gruesa como un pulgar, me ha entrado por el hombro derecho *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

91

desde atrás y me lo ha atravesado. La punta se ha partido, pero el astil roto me sobresale más de un palmo por delante. Me inmoviliza el hombro. No siento el brazo. Pierdo el sable. La extremidad cae como la de una marioneta a la que le cortan las cuerdas. Soy muy consciente, dolorosamente consciente, de que sigo teniendo a la espalda al que me ha disparado; y muy cerca, a juzgar por la potencia con la que la saeta me ha atravesado. Volverá a taladrarme si no me escabullo. Hago girar a *Khione* hacia el río. Justo delante de mí se encuentra otro arquero afgano, éste a pie. Dispara. Veo las dos palas del arco impulsarse hacia delante. Veo venir disparados astil y punta directos al centro del pecho. Encima del coselete llevo un peto de hierro que perteneció a mi abuelo y al que he maldecido mil veces por lo que pesa y lo que entorpece. He intentado una y otra vez librarme de él ofreciéndolo a precio de ganga a milicos confiados; nadie ha sido tan tonto para quedárselo. Esta antigua pieza de armadura me salva la vida ahora. El proyectil me golpea de lleno en el plexo solar. El impacto me lanza hacia atrás, por encima de las ancas de *Khione*. Cesan todos los sonidos. La luz se vuelve rara. No puedo mover las extremidades. ¿He muerto?

¿Esto es el infierno? Es agua.

Estoy en el río.

El instinto me hace aferrarme a las riendas de mi montura. Pero mientras me hundo, asido a ese cabo salvavidas, *Khione* planta los cascos y levanta la cabeza; la tira de cuero se parte. Me sumerjo. El enemigo está por todas partes. Esta vez es seguro que voy a ser historia. El enemigo nos pisotea en las zonas someras del río. Es una táctica y la ejecutan con destreza. Un casco me pisa la espalda. Me trago un buche de agua y barro. El peso de la armadura me arrastra al fondo. No distingo arriba de abajo. Abro los ojos bajo el agua. Las saetas atraviesan el cieno gris verdoso. Tenemos a los hombres del Lobo justo sobre nosotros y disparan a bocajarro. Los que llevan lanza nos ensartan como a peces. Se apodera de mí la loca idea de que tengo que salvar a mis compañeros. Agarro a un merce al que no conozco y tiro de él hacia la superficie con el brazo indemne. Me enfurece que no haga ningún esfuerzo para ayudarme. Se me

ocurre que a lo mejor está muerto; eso me pone más furioso. Me impulso hacia arriba con trabajo. Allí, en la corriente, mi compañero Trapos se tambalea. Tres astiles le sobresalen en el vientre. Tiene los ojos vidriosos. Se desploma, muerto; el daas le corta el cuero cabelludo.

Me asalta el horror. Me sumerjo. La rodilla de un caballo me da un golpe tremendo en el cráneo; más que sentir, oigo cómo se rompe el hueso. Boqueando para respirar, me impulso hacia arriba. Frente a mí, un merce entra chapoteando en el agua embarrada. Un nativo lo arrolla con el caballo y le atraviesa la espina dorsal con la lanza. El salvaje desmonta en la corriente y le arranca el cuero cabelludo al griego cuando aún está vivo, luego se vuelve lanzando gritos de alegría mientras alza su trofeo. Aunque parezca imposible, el griego se incorpora con la sangre manándole del cráneo despellejado y partido. Haciendo acopio de las pocas fuerzas que le quedan, clava el astil roto de su pica de doce pies en el hígado de su asesino. Al ver esto, otros tres nativos corren hacia él; el merce da la vuelta al astil y se lo clava en el cuello; sigue vivo cuando los daas lo decapitan de un tajo. Escenas igual de horrendas tienen lugar a todo lo largo de la columna. Lo último que veo antes de perder el sentido es que a mi preciosa y pequeña yegua se la lleva por las riendas un gallardo afgano elegantemente ataviado. Ese guerrero no alardea ni hace gestos ostentosos como sus salvajes compatriotas, sino que se limita a alejarse al trote, satisfecho como un tratante que acaba de hacer una compra ventajosa en el mercado.

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

92

25

La noche ha caído cuando vuelvo en mí. Lucas me sujeta. Estamos agazapados en el río los dos, escondidos debajo de un terraplén de la ribera, con sólo los ojos, la nariz y la boca fuera del agua. A Lucas lo han herido con un sable en la frente. Ha perdido un ojo y todo el lado izquierdo de la cara, envuelto en un vendaje improvisado, es un amasijo de sangre, cabello y carne. Tiene varias costillas rotas —aunque eso no lo sé todavía— y la rodilla derecha medio aplastada al habérsela pisado el casco de un caballo. Me sostiene por detrás, rodeándome el pecho con los brazos para que no me hunda bajo el agua. La cabeza me cuelga sobre su hombro. Raíces y ramas

forman una pantalla que cubre nuestro escondrijo. Hago un esfuerzo para hablar, para darle las gracias, pero él me sisea para que guarde silencio.

En la corriente, el enemigo saquea los cadáveres. Buscan supervivientes: a los suyos, para rescatarlos y a los nuestros para rematarlos y desvalijarlos. Llevan antorchas. Cuando alguno ve un movimiento hace una seña y sus compañeros y él convergen en el punto indicado. Estoy helado. Me atormenta una sed horrible. El dolor del cráneo es tan fuerte que casi me deja sin sentido. Ya no tengo clavado en el hombro el astil de la flecha. Lucas me ha salvado la vida. Me asalta un fuerte sentimiento de culpa. Le suplico que se marche, que se ponga a salvo. Me hace callar con dos dedos sobre los labios.

—Estás mal de la cabeza, Matías.

Vuelvo a desmayarme. Cuando vuelvo en mí, la luna, que antes estaba alta a mi izquierda, ahora se mete a mi derecha.

—¿Puedes sujetarte tú solo?

Encuentro una raíz y me recuesto contra ella. Lucas me suelta. Los dioses saben cuánto tiempo lleva sosteniéndome a flote.

El río está abarrotado de cadáveres. Los cuerpos se han amontonado contra la maraña de broza y los troncos hundidos en el agua. Los daas y los masagetas cortan el cuero cabelludo a los hombres y luego los despojan de todo lo que valga algo; dejan desnudos los cadáveres. Los maces y los merces muertos se golpean unos contra otros en la corriente como trozas amontonadas. Esos son nuestros compañeros. Bandera y Estéfano podrían encontrarse entre ellos. Trapos ha entrado en los libros, lo sé. Y Nudillos estaba en la cola. La última vez que vi a Pulga tenía una lanza hincada en una cadera y una flecha clavada en la tráquea.

Las ratas de río se han encontrado con un banquete; corretean por encima de la montonera de carne y el pelaje mojado les brilla a la luz de las antorchas.

El enemigo ha encendido hogueras a lo largo de ambas orillas. Cualquiera habría pensado que, a estas alturas, semejantes salvajes se habrían entregado al alboroto y al desenfreno. Pero o poseen una firme disciplina nativa o sus oficiales están hechos de mejor madera de lo que imaginábamos. Hay centinelas apostados. Se atiende a las monturas. Incluso los grupos que saquean los cadáveres en el río lo hacen con la formalidad, hasta con el señorío, de magistrados que reparten una herencia. Un protocolo dirige la expoliación. Alcanzamos a oír a los guerreros.

—¿Mataste tú a éste?

—No, creo que es tuyo.

Al menos eso es lo que imaginamos que dicen antes de que el cuchillo de escalar trace el medio círculo de oreja a oreja mientras la mano del que toma el trofeo apuña el cabello de la víctima en *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

93

una madeja y, con la rapidez que da la práctica, desprende el cuero cabelludo. La intensidad del horror al presenciar esto es imposible de transmitir con palabras. Te sientes enfermo, se te revuelven las tripas. Lo más insoportable es estar incapacitado y desarmado. Y, por supuesto, tienes miedo. Te desprecias por apelar desvergonzadamente, desde el fondo de tu corazón, a un cielo en cuya clemencia no sólo nunca has creído sino del que te has mofado y que has puesto en ridículo con todas tus energías. Pero no puedes evitarlo. El corazón te palpita en el pecho con tanta fuerza que estás seguro de que el enemigo tiene que oír el ruido y que los sonoros latidos lo conducirán hasta tu escondrijo. No obstante, tampoco puedes refrenarlo, al igual que te es imposible reprimir el ahogado resuello que es tu respiración.

Corriente abajo, el enemigo ha formado una barricada a través del río con guerreros a caballo y a pie en una línea de piquete, de orilla a orilla. Inspeccionan todos los troncos y las ramas que bajan flotando. Cualquier mace que intente escabullirse arrastrado por la corriente acabará topando con ellos.

Lucas me indica —por la señal marcada en una raíz— que el nivel del río está bajando. Al amanecer nuestro escondrijo quedará al descubierto. Tenemos que excavar. Antes he dicho que la vergüenza es más fuerte que el terror. Pero incluso la vergüenza tiene un amo y es la fatiga. Lucas y yo estamos demasiado exhaustos para sentir orgullo o miedo. Ya sólo queda el entumecimiento. Grupos de búsqueda acampan en la isleta, sobre nosotros. Si descubren nuestro refugio subterráneo nos desollarán vivos. Nos enterramos en el cieno como sapos en un barrizal.

Por agotado que esté, aún puedo apreciar la brillantez de la emboscada y de la masacre que el Lobo del Desierto ha orquestado como un maestro de la guerra. Era una caja de sorpresas dentro de otra, ruedas dentro de ruedas. Cada vez que mostraba a nuestros oficiales elementos de su plan, éstos respondían con el contragolpe adecuado e incluso más agresivo. Sin embargo, cada evolución sólo conducía a los nuestros más dentro de la

trampa. Participar era como presenciar desde el escenario la representación de una tragedia en la que cada escena se muestra en sucesión, sólo que aquí el drama es la muerte y nosotros, los actores.

El enemigo ha encontrado en Espitámenes a su genio, un comandante astuto, implacable y audaz que no sólo entiende las tácticas de Alejandro sino el espíritu que hay tras ellas y está, en verdad, por delante de nuestro rey tanto en su concepción como en la ejecución. La luna sigue descendiendo; el enemigo reduce progresivamente la búsqueda de supervivientes. En cierto momento, un hombre pasa a caballo ante nuestro escondrijo, al paso, rodeado de un séquito de jinetes bactrianos y sogdianos. ¿Será Espitámenes? ¿El Lobo en persona? Si es él, parece más joven de lo que me había imaginado, poco más de cuarenta años, esbelto como, un junco, nariz ganchuda y mirada penetrante. Monta un castaño árabe, un animal que no es grande pero de conformación perfecta, cuello fuerte y orgulloso y el pecho profundo de un corredor. Durante unos cinco segundos veo el rostro del Lobo. Si se trata realmente de él y no un comandante subordinado, es, como hemos oído, un hombre instruido y culto, no un salvaje. Tiene más aspecto de estudioso que de guerrero y más de sacerdote que de los dos anteriores. Su atuendo es de estilo bactriano a excepción del *tarbousse* persa —el gorro de fieltro que cubre las orejas, la frente y la barbilla— con una capa de caballería de color pardo sobre pantalones y blusón. Calza botas militares, de piel de buey, no de becerro como llevan los presuntuosos. El único emblema de autoridad, de serlo, es una daga de tipo damasquino, con mango de marfil, que lleva colgada de un correa por el cuello y los hombros. Tiene serio el semblante y eso se refleja en sus compañeros.

¿Me consideraríais desleal si me confieso fascinado por ese hombre? Es algo que no puedes evitar. El tipo posee esa cualidad, inherente a todos los comandantes natos, de propósito centrado e imperativo. Los que lo acompañan son todos gallardos y montan animales espectaculares. Sin embargo, más adelante no recuerdo rasgos o peculiaridades de ninguno de ellos. Su comandante acapara toda mi atención.

En etapas posteriores de la campaña, el mito en torno a Espitámenes evolucionaría y crecería. Se oiría hablar hasta la saciedad de su zoroastrismo ferviente, de la modestia de su porte, de su piedad y austeridad, de su devoción por las Escrituras, de que no utilizaba caballerizos salvo a su hijo de *Steven Pressfield*

catorce años, Desdas, y cuidaba personalmente a sus animales, de que dormía en el suelo junto a sus guerreros y no comía hasta que el hambre de los demás se había saciado. Su odio hacia el invasor macedonio era legendario, al igual que su valor en combate. Aunque sus orígenes tribales venían de los anah de Sogdiana, por parte de madre, gozaba del respeto de todos los pueblos, incluso los daas, los sacas y los masagetas por su dedicación a la causa común; era el único comandante al que seguirían aparte de los suyos. Se comentaba una y otra vez su reverencia por los santuarios de sus antepasados, su elocuencia cuando les hablaba a los suyos y su falta de avaricia. Los hombres decían que el Lobo era un alma gemela de Alejandro. Sin embargo, la sensación que tuve en aquella fugaz ojeada en el río fue que, de no ser por el rumbo de los acontecimientos, Espitámenes habría preferido la vida contemplativa a la de acción y que en el fondo era más un asceta que un guerrero. En eso se diferenciaba de nuestro rey, que ante todo era un luchador y un conquistador y que, privado de la gloria y de la exultación de la guerra, preferiría renunciar a la vida antes que amoldarse a otra forma de existencia inferior.

La luna se pone. Faltan dos horas para que amanezca. Oímos a los sirvientes del campamento enemigo recogiendo los bártulos. Al alba, Espitámenes se pondrá en marcha. Quizá sobrevivamos después de todo, Lucas y yo.

Pero al clarear el cielo nuestra esperanza se acaba. Lugareños.

Una columna de mujeres y niños se aproxima desde Maracanda. Se han puesto en camino para picotear los despojos del invasor hasta dejar los huesos limpios. Llegan a centenares. Para ellos es un día de fiesta.

Lucas y yo hemos socavado un hueco en la orilla y nos enterramos en él como ratas. Pero los lugareños y sus perros olisquean por todas partes y a los pocos minutos nos descubren. Mujeres y niños se arremolinan en torno a nuestro escondrijo mientras nos maldicen y nos arrojan piedras. Lanceros de las brigadas sogdianas de Espitámenes nos sacan a la fuerza. Las mujeres y los chiquillos nos apedrean y nos apalean. Casi me descoyuntan el brazo indemne. Nos hieren con cuchillos, nos arañan los ojos y nos tiran del pelo. No dejan de gritar dos palabras: *utan* y

quoonan, que más adelante descubrimos que significan «comemierda» y «perro sarnoso». No ofrecemos resistencia. Si acaso, intentamos parecer

más débiles y vapuleados de lo que realmente estamos. No funciona. Los malos tratos se redoblan. Al final, el ataque exacerbado de los lugareños es lo que nos salva cuando los lanceros, que al menos son soldados sujetos a una disciplina, nos protegen y nos sacan en volandas de allí como prisioneros para que sus superiores nos interroguen. Espítámenes ya ha partido con las unidades de vanguardia. El resto de la columna monta a caballo. Nadie sabe qué hacer con nosotros. Se conferencia y Lucas y yo no entendernos nada de lo que se habla, excepto que nadie quiere cargar con la responsabilidad de cuidarnos y custodiarnos. Parece que al final van a arrojarnos a las brujas y a los mocosos. La fiebre de los guerreros de hacerse con trofeos se ha consumido; no quieren nuestro pelo, no hay honor en ello, y no tenemos armas ni armadura de las que despojarnos.

—¡Rescate! —grito con una voz tan enérgica como me permite mi aporreada caja torácica, en parte por los sogdianos, con la esperanza de que les atraiga la idea y quieran sacar provecho. Mi esfuerzo tiene por recompensa un golpe en la coronilla con una maza de piedra. Mientras me protejo la cara me llueven más golpes en la espalda y los brazos. Tengo la sensación de que me han atravesado el cráneo con un clavo. Para mi sorpresa, descubro que la cautividad me ha reanimado. En mi interior empieza a crecer una oleada de odio y le doy la bienvenida. El ser humano es un mentiroso nato y, por lo tanto, yo también lo soy. De hecho ya he decidido no darles ni un solo dato a estos canallas, enterarme de todo lo que pueda sobre ellos y usar hasta lo más mínimo para hacerles daño, tan rápida y cruelmente como sea posible. Ninguno de los soldados enemigos entiende la palabra «rescate», por supuesto, pero parece que la idea se les ha ocurrido también a ellos. Al menos eso es lo que imaginamos que discuten los cabrones de una forma tan animada. Entretanto, las brujas y los mocosos siguen escupiéndonos a través del cordón de nuestros defensores; las mujeres incluso se orinan en las manos y nos arrojan los meados. La deliberación acaba. Nos ponen a cargo de dos guerreros con aspecto de novatos que no tendrán más de dieciséis años; nos atan las muñecas por delante y las toscas correas de cuero sin curtir las sujetan a las colas *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

95

de dos ponis de carga en la columna. Azuzan a los animales para que se pongan en marcha; a nosotros nos hacen lo mismo. Partimos a un trote vivo.

Piedras y puñados de barro nos persiguen por el aire a lo largo de media milla calzada adelante mientras la jauría de mujeres y mozalbetes aúllan pidiendo nuestra sangre. Mientras esto sucede, Lucas y yo no echamos siquiera una ojeada furtiva, ni siquiera alzamos la vista del camino. Las cosas han ido mal y empeorarán más aún. *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

96

26

Los guerreros de Espitámenes provienen de cinco naciones. Bactrianos y sogdianos conforman el grueso de su ejército. Estos son auténticos afganos, hombres de clan del territorio situado entre el Hindu Kush y el Jaxartes; combaten como la caballería tradicional a las órdenes de oficiales persas civilizados y nativos entrenados por persas. El Lobo también tiene una infantería de hombres de tribus del sur, del Panjshir, de Kabul y de los valles de Ghorband, de Ghazni y Kandahar y de las planicies de la lejana Artacoana. Éstas son sus verdaderas tropas afganas. Los restantes combatientes son escitas. Ésos son auténticos salvajes. La primera nación, la de los sacas, son gentes de montaña y del desierto que subsisten con su ganado y sus hatos y van buscando el pasto de temporada. La segunda, la daas (que significa «ladrón»), vive del bandidaje. Los daas no son tan numerosos como los sacas pero son mucho más belicosos. Unos y otros son nómadas de las estepas al norte del Jaxartes, lo que llamamos Tierras Salvajes, y a lo largo de siglos han ahuyentado a todos los monarcas imperialistas que intentaron someterlos. La tercera y más temible nación de los escitas es la de los masagetas. Es la verdadera raza guerrera que desprecia el trabajo físico y que vive únicamente del asalto y el saqueo. Los guerreros de los masagetas desmontan sólo para dormir. Son los jinetes más sensacionales del mundo. A ellos corresponde la gloria de haber abatido en batalla a Ciro el Grande hace doscientos años, en defensa de sus estepas nativas. A estos demonios nos han entregado a Lucas y a mí. Ya tienen otra media docena de prisioneros maces. La fuerza se divide.

Espitámenes y sus bactrianos se dirigen hacia Maracanda, en tanto que los sacas y los daas se dispersan hacia sus pueblos o, para ser más precisos, hacia los campamentos temporales donde sus mujeres e hijos esperan en los carromatos cerrados que constituyen sus casas. Los masagetas, que son los que nos han capturado, se encaminan al norte, hacia el Jaxartes. Este desplazamiento no se realiza en un único grupo, sino que los distintos

clanes y bandas se separan y cada cual enfila hacia su punto de destino. Lucas y yo vamos con los demás cautivos; nos han cubierto la cabeza, pero son bolsas tan harapientas que se puede ver algo a través del tejido. Hasta con los ojos vendados uno puede calcular el número de jinetes por el sonido, así como la dirección en la que se camina, gracias a la posición del sol. Calculo unos dos mil jinetes en esta partida de masagetas (la nación, nos han dicho, la componen más de cien mil), que ahora se fragmenta en cien grupos como poco. El nuestro debe de tener unos cuarenta. El que manda en el grupo está a nuestro cargo; habla el dari bastante bien y chapurrea el griego, así que nos podemos comunicar. Su método para interrogarnos es directo; nos hace preguntas a gritos a través del saco que nos tapa la cabeza; si nuestras respuestas no son satisfactorias o no contestamos con suficiente rapidez, nos apalea en las costillas, las rodillas y los riñones con una porra que no hemos visto pero que golpea como un bastón de combate. Lo estoy pasando muy mal con la cabeza y el brazo. Para Lucas la cosa es peor, ya que la herida de la cara no deja de sangrarle; con el calor y los infernales insectos afganos, la bolsa que le tapa la cabeza se convierte en un horno en el que se asa. Además, las costillas y la rodilla lesionadas lo torturan de manera constante. A eso hay que sumar el miedo a la muerte, que nos atormenta a los dos.

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

97

—Si muero —me dice Lucas cuando nos paramos la primera noche—, no permitas que el ejército se invente una historia ficticia. Cuéntale a los míos lo que pasó realmente. En cuanto a mi propio final, no tengo esos escrúpulos.

—Pues a los míos cuéntales la bola más gorda que se te ocurra.

Durante las marchas los masagetas subsisten con cuajadas y sangre. Ésta última la extraen de las venas de los animales de su hato mediante una caña afilada; luego cierran la herida con saliva y barro. Nadie hace aspavientos por esto, y los que menos, los propios animales. Los guerreros complementan su sustento con una especie de papilla de arroz o de mijo que no se diferencia mucho de nuestro «pienso» y que tornan fría con uvas pasas, lentejas o nueces. De bebida llevan *kumis*, la leche fermentada de yegua. Cazan, como nosotros, sobre la marcha, así que la carne de alguna que otra avutarda o cabra salvaje va a parar a la olla. Los masagetas sólo

encienden lumbres de día, en un alto de la marcha, y de noche se ponen en movimiento otra vez. En esta época del año, los días son abrasadores y por las noches das diente con diente. No se hacen paradas que duren más que unas pocas horas, excepto en ciertas eminencias del terreno defendibles y en complejos de cuevas. Allí las tropas dormitan todo el día, hombres y ponis.

Durante la marcha los masagetas cantan. Es un sonsonete que canturrean durante horas y que dirige primero un guerrero, después otro y así hasta que todos los bandidos de la columna han tenido su turno. A excepción de las pendientes más escarpadas, ninguno desmonta. Los masagetas hacen todo a lomos del caballo, incluido responder a la llamada de la naturaleza. En su léxico, caminar es cosa de mujeres y perros. A Lucas, a mí y a los otros prisioneros nos hacen andar hasta que ya no nos sostenemos en pie; después, nos arrastran. Los cuidados están reservados para los ponis que tiran de nosotros. Cuando tu peso se convierte en una carga excesiva para tirar de ella, nos suben y nos atan a la grupa de nuestros *yaboos*, con estacas metidas por debajo de los codos, las manos atadas delante y los tobillos atados por debajo del vientre de los animales. Cuando perdemos el equilibrio y caemos, cosa que nos pasa una y otra vez, nos dejan colgados cabeza abajo. La cabeza nos rebota contra las piedras a lo largo del camino y nos sangran los tobillos, las muñecas, la boca y los oídos. Al cruzar arroyos la cabeza se nos mete debajo del agua, eso si no la golpean ramas y piedras sobre las que nos arrastran nuestras monturas. Sorprendentemente, al ir boca abajo conseguimos tragar suficiente agua enlodada para no morir de sed. Cuando el grupo acampa, nos quitan las bolsas de la cabeza, nos dejan comer y después nos atan a estacas tendidos boca arriba y despatarrados en el suelo. La primera noche, un tipo con aspecto de no tener muchas luces se para de pie a mi lado, sin decir nada. Es obvio que me evalúa como un ejemplo del invasor europeo. Estudia mis rasgos con seria concentración y luego se agacha y coge una piedra pesada. Me preparo para recibir el golpe que me aplastará los sesos, pero el tipo se limita a alzarme la cabeza y a colocar la improvisada almohada debajo, con delicadeza.

Durante la marcha evoco la imagen de Shinar. Eso me da fuerzas. ¿Qué pensaría si lo supiera?

¿La complacería? ¿Le habrá llegado la noticia de la masacre? ¿Teme por mi vida?

Los propósitos surgen. Hago tratos con el cielo. A intervalos, otras partidas de guerra se cruzan con nosotros; parlamentan e intercambian noticias. Es evidente que se trama algo al nordeste. Los hombres de las tribus conferencian con gran animación y después cada grupo se va por su lado. El páramo afgano que, a los ojos europeos, parece inhóspito y monótono, tiene para estos hombres calzadas principales y vías tan inequívocas como la de Atenas a Corinto o la Calzada Real Persa. El desierto contiene para ellos posadas y serais, lugares de oración, plazas públicas y mercados. Conocen cada giro, dónde hay manantiales de agua dulce y pasto verde y cualquier otra cosa como si sacaran la información del viento. El grupo va de un depósito enterrado a otro. Cae la noche; la compañía desmonta y excava. Nuestro jefe (al que Lucas y yo llamamos, entre nosotros,

«Gancho» por la nariz) supervisa el trabajo. De uno de los refugios sacan *bichees* y tasajo de gacela, *ghalla* (el tofu o queso de soja), armas, ropa y vino. Mientras se levanta el campamento a la mañana siguiente, el clan entierra la comida y todos los avíos que les sobra —*khisar*, petates y bridas que hay de más— para el próximo grupo que llegue allí.

—*To dal Iskandera chounessi* —dice nuestro guardia—. Alejandro no tiene esto. Los interrogatorios han pasado a ser algo más que las rutinarias palizas nocturnas. Lucas y yo *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

98

hemos aprendido unas cuantas palabras y nuestro guardián, Ham, resulta que sabe mucho más griego de lo que aparentaba al principio. Estamos recostados contra unas piedras, en grupos de cuatro, con las manos libres, aunque los tobillos nos los han atado a estacas clavadas al suelo. El jefe, Gancho, nos acosa a preguntas. Quiere saber por qué seguimos a Alejandro. ¿Somos de la misma tribu? ¿Estamos relacionados por lazos de sangre o de matrimonio? Cuando respondemos que no, crece su desconcierto. ¿Por qué vinimos aquí? ¿Qué buscamos? Señala hacia la estepa.

—¿Habéis viajado mil leguas para robarnos lo poco que tenemos?

Gancho se llama Baropamisiates, que significa «hombre de las colinas». Quiere saber cosas de nuestro país, Macedonia. ¿Se pueden criar caballos allí? ¿Cuántas esposas puede poseer un hombre? Al oeste de nuestras fronteras, ¿el cielo se precipita realmente en el mar?

Por encima de todo, Gancho siente curiosidad por Alejandro. Que nuestro señor sea de una estatura inferior a la media desconcierta e irrita al afgano.

—Si los dioses hubiesen querido que la talla corporal de vuestro rey fuese pareja a su ambición, ni la propia tierra habría tenido suficiente espacio para contenerlo, y con una mano habría querido tocar el sol naciente y con la otra, el poniente. ¿Qué clase de hombre desea aquello que jamás puede alcanzar? De Europa pasa a Asia y de Asia, a Europa. No lo detienen montañas ni desiertos ni los mares inmensos frenan su avance.

Gancho nos da la charla sobre la necesidad de monarcas pasados que llevaron la guerra a las gentes libres de las estepas: Semíramis, el audaz Sargón, Ciro el Grande.

—Ese orgulloso tirano que se hacía llamar Elegido de Dios, cuyos sirvientes llevaban delante de él una imagen de oro del sol... Ahora sus huesos yacen mezclados con nuestro polvo y sus entrañas se han dispersado convertidas en festín de perros y cuervos.

Los afganos, afirma Gancho, tienen dos aliados invencibles: el tamaño y la desolación de su tierra.

—Vuestro rey podrá derrotarnos, pero jamás rendirá a semejantes aliados. Es una idea equivocada creer que el desierto es un terreno llano, liso como una mesa, por el que viajar es una simple cuestión de dirección y rapidez. Por el contrario, la estepa es un laberinto de trampas y escollos naturales, de cañones sin salida y riscos. Ríos de arenas movedizas aparecen en medio de escarpas rocosas; ciénagas salobres se materializan en mitad de baldíos arenales. Fallas de un cuarto de milla de profundidad surgen como salidas de la nada y no se las puede rodear. Un enemigo que sabe moverse por un territorio así cuenta con una ventaja insuperable. En retirada puede atraer con señuelos a sus perseguidores para meterte entre promontorios sin salida de los que sólo puedes escapar volviendo por donde has venido, o tenderte cebos en laberintos de gargantas y cañones de los que él sí sabe cómo escapar, pero tú no. Sabe cómo conseguir que te pierdas y que te pongas a girar en círculos. Y siempre está el agua y su falta. Recorrer una tierra tan agreste sin un conocimiento preciso de dónde están los manantiales y los pozos es un suicidio. Una unidad no puede desplazarse más de dos días en cualquier dirección; simplemente, hombres y caballos no pueden cargar con el agua suficiente para ir y volver. Tener guías nativos no sirve de nada. Todos trabajan para el enemigo. Un afgano que ayuda al

invasor vuelve a su pueblo para encontrar a su mujer e hijos despedazados o esperándolo para despedazarlo a él. El adversario vencido en combate sabe encontrar fácilmente una vía de escape mientras que tú, en su persecución, has de enfrentarte a una maraña de desfiladeros y cursos secos de río, consciente en todo momento de que el enemigo es un maestro en huidas fingidas y emboscadas en retroceso.

Sobre todo esto nuestros captores nos ilustran con gran empeño. A estas alturas ya se han descartado las bolsas de la cabeza y las vendas de los ojos. Nuestros carceleros quieren que veamos a qué nos enfrentamos nuestro rey y nosotros. Para cuando el grupo cruza el Jaxartes (de noche, con bolsas *bhoosa* y los caballos nadando al lado), ya ni siquiera nos vigilan. ¿Adónde íbamos a ir?

Al norte del río, una serie de estribaciones recortadas atraviesan la planicie. Ya estamos en las Tierras Salvajes. El grupo sube por las colinas siguiendo una senda tan precaria que hasta los inigualables jinetes han de desmontar e ir a pie. Estoy pensando que ni siquiera los escorpiones pueden vivir en este infierno cuando rodeamos una ensillada y aparece el campamento más bonito que uno podría imaginar. Chiquillos y mujeres de un encanto impresionante corren a los brazos de padres y *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

99

esposos; jóvenes de aspecto orgulloso se ocupan de los caballos de los guerreros y de los cautivos de la masacre del río. A Lucas y a mí nos conducen a empujones, sujetos los brazos, a un callejón sin salida entre altas rocas. Nos rodean mocosos y matronas salvajes.

¿Nos desmembrarán ahora?

Nuestro interrogador nos deja. Todos los hombres se van. Las mujeres y los niños empiezan a examinarnos. Nos tiran del pelo y nos meten los dedos en los oídos. Algunos nos pinchan la tripa con palos y otros nos dan pellizcos. Nos abren los párpados a la fuerza. Una vieja me mete la zarpa en la boca; cuando reculo, agarra una piedra y me golpea entre los ojos. Otra me tantea los testículos. Chillo. Como va he dicho, nuestro interrogador se llama Ham y grito su nombre con terror. En cuestión de segundos el joven aparece, seguido por media docena de compatriotas. Se tronchan de risa. Ham nos explica que a las matronas y los mocosos les habían dicho que los maces no eran hombres, sino demonios, y que sólo lo estaban comprobando. Todo el día siguiente las matronas caminan en tropel pegadas

a nosotros. Nos tiran piedras y nos golpean la espalda y las piernas con garrotes. Vamos maniatados a la espalda. En las bajadas de desfiladeros rocosos las mujeres nos zancadillean y ululan con regocijo cuando nos golpeamos la cabeza al caer. Lucas lo está pasando muy mal con el ojo y las costillas; las mujeres se dan cuenta y lo atormentan sin descanso. No nos odian, no es ése el impulso que hay tras su crueldad. En realidad somos demonios para ellas. Nuestro cabello pajizo y los ojos de color avellana son señales para estas mujeres tribales de que no somos una raza de congéneres humanos, sino prole del infierno. Cuando el ojo de Lucas empieza a lagrimear un líquido oscuro, las mujeres se lo tocan con el dedo y chupan lo que les queda pegado en la yema, desconcertadas al descubrir que los macedonios derraman sangre como ellos. Por último, cerca ya del ocaso, se aburren y nos dejan en paz.

—Por Zeus —gime Lucas—, no habría podido sobrevivir una hora más.

Sólo una chica del grupo no ha participado en el sañudo ataque; es una muchacha de unos quince años con los ojos como obsidiana y el cabello negro como ala de cuervo. Ahora, cuando a los prisioneros nos estacan para la noche, se desliza hasta nosotros aprovechando las sombras y se arrodilla al lado de Lucas para enjugarle el ojo con un trozo apuñado de su *pettu* que antes ha empapado en agua fresca del manantial. Yo estoy estacado a tres pasos de distancia, al lado de otro cautivo llamado Medon; siento el pecho henchido de emoción al contemplar tal acto de piedad en este horrible sitio.

De repente un hombre aparece en la oscuridad, alza a la chica de un brusco tirón y se pone a abofetearla con violencia. La maldice y la acusa de algún delito que no alcanzamos a descifrar; la muchacha no intenta defenderse. En cuestión de segundos, la mitad de la partida de guerra se ha reunido. Los hombres chillan; Lucas, los otros y yo gritamos también. ¡La chica no ha hecho nada malo! ¡Soltadla, hijos de puta! El hombre aferra a la muchacha ante sí, por el cabello, y los hombres de la tribu braman con aprobación. El bruto se vuelve hacia nosotros, los cautivos. Un cuchillo curvo, un *khofari*, centellea en su mano. Nos lo enseña con deliberada lentitud y después pasa la hoja por la garganta de la chica con tanta fuerza y tan hondo que casi le corta la columna vertebral. Me pongo a gritar. Todos lo hacemos. El hombre tira el cadáver a sus pies; no se detiene siquiera los veinte segundos que la sangre de la pobre criatura tarda en formar un charco sobre las piedras. Se limita a dar media vuelta y se aleja a zancadas, rodeado de los hombres que no dejan de pregonar su aprobación.

—¡Dioses todopoderosos! —grita Medon—. ¿Quién es ese hombre?
¿Por qué ha hecho eso?

Ham y sus compañeros miran fijamente a la muchacha asesinada.

—Es su padre.

Las mujeres arrastran el cadáver de la chica y se pierden en la oscuridad. Ham nos dice que había violado el código *a'shaara*. El delito no era imputable a nosotros, los maces, por recibir ayuda, sino de la chica por ayudarnos. Lo repentino y monstruoso del acto nos ha dejado mudos. ¿Cómo es posible algo así? ¿Cómo puede un padre asesinar a su propia hija?

Dormir queda descartado. Nos apretujamos, temblorosos bajo los harapos que nos cubren. En algún momento durante la segunda guardia nos levantan a patadas. Todos esperamos que nos *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

100

asesinen como a la chica de cabello azabache, pero nuestros carceleros ya no se acuerdan de ella. Ham y un guerrero de más edad nos conducen a Lucas y a mí a una cresta desde la que se tiene una perspectiva de treinta millas. El resto de la partida ya está agrupada allí. Ham señala a lo lejos, hacia una línea de lumbres que parecen tan numerosas como las estrellas del cielo.

—Iskander —dice.

Es el campamento de Alejandro en la ribera sur del Jaxartes. Echo una mirada de reojo a Lucas.

¿Qué querrán ahora de nosotros nuestros captores? ¿La confirmación de que las hogueras de guardia son realmente de Alejandro? ¿Conjeturar sobre las intenciones de nuestro rey o sobre la dirección de la marcha? Pero no, los afganos no quieren nada, sólo enseñarnos la masiva congregación de nuestros compatriotas. Eso es lo que estos demonios quieren. Lo que han estado esperando.

En cuestión de minutos, el campamento se ha recogido y nos ponemos en movimiento. La partida aligera toda la noche. Sin andarse con contemplaciones, dejan de lado esposas e hijos, que se dispersan por cursos secos hacia valles pedregosos. Pasada la medianoche, veinte guerreros nuevos refuerzan la partida; por la mañana, otros dos grupos, de sesenta y noventa hombres, incrementan más aún su número. La cabeza me echa humo de querer entender qué significa la presencia de Alejandro en el

Jaxartes. Si las luces de las hogueras de guardia son reales y no una treta para engañar al enemigo en cuanto a su número, entonces nuestro rey ha reunido al grueso de su ejército a lo largo del río, incluidas las unidades del tren de asedio. Eso sólo puede significar que Espitámenes ha venido hacia el norte desde Maracanda y ha entrado en las Tierras Salvajes. De otro modo, Alejandro habría ido directamente a la ciudad para vengar la masacre del Raudal de Bendiciones, de la que sin duda ya ha sido informado a estas alturas.

A la segunda noche, las tropas que viajan con Garfio han ascendido a casi mil hombres y hay jinetes que van y vienen constantemente entre la suya y otras divisiones. Salta a la vista que se avecina una batalla. El enemigo se está agrupando para hacer frente a Alejandro. Ahora traen más prisioneros, otros supervivientes del Raudal de Bendiciones que escaparon del río para acabar atrapados en las colinas y en el desierto. Las partidas los traen en grupos desarraigados; en total suman unos treinta y tienen peor aspecto que nosotros. El oficial de mayor grado es Aeropo Neoptolomeo, un capitán de la caballería de los Compañeros. Lo conozco de oídas; fue el comandante a cuyas órdenes luchó mi hermano Elías en Kandahar. Es joven, menos de treinta años. Fue uno de los *syntrophoi* condiscípulos de Alejandro, con el que él y sus otros compañeros compartieron de preceptor al filósofo Aristóteles. Los afganos le han sacado los ojos y lo conduce otro de los prisioneros.

Nos arrian como ganado hacia un confinamiento situado casi en el centro del campamento. A pesar de su ceguera, Aeropo va al frente. Nos pregunta el nombre a todos y los memoriza; nos organiza en una unidad con un objetivo —resistencia en coordinación— y una cadena de mando. Para mi sorpresa, el enemigo lo permite.

—Van a matarlo —dice Lucas.

La noche cae; hombres de tribus siguen llegando al campamento a decenas y a centenares, abarrotándolo.

—Primero se divertirán con él poniéndolo en ridículo —añade mi amigo— y después lo harán pedazos en nuestra presencia.

Lucas se acerca a Aeropo y, con respeto, le informa de su temor.

El capitán no se sorprende. Sólo comenta que, tradicionalmente, los bárbaros se arman de valor antes de un combate maltratando a los que son más débiles.

—Esta noche me toca a mí —dice. Nos aconseja a Lucas y a mí que recemos a sean cuales sean los dioses que creamos más capaces de ayudarnos a contener el intestino—. Personalmente, mi favorito es Odio.

A medianoche llevan a Aeropo ante la asamblea presidida por Sadites, el jefe de guerra de más categoría (que sustituye a Garfio y a los otros *maliks* insignificantes), en la zona situada al pie de los riscos de basalto. La noche es tan luminosa como un mediodía. Las tropas reunidas ahora se cuentan ya por miles y siguen llegando más y más con cada hora que pasa. El campamento ocupa la base de *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

101

una montaña entera.

Aeropo sirve como sustituto de Alejandro. Su papel esta noche es el de ser arengado y tratado brutalmente. Al pie de los riscos se encuentra Sadites de pie. Un jaleo cuya causa está fuera del alcance de nuestra vista distrae su atención. Aparecen más jinetes. El frente de bárbaros se apiña en torno a Sadites y luego empieza a alejarse. El jefe se acerca a Aeropo, que espera, sujeto por dos guerreros, en el centro del raso alumbrado por antorchas.

—Dios ha decidido salvarte la vida esta noche —declara Sadites, que señala una ensillada de la montaña. Desde allí, montado en su hermoso corcel árabe y rodeado de su guardia de honor de jinetes, avanza nuestro verdugo y ahora salvador, Espitámenes.

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

102

27

Decidme, macedonios y mercenarios que habéis cruzado desiertos y mares para traer la pobreza a nuestros pueblos: ¿Qué mal le hemos hecho a vuestro rey? ¿Han pisado nuestros ejércitos dentro de sus fronteras? ¿Nos hemos llevado sus ganados? ¿Hemos atropellado a sus mujeres? ¿Es que ni siquiera a nosotros, que vivimos en la soledad de los páramos, se nos permite ignorar su gloria?

El Lobo del Desierto se dirige a nosotros, los prisioneros, pero sus palabras están dichas para que las oigan sus tropas. La multitud se apiña en la falda de la montaña y no queda ni un hueco libre. Sus vítores clamorosos interrumpen el discurso de Espitámenes una y otra vez. La muchedumbre

golpea las astas de las picas contra los escudos y martillea el suelo con el extremo de garrotes y rompecráneos.

—Vuestro señor Alejandro —sigue hablándonos Espitámenes a los cautivos—, ha derrotado a Lidia y a Siria. Egipto y Mesopotamia se inclinan ante él. Persia le pertenece. Los afganos de Bactria están en su poder. Ahora extiende sus manos insaciables hacia nuestros hatos y rebaños.

¿No es bastante ancho el mundo para contener su codicia?

Las atronadoras aclamaciones obligan de nuevo al Lobo a interrumpir su arenga. Alza los brazos para pedir silencio. Lucas y yo lo vemos con claridad. Es, en efecto, el hombre que vislumbramos en el Raudal de Bendiciones. De cerca parece mayor y más delgado. Pero, a la luz de las antorchas, sus ojos irradian el brillo de una gran inteligencia y su voz transmite fácilmente fuerza y autoridad. Se me eriza el vello de la nuca. Aquí hay un adversario. Aquí hay un enemigo que hiela la sangre.

—Macedonios, ¿es que vuestro rey no se da cuenta de que, mientras somete a los bactrianos, los sogdianos se sublevan y cuando vuelve para meter a éstos en cintura son los daas y los sacas los que se le lanzan al cuello? Todos los otros tiranos se sacian de conquistas. Sólo para el vuestro la victoria es la fuente de la que brota más avaricia. No puede ganar siempre. ¿Veis cómo se unen nuestras tribus para hacerle frente? El odio hacia él ha hermanado al lobo y al león y hace que el cuervo y el águila surquen el cielo como compañeros.

Espitámenes informa a la asamblea de que durante días Alejandro ha estado reuniendo a su ejército y preparándose para cruzar el Jaxartes. Está a punto de invadir incluso la Tierras Salvajes.

—Muy pronto, este gallito pendenciero va a descubrir hasta dónde llegan las razas de los escitas, pero nunca conseguirá alcanzarlas. Nuestra pobreza nos hará más veloces que su ejército, que carga con el botín de tantas naciones. ¿Cómo va a controlarnos? Cuando nos crea lejos, nos verá en su campamento. Cuando los ojos le digan que nos tiene delante, nos descubrirá a su espalda. Somos la nube y los fantasmas de la noche. No puede abatirnos con fuego ni inmovilizarnos con piedra, porque perseguimos y huimos con la misma rapidez. He oído que las soledades de las estepas escitas son motivo de mofa en proverbios griegos, pero nosotros preferimos lugares desiertos que ciudades y ricos campos. ¿Por qué? ¡Por la

libertad! Preferimos alimentos toscos en libertad que un festín de pasteles de miel con cadenas.

Esas palabras parecen hacer que la montaña entera levite. La ingente muchedumbre clama por nuestra sangre y la de nuestro rey.

Espitámenes va de aquí para allá bajo la luz de las antorchas. Se ha quitado el *tarbousse* y pasea con la cabeza descubierta. Tiene hebras grises en el cabello, que es espeso y le llega a los hombros. Camina con dificultad y tiene la piel cetrina. ¿Estará enfermo? Sólo la voz y los ojos parecen gozar

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

103

de una fuerza inquebrantable. Habla de la arrogancia de Alejandro al atacar a través de Jaxartes.

—Del mismo modo que hace sólo unos días nuestros guerreros masacraron al enemigo en los bajíos del Raudal de Bendiciones, así acabaremos con Alejandro y sus asesinos a sueldo cuando intenten pasar al otro lado del Jaxartes. Dios no permitirá que ese blasfemo pise nuestro sagrado suelo. ¡El río correrá rojo con la sangre del invasor derramada por la espada del Todopoderoso!

Al igual que Gancho en otras arengas, Espitámenes saca a relucir el catálogo de supuestos conquistadores a los que el valor de afganos y escitas hizo fracasar en el glorioso pasado. Que Alejandro no se confíe en su celebrada buena suerte, porque el viento que comienza en el norte, cambia de dirección y sopla del sur. El Lobo se vuelve de nuevo hacia los prisioneros para dirigirse a nosotros.

—Vuestro rey nos tiene por salvajes e ignorantes, pero hemos aprendido algo que él no sabe: la debida medida del destino del hombre bajo el cielo.

»Los grandes árboles tardan en crecer, pero caen en una hora. Hasta el león sirve de comida para los pájaros más pequeños y el óxido acaba con el hierro. Así pues, decidle a vuestro rey que aferre su suerte con fuerza, porque la fortuna es escurridiza y no se la puede retener contra su voluntad.

»Por último, si vuestro señor Alejandro es un dios, debería conferir bienes al ser humano, no despojarle de los pocos que tiene. Pero si es un hombre mortal, que recuerde qué sitio ocupa en el plan del Todopoderoso. Pues, ¿qué es realmente la locura sino recordar cosas que hacen olvidarse de uno mismo?

Dos amaneceres después, Alejandro ataca a través del Jaxartes. Nuestro grupo de cautivos, custodiado por Ham y los otros, observa desde un pico que da a la vasta planicie desarbolada. El río tiene una anchura de trescientas yardas. En la orilla más próxima se concentran treinta mil bactrianos y sogdianos, daas, sacas y masagetas. La hueste oscurece la ribera a lo largo de dos millas, aglomerada como el enjambre de un hormiguero. Ni siquiera me atrevo a mirar de reojo a Lucas. ¿Qué posibilidades tienen los nuestros de tomar una ribera hostil contra semejante horda?

Las balsas y flotadores de Alejandro se lanzan al cruce. Vemos jinetes, despachados por Espitámenes, galopar hacia las tropas de las alas derecha e izquierda, llamándolas hacia el centro. El frente del enemigo se contrae. La profundidad y densidad se concentra en ese sector de la ribera de mil yardas de lado a lado, hacia el que la flotilla de Alejandro avanza. El Lobo sitúa a sus arqueros al frente, al mismo borde del agua. Son tantas las ganas de disparar contra nuestros compañeros que algunos de ellos se meten hasta los muslos en la corriente por propia iniciativa. El enorme arco escita se usa sujetándolo con un pie contra el suelo; lanza saetas la mitad de grandes que una jabalina. Esas flechas surcan cien yardas por el aire con suficiente potencia para atravesar una armadura.

¿Cómo cruzará Alejandro el último trecho, al alcance de semejantes andanadas?

En primera fila del grupo de cautivos que contemplamos la escena desde el pico se encuentra Aeropo. Oírnos a sus compañeros que le narran lo que acontece. Pregunta si nuestras tropas hacen algún movimiento en los flancos, si el cruce del río sólo es un ardid, si nuestro rey manda caballería corriente arriba o corriente abajo para superar al enemigo y atacarlo desde los flancos y la retaguardia.

Todos los ojos se esfuerzan en divisar algo para contestar. Nada.

¿Y las embarcaciones? Aeropo maldice su ceguera. ¿Son lanchas o balsas? ¿Cuántas hay?

El ataque mace avanza en oleadas: las almadías reforzadas como reductos; las balsas —que transportan veinte, treinta, cincuenta hombres— guarecidas con protecciones laterales y manteletes en proa. La flotilla consta al menos de cinco mil embarcaciones. Cruzan en líneas tan compactas que parecen un enjambre de avispones. Se ha montado y aparejado gran cantidad de tramos de pontones flotantes que se extienden

desde la ribera ocupada por los maces hasta dos tercios del ancho del río, todo lo lejos que se podía llegar sin ponerse al alcance de los arcos escitas. Desde esas plataformas fijas, ancladas en el lecho del río, cientos de cables se extienden todo el tramo hasta la orilla de embarque. Desde el pico en el que nos encontramos apenas distinguimos esos cabos debido a la gran distancia que nos separa, pero es evidente que nuestros compañeros no impulsan las embarcaciones con remos (de otro modo veríamos la corriente desviar su curso). *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

104

Lo que hacen es remolcarlas con cabos encordados en las troclas de las plataformas de los pontones ancladas en el canal.

—Nuestros compañeros deben de ir jalando de los cables para avanzar —dice Aeropo cuando le describen la escena—. ¿Qué trecho han cruzado en la corriente?

Le contestan que la mitad. Cincuenta yardas más y estarán al alcance de los arcos escitas.

—¿Y los caballos?

Los están cruzando a nado. Van detrás de las balsas y las barcazas. La infantería ligera, con decenas de miles de soldados, nada detrás de los caballos, con los brazos y las armas apoyados en bolsas *bhoosa* de piel de cabra rellenas de paja.

—¿Y Alejandro? ¿Lo veis?

Al frente, por supuesto. Incluso desde tanta distancia distinguimos el brillo de su armadura y los destellos del casco de hierro bruñido como plata y doble penacho.

Las primeras barcazas maces han llegado a la marca de los dos tercios de la corriente; en los pontones. Los arqueros escitas empiezan a disparar al aire y los proyectiles caen al agua con un chapoteo a escasas yardas de las balsas más adelantadas. Resuenan fuertes gritos entre el enemigo y vemos a los hombres de las tribus avanzar en tropel. Millares se apiñan en la orilla y centenares se meten en la corriente en su afán de entablar la lucha con los maces que se acercan. En nuestro pico, Ham y los guardias se han adelantado. Ellos también quieren presenciar el espectáculo. Captores y prisioneros tornan posiciones codo con codo, paralizados por el drama que está a punto de convertirse en batalla campal. Veo a Ham mover la boca al tiempo que golpea rítmicamente el suelo con el pie.

—Ahora —nos dice a Lucas y a mí—, veremos a vuestro rey ahogarse en su propia sangre.

—No apuestes por ello —contesta Lucas.

La primera oleada de las barcasas de ataque macedonias se ha detenido. La segunda se acerca por detrás, seguida de una tercera y una cuarta. Unidas forman un sólido frente de mil yardas de punta a punta y setenta y cinco de fondo. A unas cien yardas, enfrente de ellas, las hordas escitas bailotean en la orilla a la par que lanzan insultos y pullas. En el pico, todo el grupo contiene la respiración.

De repente, se iza un banderín en la embarcación de Alejandro. A lo largo de la ribera ocupada por los macedonios se alza un millar de carpas cuadradas que nosotros (y el enemigo) hemos supuesto que son tiendas para el ejército. Nuestro rey hace una señal y las telas y pieles de las carpas se retiran. Debajo aparecen dotaciones y máquinas.

—¿Qué pasa? —grita Aeropo.

—¡Catapultas! —responde uno de nuestros compañeros—. ¡Proyectiles incendiarios y jabalinas!

Una andanada de mil saetas surca el aire desde la orilla macedonia. Trazos de humo tiznan el cielo. Se dibujan trayectorias luminosas de parábolas de fuego.

Todos forzamos la vista. Apenas atisbamos las máquinas al encontrarse demasiado lejos, pero no cabe error en las salvas de humo y llamas que salen disparadas desde la ribera macedonia. Recipientes incendiarios.

Nafta en llamas.

—¡Piedras y saetas! ¡Las barcasas las lanzan también!

Ahora las embarcaciones de asalto avanzan. Llevan catapultas. Cada barcaza es un reducto naval con una máquina lanzadora; el frente de una milla es una gran plataforma de artillería. Los bárbaros se han apiñado de tal forma al borde del agua que es imposible que nuestros artilleros fallen. Una segunda andanada sube en arco al cielo. Antes de que esos misiles lleguen a su destino, la artillería lanza una tercera andanada y llueve fuego sobre el adversario. El caos se desata en la orilla enemiga. Cada saeta traspasa a un guerrero o un caballo de los escitas, cada recipiente incendiario explota en medio de la masa de hombres y bestias.

Para los afganos la artillería moderna es una experiencia completamente nueva. Desde luego, para Ham lo es. Contempla la escena que se desarrolla allá abajo con los ojos desorbitados por el horror. Ese sonido que no se

parece a ningún otro —el clamor de hombres y animales dominados por el pánico— asciende con tal sonoridad que lo oímos sin dificultad a pesar de lo alejados que *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

105

estamos. Los arqueros del enemigo que estaban delante han dado media vuelta y huyen en desbandada, con lo que desatan el caos en los jinetes que estaban detrás de ellos. Se abren grandes brechas en las filas delanteras del enemigo. Vemos a las alas correr a toda prisa a derecha e izquierda y a la retaguardia darse a la fuga. En el tumulto, los jinetes arrollan a las tropas de a pie y la infantería provoca el caos en la caballería.

La primera oleada de Alejandro sigue avanzando y está a cincuenta yardas de la orilla. Oxybeles y catapultas disparan a bocajarro. ¿Dónde está Espitámenes? La situación del enemigo sólo puede designarse como pandemónium. Las oleadas de ataque macedonias se dirigen hacia la ribera a toda velocidad. Por encima de sus cabezas pasa una descarga tras otra de fuego y hierro. Las tropas que tapizaban con tanta densidad el frente enemigo de mil yardas ahora se desperdigan como humo al viento.

Los cautivos, eufóricos, gritan de alegría. Ham y sus compañeros están estupefactos. Y ahora es cuando ocurre lo más extraño. Aunque nuestros guardianes son numerosos y van armados mientras que nosotros estamos con las manos vacías, es a ellos a los que el terror deja petrificados y nosotros los que tomamos la iniciativa.

El primero en llegar a la orilla es Alejandro. De eso no nos enteraremos hasta después, pero sí

vemos una oleada de nuestros compañeros que emerge de los bajíos en tanto que el enemigo arroja a un lado escudos y armas, y huye en desorden.

En el pico, nos lanzamos sobre nuestros captores, aunque antes de que hayamos dado tres pasos, Ham y sus compañeros se dan a la fuga montaña abajo.

Al caer la noche, la planicie allá abajo está completamente vacía ya que el enemigo huye hacia el norte, a las Tierras Salvajes, perseguido por las brigadas de a caballo y a pie de Alejandro.

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

106

28

Veintiún días después, el ejército macedonio regresa al Raudal de Bendiciones, esta vez en gran número y con Alejandro al frente. Persiguiendo a Espítámenes, nuestro rey se interna cien millas en la estepa hasta que un agua en malas condiciones lo intoxica y lo obliga a interrumpir la cacería. El Lobo escapa. Con el otoño a las puertas, Alejandro regresa al campamento del Jaxartes. Los prisioneros rescatados estarnos allí, en un hospital de campaña. En un mes nos encontramos lo bastante bien para viajar. Las unidades vuelven al lugar de la masacre. La seguridad de las dos márgenes del Raudal de Bendiciones se ha consolidado hace días con las brigadas de Antígenes y Clito el Blanco, así como la caballería que Hefestión tiene a su mando. Los funcionarios del Registro de Bajas han recogido los restos que se han podido recuperar de nuestros compañeros caídos. La cifra oficial de muertos es de mil setecientos veintitrés. Se concede un día al ejército para que inspeccione el lugar a su conveniencia y para que se enteren a través de nosotros, los supervivientes, a quienes nos han mantenido aparte por orden de Alejandro para este propósito, de las atrocidades infligidas a sus compatriotas no sólo por los afganos y escitas que luchan a las órdenes de Espítámenes, sino por matronas y mocosos de Maracanda y de los pueblos del valle. Se levanta un túmulo funerario y al amanecer el ejército se concentra. Se rinden máximos honores militares a los caídos. El ejército desfila por regimientos ante el túmulo, en lo alto del cual ondean al aire los colores de los batallones sepultados.

Alejandro en persona dirige las exequias. El rito se lleva a cabo en absoluto silencio. En el intervalo en el que, normalmente, las unidades entonarían la Oda a los Caídos, el propio Alejandro enciende una única llama, de nuevo en silencio. Esta ceremonia silenciosa despierta un intenso y agudo dolor y una resolución inquebrantable.

Cuando finalmente habla el rey es para leer cinco versos, pero no del canon funerario, sino del *Prometen* de Eurípides. En esta escena que cierra la tragedia, Odiseo, en sus andanzas, llega a la roca en la que el titán yace aherrojado con cadenas adamantinas, sentenciado por Zeus. Odiseo pregunta a Prometeo si puede hacer algo para aliviar su sufrimiento. El cautivo declina con gratitud incluso un trago de agua con la que apagaría la sed. Después le brinda al viajero la sabiduría extraída de su rebelión contra el cielo.

*Hasta el confín del mundo reina
el todopoderoso Zeus. De su justicia*

*los hombres huyen, pero es en vano
porque no hay risco demasiado lejano
ni refugio demasiado remoto.*

Ésta es la sucinta oración de Alejandro, que se da media vuelta y se retira. Esa noche transcurre como ninguna otra. No se bebe y no se juega. Los hombres sólo esperan órdenes. Entienden a qué se refiere su rey con el término «justicia». Aquí, en el confín del mundo, harán que se cumpla. Cada vez que aparece un mensajero los soldados se incorporan, ansiosos por recibir la asignación de tareas.

Lucas y yo aún estamos demasiado débiles para participar, pero a pesar de todo debernos ir o *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

107

jamás podremos volver a mirar a la cara a nuestros compañeros. A la mañana siguiente se imparten órdenes. Junto a ellas llega el correo de casa. La carta es del esposo de mi hermana Eleni, Agatón, un capitán de infantería condecorado que perdió la mano derecha en Iso, en las primeras y más honorables guerras de Alejandro.

A Matías, de Agatón. Saludos.

Creo que puedo hablar contigo, ahora que has vivido ahí fuera un tiempo y sabes lo que es. Estoy sentado y contemplo a mi hijo me nor, que es hijo de tu hermana y tu sobrino, jugar al sol en el patio. ¿Sabes, querido hermano, que mi deformidad dejó una impronta tan indeleble en mi imaginación que cuando nuestro hijo nació esperaba que tuviera, como yo, un muñón en lugar de una mano? Cuando lo vi íntegro y perfecto, lloré. Gracias a este niño siento que se ha creado un mundo totalmente nuevo.

¡Vuelve a casa, hermano! ¡Conozco bien la seducción de la guerra, de la ira y del miedo!

Cuando tu período de servicio expire, no dejes que la insensatez te retenga. ¡Vuelve a casa con nosotros antes de que sea demasiado tarde!

Las lágrimas me caen en la barba enmarañada mientras leo esas líneas. ¿Volver a casa? ¿Cómo podría?

¿Estoy ciego a la locura de la venganza? ¿Es que soy incapaz de imaginar ejércitos y ejércitos extendiéndose siglos atrás en el tiempo, todos y cada uno de ellos gritando el mismo sonsonete sin sentido de desquite y venganza?

Guardo la carta de Agatón en la mochila. Allí se queda, metida debajo de la bolsa de lentejas y cebada tostada, cuando las unidades se ponen en movimiento valle abajo, impartiendo justicia divina de pueblo en pueblo, hasta que no queda nada vivo en toda la región excepto viejas y cuervos.

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

108

OceanofPDF.com

LIBRO V

OceanofPDF.com

CUARTELES DE INVIERNO

29

El ejército pasa el invierno en la ciudad de Bactra.

Alejandro ha vuelto a tomar Maracanda; el Lobo del Desierto ha huido hacia el norte, a las Tierras Salvajes. El propósito de Espitámenes sigue siendo evitar la confrontación directa con los macedonios. El enemigo se dispersa, a la espera de la llegada de la primavera. Afganistán —una vez que se cierra el paso— se convierte en seis naciones diferentes, cada una de ellas aislada de las otras. Susia y Artacoana, al oeste, quedan incomunicadas de Bamian, en el centro y a su vez separada de Frada (llamada ahora Proftasia, «Anticipación») y de Kandahar al sur por cumbres infranqueables, y de Kabul en el Paropamisos central. Desde la meseta aria, una fuerza resistente puede tomar la calzada de las caravanas hacia el sur, por el Desierto de la Muerte, y subir por los valles Helmand y Arghandab hasta Ghazni, Kapisa y Bagram, pero desde allí no hay vía por la que acceder al Panjshir, Khawak o cualquier otro paso al norte de Bactria. En la ciudad de Bactra estás aislado del sur por el Hindu Kush y del nordeste por el Cáucaso escita. Al sur del Oxo, los sogdianos tribales se dispersan hacia sus reductos. En cuanto a la estepa más allá de Jaxartes, es un lugar tan inhóspito en invierno que los propios daas, sacas y masagetas se retiran a cuarteles de clima más suave.

Lucas y yo estamos confinados en el hospital de Bactra. Lo detesto. Nadie que no haya sido soldado puede entender la necesidad imperiosa de regresar con tu unidad. Cuando Bandera, Púgil y Rojillo nos hacen una visita, nuestro tormento se redobra. Nuestros compañeros nos gastan bromas sobre «pasajes a casa». Ni el propio infierno podría hacer que aceptáramos eso.

—¿Estás chiflado? —le dice nuestro amigo Moyuelo a Lucas—. ¡Has perdido un ojo!

—Un ojo no es suficiente.

El hospital no es una tienda de campaña, sino la finca reconvertida de algún noble bactriano. En el patio tenemos camastros, fuentes y ciruelos. Nos llega el correo y la pitanza nos la traen caliente y a su hora. Aún falta bastante hasta que Lucas y yo nos recuperemos.

—No lo noté mucho cuando me pasó —comenta mi amigo—, pero después se ha desquitado. Lucas me observa a veces; y yo a él. Nos reímos cuando nos pillamos haciéndolo.

—¿Estás bien? —me pregunta. Nos volvemos a reír, pero no es algo que tenga gracia. Algunas cosas han cambiado entre nosotros dos. Antes, Lucas y yo compartíamos todos los secretos, nadie se interponía entre él y yo.

Ahora antepone a Ghilla, le cuenta cosas que no me cuenta a mí. Así

tenía que ser; me alegro por él. Los dioses saben que no puedo hacer lo mismo con Shinar. Pero hay un distanciamiento. Ahora me siento más unido a Bandera. Me preocupa Lucas. Antes nunca se *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

109

callaba las cosas, siempre las hablaba. Todavía lo hace, pero es diferente. No se trata de algo concreto. Es sólo que... No es el mismo. De una cosa estoy seguro: antes moriré que permitir que le ocurra algo malo. El astil que lo ensarte tendrá que atravesar antes mi carne. Siento lo mismo hacia otros de mi anda, incluidos los nuevos que acaban de llegar de casa y a los que ni siquiera he visto aún. Le comento esto a Bandera.

—Te estás convirtiendo en un soldado —me dice.

Lucas y yo no somos capaces de hablar de lo de Raudal de Bendiciones. Es demasiado doloroso. Sin embargo, sí lo hablo con Bandera. Allí perdí a mi grupo, mi montura y mis armas. Sólo la suerte y el heroísmo de Lucas evitaron que también perdiera la vida.

No puedo volver a poner en una posición así a maces que sirvan a mis órdenes. No permitiré que los oficiales, por buena que sea su intención, nos conduzcan a mis hombres y a mí hacia un peligro sin antes decir lo que pienso. Me plantaré, si es preciso. He enterrado a Trapos, a Pulga y a Nudillos, así como a los hermanos Tea y Tortuga. Eran unos muchachos, todos ellos, pero también eran hombres. Buenos hombres. Ahora, en una mesa debajo de los ciruelos, escribo cartas a sus padres. Es la tarea más dura que he tenido que hacer nunca.

—Hay cosas que te cambian en una guerra —explica Bandera—. Y no siempre son las que esperas que lo hagan.

Sé que para Lucas no ha sido la pérdida del ojo ni la dura prueba de la cautividad. Eso se lo ha tomado con una calma admirable. Dice que es la suma de todo. La acumulación. Hace veinticinco meses que salimos de Macedonia. Parece que sean veinticinco años.

—Un soldado se mantiene bajo control con la idea de volver a casa — afirma Bandera—. Así es como lo ha conseguido Lucas, contando los días. Ahora se da cuenta de que los días se suceden sin fin.

En el hospital he llegado a apreciar a Bandera más que nunca. Cada vez que creo que he acortado un poco la distancia con él, me doy cuenta de que aún lo tengo leguas por delante. Le cuento lo que se siente al estar a merced de los masagetas.

—Siempre pensé que una experiencia tan dura te fortalecía o hacía que tuvieras menos miedo, pero pasa todo lo contrario. Te socava porque ya sabes lo vulnerable que eres y lo mal que pueden ponerse las cosas.

Cuando recuerdo el tiempo que estuve prisionero me entran temblores. Las rodillas se me aflojan diez veces al día. Nunca he dado mucha importancia a los dioses, pero ahora empiezo a planteármelo. Un soldado no debería pensar nunca. Bandera no tiene que decirlo, porque oigo su voz dentro de mi cabeza:

—Por eso los dioses hicieron el matarratas y el nas. Bebemos. Ahora entiendo la sed. Nos pillamos una tajada. Estar embotado es bueno, te ayuda a curarte.

Aún no tengo fuerza en el brazo derecho por culpa del hombro, así que levanto la copa con la otra mano. Los cirujanos dicen que sufrí fractura de cráneo. Faltó poco para que me uniera a la mayoría hace tres meses. ¿Cuánto tardará en curarse? No lo saben. Yo sé que siento cada pisada en el suelo de tablones del pabellón de heridos. Cuando cuelgo la capa en un gancho, apunto hacia un lado y después la deslizo por encima, tanteando, porque si no, no acierto. Tengo la sensación de que mi cráneo es una cebolla que alguien hubiese dejado caer al suelo. A Lucas lo premian con un León de Bronce por las heridas recibidas. Yo recibo el segundo. A Lucas le condecoran con una Corona de Rey al valor y lo ascienden a cabo. Nuestra gratificación es la paga de un año y la condonación de todas las deudas con el ejército. No es la lluvia de dinero que parece, ya que tendremos que comprar caballos y reemplazar el equipo partiendo de cero. Las mujeres se han reunido con nosotros. Han viajado de Bactra a Maracanda y vuelta. Ghilla está preñada de Lucas de antes, a principios de verano. Se le nota debajo de la ropa. Le dice a todo el mundo que Lucas y ella se casarán. Si algún hombre de su familia se enterara de su estado no habría fuerza bajo el cielo que les impidiera rajarle la tripa. A ella no le importa. Ha dejado atrás a su tribu y sus crueles códigos. Eso es algo genial y a la vez aterrador de

presenciar. Las otras chicas han dado la espalda a Ghilla. Su rebelión las espanta. Sólo Shinar sigue siendo *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

110

amiga suya. Shinar ha encontrado empleo en la enfermería. Es un trabajo que le va. Habla el griego con fluidez y no es escrupulosa con nada. —Tu chica —me dice el jefe de cirujanos— vale para esto.

La ha trasladado de la lavandería al pabellón, con una paga de un óbolo diario, una cuarta parte de lo que cobra un soldado de infantería, una fortuna comparado con todo lo que conocía. Le ha dado ropa adecuada para el hospital y no permite que ningún hombre, sea oficial o soldado raso, la trate de forma irrespetuosa.

Shinar se supera día tras día. También ella está cambiando.

A lo largo del otoño y principios de invierno Alejandro envía divisiones a cuadrantes lejanos del país. No quiere dar tregua a Espitámenes. Además, la ciudad de Bactra no puede mantener el número de tropas que la desborda. Han llegado diecisiete mil soldados de refuerzo de Macedonia y Grecia. Personas dependientes del ejército —vivanderos, contratistas y la masa de gente en general— superan la cifra de sesenta mil. El campamento se ha convertido en la cuarta ciudad más grande del mundo, superada solamente por Babilonia, Susia y Atenas. El día en el que el ejército se dispersa a sus posiciones invernales, Alejandro convoca a la totalidad de las fuerzas y se dirige a ellas en el que quizá sea el discurso más extraordinario jamás pronunciado por un rey de Macedonia. Toma la medida sin precedente de transcribirlo y hacer que se distribuya a todas las unidades de todos los puestos del país.

Citando la masacre del Raudal de Bendiciones, no hace responsables a sus tropas ni a los comandantes subordinados, sino a sí mismo.

—Toda la culpa es mía, amigos míos. He cometido el pecado capital de un comandante: subestimar al enemigo. El Lobo del Desierto no venció a quienes cabalgaban en esa columna; me venció a mí. Por Zeus, creía que vapulearía a esos demonios en cuestión de meses. Los consideraba unos salvajes ignorantes, unos iletrados en las técnicas de la guerra moderna que no eran adversarios para nuestras fuerzas, que han derrotado al imperio más poderoso de la tierra. Me equivocaba. Es obvio que el enemigo nos entiende, mientras que nosotros no lo entendemos a él. Nos ha hecho bailar a su son. Tiene respuesta a cualquier táctica que le lanzamos. Es más astuto

que nosotros. Nos ha superado en la lucha y a mí me ha superado en la estrategia. Alejandro comunica que las unidades se entrenarán en nuevas tácticas todo el invierno. La campaña de Afganistán entra ahora en su segunda fase. Seguirán órdenes detalladas, pero de momento es suficiente con que las tropas entiendan que las operaciones habituales se han terminado. Como parte de ese nuevo programa, oficiales del servicio de inteligencia de Alejandro entrevistarán a todos los supervivientes del Raudal de Bendiciones. Han venido a hacernos preguntas a Lucas y a mí al hospital. Todo lo que podemos recordar sobre la masacre y lo que pasó posteriormente queda registrado para que nuestro rey lo examine. Damos nombres y descripciones de nuestros captores, itinerarios aproximados de sus rutas, intentos de situar los lugares de los manantiales y depósitos de abastecimiento.

El día del solsticio mi hermano Elías llega a Bactra. Su pareja, Daria, viaja con él; han tomado alojamientos junto al río, en la ciudad de Anahita, junto con otros dos oficiales de operaciones de avanzada. Paso algunas tardes con ellos, cuando Shinar está de servicio en la enfermería.

—¿Has informado a madre de este acontecimiento? —se mofa Elías de mí—. ¡No soportará

perder a otro hijo por los ardides de las mozas extranjeras!

Y estruja en un abrazo a su querida.

Elías, aunque destinado a las operaciones de avanzada, participa en reuniones informativas al más alto nivel. Lo sabe todo. Su interés respecto a mí es mantenerme lejos del peligro. Su influencia sigue echando a pique todas mis solicitudes para entrar en operaciones de reconocimiento en terreno enemigo.

—¿Qué le pasa a tu amigo? —se interesa. Tampoco aprueba que beba tanto—. Acabarás como yo si no vas con cuidado. —Eso lo dice para asustarme, pero para mí es un cumplido. Todas las tardes que me lo permiten me quedo hasta tarde con Elías y sus compañeros. Son los tipos más geniales que jamás he conocido, equiparables a Bandera y Estéfano en cuanto a valor, destreza y visión militar y superiores a ellos en gallardía y carisma. Me da que pensar el que se *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

111

tomen tan en serio al enemigo.

—Este sitio es peor que Persia —declara el compañero de Elías, Demetrio.

—Pondrá a prueba a todos los hombres —conviene Arimmas, un capitán—, pero a nuestro rey más que a ningún otro.

Los Compañeros temen que Alejandro no haya comprendido aún a lo que se enfrenta. Bajo su punto de vista, deberíamos vaciar toda la región. Deportar a la población, hombres y muchachos, como hizo Ciro en Ionia y Nabucodonosor en Palestina.

—Ninguna otra medida doblegará este país —dice Demetrio.

La pesadilla de la guerra en Afganistán es conseguir que el enemigo plante cara y luche. Alejandro cree que sólo hay una cosa que lo obligará a hacerlo y es perseguirlo con una fuerza y cerrarle el paso con otra. De ahí el segundo paso de nuestro rey: reconfigurar las unidades en divisiones autónomas. Ahora, Alejandro cede un ejército en miniatura a cada comandante de brigada, una fuerza compuesta por todos los elementos de combate: caballería e infantería ligera y pesada, artillería y tren de asedio, tropas de reconocimiento, servicio de inteligencia, servicio médico, intendencia y organización logística. De entrar en contacto con el enemigo, Tolomeo, Perdicas o Ceno ya no lo perseguirán por sí solos con la esperanza de hacerse con toda la gloria. En adelante, una división empujará al enemigo hacia otra división y después acabarán con él entre las dos. Estas medidas son innovaciones en firme. Mucho más controvertida es la tercera: la integración en las unidades de cantidades ingentes de tropas afganas. Los Compañeros creen que esto es un solemne disparate.

—Hace dos años que cabalgamos con *shikaris* afganos —dice Arimmas—. No hay ni uno solo de ellos que no estuviera dispuesto a comernos crudos si pudiera salir impune. Pero Alejandro lo ha decidido ya. De hecho, hemos empezado a ver en el campamento a los montañeses del Panjshir, a soldados de infantería de Ghazni y Bagram, jinetes sogdianos y bactrianos así como los recientemente contratados contingentes de jinetes daas, sacas y masagetas.

¿Podemos fiarnos de ellos? A nuestro rey no le importa. El razonamiento de Alejandro es que al pagar los servicios de esos bandidos se evita al menos que vayan a unirse a Espítámenes. Nuestro señor tiene el propósito de transformar el país a toda costa, civil y militarmente. Su innovación más atrevida es el sistema de *oikos* (grupos familiares). Establece por decreto «incentivos de emplazamiento». Esto significa que

soldados del ejército que en el pasado han recibido salario como individuos, de ahora en adelante recibirán paga y asignaciones como grupo familiar. En otras palabras, que tu pareja queda incluida. Un hombre recibe un extra por la mujer que lo acompaña.

Además, Alejandro dicta que a los hijos de uniones legales entre maces y esposas extranjeras se los considere ahora ciudadanos macedonios. Podrán cobrar la pensión de sus padres y su educación correrá a cargo del estado. Esto es algo sin precedentes. Es revolucionario. De un plumazo, se anulan mil años de costumbres y *nomos*.

El decreto agravia a los hombres de la vieja guardia. Por mucho que se tache de conservadores a los militares nunca se llegará a la exageración. Aborrecen los cambios; veneran lo antiguo y desprecian lo nuevo. Y se niegan a ver los matices grises; para ellos sólo hay lo bueno y lo malo. Lo que propone Alejandro con la introducción del pago por grupo familiar es una bofetada a todas las matronas decentes de Macedonia; nuestras esposas y madres que han mantenido unida la nación con su devoción y fidelidad. (Por supuesto, esos mismos maces han tomado a todas las ramera extranjeras que han tenido a mano.)

Pero los soldados se sienten amenazados por una razón mucho más personal. Perciben beneficios del sistema *oikos* como paliativo al desarraigo emocional de vivir lejos del hogar. Eso salta a la vista. El pago por grupo familiar incita a los nuevos como Lucas y yo a tomar esposa «aquí fuera». Y, lo que es peor desde el punto de vista de la vieja guardia, a que nos planteemos tener un futuro en estos países.

Lo que los viejos soldados temen más es esto: Alejandro nunca volverá a Macedonia. Nunca los llevará a casa. Es evidente que nuestro señor detesta esta guerra en Afganistán, pero no igual que las tropas. Los hombres quieren empaquetar los bártulos y regresar a su tierra, mientras que él desea

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

112

acabar aquí para seguir hacia el este.

Al final, los veteranos no pueden seguir enfadados con Alejandro. Para ellos es el sol y la luna. Se sienten dolidos por esta revolución de su comandante, pero siendo como son gente sencilla, sólo saben esforzarse más, luchar con más arrojo, demostrar que aún son indispensables. Por encima de todo, su más ardiente deseo es ganarse de nuevo su afecto. Ni

que decir tiene que Alejandro posee una afinadísima percepción para captar todo esto y sabe cómo sacarle el mejor partido posible. Ahora agrega un elemento más para causar revuelo en el país.

Dinero.

La riqueza que ha entrado a espuestas en Afganistán con el ejército de Macedonia ha alterado la economía de toda la región. En el mercado de la ciudad, una pera cuesta cinco veces más que antes. Los nativos no pueden pagar esos precios. Entretanto, ha surgido una nueva economía: la de campamento, la de puertas macedonias adentro, donde la pera sigue costando cinco veces más que antes pero al menos el mace se la puede pagar. La gente del lugar se enfrenta a la disyuntiva de perecer de hambre o de someterse a esa nueva economía, ya sea como proveedores o como sirvientes, ocupaciones ambas que le son aborrecibles al orgullo afgano. Peor aún, el sistema *oikos* tienta a sus mujeres jóvenes. Los soldados conocen todas las monedas de seducción con las que pagarse chorba, higo o chochete. Ahora cuentan con otra zanahoria nueva que agitar ante sus narices: el matrimonio. Los patriarcas nativos procuran encerrar a sus hijas, pero la atracción del campamento mace es irresistible por el dinero, la aventura, la novedad, el idilio y ahora incluso la perspectiva de conseguir un marido. Porque estos invasores no son en absoluto desagradables ni carecen de atractivo. Los regimientos maces desfilan, repletos de jóvenes capitanes y sargentos abanderados, a caballo y a pie, convertidos en aventureros con el azófar de las túnicas y el rutilante centelleo de los brazos. Las muchachas se escabullen por las ventanas a medianoche para consumir citas en brazos de sus ardorosos amantes de ojos color avellana. Cuando las delegaciones de los padres de la ciudad recurren a Alejandro esperando ayuda para refrenar ese tráfigo, dice todo lo que hay que decir y se muestra cortés, pero no hace nada al respecto. Quiere infiltrar a las chicas. Debilitar, incluso cortar, los lazos de familia, clan y tribu es su objetivo; objetivo que persigue de manera deliberada. Es su política.

En cuanto a Lucas y a mí, nuestras mujeres empiezan a actuar de un modo extraño. Ghilla, preñada, sigue los pasos a Lucas con su anadeo de oca. Y si yo salgo del hospital, Shinar me asesta miradas afiladas como dagas.

Esto también es lo que quiere Alejandro. Lo que no conseguiría oro ni hierro lo obtendrá la carne. Pondrá este país cabeza abajo y lo sacudirá hasta que claudique. Estamos en el mes afgano de saur, a finales de

invierno. Shinar ha dejado de hablarme y tampoco duerme en nuestra tienda.

—¿Qué pasa ahora?

—Nada.

Se pasa día y noche en el hospital. Lleva velo cuando trabaja o, para ser más exacto, se ata el tocado de la cabeza hasta los ojos. Lo mismo hacen Ghilla y las otras mujeres. Ninguna de ellas responde con sinceridad a mi pregunta. Acudo a Jenin, la chica que suministra a nuestra sección el matarratas y el nas. Ella señala las nuevas tropas afganas que transitan por el campamento.

—Hermanos y primos —dice.

No entiendo.

—Hermanos que reconocen a hermanas. Primos que reconocen a primas. Jenin me cuenta que había un chico en el campamento del pueblo nativo de las mujeres y que las vio y habló con ella.

—Nos dijo que mi padre y el hermano de Shinar se encuentran en la ciudad de Bactra.

—¿Quieres decir como parte del ejército de Alejandro?

—Nos degollarán si nos encuentran.

De ahí los velos. De ahí que permanezcan entre paredes.

—¿Qué podemos hacer?

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

113

—Matarlos —contesta Jenin.

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

114

30

En el último mes de invierno Lucas y yo ya estamos lo bastante recuperados para cabalgar. Nos reincorporamos a nuestra compañía, donde se entrenan nuevas unidades afganas. A la brigada de Ceno se le han asignado doscientos «voluntarios», en su mayoría daas, y algunos hombres de tribus de Ghazal y Pactia. Las órdenes de nuestro coronel Buey son capacitarlos para que operen en colaboración con fuerzas maces y solventar los problemas de la lengua, paga, mantenimiento, sustento, alojamiento, etc. etc. Y entrenarlos a ellos y a sus ponis para que combatan como nosotros.

Me gustan estos jóvenes guerreros afganos. Hago amigos. A través de ellos lanzo sondas en un intento de encontrar al hermano de Shinar, que sigo sin saber cómo se llama. Sin duda él y yo podremos hablar. ¿Cómo va a echar en cara a su hermana que se mezcle con maces cuando él ha hecho lo mismo?

Pero no consigo que estos chicos hablen. ¿Confían en mí? Sí. ¿Les caigo bien? Desde luego. El árbol genealógico afgano de tribus, clanes y *khels* se puede seguir como un directorio para encontrar a cualquiera. Pero no quieren hacerlo. Dos hermanos que conocí en Bagram —los panjshiris Kakuk y Hazar— se han alistado aquí, con la brigada de Meleagro.

Se ofrecen voluntarios para matar al hermano de Shinar por mí. Su tribu está en guerra con la de ellos; degollarlo redundará en su gloria. Se lo agradezco, pero declino su oferta.

—¿Y si pago una indemnización? —pregunto. Un precio de sangre, como por un homicidio—.

¿Volvería a aceptar a su hermana?

Kakuk contesta que la aceptaría.

—Y después la mataría —añade.

Empiezo a comprender que la mente afgana no ha cambiado un ápice en un milenio. Estos hombres de clan están más aferrados al pasado que los propios macedonios. Fuera de la ciudad de Bactra hay tres campos de entrenamiento: Medialuna, Velo de Viuda y Mango. En ellos, Buey, Estéfano y nuestros otros oficiales sitúan a las compañías de daas en un intento de enseñarles a cabalgar en cuña y a cargar flanco con flanco. Se bosqueja el ejercicio y se lleva a cabo un ensayo. Entonces se oye un toque de trompeta y los afganos, todas a una, revierten a las tácticas de horda que siempre han utilizado: galopar en círculo alrededor del enemigo mientras gritan y disparan flechas y saetas. Nuestros comandantes emplean todo tipo de incentivos para hacer que cabalguen como la caballería moderna. Se les retiene la paga. Se les restringe el rancho. Nunca había visto a Estéfano perder los estribos, pero con estos tipos le va a dar una apoplejía. El concepto de cohesión de una unidad militar les es totalmente ajeno. Luchan como guerreros individuales, cada cual buscando la gloria ante su jefe. Lo más irritante es la cachaza con la que aguantan las diatribas de los capitanes. No hay forma de sacarlos de sus casillas. No dejan de sonreír. Los que hablan griego repiten las órdenes palabra por palabra. Da igual.

Suena la trompeta y salen a todo galope otra vez espoleando a sus monturas en círculos y vociferando.

Kakuk y Hazar me explican el problema. No es que los hombres de las tribus no quieran aprender las tácticas maces. Son sus caballos. Sus caballos no les dejan. Estoy aprendiendo a interpretar la mente afgana y la forma tribal de expresar una idea. Los hermanos no quieren decir que los caballos no les dejan, sino que no les deja el corazón. A su *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

115

entender, luchar al estilo macedonio, como una unidad, no es de hombres. Carece de honor. Es propio de mujeres. Para los nómadas de la estepa el objeto de una batalla es realizar actos de valentía, destacar ante sus compañeros. Los daas tienen una frase: «besar a la muerte en la boca». Ése es su ideal del guerrero. No se puede besar a la muerte en la boca excepto como individuo. Por ello no combaten en cuñas, no cargan flanco con flanco.

Cuando hablo de todo esto con Estéfano, lo entiende. Es un momento crucial. Se deja de intentar cambiar a nuestros afganos. Las implicaciones no nos pasan inadvertidas ni al poeta ni a mí.

—¿Qué piensas hacer con el hermano de Shinar?

Mis compañeros también se ofrecen voluntarios para quitar de en medio al tipo. No es necesario derramar sangre, dice Esté-fano. Sólo hay que encontrarlo y sacarlo del campamento. De todas formas está al servicio del Lobo; lo están todos.

Yo no quiero resolverlo así. Encontraré una solución.

A lo largo del invierno me he ido sintiendo más unido a Estéfano. Está recopilando una lista con nombres de tribus, clanes y *khels* daas para el servicio de inteligencia del rey y yo le ayudo. Soy el único que chapurrea un poco su lengua.

En persa, daas significa «ladrón». Para los afganos de la ciudad de Bactra o la de Kabul, que saben citar a Zoroastro, esas tribus del norte son los despojos del mundo, pero Estéfano y yo los consideramos valientes, dignos y honorables. Los masagetas (mis captores a las órdenes del jefe de guerra Gancho) pertenecen a una cultura puramente caballista, arrogante y orgullosa que azota a sus mujeres y practica la tortura. Los daas son tan salvajes como ellos, pero no tan crueles. Habitados a la más espantosa pobreza, andan de juerga *el* día de la paga como marineros de parranda. El

dinero fluye de sus manos, son incapaces de actuar con tacañería. El concepto de préstamo no existe entre ellos. Les pides y te dan, sin que se les pase por la cabeza que se lo devuelvas. La noción del mañana está fuera de su alcance. El ahora lo es todo. Jamás he conocido a nadie que se ponga tan ciego como ellos. Y son unos borrachos alegres. El calor y el frío es lo mismo para ellos, como lo son el dolor y el placer, la penuria y la opulencia; fanfarronearán, pero no se quejarán; se vengarán, pero no guardarán rencor. Estando de guardia, un centinela daas ocupará su puesto hasta que el cielo se resquebraje o, si se le envía solo a través de un erial de cien millas, caerán reventados él y su montura antes que darse por vencido. Aunque nos odian por nuestras incursiones en suelo sagrado, cabalgarán a nuestro lado en la batalla y jamás nos traicionarán. Así es su mundo. Son leales, alegres, amables y tan corruptos que no puedes enfadarte con ellos. Para ellos, un soborno es simplemente cuestión de buenos modales, y sobornar a alguien no es más que una muestra de amistad y consideración. Podrán hacer que te sientas horrorizado o estupefacto, pero es imposible no respetarlos.

Ya me encuentro lo bastante bien como para participar de lleno en el ejercicio final del invierno. Las unidades en su totalidad toman parte; Alejandro en persona lo dirige. La simulación de combate es tan real que decenas de hombres y caballos sufren heridas y las de media docena son mortales. A nuestro compañero Dados le ha atravesado limpiamente la cubrenuca el proyectil de una catapulta. Tengo que escoltarlo en camilla hasta el hospital de Bactra.

Shinar no se encuentra en el hospital cuando llego allí. Nadie me dice adónde ha ido. Temeroso de que su hermano la haya encontrado, galopo hasta nuestro alojamiento. Tampoco está allí. La encuentro pasada la medianoche en casa de Elías, en el suelo de la cocina de Daria. Ghilla y Jenin se inclinan sobre ella. Shinar yace de costado, envuelta en una manta; está tiritando y la alfombra está empapada con su sangre.

No es porque su hermano haya dado con ella.

Ha tenido un aborto.

Jenin es la chica que realiza este servicio en nuestra sección. Comprendo lo que ha ocurrido. Estoy profundamente apenado. Por el niño nonato, por Shinar, pero sobre todo por el hecho de que mi pareja haya actuado con sigilo para que no me entere, para llevarlo a cabo cuando yo estaba ausente; y por el muro de silencio y evasivas que sé que ella y sus compañeras alzarán en el instante en el que intente ayudar.

—¿Cómo estás, Shinar? ¿Por qué hiciste esto? ¿Por qué no me lo dijiste?

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

116

Porque temía que estuviera dispuesto a rechazarla y abandonarla, me dice. Rompe a llorar. Me arrodillo a su lado.

—Shinar —me oigo decir con una voz tan rebosante de ternura que me sorprende—. Shinar. Ghilla la sostiene. Jenin presiona una compresa de lino donde persiste la hemorragia.

—Dime la verdad. ¿Estás bien?

—No —contesta.

La mente me funciona a toda velocidad. ¿Qué podría utilizar como litera? ¿Cómo llevarla al hospital? Le acaricio la frente empapada de sudor. Me vienen a la memoria otras ausencias.

—¿Habías hecho esto antes?

No responde.

Me enfrento a Ghilla y a Jenin.

Todas enmudecen. ¿Qué otros mundos pueden estar más lejanos que el mío y el de Shinar?

—No quiero que vuelvas a hacer esto. —Asesto una mirada furiosa a las otras mujeres y después miro de nuevo a la mía—. ¿Lo entiendes, Shinar? Si lo haces, te abandonaré. Ha perdido muchísima sangre. Tenemos que llevarla dónde puedan ofrecerle ayuda. ¿Por qué no ha hecho algo para no quedarse embarazada? Todas las mujeres que van con el ejército tienen medios para prevenir embarazos. ¿Y por qué iba a conservar al niño en vista de las amenazas de su clan y sus paisanos y sin la seguridad de una promesa o compromiso por mi parte? De hecho, sería todo lo contrario, porque es evidente que cree que estoy dispuesto a darle de lado.

¿Será posible que esta mujer me ame?

Desestimo tal posibilidad enseguida y no porque me parezca remota (después de todo, hace más de un año que se acuesta en mi cama), sino porque la idea tiene sentido... Y cada vez que creo que algo tiene sentido con ella, su reacción me desconcierta.

¿Y qué hay de lo que siento yo? Había creído que tenía bajo control mis sentimientos hacia ella. Sin embargo, me sorprende abrazándola con suave

delicadeza. Siento que se me humedecen los ojos y me pongo tenso para contener las lágrimas, pero Shinar lo nota.

—¿Me dejarás ahora? —pregunta.

La estrecho contra mí.

—Lo harás —añade.

—No. —De nuevo me sorprendo a mí mismo por la certidumbre con la que he respondido—. Pero tienes que hacer algo por mí.

—¿Qué?

—Tienes que dejarme que te ayude.

El hospital la admitirá. El jefe de cirujanos es su jefe; los otros médicos la conocen y la aprecian. No pueden ponerla en el pabellón con los soldados, pero la meterán en el ala de la ciudad, que es igual de buena. Los cirujanos han visto miles y miles de abortos provocados. Se lo digo a ella, aunque lo sabe muy bien. La beso. Toda resistencia desaparece de su cuerpo.

—No creo que pueda andar —dice.

—No te abandonaré, Shinar. No estoy enfadado contigo, sólo preocupado. Por ti y por esa pobre criatura... —Soy incapaz de decir «nuestra»... que hemos perdido porque otros nos odian. Se aferra a mí e intenta incorporarse.

—Ayúdame —me pide.

Steven Pressfield

La campaña afgana

117

LIBRO VI

OceanofPDF.com

LA GRAN OFENSIVA

31

¿Cómo se sabe cuando está sometida una región? Cuando en los pueblos tienen comida para ti. Durante todo el invierno, unidades de operaciones de avanzada han parlamentado con pueblos afganos situados a lo largo de las rutas hacia el norte proyectadas por el ejército a fin de hacer los arreglos para almacenar en depósitos provisiones para el avance.

Ahora, cuando llegamos allí, nadie lo ha hecho.

Nos adelantamos al grueso del ejército y entramos al pueblo; suplicamos a los ancianos del lugar que, por su propio bien, consigan algo, lo que sea, para el ejército. O eso, o que huyan. Los jóvenes del pueblo ya han salido corriendo con todo lo que tuviese algo de valor; han ido a luchar junto a Espitámenes. Sólo quedan los viejos y se niegan a abandonar sus casas. ¿Qué les pasará?

—Nada —dice Estéfano—, eso no les ha ocurrido nunca.

La región de Afganistán al sur del Oxo está surcada de montañas escabrosas de color ocre, separadas entre sí por áridos campos de barrancos polvorientos. Cada valle cuenta con decenas de fuertes antiguos —bastiones de clanes— que los nativos utilizan en sus guerras tribales. Los ingenieros maces se apoderan de ellos; los que sirven, se adaptan a las nuevas necesidades y se les asignan dotaciones. Los que no sirven, se demuelen. Nuestro grupo pasa dos días con la compañía de ingenieros en uno de los valles altos. Su capitán nos enseña cómo trabajan. Nunca me había parado a pensar en los fuertes. Nos enteramos de que uno bueno ha de tener línea visual con otros fuertes gemelos para que las otras dotaciones puedan acudir en su ayuda o viceversa. El emplazamiento del fortín debe dominar el área de forma que se divise cualquier movimiento de aproximación. El capitán nos muestra cómo trazan sus hombres parapetos enlazados —por encima y por detrás unos de otros— para que si el enemigo toma una posición más baja se encuentre vulnerable al asalto de la tormentaria y al contraataque de las tropas situadas más arriba. Es una técnica muy ingeniosa y sólo hacen falta unas pocas mulas, una plomada de alarife y una palanca. En su avance hacia el norte, nuestra columna somete las zonas por donde pasa. En este país no hay calzadas; los senderos serpentean a lo largo de *wadis* secos y

canales excavados por el viento en la piedra arenisca. Por ellos caminan refugiados que huyen hacia el sur. Pasamos junto a columnas de mujeres tapadas hasta los ojos y con sus pertenencias envueltas en fardos que cargan sobre la cabeza. Los chiquillos y los perros las siguen por el polvoriento sendero; transportan a los ancianos *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

118

en carretillas o en parihuelas que arrastran enflaquecidos asnos. El año pasado el ejército los habría rodeado y los habría vendido como esclavos. Este año ni siquiera lo intentamos. ¿Quién los compraría? Aunque los mandes a quinientas millas, el afgano regresa. O es estúpido o es testarudo.

¿Narik ta? ¿Qué más da?

Al remontar un risco frenamos los caballos y miramos atrás. Se ve salir humo de una veintena de asentamientos arrasados. Intentaremos convencer a los nativos de los próximos pueblos de que se pongan a salvo, pero tampoco harán caso. Lo ves en sus ojos.

Los ojos de Shinar son como los de esos pueblerinos. Cuando la sujetaba en el suelo de la cocina de Daria vi en ellos la misma mirada. La ves en los rostros de las matronas afganas cuando los maces las despertamos a medianoche para prender a sus hijos y sacarlos a rastras a la oscuridad; es una mirada de rabia, pero sobre todo de resignación, de sumisión a ese poder inescrutable que nosotros llamamos «necesidad» y ellos llaman «Dios». Es una mirada más propia de una bestia que de un ser humano y más propia de una piedra que de cualquiera de los dos casos anteriores. Sentir lástima por estos brutos es una locura, porque el odio que sienten hacia nosotros está enraizado en lo más hondo de su ser. Intentar remediar su condición es una arrogancia por-que, en el fondo de su corazón, si no felices en el sentido que la gente del oeste entendemos por tal, sí están al menos en armonía con su destino. ¿Quiénes somos nosotros para aleccionarlos de modo distinto?

—Ya estás pensando otra vez —dice Bandera, que trota a mi lado.

Me echo a reír.

—En tu chica ¿verdad? —Se ha enterado del aborto de Shinar. Todo el mundo lo sabe—. ¿Por qué no te casas con ella?

—Sí, menuda pareja haríamos.

—Consigue «pasaje a casa.» —Bandera se refiere a sufrir una herida que me deje lisiado—. Llévatela a Macedonia.

Trotamos a través de una cuenca de tierra reseca y compacta, tan desprovista de todo cuanto sustenta la vida que ni nosotros ni nuestros caballos nos permitimos el lujo de sentir hambre o sed.

—Se lo pedí, ¿sabes? —Hago un gesto hacia el paisaje baldío—. Prometí llevarla lejos de todo esto. Hablo en serio.

—Yo siempre lo hago —sonríe Bandera.

—No estoy de broma.

—Ni yo —responde antes de soltar una carcajada.

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

119

32

El ejército avanza hacia el norte en cinco columnas repartidas a través de doscientas ochenta millas. Los comandantes son, por un lado, Alejandro, mientras que Hefestión, Tolomeo, Perdicas, Ceno y Artabazo actúan conjuntamente. Las zonas intermedias son «territorio del lobo», territorio hostil a través del cual el enemigo se mueve con impunidad. Comandantes de brigada envían patrullas a esos desiertos. Dichas operaciones son de tres clases: sondeo, penetración y reconocimiento en grupos numerosos. La primera se puede llevar a cabo con sólo dos o tres hombres; la segunda y la tercera pueden llegar a constar de centenares. El objetivo de todas es el mismo: encontrar y rastrear al enemigo, tomar prisioneros, llevar cualquier información que permita a nuestras columnas rodear al enemigo y aproximarse a él.

Antes de la Gran Ofensiva, Alejandro convoca al ejército al completo. La fuerza se reúne en la ciudad de Bactra, al pie de la gran fortaleza de Bal Toghrib, la «Montaña de Piedra», en cuyas laderas se agrupan cien mil soldados.

—Hermanos ¿estáis cansados de esta guerra?

Se alza un rugido en las unidades.

—¡Yo sí! —grita Alejandro—. ¡Por los ríos del infierno, yo sí!

Nuestro señor compara Afganistán con un enorme suelo polvoriento. Su propósito es limpiarlo. Empezaremos aquí, donde estamos ahora, en la ciudad de Bactra, e iremos hacia el norte doblegando a todos los pueblos y campamentos —por remotos que estén— y reduciendo todas las fortificaciones a nuestro paso. En realidad, reconoce Alejandro,

someteremos al mismo país quederrotamos en la campaña del año pasado. Pero esta vez será permanente.

—Tornad buena nota vosotros, oficiales que dictaréis los despachos e informes de la situación. Hay una frase que no quiero leer nunca: focos de resistencia.

Resuena de nuevo el clamor del ejército.

—No dejaremos focos de resistencia. Al enemigo rebelde, hombre, mujer o niño, lo llevaremos delante de nosotros al norte, hacia el Oxo, y más allá del Jaxartes. A lo largo del camino encontraremos una enorme cadena de fortificaciones. Cortaremos las vías de retirada del enemigo. Allí donde se refugie, lo sacaremos a la fuerza. Haremos que todo Afganistán desde aquí hasta las Tierras Salvajes le sea hostil. No hallará un rodal de hierba donde puedan pastar sus animales ni sombra donde sus hombres puedan cobijarse del sol. Éste será nuestro trabajo en verano, amigos míos. Y cuando esté acabado, no nos retiraremos a los cuarteles de invierno. Perseguiremos al enemigo hasta sus refugios. Le daremos caza y lo mataremos. No estoy dispuesto a pasar otro invierno en este feudo del infierno. ¿Y vosotros?

Las tropas responden con un estruendoso golpeteo de astiles de lanza contra escudos.

—¡Espitámenes! Él es la cabeza de la hidra. Matadlo y la serpiente morirá. Cada acción que acometamos ha de tener este objetivo: ¡empujar al Lobo a la batalla!

Alejandro hace hincapié en un último punto: en esta campaña las columnas y unidades individuales tendrán por fuerza que dispersarse a través de cientos de millas y, por ello, no tendrán comunicación con el alto mando. Los oficiales subalternos e incluso los sargentos y cabos habrán de actuar por su cuenta.

—Actuad pues en consecuencia, soldados, y nunca os censuraré ni os reprocharé nada.

¡Encontrad al Lobo! ¡Atacadlo! ¡Empujadlo hacia nuestras columnas aliadas! Hermanos, esta noche *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

120

me comprometo a entregar su peso en oro al hombre que me traiga a Espitámenes. ¡Al Lobo vivo... o su cabeza!

Un fragoroso clamor se extiende por la llanura como el trueno en esta época. La ovación del ejército se suma a la tormenta en un desenfrenado estruendo.

Estoy sentado entre Bandera y Estéfano cuando Alejandro acaba de hablar.

—Parece fácil, ¿a que sí? —comenta el poeta.

Bandera se incorpora y se rasca las posaderas.

—Facilísimo —dice.

A la mañana siguiente las columnas parten de la ciudad de Bactra. La división del rey toma la senda que hay más a la derecha, la antigua ruta de los camellos que atraviesa las estribaciones de la Paraetacae hacia Cirópolis. Nuestra columna, comandada por Ceno, avanza en paralelo, sesenta millas al oeste. La brigada de Tolomeo va al oeste de la nuestra; a continuación, la de Perdicas y, finalmente, la de Hefestión. El ejército al completo tarda un día entero en salir de Bactra y se emplean otros cinco en que cada división llegue al eje asignado a cada una de ellas. Los huecos entre las columnas son tan vastos —en algunos puntos incluso de dos días a caballo— que las unidades de reconocimiento existentes no pueden cubrirlos todos. Se crean nuevas compañías. Nuestra sección, a las órdenes de Estéfano, pasa a convertirse en una de ellas. Son buenas noticias. Significa extras y pagas por peligrosidad, además de que nos libra de la disciplina de la columna. También es, con mucho, la misión más peligrosa que nos han encargado. No es una minucia ponerse en camino por una zona así con cinco o seis hombres, guiados por *shikaris* que casi con toda seguridad trabajan para el enemigo y si no lo hacen, están más que dispuestos a cambiar de bando sin previo aviso. Cuando se avista al adversario hay que mandar jinetes de vuelta a la columna. Los afganos lo saben y se dejan ver; entonces dan caza al mensajero solitario o a los dos que cabalgan en tándem. Si el grupo es lo bastante numeroso se enfrentan a toda la patrulla. Te rodean y cortan el paso en la dirección por la que has llegado. Al enemigo le encanta atacar cuando sale el sol o cuando se pone. En zonas de montaña, los valles e incluso las sombras pueden ocultar batallones. En las planicies, las tormentas de arena que se levantan a última hora del día proporcionan cobertura tras la que el enemigo maniobra y ataca. Los nativos aparecen a lo largo de tu trayectoria, allí por donde crees que sólo pueden llegar tus propios hombres. Saben cómo utilizar el

contraluz que te ciega, así como la tierra y la lluvia, que no dejan ver bien su número. De repente, se te han echado encima.

Tienen más trucos. Uno es atraer a un destacamento menor con señuelos para meterlo en problemas y después emboscar a una columna más numerosa que ha acudido en su ayuda. Otra treta es la caravana falsa. El enemigo pone el cebo a nuestras patrullas de una caravana lenta o un rebaño de ovejas o de caballos. Cuando la codicia se impone a la precaución, el enemigo ataca desde el escondrijo donde se oculta. Se ceba con nuestras caravanas. Cada punto clave que las tropas maces fortifican ha de tener dotación y aprovisionamiento. El tren de suministro es como un pato en el agua. En este desierto te encuentras con «reseñas», masacres sobre las que no se puede hacer nada excepto presentar el informe.

En los cuarenta y tres días que tarda la columna en llegar desde Bactra a Nautaca, nuestra sección realiza veintiuna salidas entre sondeos y penetraciones. En nueve ocasiones hacemos contacto y establecemos posiciones de bloqueo, puestos de observación, emboscadas. Pero el enemigo siempre descubre nuestras intenciones y se escabulle o hace algo que cambia las tornas. Este u oeste, nadie es capaz de localizar a Espitámenes. Uno se imagina deshabitada una región tan agreste; en realidad, este yermo sostiene una densidad de población sorprendente: nómadas, pastores, campamentos temporales y aldeas con cuatro casas. Aquí todos los cabreros son vigías y todos los conductores de caravanas son centinelas. Esté donde esté, Espitámenes sabe nuestros movimientos con días de antelación. ¿Pueden seguirle la pista nuestras fuerzas? Ni siquiera hemos visto rastro de él. El desierto es tan vasto que se traga ejércitos como el mar se traga las piedras. En semejantes condiciones, la moral se resiente. No tanto en nuestro caso de destacamentos de exploración, que podemos seguir en marcha y así mantener a raya el aburrimiento, como en el de las tropas de infantería de las columnas centrales. Su experiencia de la campaña es un noventa por

Steven Pressfield
La campaña afgana

121

cierto de tedio en el que soportan caminatas, calor, polvo, viento constante, noches gélidas y días abrasadores, y un diez por ciento de pandemónium en el que se los despierta de un profundo sueño para que se armen y formen de prisa y corriendo para después ponerse en marcha a toda velocidad

—sin pitanza, sin pegar la pestaña, sin una maldita gota de agua— por un yermo donde tienen que preparar un ataque u ocupar una posición de bloqueo, sólo para ver que la crisis pasa a ser un fiasco por llegar demasiado pronto, demasiado tarde, ser el sitio equivocado o porque el enemigo ha salido cagando leches ante sus propias narices y están demasiado cansados o muertos de sed para ir en su persecución.

La franqueza me exige citar otro factor que contribuye a la frustración y la exasperación de las tropas. Hablo de la priva y la droga. En una guerra convencional, los comandantes saben cuándo se avecina una batalla; el oficial de intendencia dispone de unos días, si no meses, para hacer acopio de bebida durante ese tiempo para aliviar la ansiedad de los hombres. En Afganistán no hay tal lujo. Aquí, el combate puede estallar en cualquier momento. El resultado es que los hombres se pillan enormes tajadas en cuanto tienen la ocasión. Nos enteramos por los nativos de que nuestros aliados afganos se ganan la vida con el nas y *juto*, una planta desértica de cuyas hojas espinosas se extrae un jugo que mantiene despierto día y noche. Esa porquería se ha puesto de moda entre los maces. Yo también la tomo. Todos la tomamos. Puedes comprar «yute» a los daas y a los sacas o recolectar la planta en el desierto tú mismo. Te hace adelgazar; las mejillas se te hunden y pierdes masa muscular, pero puedes aguantar en pie y despierto hasta cuando quieras, además de que nunca te entra hambre. En estas tierras baldías, donde un hombre tiene que cargar con cada onza de pitanza que se prepara para comer, cuesta mucho resistirse a tales ventajas.

Hace cincuenta y un días que hemos salido de Bactra cuando dos de nuestros exploradores avistan una caravana enemiga que avanza a través de los Yermos. La caravana se compone de cuarenta mulas; viajan de noche y descansan de día, escoltadas por un número igual de guerreros a caballo. Nosotros somos treinta y dos, contando los dos *shikaris* y los cuatro acemileros afganos. Estéfano decide no atacar la caravana, sino mandar de vuelta a alguien a la columna para pedir ayuda. Escoge a dos maces — nuestros compañeros Torre, llamado así por su gran estatura, y Moyuelo, por su tez de aspecto pastoso, como masa de salvado— y un guía nativo, de nombre Hakun. Sus órdenes son rastrear al enemigo sin dejarse ver mientras el grueso de nuestra patrulla continua en paralelo por el flanco opuesto de una estribación de diez millas. En ese terreno, el polvo delataría hasta a un pequeño grupo de tres o cuatro.

A la mañana siguiente, nuestra compañía sale por detrás de la estribación de diez millas. Ni rastro de Torre ni de Moyuelo. En cambio, donde debería haber aparecido la caravana del enemigo, distinguimos una extensión de tierra marcada con surcos grandes, cenicientos, en forma de equis. Las marcas hondas de pezuñas. Nuestros *shikaris* se niegan a acercarse a la zona. Estéfano envía jinetes desde todos los flancos en prevención de una emboscada, en tanto que Bandera y él espolean sus monturas y cabalgan hacia allí. Sus pesquisas no revelan nada excepto la tierra pisoteada violentamente por cascos de caballos.

Vemos varios cuervos que picotean en un manchón de tierra oscura.

Estéfano y Bandera desmontan. Descubren, enterrados de pie en el suelo, los cuerpos descabezados de Torre y Moyuelo. Del explorador Hakun no se ve ni rastro. ¿Asesinado por el enemigo? ¿O bienvenido por traicionar a los hombres a quienes se suponía tenía que proteger?

El enemigo ha enterrado vivos a nuestros compañeros, únicamente con la cabeza asomando por el suelo, tras lo cual las habían pisoteado con los caballos o las habían utilizado para algún tipo de deporte macabro a lomos de sus monturas.

—Éstos son los salvajes que nuestro rey propone contratar para que luchen a nuestro lado —dice Estéfano.

A pesar de tragedias y desgracias semejantes, la Gran Ofensiva funciona. En la calzada al sur de Nautaca, nuestra compañía se encuentra con Costas, el cronista. Hay que reconocer que el tipo tiene mérito; ha cruzado el desierto desde la ciudad de Bactra sin más ayuda que la de dos sirvientes y un *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

122

guía daas. Nos habla de batallas al este y al oeste. La columna de Hefestión ha matado a ochocientos en un enfrentamiento y Alejandro ha interceptado varias bandas importantes que intentaban escabullirse dando un rodeo por su ala oriental. Nosotros no tardaremos mucho en entrar en combate también.

A lo largo de la ruta de caravanas a Maracanda se extiende un ancho y herboso valle llamado To'shoma —los Lagos— porque eso es en lo que se convierte durante la temporada de lluvia en invierno. Allí, en el segundo mes del avance, alas de la brigada de Ceno y de Tolomeo inmovilizan unidades del enemigo y las derrotan en una gran matanza.

En la guerra del desierto la persecución lo es todo. Así es como se consigue infligir bajas al enemigo. La caza desde los Lagos dura otros dos meses. Las secciones que Estéfano tiene a su mando se reintegran al batallón que dirige Buey; ahora somos parte de una unidad de línea. Nuestra misión es perseguir al enemigo vaya donde vaya.

—Volved con vidas cobradas o no volváis —nos dice Buey.

Se desata una horrible competición entre compañías de un mismo batallón. Antes que volver con las manos vacías metemos en el saco al primer infeliz que vemos. Cualquier pueblo que ayuda al enemigo se arrasa. No hacemos prisioneros. Todos los hombres que prendemos mueren. Empujamos a una banda hacia las montañas y la persecución no cesa hasta que no queda un alma viva. Nada nos detiene. Se da caza a contingentes de fugitivos durante cientos de millas a través de la estepa.

El instrumento de la guerra contra-guerrilla es la masacre. Su objetivo es imponer el terror, convertirte en objeto de un pavor tal que el enemigo tema enfrentarse a ti. Esta práctica ha funcionado para el ejército de Macedonia a través de toda Asia. Aquí no surte efecto. El afgano es tan orgulloso, tan hecho a las privaciones y tan amante de la libertad que prefiere morir antes que capitular. Cuanto más terror aplicamos, más férrea se hace su determinación. Sus mujeres y sus hijos son incluso peores. Nos odian a muerte. A pesar de la cantidad de sangre derramada en suelo afgano, no hemos conseguido quebrantar la voluntad del enemigo ni segregar a unas tribus de otras, sino que, por el contrario, hemos alentado en su pecho una fiera e inquebrantable resistencia que los ha unido contra nosotros en un frente de un millar de tribus, clanes y *khels* antaño antagonistas y enfrentadas entre sí.

Cuando las persecuciones de los Lagos acaban, nuestra compañía se encuentra en un estado que va más allá del agotamiento. Bajo los gorros del desierto, tenemos el pelo tan enmarañado con polvo, grasa y sudor que ni siquiera podemos rasurarlo con navaja. Las uñas de manos y pies están destrozadas. No podemos despegarnos las ropas del cuerpo y tenemos que cortarlas. De todas formas habríamos tenido que tirarlas. Apestamos. Estamos tan sucios que ni el agua de los ríos nos puede limpiar.

Nuestros caballos son sacos de huesos y pellejo. Igual que nosotros. No podemos comer. Se nos ha olvidado cómo dormir. Hemos vivido con nas y yute durante tanto tiempo que ahora somos incapaces de retener en el estómago ni siquiera un nabo. Cuando conseguimos vino, nos pasa como

agua. Hablar se ha convertido en algo superfluo. ¿Quién lo necesita? Bandera sabe lo que estoy pensando. Vamos a galope y echo una ojeada a Lucas, a cien pies de distancia en la estepa. Lo sabe. Hasta nuestros caballos lo saben.

Hemos guardado las cenizas de Torre y Moyuelo. Una noche, en lo alto de una eminencia al norte de los Lagos, encontramos un sitio apropiado. Las urnas son nuestros morrales de cuero. No las sepultamos en túmulos que el enemigo husmearía y profanaría, sino cubiertas con piedras marcadas por debajo con nuestros nombres y la unidad. Entonamos la Oda a los Caídos. Estéfano ha compuesto estos versos:

A la caza de haz

los chicos necesitan su nas.

*Sin jabón, droga ni ilusión; sin chochete ni pitanza,
alcanzamos lo inalcanzable, sustentados por la fe
en lo increíble.*

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

123

Lucas ha estado anotando cosas en un cuaderno. No le cuenta a nadie lo que escribe. Por fin esta noche rompe ese mutismo. Lo titula *Cartas que nunca mandé a casa*. Ahí anota lo que hacemos cada día. No es una misiva. Sólo una relación.

—Cuando salimos de Macedonia —dice Lucas—, lo único que hacíamos era caminar. Nada más. No nos parecía gran cosa. Lo recuerdas, ¿verdad?

»Ahora nos levantamos por la mañana y matamos a gente. Matamos durante todo el día y al siguiente, matamos más. Ésa es nuestra vida. Para nosotros es algo tan corriente que ni siquiera lo pensamos.

Enumera de un tirón las persecuciones que hemos hecho en los últimos dos días. Algunos empiezan ya a decirle que lo deje. No hace caso.

—¿Cómo sabes si has llegado demasiado lejos? Cuando escribes cartas a casa. Intenta contarles lo que has estado haciendo. No puedes. Ni siquiera a tu viejo, que es un veterano condecorado. No lo entendería. Uses las palabras que uses, no lo entendería. Así que escribes esa absurda prosa que dice menos que nada.

Estallan risotadas desganas. Lucas ni siquiera sonríe.

—Miras el rostro de tus compañeros, jóvenes de veinte años que parece que tienen cincuenta, y sabes que tú también tienes ese aspecto. Pero no tienes cincuenta años. Tienes veinte. Tienes veinte y cincuenta. Cosas que creías que jamás harías, las has hecho, y nunca podrás contárselas a nadie...

—Déjalo ya, Lucas. —Dados lanza un puñado de guijarros.

—...nunca se lo contarías a nadie excepto a tus compañeros. Sólo que a ellos no tienes que contarles nada. Lo saben. Te conocen. Mejor de lo que un hombre conoce a su esposa, mejor de lo que se conoce a sí mismo. Están vinculados a ti y tú a ellos, como los lobos de una manada. No eres tú y ellos. Eres ellos. La unidad es indivisible. Uno muere y todos mueren. ¿Mente individual? Ya no existe tal cosa. Ya somos incapaces de pensar de forma independiente o de pensar cualquier cosa que no sea cuándo es la próxima pitanza, cuándo podrás pegar la pestaña, cuándo la próxima orden de aligerar. ¿Dónde está el enemigo? Un día lo perseguimos por las montañas, al día siguiente, por la estepa. Eso es todo lo que sabemos. Eso es todo lo que hacemos. Esto es todo... Todo y más que suficiente. Hasta yo le digo a Lucas que se calle. Mi amigo alza la vista.

—¿Por qué ningún cronista escribe sobre esto? Estéfano, tú eres un tipo intelectual, un literato.

¿Por qué no pones en estrofas algo de esto?

Nuestro líder se incorpora y mira al círculo formado por sus hombres sentados. Le dice a Lucas que su perorata se ha alargado demasiado.

—Estás cansado, amigo mío.

Los ojos de Lucas relucen a la luz de la hoguera.

—No tienes ni idea de lo cansado que estoy —contesta.

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

124

33

El ejército llega a Maracanda el veintiocho de desio, en pleno verano. Me está esperando una carta de mi hermano Filipo, desde Bactra.

Elías ha muerto.

Su amante, Daria, lo ha envenenado. Lo sé, yo tampoco puedo creerlo. La sorprendieron metiendo acónito en las raciones de otros en el hospital. Al parecer ha estado administrando pequeñas dosis a Elías durante todo el invierno. Tengo sus cenizas. Se las enviaré a madre a casa. No quiero dejarlo aquí.

Me quedo mudo de asombro al leer esto. ¡No puede ser verdad! Examino minuciosamente la carta para comprobar que es la letra de Filipo. ¿Cómo va a haber muerto Elías? ¡Se encontraba bien!

¡Hace sólo noventa días que nos vimos!

Perdóname, hermano, por darte esta triste noticia por correo, pero debías saberlo cuanto antes. La reglamentación del ejército permite a un soldado escoltar los restos de su hermano de vuelta a casa. Tienes que hacer esto, Matías. He iniciado los trámites a través del cuartel general de la ciudad de Bactra. Estoy seguro de que la autorización se dará sin tardanza.

¿A casa? Al instante sé que tal cosa está descartada. No puedo dejar a Lucas, Bandera y Estéfano. No puedo abandonar a mis compañeros.

Tengo que sentarme. La carta la ha traído un correo montado, junto con las de todos los demás, desde el campamento junto al Raudal de Bendiciones. Se la paso a Bandera, que la lee en silencio y se la pasa al siguiente. Todos la leen.

Mis compañeros están tan impresionados como yo. No sólo por la muerte de Elías (era el favorito de todos), sino por la forma. De repente la guerra parece más imposible de ganar que nunca.

Un informe oral trae peores noticias. Hay una razón de que nuestras patrullas no hayan topado con Espitámenes en todo el verano. El Lobo del Desierto ha estado cabalgando por nuestra retaguardia. Cruzó el Oxo hace dos meses, hacia el sur, con seis mil jinetes daas, sacas y masagetas a pesar de la exhaustiva cobertura que hemos hecho por la región. Ha capturado Bani Mis y los dos complejos de envío de mercancías de la región de Bactra que se construyeron el pasado invierno. Más masacres. El general Crátero está defendiendo Afganistán central con cuatro brigadas; ha perseguido al Lobo, pero lo ha perdido, como siempre, en la estepa al norte del país. Respondo a Filipo enseguida para declinar, con respeto, su oferta. Elías...

¿Debo hablar de mi hermano en pasado? ¿Tengo que decir «era»?

Elías era el favorito de madre; ¿cómo soportará su pérdida? ¿Cómo lo tomará nuestra hermana Eleni? ¿Les hablará Filipo de Daria?

Los diez días siguientes pasan como si fuesen cien. El dolor me asalta. Llevo mucho tiempo esquivándolo. Desde padre. Tolo. Trapos. Pulga. Nudillos. Tea y Tortuga, Torre y Moyuelo. Y ahora, Elías.

Me llega todo de golpe.

Vi a mi hermano por última vez justo antes de emprender la Gran Ofensiva. Se encontraba en la *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

125

enfermería de oficiales de la ciudad de Bactra. Una herida en el pie que no había sufrido en combate, sino al pisar un clavo de camino a las letrinas. A él le parecía cosa de chiste. Los cirujanos le hicieron sangrar la herida para evitar el tétanos. Funcionó. Lo visité en dos ocasiones y lo encontré con buen ánimo. Pasé seis semanas en el campo de entrenamiento y cuando vuelvo me encuentro con que han trasladado a Elías del hospital a una casa privada. Voy directamente hacia allí...

Al entrar veo que tiene la pierna derecha en alto. Le han amputado el pie. El muñón empieza a doce pulgadas de la rodilla.

—¡No pongas esa cara, hermano! —dice Elías alegremente—. He conseguido lo que todo soldado sueña: ¡el pasaje a casa!

Daria está con él. Duerme en una pellica al lado de su cama. Hablamos de todo excepto lo que tenemos delante. Cada vez que miro a mi hermano, se me humedecen los ojos.

—¿Quieres hacer el favor de controlarte, Matías? ¡Llorar no es marcial!

Daria trae pasteles de sésamo y *chai*. Ver la ternura con la que cuida de Elías hace que me escuezan los ojos.

Mi hermano me da consejos. Quiere que salga de la compañía de línea. Dice que el ejército se lo debe, que puede conseguirme un puesto en el cuartel general. Discutimos. Le aseguro que estoy en un grupo de primera, que entre mis compañeros estoy más seguro que en mi propia cama en casa.

—Esto no es ningún juego, Matías...

Le aseguro que sé muy bien que no lo es.

—Ni venceremos al enemigo, como hemos hecho con todos los demás.

Mi hermano ha perdido su primer amor: el ejército. El dolor le proporciona una especie de lucidez.

—Escúchame, Matías. Voy a decirte cómo hay que luchar en esta guerra. Harás lo que te diga, porque soy tu superior y te lo mando.

Me hace que se lo prometa. Sus ojos, del color del hierro, retienen los míos igual que hace mi madre.

—No sientas compasión por el enemigo. Lo que te diga, será mentira. Teme a sus mujeres más que a los hombres y sé más implacable al actuar contra ellas. Te dirán que tomes prisioneros para venderlos como esclavos.

No lo hagas. Mátales. Ése es el único modo de que puedas salir vivo de aquí.

Mi hermano me observa con gesto grave.

—Te conozco, Matías. Cuanto más conozcas este país, más empatía sentirás por el enemigo. Admirarás sus cualidades en la lucha y respetarás su amor por la libertad. Lo verás como un ser humano, en nada distinto a los montañeses de nuestro país y, en consecuencia, merecedor de respeto.

»Olvida todo eso. Por legítimos que puedan ser tales sentimientos, si te entregas a ellos te traerán dolor. Estamos aquí y tenemos que ganar. Cuanto antes se lo hagamos entender al enemigo, mejor será para nosotros y para ellos.

»Y ahora, presta mucha atención porque lo que voy a decirte a continuación es lo más importante de todo.

»Hacemos mal estando aquí. Ellos son mejores hombres que nosotros y su causa, que es la libertad, es legítima. Nunca te digas otra cosa, porque si lo haces, te volverás loco. Combate al enemigo como si lucharas contra el mismísimo infierno. No busques honor en ninguna parte, porque no lo encontrarás. Consigue un pasaje a casa si puedes. Y si no, mata hasta el último enemigo.

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

126

34

Llegan dos paquetes de Shinar mientras estoy en Maracanda. No sabe escribir, así que me manda cosas. Confituras, abalorios, un poni tallado en cuerno de órix. La emoción que siento al recibir estas cajitas de regalos me sorprende. He inscrito a Shinar en mi *oikos* y recibe la mitad de mi paga. En el segundo paquete hay una nota garabateada en cuero zurrado, con la rúbrica de un escriba del mercado.

Voy a Maracanda. El hijo de Ghilla ha nacido. Los soldados mataron a Daria por tu hermano. Te llevo la paga. Si encuentras otra mujer, ya me las arreglaré.

Así que Lucas es padre. Ghilla no ha mandado aún ninguna carta, pero él se alegra de la noticia, le llegue por el medio que le llegue. Asamos un ganso para celebrarlo.

—¿Sabes? Aún le sigo escribiendo a mi prometida —confiesa—. Soy un miserable canalla. Su prometida es mi prima Teli, un cielo de chica que

lo adora.

—Perdóname, Matías. Sigo esperando que me maten. Así no tendría que darle la mala noticia. Es un miserable por esa omisión, pero aun así nos reímos. Todos estamos esperando que nos maten.

Lucas reconoce que es feliz con Ghilla. El hecho lo deja asombrado.

—¿Quién lo habría imaginado? Pero mírala. Es preciosa, me cuida con cariño. Puedo hablar las cosas con ella, porque las entiende. No tengo que fingir que el mundo es distinto ni que yo soy un hombre mejor. Sin embargo, se queda a mi lado. ¿Por qué? ¿Alguna de las chicas de casa haría lo mismo?

«¿Nos envenenarían?», me pregunto para mis adentros, pero me muerdo la lengua y no digo nada en voz alta.

—Esta mujer —continúa Lucas con sinceridad—, no pide nada para sí misma y sin embargo está

dispuesta a morir a mi lado. Sólo por estar conmigo pone en peligro su vida, no sólo por su familia y su tribu, sino también por desconocidos. Y aun así, continua a mi lado. —Sacude la cabeza y luego me promete que escribirá a Teli para confesarlo todo.

—¿Volverás algún día a casa, Lucas? —pregunta Dados. El salón de nuestra celebración son las ruinas de una granja.

—Estoy en casa —contesta mi amigo.

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

127

35

Maracanda es la principal ciudad de Sogdiana. Es el mismo lugar desde el que Alejandro ha salido en persecución del Lobo dos veces y el mismo que él, Espitámenes, ha capturado otras tantas. El mismo que nuestra columna de merces estaba liberando cuando el Lobo y sus escitas y sogdianos nos hicieron picadillo.

Aun así es un sitio bonito. Una estribación de la cordillera Ocre sobresale por el oeste, no lo bastante alta para detener las nubes y traer lluvias, pero posee una cualidad escabrosa, casi escultural, que hace resaltar la ciudad como una joya. Cuando te aproximas desde el sur tienes la impresión de estar entrando, si no en un reino encantado, sí al menos en un oasis civilizado y agradable. La ciudad tiene incorporados dos arrabales, Ban Agar y Balimiotores, que se alzan a orillas del río, media milla más

abajo de la ciudad alta. Ban Agar es el mercado de caballos, en tanto que Balimiotores, a la que las tropas conocen como Pequeña Maracanda, es el barrio de chabolas. La ciudad alta está situada en la cima de una escarpa irregular cuyos accesos se han construido y fortificado a lo largo de los siglos. No sería tarea fácil asaltar el lugar. El distrito alberga el palacio del gobernador con residencias reales que erigieron los persas y un enclave semejante a un parque en el que se mantiene un ambiente sorprendentemente fresco incluso bajo el abrasador sol afgano. Alejandro y su séquito han ocupado ese espacio. El ejército se extiende por la planicie, así como a lo largo de ambas orillas del sinuoso río de color fangoso cuya anchura en verano varía de cien yardas a un cuarto de milla. Un perro pequeño podría cruzarlo al trote sin mojarse el trasero. Huelga decir que no se puede beber esa agua.

¿Por qué estamos aquí sino para la reagrupación a mitad de verano como prescriben las órdenes operativas? El lugar no tiene capacidad para sustentarnos; ni siquiera podría asimilar una fuerza que tuviera una cuarta parte de nuestro tamaño. Pero las unidades tienen que entrar a resguardo del viento. Los hombres necesitan veinte días para quitarse la arena del desierto y emborracharse como cubas; y las monturas tienen que echar al buche algo más que grama y espina de camello. El bagaje pesado puede llegar ahora por el Oxo. Y también nuestra paga.

Caravanas de mulas cargadas con oro suben hacia la zona segura que las cinco columnas han despejado en su avance hacia el norte. Al menos esto sí se ha conseguido. La frustración es que ninguna unidad de las fuerzas de Alejandro —ni todas en su conjunto— ha sido capaz de obligar a la fuerza enemiga a un enfrentamiento con el grueso de los efectivos. Lo único que hemos conseguido ha sido empujar a las tribus hacia el norte. Eso es, hasta cierto punto, progresar. Pero como Espitámenes ha demostrado que puede pasar grandes formaciones a nuestra retaguardia sin ser detectadas para atacar impunemente y a placer, la sensación en el campamento de Maracanda, de punta a punta, es de vejación, exasperación e incluso de alarma ante la posibilidad de que la tan cacareada Gran Ofensiva no haya servido absolutamente para nada.

El consumo de bebida, que nunca ha sido moderado entre los maces en el campo de batalla, aquí

ha alcanzado cotas épicas. El rey convoca consejo en lo alto de la ciudadela. Todos los arrebatos y choques producto de la embriaguez

consiguen abrirse paso hasta las tropas que están abajo. Alejandro arremete contra sus oficiales. La unidad de operaciones de avanzada se lleva la peor parte en las críticas. ¿Dónde está Espítámenes? ¿Cómo ha logrado pasar entre las columnas? El rey dice que el objetivo de esta ofensiva hacia el norte es quitar la iniciativa al enemigo. En cambio, el Lobo *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

128

la ha aprovechado y nos la ha arrojado a la cara.

No es el estilo de nuestro rey culpar a otros. Siempre se hace responsable de lo que pasa y los hombres lo quieren por eso. Pero ahora la frustración lo reconcome.

—Este sitio también está haciendo mella en él —dice Bandera.

Hay otra china que se le clava a Alejandro en el talón. Se trata de Clito el Negro, ex comandante del escuadrón de caballería de Compañeros del Rey y que ahora comparte con Hefestión el mando de todas las brigadas montadas de élite de Alejandro. Clito tiene cincuenta y tres años y es de la vieja guardia hasta la médula. Se ha incorporado tarde al teatro de operaciones afgano (en respuesta a la llamada de Alejandro, que lo nombrará gobernador de Bactria), tras pasar un año hospitalizado a mil cien millas al este de Ecbatana. Allí, la guerra todavía tiene «carácter persa», lo que significa una guerra convencional, del tipo que un soldado de la vieja guardia puede entender. Allí, el ejército está compuesto por griegos y macedonios en su totalidad. Clito no está preparado para el desfile de mestizaje que compone las divisiones de caballería en Kandahar, Bactra y, ahora, Maracanda. Ve persas y medos en posiciones de poder. Formaciones de caballería, antaño todas capas escarlatas macedonias, con llamativos mantos de pieles de leopardo de Hircania y los estandartes serpentinos de Siria y Capadocia. Alejandro ha empezado a integrar soldados bactrianos y sogdianos —los mismos afganos contra los que combatimos— y lo que es peor, a entender de Clito, salvajes daas, sacas y masagetas, también nuestros enemigos, y con unas pagas superiores incluso a las de nuestros compatriotas de las guarniciones en Grecia.

En su juventud, Clito sirvió como paje a las órdenes del rey Filipo. Tuvo el honor de llevar en brazos al infante Alejandro a su baño de imposición de nombre. Fue el brazo derecho de Clito el que salvó la vida de Alejandro en la batalla del río Gránico.

Clito no se muerde la lengua. Detesta lo que ve y lo dice para que lo oiga el ejército. Para que lo oiga Alejandro.

Los que estéis familiarizados con la historia, sabréis de la borrachera de medianoche en la que Clito insultó a nuestro soberano y que los compañeros del embriagado ofensor lo sacaron a la fuerza de la tienda del banquete, pero que regresó por segunda vez para agraviar, con más saña aún, a su señor diciendo que era un príncipe de tres al cuarto y un miserable que no habría logrado nada sin comandantes como él mismo y otros — Parmenión, Filotas, Antípatro, Antígono el Tuerto— a quienes él, Alejandro, se había quitado de en medio sin más motivo que satisfacer su vanidad. Habréis oído que Alejandro, perdida la paciencia ante tales insultos, aferró la pica de un asistente y la clavó en el vientre de su antagonista; entonces, estremecido de horror por el homicidio cometido por su propia mano, se arrojó sobre el cadáver de Clito, primero para suplicar al cielo que lo volviera a la vida, y después para intentar poner fin a la suya con la misma lanza manchada de sangre. También sabréis que Hefestión, Tolomeo y otros amigos del rey lo redujeron y lo llevaron, tras muchos forcejeos, hasta sus aposentos, en los que se encerró sin querer comer ni beber durante tres días, hasta que amigos y asistentes, desesperados por el estado del ejército al quedar privado de su presencia y liderazgo, consiguieron por fin convencerlo de que saliera de su retiro. No es mi propósito al hablar de esto exculpar el acto de Alejandro (¿quién está facultado para exonerar un asesinato?) ni para atenuar la parte de culpa de Clito en su muerte. Sólo comento el efecto que tuvo en el ejército.

Voy a hablar claro. Ni a un solo hombre del cuerpo le importaba un bledo Clito. Tuvo el fin que merecía. Se buscó lo que le pasó.

Cuando Alejandro sale por fin de sus aposentos, parece un fantasma de sí mismo. No les habla a los hombres ni permite que otro lo haga en su nombre. Ofrece sacrificios. Inhuma los restos de Clito con honor. Se ejercita.

Eso es suficiente. Sargentos, incluso coroneles, lloran. Los hombres se arrodillan y dan las gracias.

¡El rey vive!

¡Estamos a su amparo!

Maracanda, nuestro jardín y oasis, se nos hace odiosa de golpe. Estamos impacientes por marcharnos de aquí. ¿Hacia dónde ha huido el Lobo? Encontrarlo. Matarlo. El ejército ha de volver *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

129

a ser lo que era.

Mas, ¿puede hacerlo?

—Es este país —dice Bandera—. Este país dejado de la mano de los dioses. *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

130

OceanofPDF.com

LIBRO VII

OceanofPDF.com

TERRITORIO DEL LOBO

36

El sur del Jaxartes, donde los picos del Cáucaso escita vuelven a ascender de la planicie del río, se encuentran tres inexpugnables fortalezas naturales llamadas Tora Giraya, las Barbas Negras. Cada una de ellas es una montaña en sí misma. Todas tienen cumbres anchurosas como llanos, manantiales que fluyen todo el año y vertientes imposibles de escalar. Entre esos bastiones es donde, según nuestros espías, se ha refugiado Espitámenes. Tiene con él siete mil jinetes bactrianos y sogdianos con todos sus bienes y sus mujeres.

Alejandro llama a la operación Trueno de Verano. La dirige personalmente y ha hecho llamar de sus destacamentos a las brigadas de Tolomeo, Poliperconte y Ceno, así como la mitad del tren de asedio a las órdenes del sustituto de Crátero, Bias Arimas. Esta fuerza combinada supera los veinte mil hombres. Nos informan de que todo depende de la rapidez. Hemos de llegar a las Barbas Negras antes de que el Lobo tenga tiempo de escapar o de preparar una trampa. Entre las unidades que avanzan deprisa hacia el norte desde la ciudad de Bactra están los Escudos Plateados, la infantería pesada de élite de la Guardia Real de Alejandro. Con ellos, acompañando a su escolta de caballería, cabalga mi hermano Filipo. Me encuentra en el campamento levantado junto al Pequeño Politimeto, un chorrillo de agua alcalina entre chaparrales y tarayes, a medio camino entre Maracanda y las Barbas Negras. No había vuelto a ver a Filipo desde los quince años.

—Tengo que decirte que estoy muy enfadado contigo —comenta tras nuestro emocionado abrazo inicial.

Filipo es catorce años mayor que yo. En la capa de Compañero de caballería luce el águila de plata de un teniente coronel. Es más alto aún de lo que recordaba. Me intimida y me sorprende llamándolo «señor»; tampoco su actitud me anima a que deje de hacerlo. Filipo está enfadado conmigo por eludir su petición de que escoltara las cenizas de Elías a casa. Su enfado no tiene nada que ver con Elías; el objetivo es protegerme, sacarme de Afganistán. Cuando repito lo mismo que dije en mi carta, que

no puedo abandonar a mis compañeros, Filippo suelta un gemido de frustración.

Me doy cuenta de que me quiere y noto el escozor de las lágrimas en los ojos.

—Perdóname, Filippo, pero el propio Elías habría eludido esa tarea. Por primera vez mi hermano sonríe. Me fijo en que tiene la barba canosa. El cabello, antaño negro como ala de cuervo, ahora tiene el color del hierro. Por su modo de caminar deduzco que se le han anquilosado las articulaciones de ambas rodillas (tal vez por heridas o por caídas, algo

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

131

bastante habitual entre los jinetes). Le he comprado vino como regalo y también un pato que llevo en un saco. Filippo me trae el fajín del regimiento de Elías, de lana teñida de negro y canela. Me cuenta cómo murió Elías y lo que le pasó a Daria.

—Estando bajo custodia, esa mujer intentó acabar consigo misma tomando algo de veneno que había conseguido pasar sin que los guardias lo detectaran. Los cirujanos le lavaron el estómago para que se la pudiera ajusticiar como era debido. Fue la primera mujer afgana llevada a juicio ante un tribunal militar. No se defendió y se negó a hacer ningún tipo de declaración. La crucificaron. Mi hermano también ha conocido a Shinar.

—Me vino a ver a mi alojamiento, en Bactra. Pensé que era una pastora, pero cuando abrió la boca y empezó a hablar en un buen griego, casi me caigo de culo. Entonces me enseñó sus documentos *oikos* con ni nombre en ellos. —Se ríe—. Me dije para mis adentros: «Mi hermanito pequeño se ha hecho mayor.»

Gracias a la intercesión de Filippo, Shinar (y Ghilla y el bebé de Lucas) obtuvo los documentos para trasladarse hasta Maracanda. Llegarán con el bagaje, probablemente dentro de diez días. Demasiado tarde para mí; para entonces estaré cien millas más al este, Barbas Negras arriba.

—¿Cuánto tiempo te queda del período de alistamiento?

—¿Por qué? —pregunto después de decírselo.

—Lo anularemos. Te quiero fuera de peligro. —Habla en serio; puede mover hilos—. ¿Qué te hace seguir en este agujero del infierno? —me pregunta—. ¿El deber? ¿Amor patriota? Ahórrame cualquier frase sobre el honor macedonio, por favor. ¿Dinero? A ver si lo acierto: debes al ejército

más dinero ahora de lo que has ganado en todo el tiempo que llevas alistado. —Me mira con exasperación—. No te entiendo, Matías. ¿Es que te propones malgastar tu vida?

Le pregunto por qué es eso tan importante para él.

—No estoy dispuesto a perder a otro hermano —contesta.

Tenemos que irnos de la vía pública; estamos dando un espectáculo. A lo largo de la ribera hay un declive donde los arrieros deshacen el retorcido de las cuerdas nuevas; en centenares de yardas sólo hay cuerdas húmedas extendidas al sol.

—Filipo —empiezo cuando llegamos abajo—, sabes que no puedo abandonar a mis amigos cuando todavía hay que combatir. Mi hermano me mira con una expresión de infinito cansancio.

—Déjame decirte algo que quizá no sepas. Esta guerra acabará muy pronto. A pesar de las frustraciones, el plan de Alejandro está dando sus frutos. Las nuevas fortalezas han cortado a Espitámenes los accesos al norte; la devastación de pueblos que hemos llevado a cabo lo ha dejado sin suministros; contratar los servicios de tropas nativas ha secado su fuente de alistamientos. Oxiartes y los otros señores de la guerra, cualquiera excepto el propio Lobo, ven que se acerca el final. Todos han enviado compromisos en secreto a Alejandro. En este momento se están llevando a cabo acuerdos. Puede que tengamos paz en otoño. Y permíteme que te desengañe de otra fantasía que quizá esté alimentando tus esperanzas de tener un futuro en el ejército: las riquezas de la India. He estado allí. En la India sólo hay lluvias monzónicas, serpientes venenosas y faquires medio desnudos.

Me dice que vuelva a casa, que si cumplo todo el período de alistamiento acabaré lisiado o muerto.

—Me enteré de lo que pasó con tu novia Dánae. Eres libre. ¿Qué te detiene? Coge a tu chica afgana y trabaja la tierra de padre.

—Es tu tierra, Filipo.

De nuevo me lanza una mirada de exasperación. A nuestro lado pasan dos carreteros que revisan cuerdas; esperamos hasta que se han alejado lo suficiente para no oírlos. Mi hermano se yergue.

—Perdóname, Matías. Cuando oí tu voz, tan parecida a la de... Es incapaz de pronunciar el nombre de Elías.

—...y luego verte como un soldado. —El largo cabello de Filipo le cae sobre el rostro; se lo retira con los dedos tostados por el sol—. Sólo eres un niño.

Y empieza a llorar.

Caminamos junto al río. El sol se está poniendo y el cielo adquiere la tonalidad de las perlas. *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

132

—¿Sabes? —dice Filipo—. Elías y yo solíamos hablar de ti. Más de lo que te imaginas. —Sonríe a causa de algún recuerdo—. Nuestras vidas no significaban gran cosa, pero la tuya nos parecía increíblemente preciosa. Quizá porque eras un bebé.

Mi hermano se inclina y recoge un puñado de cantos rodados, de los que se tiran al agua para hacerlos saltar por la superficie.

—Dicen que un hombre se hace viejo cuando tiene más amigos que moran bajo tierra que sobre ella —murmura.

—¿Es eso lo que sientes, Filipo?

No me responde. Se limita a pasarme la mitad de los cantos y empezamos a lanzarlos dando brincos sobre el río.

—No acabes igual que Elías y yo.

Mi hermano se da media vuelta y dirige la vista más allá del agua oscura.

—Ser un soldado no es una vocación de nobles ideales —dice—. Quien actúa como una bestia, es una bestia.

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

133

37

La columna se pone en marcha al día siguiente apretando el paso para ganar las Barbas Negras. Filipo cabalga al frente, con los Escudos Plateados.

Permitid que haga un inciso para referirme al estado de ánimo del ejército en cuanto a las repercusiones de la debacle de Clito y dejar muy claro, si puedo, mediante el siguiente incidente —

de escasa importancia pero extremadamente significativo—, que el amor de las unidades por su rey no ha menguado un ápice.

Encabezando las brigadas de Tolomeo y Poliperconte alrededor de la ensillada occidental de la cordillera escita, Alejandro se topó con sus propias divisiones —comandadas por Ceno— y la parte del tren de asedio procedentes de Maracanda. La columna había viajado a buen ritmo durante

dos días, pero cuando remontaba un paso llamado An Ghojar —«el Barbero»— el tercer día por la mañana, tuvo que detenerse. Un torrente desbordado con el deshielo de finales de verano había inundado la mitad del valle. Dio la casualidad de que llegué a caballo para entregar unos despachos justo cuando la columna se paraba poco a poco.

La torrentera por la que caía en cascada la estruendosa avenida de agua era más ancha de orilla a orilla que el alcance del disparo de una flecha. Allí donde el salto de agua se precipitaba contra las piedras que había en el centro del cauce, cada una de ellas tan grande como una casa de dos pisos, el impacto arrojaba al aire surtidores de espuma embarrada a cincuenta pies de altura. El fragor era tan ensordecedor que los soldados, aun encontrándose en la ladera centenares de pies más arriba, sólo conseguían hacerse oír si gritaban al oído a su compañero. ¿Cómo cruzar? La alternativa —volver por donde habíamos llegado— nos retrasaría días y perderíamos todas las ventajas que nos daba el avance rápido y por sorpresa en el que Alejandro había puesto tanto empeño. Cualquier otro comandante sin la grandeza de nuestro rey habría optado por esta opción. E incluso Alejandro, parado ante el torrente, pareció planteárselo. Sin embargo, su mera presencia puso en movimiento a las divisiones.

Sin esperar órdenes, los ingenieros de combate empezaron el reconocimiento del terreno vertiente arriba en busca de lugares donde podría iniciarse un derrumbe de rocas. Aparejando tiros de mulas y usando grandes maderos como palancas, los zapadores y los topos consiguieron desencajar varias rocas de gran tamaño que aguantaban en un precario equilibrio. La mitad de la ladera se desplomó, justo en el río. La avalancha no detuvo la corriente, pero al menos aproximó las orillas. Desde lo alto de un promontorio recién formado, los arqueros dispararon montones de cuerdas finas por encima del agua de las que por fin, tras muchos esfuerzos, dos de las gazas de las puntas se engancharon y ciñeron firmemente alrededor de afloramientos rocosos en la orilla opuesta. Dos jóvenes y atléticos voluntarios se desnudaron para pesar lo menos posible y empezaron a cruzar la corriente a pulso por esos filamentos, que vistos a la escala de la escena parecían finos como hilos. Para entonces los soldados se apiñaban como espectadores en los juegos de Olimpia. Los jóvenes se mecían peligrosamente por encima del torrente (incluso resbalaron en un par de ocasiones) mientras las emociones de sus compatriotas se alternaban entre el elogio eufórico y la incertidumbre insoportable. Alejandro había

prometido un talento de oro al hombre que pisara primero la otra orilla y un talento de plata al segundo. Cuando el ganador hizo pie por fin y se volvió al tiempo que alzaba los brazos en un gesto de triunfo, el clamor se oyó incluso sobre *el Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

134

ruido de la catarata. Se pasaron al otro lado sogas más fuertes. A media tarde se había construido un puente de cuerdas y al amanecer del día siguiente lo sustituía otro de madera lo bastante resistente para que las mulas de carga cruzaran engatusándolas con artimañas y mamparas laterales que impedían ver el vacío que había debajo. Eso era lo que la mera presencia de Alejandro conseguía.

El resultado fue que dos de nuestras cuatro columnas aparecieron en la retaguardia del enemigo antes incluso de lo que el Lobo había previsto. La división de Ceno atacó la peor defendida de las Barbas Negras y empujó a sus ocupantes a buscar refugio en las otras dos. La Barba número dos estaba separada por una profunda falla del único punto en el que se podían instalar suficientes elementos de asedio. Sin embargo, bajo la dirección de Alejandro, soldados trabajando en turnos consiguieron arrojar a la sima tal tonelaje de piedras y carretadas de tierra y arbustos que al amanecer del cuarto día se había rellenado el espacio intermedio lo suficiente para tender una tosca pasarela por encima de su espinazo. Para entonces, los ingenieros, ayudados por cientos de carpinteros y mecánicos sacados de las tropas para realizar esta labor, habían ensamblado una torre de asedio rodante de setenta pies de altura, protegida por manteletes reforzados con cuero, y montado un sistema de trocla y cables con el que se la podría remolcar a través del hueco y empujarla contra la cara del risco.

Que el Lobo consiguiera poner a salvo a sus fuerzas, incluso a las mujeres y las carretas, debe considerarse una hazaña de brillantez táctica que iguala a cualquier otra realizada en esta campaña. Aprovechando la oscuridad para ocultar su retirada, así como las lumbres de guardia que chiquillos y jóvenes mantuvieron encendidas durante toda la noche con el propósito de ofrecer la apariencia rutinaria de un campamento en alerta, la huida se llevó a cabo por senderos secundarios desconocidos a los sitiadores.

Aun así, el enemigo ha recibido una tremenda derrota moral. Nuestro amigo cronista, Costas, lo evaluó en este informe que, según me contaron,

tardó menos de tres meses en llegar a Atenas por Sidón y Damasco:

Las tropas tribales del enemigo no pueden comprender la conveniencia de la retirada táctica fraguada aquí por su comandante Espitámenes de manera tan brillante. Para ellos es un ashan, o

«fugitivo», un término deshonroso. ¿Quién es el enemigo? Lo hay de centenares de tipos distintos. Un soldado sogdiano, un pastor, un salvaje, un tendero. Ha luchado a las órdenes de Darío, instruido por oficiales persas; es un chiquillo armado con una honda y una piedra. En la lista de reclutamiento del Lobo hay matones y bandidos, patriotas que luchan por la gloria y oportunistas que lo hacen sólo por el oro. El enemigo es alguien a cuyo hijo han matado; cuyo pueblo han incendiado; a cuya hermana han violado. Se alista al llegar la primavera y desaparece en el otoño. A veces hay hermanos que sirven en relevos y emplean el poni y las armas que posee la familia por turnos. ¿Es esto una debilidad en un ejército? No del modo en que lo maneja Espitámenes. Porque lo que todos tienen en común es el odio por el invasor. El nativo no va a ir a ninguna parte, pero nosotros sí, y lo sabe. El afgano no lucha como nosotros ni por lo mismo que nosotros. Vive para distinguirse como campeón individual. Por naturaleza es asaltante, inquieto, ambicioso, constantemente deseoso de emociones y de la oportunidad de saquear los bactrianos y los sogdianos, y sobre todo sus aliados, los salvajes daas, sacas y masagetas, no son soldados como lo entienden griegos y macedonios, es decir, hombres disciplinados y dotados de paciencia, orden y cohesión. Son más como niños: impacientes, apasionados, rápidos en aburrirse. Espitámenes, que los conoce mejor que ellos mismos, sabe que debe poner en marcha enseguida un ataque contra su némesis —Alejandro— que lo redima o de lo contrario perderá parte de la fe que sus impetuosos y saqueadores partidarios han puesto en él.

El verano acaba con más victorias maces, nada decisivo pero que en conjunto reducen la libertad de maniobra del Lobo. La división de Hefestión ha construido y guarnecido, corno poco, cuarenta y siete fuertes y reductos que forman una cadena al sur del Jaxartes. Muchos de ellos son poco más que una docena de merces encaramados en lo alto de unas rocas, pero todos están comunicados por mensajeros, con almenaras y con señales de humo. Dondequiera que Espitámenes asome la cabeza, uno de esos puestos avanzados dará la alarma.

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

Entretanto, casi se ha terminado una nueva ciudad fortificada: el bastión de Alejandría del Jaxartes. Empalizadas y fosos ya están preparados; la fuerza armada estará en su puesto en otoño. Oxiartes y los otros señores de la guerra afganos se han retirado al sur para pasar el invierno en fortalezas del Cáucaso escita, inaccesible tras las primeras nevadas. Alejandro coge a sus brigadas de élite, junto con las de Perdicas, Tolomeo y Poliperconte, y establece una base en Nautaca. Desde allí puede acudir rápidamente en ayuda de Crátero, al sur, o en nuestra ayuda, al norte. Ése es su plan.

La iniciativa ha pasado a ser de los macedonios. Alejandro encomienda a nuestra brigada que haga salir a Espitámenes de sus refugios del otro lado del Jaxartes. Refuerza las tropas de Ceno poniendo bajo su mando a Meleagro y su regimiento de infantería ligera, respaldados con cuatrocientos Compañeros de caballería a las órdenes de Alcetas Arrideo; y a todos los jinetes armados con jabalinas de Hircania; y los aliados bactrianos y sogdianos que se han incorporado a la brigada de Amintas Nicolao (al que se ha nombrado gobernador de Bactria, puesto que habría sido para Clito el Negro). Alejandro da instrucciones a Ceno de acosar sin tregua a Espitámenes.

—Sacad al Lobo de su guarida —son las órdenes de nuestro rey, que se reparten en bandos por todo el campamento de Maracanda—. Y yo acabaré con él en campo abierto.

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

136

38

En esta operación me encuentro con el hermano de Shinar por primera vez. Ocurre así: La brigada ha avanzado hacia el norte, a Alejandría del Jaxartes, y prepara el cruce a las Tierras Salvajes para acosar a Espitámenes. Varios días antes, sin embargo, el enemigo ha llevado a cabo un ataque a los pontones que cruzaban sobre el río de orilla a orilla. El asalto se lanzó desde corriente arriba y utilizaron almadías incendiadas y troncos embreados; así consiguieron cortar los dos puentes. Los ingenieros maces están inmersos en una carrera contra el invierno para acabar la construcción de la ciudad fortificada. Cruzar depende de nosotros; tenemos que reconstruir los puentes.

Se recluta en cuadrillas de trabajo hasta el último milico disponible del campamento, incluidas tres compañías de irregulares del sur de Afganistán que da la casualidad de que están allí, a la espera de la orden de reunirse con la brigada de Tolomeo en el sur. Sólo que los afganos se niegan a trabajar. A su modo de ver, ésa es una tarea de mujeres. No lo harán.

Los afganos están a las órdenes de capitanes macedonios, pero han de pasar esas órdenes a través de los *maliks* que están por debajo de ellos y que son a los únicos que obedecen realmente esas tropas. Podéis imaginar la poca paciencia con la que nuestro comandante Ceno se toma esa práctica. Convoca a los dos jefes afganos y cuando de nuevo desafían sus órdenes los hace encadenar. Se reúne a la brigada para que presencie el castigo. No cabe duda de que Ceno se propone flagelar a esos tipos, si no hasta morir, entonces a un paso de ello.

La catástrofe se evita en el último instante con la intervención de Agatocles, el capitán del servicio de inteligencia que nos interrogó a Lucas y a mí después de nuestro cautiverio. O tal vez todo el espectáculo se ha puesto en escena para los afganos. Sea corno sea, termina con un consejo tribal, o *jurga*, para el que se pide la asistencia de un mace que sepa hablar el dialecto sureño. Ése soy yo.

Lo aprendí de Shinar.

Mi homólogo afgano en la deliberación me dice que sabe quién soy, que él es primo de Shinar y que su primo —el hermano de Shinar— también sirve en esta compañía. En la urgencia de los acontecimientos apenas presto atención a sus palabras. Tienen que pasar unos días, cuando la reparación del puente casi ha terminado, para que se me ocurra la idea de que ésta es una oportunidad que debo aprovechar para sentarme con el hermano a hacer las paces. Uno no puede entrar así como así en un campamento afgano. Te matarían si lo hicieras. Antes tienes que enviar tu *dashar* (una especie de tarjeta de visita) para anunciar tu presencia y pedir permiso para entrar escoltado por alguien.

Me acompañan Bandera y Lucas. El día es luminoso y hace un frío que te cala hasta los huesos. Todos vamos armados hasta los dientes. Dados, Púgil y otros tres compañeros nos respaldan desde el perímetro.

El hermano nos recibe en un campo de tréboles invernales. Lo acompañan el primo que conocí

en la reunión y otro primo más. Todos van tapados hasta los ojos y llevan un destripador y una lanza de hierro que han aprendido a utilizar

gracias a nosotros. Desde los márgenes del campo, una docena de afganos armados vigila la reunión.

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

137

El hermano no es en absoluto como me había imaginado. Joven, unos cuantos años mayor que Shinar, pero tiene unos ojos glaciales como los de un viejo. Viste totalmente de negro. Aunque la capa *khetal* está raída, el cinturón y el correa en bandolera están tachonados de salivajos plateados, trofeos que indican los enemigos muertos. Le digo mi nombre y le tiendo la mano. Los afganos no comparten nuestra admiración europea por un apretón firme, sino que te tocan la mano como si creyeran que tienes algo contagioso. Los asiáticos tampoco creen en mirar a los ojos directamente ni en hablar francamente y en tono enérgico. Mascullan y miran hacia otro lado. Tampoco se presentan, así que el hermano no dice cómo se llama.

Noto que Bandera se pone tenso a mi lado; detesta a estos cabrones. Lucas, al que tengo al otro lado, capta todo en un vistazo y lo asimila con una receptividad fácil, abierta. La entrevista acaba tan pronto como empieza. Salta a la vista que el hermano no quiere tener nada que ver con esto. No deja de echar ojeadas a la comisión de ancianos que observa el encuentro y cuya presencia, obviamente, lo obliga en contra de su voluntad a mantener esta reunión. Le digo que Shinar se encuentra bien y que espero devolvérsela a él y a su familia. Hace una mueca como si acabara de clavarle un pincho en las tripas.

—¿Es que no entiendes que no deseo esta obligación? —inquire en un dari perfecto.

—¿Te refieres a ocuparte de ella? —pregunto a mi vez, porque no pillo lo que ha querido decir.

—Deberías haberla matado.

Habla en serio. Me viene a la cabeza nuestro antiguo guía, Elihu. Por lo visto, según el punto de vista afgano, mi delito no es haberme acostado con Shinar ni haberla dejado preñada ni haberla llevado a vivir entre extranjeros. Lo que nunca se me perdonará es haber hecho algo — preservarle la vida en la trocha de la montaña— que, según el código *nangwali*, sólo tendrían que haber hecho sus parientes.

Que los primos me odian se lee claramente en sus ojos.

Lo del hermano es diferente. Su expresión parece... la de un condenado.

—¿Crees acaso, macedonio, que quiero causarle daño a mi hermana? —dice—. Tengo veintidós años y soy responsable de cuarenta y una personas, la mayoría de las cuales son mujeres y niños. —

Al parecer se refiere a su familia directa, cuya protección debe de haber recaído en él por la muerte de sus mayores u otras calamidades—. He tenido que ponerme al servicio de la causa de mi enemigo para poder llenar el estómago de aquellos a quienes he de proporcionar alimento. Para mi sorpresa, me doy cuenta de que respeto a este tipo. Estudio su semblante de rasgos delicados y expresión inteligente.

—La sangre que se derramará por este asunto —continúa—, es obra tuya, no mía. Porque, aunque tú y tus compatriotas nos llamáis bárbaros, sois vosotros los salvajes, educados de mala manera... y ciegos a todo concepto de orgullo y honor. Tendrías que haberla matado —repite, mientras gira sobre sus talones. En un momento ha cruzado a largas zancadas los tréboles marchitos.

—¿A qué ha venido todo eso? —pregunta Bandera, que se vuelve hacia Lucas y hacia mí. Los primos siguen allí. Sus posturas irradian odio.

—¿Cómo se llama vuestro primo? —pregunto.

El mayor de los dos se encara conmigo.

—Baz.

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

138

39

La división de Ceno cruza el Jaxartes al tiempo que las Pléyades se ponen por la mañana, el primer día de invierno. Hace frío. El aire arrastra polvo de nieve a través de la estepa helada. Nuestras órdenes, como ya he dicho, son acosar a Espitámenes. La sensación es de que el momento cumbre se aproxima.

Se ha avistado al Lobo ochenta millas al este de la frontera, cerca de un pueblo que se llama Gabas. Es un puesto avanzado de comercio que frecuentan hombres de las tribus de los masagetes. Se congregan allí en primavera antes de cabalgar hacia el sur. ¿Se propone Espitámenes hacerlos salir en invierno?

Ciertamente, algo se trama. Costas, el cronista, viaja con nosotros. También nos acompaña Agatocles, el capitán del servicio de inteligencia.

—Por Hades —dice Bandera—, todos los ratones han salido de sus madrigueras. Las patrullas parten hacia el norte y el este por el páramo. Nuestra compañía se divide en tres para hacer un barrido lo más amplio posible. Hay muchas partidas de exploradores enviadas por otros grupos. Día tras día descubrimos señales del paso de numerosos caballos, no desplegados, como suelen cabalgar los jinetes de las tribus, sino en columna para ocultar cuántos son. El invierno ha irrumpido con gran crudeza. Acabamos de acampar junto a un arroyo helado cuando un correo llega a galope con órdenes de Ceno para que nuestra patrulla parta y lo siga a toda velocidad. Al oeste de la región que hemos estado rastreando se encuentra una planicie azotada por vendavales a la que llaman Tol

Nelan, «la Nada». Allí, un grupo explorador de otra de las compañías de nuestra división se ha topado con un campamento de varios centenares de enemigos que viajan sin carretas ni mujeres. La patrulla se ha puesto a cubierto sin ser detectada y ha enviado mensajeros de vuelta a la columna pidiendo ayuda. Nuestra sección se encuentra entre las unidades enviadas como refuerzo. Cabalgamos durante un día y una noche; en el camino nos encontramos con otra patrulla a la que se ha emplazado y dos compañías de infantería montada enviadas por Ceno. Exploradores de la patrulla original nos salen al encuentro a diez millas del lugar y nos conducen hacia allí dando un amplio rodeo. Ocuparnos posiciones encubiertas.

Nuestra fuerza consiste en tres patrullas —unos sesenta hombres— y las dos compañías enviadas de la columna. Ceno las ha reforzado con artillería: dos trabucos (pedreros) y media batería de catapultas de saetas ligeras, del tipo que se puede desmontar y transportar una en dos mulas. Nuestro comandante es Leandro Arimas, el capitán de los Compañeros al que han mandado con las dos compañías. Costas el cronista ha llegado con él, así como Agatocles. Al parecer esperan tener espectáculo. Leandro ordena instalar un campamento base junto al cauce de un río helado, a dos millas del campamento enemigo y luego divide nuestras fuerzas en unidades de ataque y fuerzas de bloqueo.

Para variar, el plan funciona. Dos horas antes del amanecer, nuestras compañías sitúan en posición dos alas de treinta caballos cada una en el flanco del campamento enemigo que da a la estepa. Lucas y yo cabalgamos con el ala del sur. La tropa se deja ver con las primeras luces del día, como si saliera del pálido sol. Al mismo tiempo, una compañía de infantería, que se había situado *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

139

en posición por la noche en las elevaciones adyacentes, se lanza al ataque sobre el campamento. El enemigo huye hacia el cauce helado del río. Los caballos cargan con dos e incluso con tres fugitivos. Cuando llegan al lecho del río, la artillería macedonia abre fuego. Un trabuco puede lanzar una piedra de diez libras a doscientas yardas; cuesta abajo, a trescientas. Cuando los proyectiles hacen impacto entre las rocas y los fragmentos de hielo del río congelado, el pánico se apodera del enemigo. Nuestro capitán Leandro cae al alcanzarlo una de nuestras piedras. La lucha es intensa y violenta. Cuando acaba, se han apresado sesenta ponis y cuarenta hombres. Y un extra inesperado.

Derdas, el hijo de catorce años de Espitámenes.

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

140

40

Estalla una refriega por ese trofeo. Nuestros daas pelean entre ellos como gatos de granero (reconocen a Derdas de cuando luchaban junto a su padre) al creer que por la cabeza del chico se conseguirá un montón de oro. Estéfano y los otros oficiales maces ordenan que se separe al muchacho de los demás. Entretanto, a pesar de los desesperados esfuerzos por salvarlo, el capitán Leandro muere desangrado. Otros tres maces han recibido heridas fatales y otra docena ha sufrido lesiones graves a manos del enemigo en su feroz defensa. El chico observa todo con ojos fríos e inteligentes.

El hijo de Espitámenes viste al estilo masageta, con botas y pantalones abombados, larga capa *khetal* y gorro con orejeras. Nada lo distingue de sus compañeros menos ilustres, salvo una daga con mango de ónice que dos daas han sacado de entre la ropa interior del chico cuando se les desarmó a él y a los otros. Se organiza una gresca por la propiedad de ese trofeo. En la confusión, un puñado de enemigos escapa a caballo antes de que los nuestros hayan tenido tiempo de tender un cordón alrededor del lugar de captura.

Estos fugados regresarán volando hasta Espitámenes, cuyas fuerzas pueden encontrarse tan cerca como al otro lado de la próxima cadena de colinas. Está donde esté, el Lobo no ahorrará latigazos a su montura en su afán por vengarse de nosotros... Y rescatar a su hijo. Estéfano y dos

tenientes se esfuerzan por imponer el orden. Se convoca un consejo. Como cabos, Lucas y yo tomamos parte en él. Estéfano dice que la mezcolanza del grupo enemigo —daas y masagetas con una fuerza principal de bactrianos y sogdianos— sólo puede significar que el enemigo se está reuniendo.

—Cuando estos cabrones se dispersan se disuelven en bandas tribales. Sólo cabalgan en grupo cuando se congregan.

Lucas y yo confirmamos esto. Lo vimos con nuestros propios ojos cuando estuvimos cautivos. Costas respalda la suposición de Estéfano.

—Los oficiales entrenados por persas —dice, refiriéndose a Espitámenes— se hacen acompañar por sus hijos cuando creen que van a entablar una lucha a muerte. El joven debe estar cerca para presenciar el heroísmo de su padre en la victoria o para proteger sus restos de la profanación en la derrota.

En otras palabras, que se está preparando algo gordo.

Hay que mandar un jinete de vuelta a la columna. Estalla una riña por esto. Agatocles, el oficial del servicio de inteligencia, reclama la custodia del hijo de Espitámenes. Sea cual sea el significado de la presencia del chico, hay que entregarlo de inmediato, primero a Ceno y después a Alejandro. El muchacho representa una ficha importante en el juego de la guerra y la paz. Agatocles entregará

personalmente al valioso cautivo. Ordena a Estéfano que destaque una escolta. Estéfano se niega.

Agatocles, dice el poeta, caerá en poder del enemigo en cuestión de horas yendo solo por la estepa con unos pocos hombres.

—Debe quedarse con el grueso de la fuerza, señor.

Los dos tenientes delegan en Estéfano, a pesar de tener más rango que él, en favor de su *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

141

experiencia en la guerra y su fama como soldado. El poeta ordena que la columna se organice, que se ate a los prisioneros y que se atienda a los heridos. Nos pondremos en marcha todos juntos tan pronto como sea posible.

Agatocles insiste en emprender camino de inmediato con el hijo de Espitámenes. Dice que el tiempo es esencial, exige un guía y ocho hombres con caballos rápidos. Estéfano se ríe en su cara. Ni que decir tiene que

nuestro comandante desprecia *el* motivo secreto del oficial de inteligencia: reclamar para sí la gloria de esta captura.

—No voy a discutir más, sargento mayor —dice Agatocles.

—Ni yo —responde Estéfano. No piensa correr el riesgo de perder un prisionero tan valioso ni a cualquier mace enviado a la estepa para protegerlo a él.

—Iré yo —dice Costas al tiempo que se adelanta.

La conversación se interrumpe bruscamente. Bandera señala hacia el Yermo.

—Ahí fuera se derrama sangre, cronista, no tinta.

Hay que reconocer en favor de Costas que no se raja. —Entonces, escribiré mi historia con ella.

—Si te niegas a darme hombres, poeta, entonces ven tú. —A Agatocles se le ha agotado la paciencia—. Protégeme. ¿O es que no tienes lo que hay que tener?

Pocas veces he visto a Estéfano perder los estribos, pero ahora Agatocles lo consigue. Bandera y Lucas tienen que intervenir y contener a Estéfano.

Agatocles ordena que traigan caballos. Su ayudante escoge hombres para la escolta; entre ellos hay varios daas, de quienes no hay que fiarse nunca; a los maces que se adelantan se los puede llamar, con generosidad, oportunistas. Echo una ojeada a Lucas. Hay que hacer algo.

—Voy con ellos —anuncio.

Mi amigo me cierra el paso.

—Ya fuiste cuando lo de Tolo.

Se refiere a que es tu turno de arriesgar el cuello sin una buena razón para hacerlo.

—¡No va a ir nadie! —grita Estéfano, que cierra el paso a todos.

Pero Agatocles ya ha montado. Su rango es de capitán y Estéfano sólo es un sargento mayor. Los otros jinetes traen al valioso cautivo. Lucas recoge su equipo y sus armas; monta; Agatocles le repite a Estéfano que recuerde cuál es su sitio.

Sujeto las riendas de la montura de Lucas. En la bizaza le guardo mi capa larga de lana y una bolsa con *khisar* y lentejas. Me estrecha la mano.

—Me pase lo que me pase, hermano, cuenta la verdad —me pide.

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

A pesar de azuzar a animales y prisioneros, tardamos seis días en reunirnos con la columna principal. Ésta se encuentra en Gabas, el campamento de comercio en la frontera entre Sogdiana y las Tierras Salvajes. Alcanzamos el tren de asalto; las unidades de combate ya han partido hacia el norte. Un explorador nos cuenta que los hombres del Lobo se están reuniendo al otro lado de la frontera.

—Parece que esta vez va en serio.

Nadie a visto a Lucas, Costas y Agatocles. La captura del hijo de Espitámenes es una novedad para ellos. No saben nada del tema.

Dejamos a los prisioneros y reanudamos la marcha hacia el norte por la calzada militar o lo que se ha convertido en tal. Caravanas de cientos de mulas acarrean raciones y el equipo pesado.

¿Cuánta ventaja nos lleva Ceno? Nadie lo sabe. ¿Dónde está Espitámenes? Los pringados de retaguardia nos miran con gesto inexpresivo.

Nuestros animales están tan hechos polvo que no aguantan el ritmo. Necesitan un día de descanso. Acampamos junto al lento tren de suministros en un aguazal congelado en medio de la nada. El vendaval aúlla. Arrancamos terrones para levantar un cortaviento. Al clavar la pica en la turba, desentierro un cráneo. Bandera saca el fragmento de una pelvis. Estamos en un túmulo, un antiguo montículo de enterramientos. Los soldados son supersticiosos.

—No pienso pegar la pestaña aquí —dice Dados.

Nos acostamos en el campamento de los acemileros. Desayunamos vino y pienso, ambas cosas heladas. Las compartimos con un escuadrón de lanceros peonios —los exploradores de élite de Alejandro— que han cabalgado tres días sin descanso desde Nautaca.

—¿Dónde está el rey?

—Viene deprisa, amigos. ¡Y se trae hasta al último recluta!

Los lanceros devoran las gachas y después espolean a sus monturas y parten hacia el norte dejando atrás la columna de suministros.

Por la tarde, pasa la caballería mercenaria de Alejandro. Se rumorea que su escuadrón de Compañeros del Rey —y él mismo— ya ha pasado por Gabas tras las huellas de la caravana oriental. Nos han adelantado. Avanzamos a paso de tortuga. El tren de suministro lleva mucho forraje

seco, pero los sargentos no nos permiten usarlo. Cada bala de heno está destinada para una unidad de línea. No tenemos nada que darles a nuestros ponis. La estepa es una anchurosa extensión gris y helada; la hierba, paja tiesa y congelada. Las heces de nuestros caballos salen a borbollones, como sopa. Seguirnos sin saber nada de Lucas. Le doy vueltas en la cabeza a las posibles explicaciones.

—Ya estás pensando otra vez —me dice Bandera.

Su razonamiento es que entre semejante multitud hay pocas probabilidades de recibir noticias de un hombre. Además, es casi seguro que Lucas habrá superado las dificultades.

—Son héroes, él y ese capitán. Fue su informe lo que puso en marcha todo este espectáculo. Quiero creerlo. Tiene sentido; la coincidencia de ambos sucesos encaja a la perfección. *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

143

Probablemente Lucas estará ahora mismo acampado con unidades de avanzada. Estará con Ceno y Alejandro, disfrutando de la gloria.

Seguimos adelante. Se produce un deshielo y la estepa se convierte en un tremedal. Las mulas cargadas se hunden casi hasta los corvejones; montones de carretas se quedan atascadas. Allí por donde pasa la columna da la impresión de ser un campo roturado por bueyes. Todo es tan deprimente que hasta la muerte parece una fiesta; mejor que dormir otra noche en este lodazal de aguas sucias.

Llueve durante todo el día, el décimo y el undécimo. Nuestros caballos parecen esqueletos y nosotros, fantasmas. Entonces, al duodécimo, la temperatura cae en picado. El cielo descarga cellisca y después se pone a nevar. Coronamos una elevación. Al frente vemos un área de concentración. Los oficiales de intendencia nos sacan de la calzada y nos llevan por detrás de una cadena de colinas.

Hemos llegado al frente. Tiendas y cocinas de campaña. Infantes maces a millares, todos armados para la batalla. Nada de medias picas, sino sarisas. Estéfano me manda que busque a alguien de la brigada de Ceno para informar de nuestra llegada. Es imposible. La zona de agrupamiento ocupa millas. Nos encontramos entre unidades de la caballería mercenaria de élite de Alejandro y sus caballos hacen que los nuestros parezcan perros. Antes de tener tiempo de localizar una cara conocida o un estandarte que

me sea familiar, un asistente de coronel nos ordena montar y cabalgar. La batalla no es mañana, sino hoy.

No encuentro a nadie que haya visto a Lucas.

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

144

42

Nunca había visto hombres tan ansiosos por combatir. Veintisiete meses de frustración han conseguido que a nuestros maces se les haya ido la cabeza y no poco. Quieren partir cráneos. Arden en deseos de hacer viudas.

Nuestras compañías se forman al mando de Buey en un valle junto a una hilera de catapultas que se están enganchando a los armones. Se supone que el número de unidades es de doscientas cincuenta y seis, pero si se cuentan no pasan de las noventa y una. A nadie le importa. Dondequiera que esté cada cual, que escoja un grupo y se meta en él.

Estéfano pasa por la línea a medio galope para formarnos en cuñas. Vamos a respaldar a la caballería merce.

—Supongo que nadie tiene nada parecido a unas órdenes claras —dice Bandera. Estéfano señala a los merces.

—Vosotros haced lo que hagan ellos y ya está.

La caballería mercenaria la componen frigios y capadocios; se los identifica por los cascos puntiagudos. Ni siquiera hablamos el mismo idioma. Dados frena a su caballo al lado de Púgil y de Rojillo.

—¡Bienvenidos a la jodienda en grupo! —dice entre risas.

Los merces arrancan en columnas. Parece que saben lo que hacen. Todos son lanceros, llevan cascos con yugulares y banderines que ondean en las puntas de sus armas de doce pies. Bajamos al trote por una depresión entre montículos; es como pasar entre túmulos. El campo de batalla —o lo que se convertirá en campo de batalla— se encuentra justo detrás del cerro de la izquierda. Giramos en un recodo y ahí está.

La nieve cae ahora a montones. Fuera del valle, el frío golpea como un muro de hielo. ¿Dónde está el enemigo? El tiempo está empeorando tan deprisa que no se ve más allá de una cuña delante de nuestra posición. Con el viento y la nieve no se oye absolutamente nada.

¿Dónde está Alejandro?

¿Dónde está Espítámenes?

En cualquiera de los otros conflictos en los que he estado, el elemento dominante ha sido la confusión, seguida de la duda el terror. Aquí sólo hay confusión; no siento miedo en absoluto. Sigo mirando alrededor por si localizo a Lucas. Sabiendo que está bien ya podré palmarla tranquilo. Nuestras cuñas siguen a los merces. La columna gira hacia la derecha y ahora tenemos los montículos a esa misma mano; vamos a medio galope, en paralelo a ellos. A la izquierda y hacia abajo una pendiente larga, barrida por la tormenta, se prolonga en una vasta hondonada que se está

llenando de nieve. Pasamos junto a un desfile de compañías de infantería ligera que avanzan hacia allí. No van deprisa y parlotean unos con otros, despreocupados como verduleras de mercado. Cae nieve a mansalva; se ve a las tropas, pero no se las oye. Bajo los cascos de mi poni el suelo es duro como piedra y resbaladizo como mármol.

Los historiadores demostrarán más adelante que Espitámenes no tenía más remedio que salir, en *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

145

este lugar y momento, a descubierto. Los fuertes de Alejandro tienen rodeado al Lobo, sin dejarle un solo sitio seguro en el que instalarse. Se han cortado las vías de suministro del enemigo. Sin duda, sus vehementes guerreros tribales lo apremian en un consejo. Los masagetas no se quedarán en invierno sin tener alguna aventura con el consiguiente botín. Los perderá a ellos, así como a los daas y a los sacas, si no actúa con audacia. Se desperdigarán y nunca volverán a agruparse bajo su mando.

El Lobo no tiene más remedio que atacar. Sabe que Alejandro quiere que lo haga. Sabe que nuestro soberano ha urdido los acontecimientos de forma que no le quede ninguna otra opción. Y

sabe que tan pronto como ataque, Alejandro partirá a toda velocidad hacia el norte desde su campamento en Nautaca con todos los hombres y caballos que tenga.

Que así sea.

Por fin una lucha convencional.

Nuestra caballería mercenaria va a la izquierda, en columna. La seguimos. Los mercenarios pasan directamente detrás de la infantería ligera de manera que forman un segundo frente a la retaguardia de las tropas de a pie; entonces los líderes dan la vuelta en esa evolución llamada

«contramarcha lacedemonia», como caballos girando alrededor de un poste o una yunta de bueyes dando media vuelta al final del surco del arado. Dados me grita mientras avanzamos a través de la ventisca.

—¿Qué diablos pasa aquí?

—¡Tú sigue a esos cabrones!

—Estoy tan perdido como él.

Nuestra fuerza montada se detiene al borde de la hondonada llena de nieve, detrás de un amplio frente de infantería. Ahora estamos en el centro, en columna con nuestro eje largo de flanco respecto al combate; la caballería merce se para en nuestra ala derecha, con la misma formación. Oímos, pero aún no vemos, el entrechocar de armas que está teniendo lugar a media milla, pendiente abajo. Alejandro ha mandado avanzar a una tropa de caballería de ochocientos lidios y medios en un cuadro hueco, con mil doscientos infantes merces; después nos enteramos de que son las mismas tropas con las que Lucas y yo partimos de casa. Son el cebo. Contra ellos, Espitámenes ha lanzado una formación en media luna de jinetes masagetas y daas. Las puntas de la carga enemiga han rodeado a nuestros compañeros. El adversario ataca al cuadro de infantería en masa, al estilo de los bárbaros, y gira en círculos a su alrededor a medio galope y a la distancia justa para estar fuera del alcance de lanzas y jabalinas, en tanto que se lanzan grupos en oleadas contra nuestros hombres a un ritmo regular de ataque y retirada que aprovechan para disparar andanada tras andanada de flechas y saetas.

A derecha e izquierda oírnos las trompetas maces. La infantería situada delante de nosotros, más abajo en el declive, se pone en movimiento y desciende por el flanco de la hondonada llena de nieve a paso ligero y levantan con las botas remolinos blancos. El frente de las tropas de a pie se extiende a derecha e izquierda y se pierde de vista. Van directos hacia la aglomeración del círculo de jinetes enemigos. Estéfano hace girar a su castrado *Parataxis*, «*Batalla Campal*», y se sitúa al frente de nuestra unidad. Nos contiene hasta que la infantería ha avanzado unas cien yardas cuesta abajo. Entonces, avanzamos nosotros; detrás de los pisahormigas, al paso. A nuestra derecha la caballería merce avanza del mismo modo. Aún no sé qué puñetas se supone que tenemos que hacer. Tampoco lo sabe Dados; ni Púgil. Todos observamos atentos a Estéfano. Tampoco tiene ni idea. Ésta es mi primera batalla de verdad. Como todos los demás, he oído un millar de relatos sobre tales enfrentamientos, de trompetas y estandartes y grandes cargas atronadoras de multitud de tropas y caballos. Pero nada de

eso me ha preparado para la magnitud del ruido ni el loco e irresistible impulso que se apodera de ti. La emoción de los animales es apabullante. Como nos pasa a nosotros, los caballos evacúan *el* intestino cuando los domina el miedo o la excitación. Allí donde mires, hay monturas defecando y orinando; la peste te deja sin respiración; el aire helado humea con los residuos. Los ponis patean y relinchan; notas que están escapando al control de sus jinetes, que están volviendo a la ley de la manada. Igual que nosotros. Los cascos lanzan al aire pegotes de tierra *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

146

helada. El suelo tiembla bajo nosotros. En el campo de batalla se alza un repiqueteo inhumano, vibrante.

Soy un cabo; tengo a mi cargo una anda de ocho hombres. Todos mis sentidos me gritan: ¡Ponte al mando! ¡Imparte órdenes! Eso es imposible. Todos estamos atrapados en la marea y la corriente del momento. Cuando nuestros caballos salgan a galope, nosotros iremos con ellos. ¿Órdenes? Ni el mismísimo Zeus conseguiría hacerse oír por encima de este fragor y, aunque pudiera, el impulso del instante aplastaría hasta su grito más poderoso. Intuyo más dejándome guiar por el instinto que por mis sentidos. Me doy cuenta de que la tarea de la infantería es ocultar a la caballería merce, evitar que el enemigo descubra nuestro avance. Al frente, el enemigo lanza escuadrón tras escuadrón de jinetes tribales hacia el gran anillo galopante. Se propone acabar con nuestras divisiones iniciales y después volverse contra las tropas de a pie que avanzan y emplear con ellas el mismo ardid. Ya estamos a mitad de camino del declive. Los ruidos de la batalla suben desde la hondonada en un estrépito ensordecedor. Veo a Estéfano galopar delante de nosotros, con un oficial de la caballería merce a su lado. Ese tipo lleva pegado a su lado a un portaestandarte, un joven de catorce años como mucho. El chico sostiene en alto un gran pendón serpentino de color carmesí. Sin necesidad de palabras, todos los hombres comprenden.

Seguidlo.

Seguid su bandera.

La caballería merce a nuestra derecha está torciendo hacia ese mismo lado, por el flanco, de nuevo en columna. Igual que entramos. Primero al paso y luego al trote. Nuestros caballos lo entienden antes que nosotros; quieren ponerse a medio galope. Al instante lo pillo; todos lo hacemos.

—¿Entendido, Dados? —grito en la cortina de nieve. Se ríe y señala con la lanza a la caballería merce.

—¡Hacer lo que hagan ellos!

Allá vamos. Lo último que atisbo antes de que nuestra columna salga azuzando a los caballos hacia la derecha es al cuerpo de pajes que galopa por el declive allá arriba; portan el estandarte del *ágema* de los Compañeros, la anterior Guardia Real, y el emblema del León de Macedonia. Alejandro y los Compañeros. Un estremecimiento penetra desde los cascos de mi montura y me sube hasta la coronilla.

Éste es el día.

El único modo de contrarrestar las tácticas escitas, el gran círculo rodante de arqueros a caballo, es interceptarlo por el costado. Romperlo. Empujarlo contra un río o una montaña o un precipicio. Entonces la infantería y la caballería pueden emplear las armas. Pero aquí, en las estepas de las Tierras Salvajes, no hay ríos ni montañas ni precipicios. Por eso las tácticas escitas funcionan tan bien.

Lo que hay que hacer —lo que Alejandro hace ahora— es utilizar hombres y caballos para que hagan las veces de un río, una montaña, un precipicio. Tal es nuestro papel ahora. El nuestro y el de la caballería merce. A galope, las tropas mercenarias de élite de Frigia y Capadocia salen por detrás de los cuernos de la cortina encubridora que es la infantería en avance. Un ala se dirige a la derecha y la otra, a la izquierda. En un gran movimiento ondulatorio, oscilan hacia fuera y vuelven. Caen sobre el círculo rodante del enemigo en ambos extremos del anillo. Ahora es el enemigo el que está atrapado entre la infantería por delante y por detrás, y la caballería a derecha e izquierda. El círculo se rompe en pedazos como una rueda al golpearse contra cuatro piedras. Nuestra anda sigue a las columnas de la caballería merce que se precipitan con gran estruendo sobre el enemigo.

Es para mí un inmenso placer relatar cómo el ataque de nuestra compañía hace que el enemigo se desmorone y se dé a la fuga, acosado, por no mencionar que mi lanza despachó a tal héroe y a tal campeón. De hecho, la caballería merce se ha encargado de todo antes de que hayamos llegado allí. Probablemente nuestra columna debe de ser la vigésima que cae sobre el enemigo, cuando ya se tambalea. Sólo somos un muro, un cerco de picas y caballos en el que inmovilizar a las hordas de Espítámenes y romper su rueda en radios y astillas.

Ahora se produce la carga de Alejandro y sus Compañeros.

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

147

Nuestro rey conduce un escuadrón de mil ochocientos hombres de caballería pesada en cuñas, doscientos en cada una. A galope, esta fuerza puede recorrer cien yardas en siete segundos. Cuando penetra en el vientre del último círculo del enemigo, hace saltar en añicos el impulso giratorio y lo convierte en una multitud que pulula sin orden ni concierto.

El combate finaliza tan deprisa que casi resulta decepcionante. A estas alturas, los jinetes de las tribus han disparado sus flechas, sus monturas están cansadas, el entusiasmo febril del ataque se ha agotado. Ahora las sarisas de la infantería ligera y la infantería pesada, así como las lanzas de la caballería merce, se vuelven contra ellos. En cuestión de segundos, perecen mil doscientos adversarios. Millares tiran las armas y el propio Espitámenes huye precipitadamente del campo de batalla.

Nuestra compañía deambula por el seno de la hondonada y se apodera de todos los caballos que andan sueltos a los que puede echar mano. El campo de batalla es una sopa. Por todo el entorno se ha acribillado y machacado la turba helada; ahora no hay más que barro. Las tropas enemigas alzan las manos vacías por doquier. Con los animales agotados que trastabillan por el lodazal, bactrianos y sogdianos tiran las armas a centenares. Susaliados de otros tiempos, los sacas y los masagetas, aprovechan la ocasión para asaltar equipamiento y bagaje de sus antiguos compañeros y se entretienen el tiempo suficiente para apoderarse de todos los ponis y mujeres que pueden antes de servirse de la nevada para ocultar su fuga hacia las Tierras Salvajes. Con la victoria, el campo de batalla se ha convertido en un agitado remolino de caballos. Centenares de monturas de guerra patalean el lodo hasta hacerlo espumajear. Nuestros chicos silban y dan gritos, ardiendo en deseos de conseguir un animal valioso o, al menos, un *yaboo* rechoncho con el que hacer dinero rápido al cambiarlo por una bolsa de plata. ¿Dónde está Lucas? Espoleo a mi caballo por la redada de animales. De repente, un destello blanco atrae mi mirada.

¡ *Khione!*

¡Mi pequeña y bonita yegua que perdí en el Raudal de Bendiciones!

Sólo un jinete creará que, en medio de una agitada estampida de caballos, una ojeada pueda localizar a un animal en particular. Pero allí está.

Silbo. Gira las orejas. No tardo ni un segundo en desmontar y cruzar hacia ella; le rodeo el cuello con los brazos. Cuando me huele, me reconoce. La emoción me abruma y acarició el hocico de mi pequeña. Soy consciente, aun en el momento en el que el corazón me rebosa de júbilo, que la alegría de recuperarla es un modo de suplir las otras pérdidas, mucho más intensas y aún sin compensación. Compañeros muy queridos a los que el corazón todavía no puede llorar; hermanos perdidos a los que aún busco. Todos se convierten en uno para mí en la forma de este querido animal al que creía que nunca volvería a ver y al que ahora, uno entre cinco mil, me ha venido a las manos de forma milagrosa.

Oigo hablar a los hombres alrededor. Dicen que Espitámenes ha escapado y que nuestros jinetes más veloces lo persiguen. ¿Dónde está Alejandro? Ocupándose de la rendición de bactrianos y sogdianos.

Un sargento mace dice que ha visto al hijo de Espitámenes; me pongo en alerta al instante.

—¿Dónde? ¿Cuándo?

—¿A qué te refieres, amigo?

—Has dicho que lo viste. ¿Dónde?

El sargento está ocupado con sus caballos capturados. Él y sus amigos se dan la vuelta. Voy hacia ellos y exijo saber si es verdad que lo ha visto o no. El sargento gira la cabeza para mirarme; por lo congestionada que tiene la cara comprendo que está rebotado.

—Tranquilo, hermano. Sólo he dicho que había oído...

—Entonces ¿no lo viste?

—No, pero muchos sí.

Estoy furioso. Le reprocho que se atreva a hablar de semejantes cosas sin tener confirmación. Él repite que Espitámenes y su hijo han huido.

—¡Salieron cagando leches, esos dos! ¿Te parece bien así, amigo?

Los compañeros del sargento me apartan a empujones. Púgil y Rojillo me sujetan. Siento como si me fuera a estallar la tapa de los sesos. Si el hijo de Espitámenes está vivo, entonces... *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

148

—¡Matías!

La voz de Dados se oye por encima del estruendo.

—Aquí, Matías!

Me vuelvo y los veo llegar a él y a otros dos compañeros del campo de batalla; frenan sus caballos. A pesar del frío, están sudando. Dados dice que me han estado buscando por todas partes. Todos tienen una expresión muy seria. Entonces veo al teniente del cuartel general que va con ellos. Le saludo.

—¿Eres Matías, hijo de Matías de Apolonia?

Le contesto que sí.

Tiene el gesto aún más serio que los otros.

—Tienes que venir conmigo —dice.

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

149

43

En la tienda de la plana mayor hay un brasero de hierro, tres arcones que hacen las veces de sillas y una mesa de campaña. El teniente deja el cuaderno de notas de Lucas encima.

—¿Lo reconoces?

Es un rollo de cuero desgastado con dos ataduras de tiras de cuero sin curtir. En el grano de la piel de la solapa lleva repujado el emblema de un alce al que está matando un grifo.

—¿Me has oído, cabo? ¿Lo reconoces?

Los soldados saben cómo dejar el corazón insensible. Hay que salirse de uno mismo. La luz cambia, el sonido se vuelve extraño. Es como si estuvieses mirando desde un túnel. Sólo ves lo que tienes justo delante e incluso eso parece que lo esté observando otro en tu lugar, no tú; una copia tuya sacada del molde y que deja sólo una cáscara hueca e insensible como una piedra. Soy consciente de que el teniente pone en la mesa el casco y la daga de Lucas. Incluso saca la capa larga que le di cuando partió a caballo con Agatocles; y también la bolsa con *kishar* y lentejas.

—Lo siento —dice. Se vuelve hacia su asistente—. Tráele algo de beber. Cuando el teniente se marcha, Dados suelta toda la historia.

Guerreros bactrianos cayeron sobre el grupo de Agatocles que escoltaba al hijo de Espitámenes, con Lucas y Costas, a los dos días de partir del lugar del apresamiento. El enemigo se llevó a los maces, atados y con los ojos vendados, a un campamento llamado Riscos de Cal, donde se había reunido una multitud de parientes. Los hombres del clan clavaron a nuestros compatriotas en tablas, los untaron con brea y les prendieron fuego. Los

sometieron a otras atrocidades cuando todavía estaban vivos. Los decapitaron. Los restos los arrastraron detrás de ponis hasta que se hicieron pedazos y se desprendieron de las ataduras.

Le pregunto a Dados cómo sabe todo eso.

—Los canallas alardearon de ello. En un correo a Alejandro.

Dados añade que nuestras tropas encontraron los cráneos en el campamento enemigo inmediatamente después de la batalla, en carretas capturadas a los bactrianos, junto con las armas y el equipo de nuestros compañeros que el enemigo se había quedado como trofeos. Cae la noche. Patrullas maces se despliegan por la estepa en busca de Espitámenes, que ahora, con la nieve, se ha convertido en un rastro entre miles más.

Alejandro prepara a las brigadas para dar caza al Lobo tan pronto como se le localice. A nuestra sección, comandada por Estéfano, la han apartado del servicio; nadie nos dice por qué. No duermo. No como. Una única meta anima mi resolución: volver a la acción lo antes posible y hacer pagar con creces a esos demonios las atrocidades infligidas a mi amigo.

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

150

44

Pero el cuartel general nos tiene en cuarentena. A nuestra sección se la ha segregado a un sector en los márgenes del campamento. El servicio de inteligencia ha montado dos tiendas y esa noche hacen entrar allí a nuestros oficiales y sargentos principales: Estéfano, Bandera y los dos jóvenes tenientes que se encontraban presentes cuando se capturó al hijo de Espitámenes. Lo que se les pregunta nadie lo sabe. Cuando terminan, mandan a nuestros oficiales al ala opuesta del sector para que no puedan hablar con los que aún no han sido llamados a declarar. Me llega el turno alrededor de medianoche. Se está descargando una tormenta de granizo; las bolas de hielo acribillan todo el campamento y destrozan tiendas y cortavientos. El frío y el estruendo son indescriptibles.

El teniente del cuartel general me entrevista. Es la misma tienda en la que me enseñó el cuaderno de notas de Lucas. Nos felicita a mí y a mi compañía por nuestra participación en esta gloriosa victoria. Al parecer me van a condecorar y a ascender a sargento. Habrá gratificaciones para todos. Entonces deja en la mesa un documento, delante de mí. Tengo que leerlo y firmarlo.

—¿Sabes leer, cabo?

—Apenas. —Me lo quedo mirando.

El pergamino es un informe del combate contra Espitámenes. Es fiel dentro de lo razonable. Excepto al final, donde relata las muertes de Lucas, Agatocles y el cronista Costas. Todos han tenido una muerte heroica combatiendo en el campo de batalla.

—No es así como ocurrió —digo.

La granizada retumba contra la lona de la tienda; las ascuas del brasero flamean con el ventarrón.

—Todos tus compañeros lo han firmado —contesta el teniente, que desestima mis palabras con un ademán.

Me enseña las firmas de Bandera, de Estéfano, de los dos tenientes y de nuestros otros oficiales de todos los rangos hasta llegar a Buey.

—A Lucas y a los otros los mataron días antes de la batalla, en la estepa. Los capturaron soldados afganos de la caballería y los masacraron —digo.

—Por favor, pon tu marca —insiste el teniente.

Le pregunto por qué hace falta que firme yo, si soy un simple cabo. ¿A quién le importa lo que yo diga?

—El cuartel general quiere la firma de todos.

Si no hubiese estado tan helado, tan agotado, tal vez habría estampado mi rúbrica. *¿Narik ta?*

¿Qué importa? Pero la actitud del teniente me irrita. Con emoción, relato la captura del hijo de Espitámenes en la estepa. Describo la insistencia de Agatocles de volver a la columna para entregar al prisionero de inmediato y cómo se ofrecieron voluntarios el cronista Costas y mi amigo Lucas para unirse al grupo y cabalgar solos hacia la nada.

—El enemigo los capturó y los masacró. Eso fue lo que pasó.

—¿Vas a firmar, cabo?

—No.

El teniente se ausenta. Cuando regresa, lo acompaña un capitán. Esta vez los acompaña un secretario.

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

151

El capitán es más afable que el teniente. Traen vino, pan y sal. Charlamos. Sale a relucir que tenemos amigos comunes. Al parecer, el

capitán conocía a mi hermano Elías; ensalza su valor y manifiesta pesar por su muerte prematura.

—Mira, tú y yo sabemos lo que le pasó a tu amigo Lucas —dice—. ¡Por Heracles, los animales que lo hicieron merecen la crucifixión!

—Entonces, encontrémoslos y démosles su merecido. El capitán afirma que su preocupación es por los familiares de los muertos.

—¿De qué les servirá saber la verdad a la madre y la hermanade tu amigo? ¿Aliviará su sufrimiento? ¿Cómo recordarán a su ser querido?

—Tal como era —contesto.

—No. Lo verán despedazado. ¿Es eso lo que quieres? Empuja el papel hacia mí.

—Tu amigo fue un héroe, cabo. Dejemos que sus seres queridos lo recuerden así. Ahora sí que estoy rebotado. Empujo la silla hacia atrás y empiezo a levantarme.

—Siéntate —ordena el capitán.

Me pongo de pie.

—¡Pon el culo en esa silla, maldita sea!

Obedezco.

Pero no firmaré.

Dos lanceros hircanios guardan la entrada. Me escoltan fuera, a una tienda de suministro que no se usa. Tengo que esperar allí y no hablar con nadie. Dados y Púgil entran a la tienda del capitán. Acaban y los mandan volver a la parte buena del campamento. La noche está mediada; la tormenta de granizo amaina y da paso a un frío glacial.

Al amanecer vuelven a llamarme. Es el mismo capitán, esta vez solo.

—Está bien —empieza—. Esta historia es una tapadera. Me mira a los ojos, como para decirme que soy especial, que me va a poner al tanto de la verdad.

—El cuartel general considera de vital importancia que no llegue a oídos del ejército ni una palabra de esas atrocidades.

—¿Por qué no?

—Mil doscientos bactrianos y sogdianos se rindieron ayer. Alejandro quiere integrarlos en las unidades. Estos primeros darán pie a que centenares más hagan lo mismo, pero si nuestros compatriotas descubren lo que ocurrió...

Entiendo.

—Esto tiene que ver con la paz —dice el capitán—. ¡Con poner fin a la jodida guerra!

Le pregunto sobre el correo que los bactrianos enviaron a nuestro soberano.

—¿No se enterarán las tropas por ese mensaje?

—Se hizo desaparecer nada más recibirse. Los únicos que saben que existe son los oficiales que hay en este sector y un par de amigos tuyos a los que se lo contamos cuando tuvimos que implicarlos. En una mesa auxiliar hay un puchero humeante con lentejas y pollo. También hay vino y gachas de cebada. El capitán me pregunta si he comido; le contesto que no tengo hambre.

—¿Qué causa estás defendiendo, cabo? ¡Por Zeus! ¿Por qué te niegas a firmar?

Sé que es una cabezonería. ¿Qué importancia tiene un insignificante garabato de tinta en el orden de las cosas?

—Escúchame, hijo. Esta orden proviene directamente de Alejandro. ¿Es que no amas a tu rey?

Claro que sí.

Pero no firmaré.

—¿Entiendes lo importante que es esto? ¡Estamos hablando de vidas de hombres! Si se firma la paz este invierno, se evitará una campaña durante toda la primavera. Lo entiendo.

—¿Crees acaso que el mando va a permitir que un cabo cabeza dura malogre la posibilidad de acortar esta guerra?

—¿Es una amenaza, señor?

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

152

—Es un ruego, hombre.

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

153

45

Paso la mañana en la tienda de suministro, helado.

Comprendo el aprieto en el que está el mando. Comprendo la solución. El informe falso se enviará a Macedonia, donde lo aceptarán sin dudar. El cuartel general lo publicará aquí para darlo a conocer a todo el ejército.

Entonces ninguno de los que lo han firmado podrá decir que es mentira. Los bactrianos y los sogdianos se alistarán en las unidades; traerán a sus primos y a sus hermanos. Es una buena estrategia. Si yo fuera un oficial del estado mayor, también manipularía los hechos. Pero sigo sin querer firmar.

Uno de los guardias que me vigilan es un mercenario arcadio. Se llama Polemon, un buen tipo; lo conozco de la construcción de la ciudad de Kandahar. Me pasa a escondidas un poco de guiso y media jarra de vino.

—A ver, ¿qué tripa se te ha roto? —me pregunta, y por qué estoy siendo tan cabezota. Le hablo de Lucas, de que para él la verdad lo era todo. — Amigo, no sabes bien dónde te has metido. Esos cabrones no se andan con tonterías.

—Sí, seguro que ya han inventado una historia para mí también.

—Y tanto que lo han hecho. Y la firmaré. Todos la firmaremos.

El cansancio me tiene hecho polvo, pero soy incapaz de dormir. En mi mente veo los ojos de Lucas. No puedo fallarle. Me preparo para lo peor que pueden hacerme. No estoy dispuesto a traicionar a mi amigo.

A media mañana el campamento bulle de actividad. Se ha encontrado el rastro de Espítámenes. Se imparten órdenes. Las brigadas de Alejandro se pondrán en marcha a mediodía. Nuestra compañía se reunirá con su división. Todos menos yo.

Ésta es la peor tortura posible. ¡No pueden dejarme atrás!

Me sacan a patadas de la tienda de suministro para poder desmontarla y cargar en mulas lo que hay en ella. Vuelven a meterme en la primera tienda; fuera oigo a mis compañeros prepararse. No lo soporto. Hay guardias nuevos apostados en la entrada. Se supone que tengo que sentarme y estar callado, pero mis carceleros hacen la vista gorda cuando Bandera y Estéfano, montados para emprender la marcha, se paran fuera.

—Firma —dice Bandera al tiempo que su mirada me transmite: «Todo es una mierda, de todas formas.»

Estéfano se da golpecitos en la cabeza para aconsejarme que no sea tan testarudo. Vuelven a sacarme de la tienda y esta vez me llevan al recinto del rey. Me dejan en otra tienda más grande, con compartimentos. Estoy en ascuas hasta mediodía. ¿Dónde está mi yegua? ¿Se habrá ocupado alguien de ella? El faldón se abre y entra el mismo capitán de ayer. Esta vez va acompañado por un coronel del estado mayor. El coronel dice que está harto de todo esto, suelta bruscamente el documento y me ordena que lo firme.

Me niego.

—¡Que el infierno te lleve! —El coronel descarga un puñetazo en la mesa—. ¿Es que quieres que me convierta en un asesino? Sigo en posición de firmes.

—¡Eres una vergüenza! ¡Deshonras al ejército! —Y se marcha hecho una furia. *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

154

El capitán no ha dicho una sola palabra. Me indica que me siente con una seña y él lo hace en otra silla. Me sirve una copa de una jarra.

—Es agua —dice.

La acepto. El capitán sonríe.

—Tu hermano Filipo se encuentra en algún lugar de la estepa. De no ser así lo habría hecho venir también para que te hiciera entrar en razón. —Me mira—. Pero tampoco le habrías hecho caso a él ¿verdad?

Saca otro documento de un estuche y lo empuja hacia mí.

—Ésta es tu lista de remiendos. —Es la hoja de mis gastos. El capitán me da un momento para que le eche un vistazo. Ahí está reflejado hasta el último cuarto que le debo al ejército por mi yegua, anticipos, asignaciones... La lista debe de tener cuarenta renglones—. La romperemos. —Lo siguiente es mi contrato de alistamiento—. Lo rebajaré doce meses. —El capitán me mira a los ojos mientras añade—: Dejémonos de bagatelas y vayamos al grano.

»Asciendes a sargento. Te has ganado un León de Bronce, así que no veo por qué no puede ser de Plata. Con la condecoración va incluida la paga de dos años. Gratificaciones aparte, además de tu asignación *oikos*. Traeremos a tu chica a Nautaca. Para que el invierno no sea tan crudo. Señala el informe original.

—No tienes que firmarlo. Sólo has de darme tu palabra de que no desmentirás el contenido verbalmente ni por escrito.

Es muy bueno. Pero cada palabra que pronuncia me pone más furioso. En mi mente veo los restos carbonizados de Lucas arrastrados por el suelo detrás de un *yaboo* bactriano.

—Ya puestos, ¿por qué no me mata y acabamos de una vez?

El capitán suspira.

—Por Zeus, eres un hueso duro de roer.

Se pone de pie. Espero que entren los guardias para prenderme. Se oye el ruido del faldón al abrirse. Oigo unas pisadas al otro lado de la lona.

Entra luz y con ella, lo hace un hombre. Es Alejandro.

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

155

46

El capitán se levanta de un salto y se pone firmes. El rey entra y se acerca a nosotros. Nos pide disculpas por haber irrumpido sin anunciarse y nos dice que no ha podido evitar oír la conversación desde fuera.

—Descansa, cabo.

Nuestro soberano lleva una sencilla capa de invierno, sin peto y sin insignias salvo el León de Oro en el hombro que sirve de broche.

—Las brigadas partirán dentro de una hora, así que disculpa que no disponga de mucho tiempo. Me impresiona lo envejecido que está. El contraste con su aspecto juvenil cuando los reemplazos de hace dos años lo vimos por primera vez es abrumador. Sólo tiene veintiocho años, pero así, de cerca, parece un hombre de cuarenta. El sol y el aire le han dejado la piel como cuero cuarteado y en el cabello de color de miel hay mechones plateados. Manda salir al capitán, pero él no se sienta ni me da permiso para que lo haga yo.

—Sé lo duro que es perder a un amigo y más de una forma tan horrible —asegura—. Respeto tu valor por desafiar una orden que consideras injusta y comprendo que la promesa de recompensas ofenda tu sentido del honor.

El habitáculo es cerrado y del tamaño de una tienda para ocho hombres; los únicos muebles son la mesa, tres sillas y un estante para mapas y planos.

—Pero tú tienes que entender lo que está en juego. Ahora se nos presenta una oportunidad para poner fin a esta guerra, una oportunidad que no se alargará mucho. Las horas cuentan. La amnistía a nuestros cautivos bactrianos y sogdianos ha de concederse lo antes posible para que parezca un gesto de entereza y generosidad, no un movimiento político calculado. Me cala hasta lo más hondo este gesto de nuestro soberano de hablarle a un soldado de rango tan bajo como yo igual que lo haría con un comandante del alto mando.

—La guerra es esto —dice Alejandro—. La gloria ha desaparecido. Uno busca en vano el honor. Todos hemos hecho cosas de las que nos avergonzamos. Incluso la victoria, que como dice Esquilo,

en cuyo augusto fulgor toda felonía se borra

no es igual en esta guerra. ¿Qué nos queda? Evitar la innecesaria pérdida de vidas. Demasiados hombres buenos han perecido ya sin motivo y se les unirán más si no alcanzamos la paz ahora. Se yergue y me mira directamente a los ojos.

—Rescindo la oferta del capitán de promoción y recompensa. Es un insulto a tu honor. Tampoco te obligaré a que hagas nada que vaya en contra de tu propio código, Matías. Ni ahora ni nunca. Y

tampoco permitiré que te coaccionen otros. No hay nada más noble que el amor de un amigo por otro amigo. Dejémoslo así.

Se da media vuelta y sale.

Diez días después, cerca de una escarpa que los escitas llaman Mana Karq, o Riscos de Sal, un destacamento de masagetes aparece bajo bandera blanca y se entrega a una unidad de avanzada, *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

156

adjunta a la brigada de Hefestión, que constituye el ala derecha de la ofensiva macedonia lanzada al norte.

Sus jefes, aseguran los masagetes, tienen la cabeza de Espitámenes. Entregarán dicho trofeo a Alejandro, añaden, si cancela el avance y acepta sus promesas de amistad.

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

157

LIBRO VIII

OceanofPDF.com

FIN DE LAS HOSTILIDADES

47

Shinar ha concebido.

Está encinta. Esta vez no le permitiré que interrumpa el embarazo. De todos modos, tampoco ella quiere. Está feliz. Y yo también.

Nuestra división se ha instalado en los cuarteles de invierno de Nautaca. Es el mejor sitio en el que hemos estado hasta ahora. La ciudad se alza en lo alto de una eminencia inexpugnable, así que no hay que trabajar para fortificarla y lo poco que hubo que hacer lo realizaron los ingenieros antes de irse para construir Alejandría del Jaxartes.

En la Fiesta de la Escarcha todos los soldados de línea reciben la paga de atrasos. La mía es de siete meses, más una prima del rey de otros dos años extra. Me llega mi tercer León de Bronce, así

como la soldada de un año que se incluye con la condecoración y, lo mejor de todo, la opción de licenciamiento al final del próximo paquete. Tener tres Leones equivale a conseguir el diploma. No soy idiota. ¡No pienso dejar escapar la oportunidad! Nado en la abundancia. Igual que todos los demás.

La mejor zona de Nautaca es Cavadores, el complejo que el cuerpo de ingenieros ha levantado como su alojamiento y al que nosotros, los milicos, nos mudamos ahora. Nada de tiendas para los ingenieros. Construyeron barracones de piedra y vigas, con casa de baños, pisos de madera y pasillos techados hasta las letrinas. Cuando se trasladaron al Jaxartes a principios del invierno, el complejo pasó a ser un hospital. A mediados de invierno, los heridos se habían recuperado y se habían incorporado a sus unidades o los habían trasladado al sur, a la ciudad de Bactra. Los nuestros lo ocupan ahora. Shinar y yo conseguimos una habitación con ventana y una estufa *khéf* de arcilla. Una brazada de astillas mantiene el cuarto caliente toda la noche. Ghilla y su pequeño comparten la habitación con nosotros, le ha puesto de nombre Lucas. Nunca he convivido con un bebé; adoro a ese pequeñajo. Echamos la siesta juntos. Le encanta dormir espalda contra espalda. Al principio me aterrorizaba darme la vuelta y aplastarlo, pero sus chillidos acabaron enseguida con ese temor. Tiene unos pulmones como los de un sargento abanderado. Si el bebé de Shinar es niño le llamaremos

Elías. Las mujeres han alfombrado el suelo para no pasar frío y han aislado bien el techo. Nuestros amigos Púgil y Rojillo ocupan las dos habitaciones siguientes, con sus mujeres; Bandera y Estéfano están en las cabañas construidas para oficiales, calle abajo. Casi nos da vergüenza vivir tan cómodos.

La ocupación en invierno es preparar una ofensiva para la primavera. Ahora soy sargento de *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

158

línea y tengo a mis órdenes una fila de dieciséis. Tomo parte en todas las sesiones informativas a nivel de pelotón e incluso en algunas de batallón.

He escrito a mi madre para hablarle de Shinar. Por una vez puedo decir la verdad en una carta. Cuando la campaña masageta acabó hace tres meses, nuestra sección se había internado doscientas millas en las Tierras Salvajes. No había un solo hombre que no estuviera herido y los caballos eran sacos de huesos. Se descargaron tres tormentas seguidas. Perdí dos dedos de los pies y parte de cuatro dedos de las manos, incluida la falange del pulgar izquierdo. Muchos lo pasaron bastante peor. Cuando por fin la columna regresó a trancas y barrancas a Nautaca, Shinar me estaba esperando. Había venido al norte sola, primero hasta Maracanda y luego a Alejandría del Jaxartes, para llegar finalmente aquí.

Cuando la vi, arropada de la cabeza a los pies esperando entre una multitud de esposas y amantes en la puerta de acceso, supe que no tenía que seguir buscando a la compañera de mi vida. Por entonces aún no había barracones, pero los ingenieros levantaban establos, todavía en construcción, pero que al menos resguardaban del viento.

Shinar me lleva allí y me desplomo en la paja, atontado. Cuando me despierto, como me pasa durante días presa de ataques de terror y confusión, la veo ocupándose de *Khione*. Almohaza a la yegua, la seca y le envuelve las pezuñas, le consigue buen grano y agua fresca.

—¿Y yo qué? —gimo.

—Me ocuparé de ti a su debido tiempo —contesta.

Parece que duermo todo un mes envuelto en su aroma. La calidez de su cuerpo me restablece. Da la sensación de que se haya transformado en otra persona, más afable y cariñosa y menos maltrecha por dentro. ¿Habré cambiado yo también? ¿O es que no la conocía realmente?

Ghilla tiene un sexto sentido a la hora de dejarnos solos. Lo capta en el ambiente y coge en brazos al pequeño Lucas.

—Es hora de dar un paseo, Paquetito.

Como todas las mujeres de la milicia, Shinar sabe los planes del ejército antes que los propios soldados. La ofensiva de primavera será a gran escala. Quedan cuatro señores de la guerra afganos

—Oxiartes, Corienes, Catanes y Austanes— con unos cuarenta mil hombres a sus órdenes. Radican en varias plazas fuertes en el Cáucaso escita. En primavera los sitiaremos. Las tropas de avanzada ya han ocupado posiciones y han puesto cerco al enemigo, además de cortar todas las vías de escape.

No soy capaz de pensar en Lucas. Cuando su recuerdo acude a mi memoria, lo borro. Es demasiado pronto. De lo contrario, me derrumbaré.

Su hijo es una bendición. ¿Qué haríamos sin él? Ghilla y yo vamos con mucho tiento el uno con el otro. Pida lo que pida, nunca será demasiado. Y ella actúa igual conmigo; jamás pronuncia el nombre de Lucas. Quizás el año que viene. No seré yo el primero en hacerlo. El invierno es muy oscuro tan al norte. No consigo entender cómo sobreviven estas tribus o incluso por qué desean hacerlo. Hasta Alejandro siente respeto por este aislamiento. Ha terminado por llamar Alejandría Escate —Alejandría la Última— a la ciudad junto al Jaxartes. Renuncia a la conquista de las Tierras Salvajes. Que los masagetas se las queden. Nuestro soberano marcará aquí

el extremo norte de su imperio y llamará aliados y amigos a los escitas de más allá de ese límite. Es un plan tan bueno como cualquier otro.

El día en el que el viento del oeste trae la primera fragancia de la primavera, mi hermano Filipo llega de Maracanda. Ha estado al sur de las montañas haciendo tratos con jefes de las tribus de Corienes y Oxiartes. Shinar, Ghilla y yo, con Bandera y su mujer y Estéfano, que no quiere otra pareja que su esposa de Macedonia, pasamos una larga y feliz velada junto a él.

—¿Qué retrasa la paz? —le pregunta el poeta a mi hermano. —Lo mismo que la retrasa siempre: el orgullo.

Filipo dice que hay que encontrar la forma de que ambos bandos puedan proclamar la victoria. Para los señores de la guerra es una cuestión de vida o muerte; no sobrevivirán a la furia de los guerreros de sus propias tribus si consideran que han negociado la rendición. La desconfianza entre las tribus

dificulta más aún el proceso. Cada jefe teme que perderá poder en el Afganistán de la *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

159

posguerra; no sancionará con su nombre ningún acuerdo hasta que no sepa qué papel juegan él y sus rivales en este proyecto. Nadie quiere seguir luchando; la guerra ha devastado el país. Filipo admite que hemos aniquilado a la mitad de los hombres en edad de combatir en una sociedad donde eso significa todos los varones entre doce y ochenta años.

—¿Y tu mujer? —le pregunta Shinar.

—No puedo permitirme el lujo de tener una —contesta entre risas.

Shinar se propone juntarlos a él y a Ghilla. Incluso una sola noche les haría mucho bien a los dos. Pero cuando llega el momento, al final de la velada, Filipo declina con elegancia.

—Al menos quédate y charla un rato —dice Shinar—. La noche es fría y quizá no volvamos a verte en muchos meses.

Mi hermano, Shinar y yo nos quedamos hablando hasta altas horas de la noche.

—No comentes que te lo he dicho yo —advierte Filipo—, pero va a haber más gratificaciones.

—En primavera, Alejandro planea bañar en oro a las tropas que han sufrido con él a lo largo de esta campaña. Sólo falta que se firme la paz para que se abran las puertas de la tesorería—. ¿Vais a casaros? —nos pregunta a Shinar y a mí.

—Si ella quiere. A Filipo le hace feliz vernos juntos.

—Hagáis lo que hagáis, no os quedéis aquí. El ejército te tentará con incentivos en dinero contante y sonante, así como con concesión de tierras más extensas que nuestro país. No caigas en la trampa. Este lugar volverá a los usos tribales tan pronto como Alejandro se marche. Coge tu paga y vuelve a casa, Matías. Eres rico. Puedes comprar cualquier hacienda que te apetezca o trabajar en la de madre con Agatón y Eleni. Nada les gustaría más. No será tan malo como crees, Shinar. No todos los maces somos demonios. Serás ciudadana, al igual que tu hijo. Shinar asimila todo esto con aire impasible, como si fuese algún sueño que no cree que se haga realidad jamás. Filipo la observa con ternura.

—Que los dioses te bendigan, querida muchacha, y a la criatura que está en camino. Sé que has sufrido más de lo que Matías y yo podemos

imaginar. Es una alegría verte feliz. Y jamás podré

agradecerte lo bastante el cambio que has operado en mi hermano.

Se le quiebra la voz. Shinar cruza la alfombra junto a él y lo toma de la mano.

—¿Y tú, Filipino? ¿Volverás a casa ahora?

—El ejército es mi hogar, Shinar.

La luz de la lámpara revela el gris en el cabello de mi hermano. Sé que unas calenturas se han llevado a su mujer, allá en casa; dentro de unos cuantos años su hijo saldrá hacia el este con el ejército. Sólo el cielo sabe cuántos amigos habrá perdido en combate. La esperanza de Shinar de que vuelva a casarse lo hace sonreír.

—¿Y qué esposa iba a tomar, pequeña? ¿A qué mujer podría hacer feliz? He pasado demasiado tiempo con putas de campamento. Me gustan. No tengo que justificarme con ellas. ¿Lo entiendes?

¿Podría realmente hacer saltar sobre las rodillas a un niño? —Suelta una risa desganada—. Llevo en guerra, de muchacho y de hombre, dos tercios de mi vida. ¿Qué otro oficio conozco? Mi hogar, si acaso, está en el infierno, donde me esperan aquellos a los que amo. —Sonríe—. Creo que no los haré esperar mucho.

—No digas eso —le reprende Shinar—. Yo he hecho lo mismo y no sirve de nada. Filipino admite que tiene razón.

—¿Puedo regresar a Macedonia? —pregunta—. Antes de que Elías muriera, tal vez, pero ahora no. Nunca. Lo único que me mantiene vivo sois vosotros dos y la criatura que está en camino. Así

que os repetiré a los dos lo que os he dicho antes: no hagáis como yo. Marchaos de aquí. Aferrad con fuerza vuestra felicidad mientras aún estáis a tiempo.

Falta una hora para que amanezca cuando Filipino se va. Salimos bajo las estrellas que resplandecen como ascuas. El frío agarrota las piernas lesionadas de Filipino.

—¿Y qué hay del hermano de Shinar? —me pregunta.

Sabe que la obligación del hermano según el *nangwali* es borrar la vergüenza que ella causa a la familia por estar conmigo. Y también los dos primos que están con él y que sólo esperan que se les presente la ocasión.

Steven Pressfield

La campaña afgana

160

—Son todos unos fanfarrones —contesto—. En cualquier caso, están trescientas millas al sur, con las brigadas de montaña.

—En primavera vamos a estar todos en el sur.

Filipo quiere los datos completos —el nombre, el patronímico, el clan, la tribu— del hermano y los primos.

—Mira, no quiero que les llagas nada —le digo.

Filipo me mira seriamente.

—¿Por qué no?

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

161

48

Llega la primavera. La brigada de Ceno se despliega al sur de las montañas. Alejandro y las divisiones pesadas ya se encuentran allí.

En cuanto a eficacia y maestría en técnicas de combate, el mundo no ha visto nada semejante a esta fuerza. El rey la ha estado actualizando durante el invierno, mejorando y ampliando las aptitudes de las unidades para la guerra en montaña. El equipo de asedio que antes había que transportar en carretas y bueyes se ha simplificado y reducido de forma que se puede cargar a lomos de mulas. Tenemos catapultas de montaña capaces de lanzar una piedra o un recipiente de llameante nafta a trescientas yardas. Los trenes de suministro llevan finas láminas de bronce para reforzar el frente de los manteletes de madera haciéndolos resistentes al fuego. Se han creado caparazones de tipo tortuga bajo los cuales los hombres pueden subir escalas sin miedo al aceite hirviendo ni a la arena incandescente. Las carpinterías han trabajado durante todo el invierno en la elaboración de garruchas de múltiples roldanas; cordeleros han fabricado millas de cable. Se han desarrollado mecanismos ingeniosos, como tornos de montaña que utilizan bandas de torsión en lugar de pesados dientes de engranaje de hierro. Dos de esos, apuntalados con pedruscos, pueden montar una torre de asedio de cuarenta pies de altura. En el pasado, la guerra de montaña se había limitado a enfrentamientos en escaramuzas con lanzamiento de proyectiles con honda para luego marcharse corriendo, en tanto que la guerra de asedio estaba limitada a los terrenos llanos. Nada más. Para echar abajo esas ciudadelas encaramadas en altas cimas, los ingenieros de Alejandro han avanzado la tecnología del asedio a una esfera y una escala

totalmente nuevas. Las unidades de suministro tienen medio millar de mulas cargadas exclusivamente con aceite de terebinto —la trementina—

para preparar bombas incendiarias y como disolvente para limpiar las hojas de las hachas usadas en la tala de pinos de montaña con los que se harán brazos de catapulta y tablones para torres de asedio.

El asalto a las fortalezas de montaña se realiza por etapas. En primer lugar se establece un campamento en el llano. A continuación, es el turno de las provisiones. Cientos de toneladas de raciones para la tropa y forraje para las bestias se transportan en balsa por río o se llevan por tierra en caravanas de mulas. Lo siguiente es levantar el primer campamento de avanzada en las estribaciones. Hasta allí suben recuas con suministros y material bélico. En el caso que nos ocupa, el enemigo se ha retirado a cuatro fortificaciones monumentales. Imaginad el monte Olimpo. Tal es su apariencia, sistemas montañosos que cubren un montón de millas cuadradas, con centenares de accesos.

La primera a la que se pone cerco, antes de que acabe el invierno, es esa fortaleza a la que las tropas llaman Roca Sogdiana. El señor de la guerra Oxiartes se encuentra allí arriba con once mil guerreros y todos sus bienes. Los defensores tienen a su disposición manantiales que fluyen todo el año y suficientes provisiones almacenadas para resistir durante años. Cuando los emisarios de Alejandro piden la rendición de los afganos, Oxiartes se mofa de ellos preguntándoles si sus soldados tienen alas, porque no conseguirán subir a la fortaleza por ningún otro medio. Por senderos y veredas serpenteantes suben nuestras provisiones en caravanas de quince millas de longitud hasta los campamentos más altos. Nosotros, los milicos, tenemos puestas todas nuestras

Steven Pressfield
La campaña afgana

162

esperanzas en las negociaciones. El ir y venir de los enviados de Oxiartes debería ser un secreto dentro y fuera del campamento, pero todos estamos al tanto. Allanamos un sendero para ellos.

—Aquí se busca que Alejandro elija un caballo —comenta Estéfano.

Un señor de la guerra que entregue Afganistán.

Un jefe que gobierne sobre los otros.

Los suministros están en su sitio a finales de invierno. La cima tiene el tamaño de una pequeña comarca; los accesos son repechos desprovistos de pinadas y sembrados de rocas sueltas y guijarros, demasiado escarpados

incluso para las mulas. Se podría lanzar el asalto por el oeste, donde la pendiente no es tan pronunciada, pero allí Oxiartes ha fortificado las vías de aproximación con murallones de piedra y trampas de troncos apilados y listos para rodar cuesta abajo. Las caras sur y norte se yerguen inexpugnables. Al este es peor: roca pelada en la vía de aproximación y riscos verticales en los últimos cuatrocientos pies.

Alejandro convoca a la juventud del ejército. Promete doce talentos de oro al primer hombre que ascienda por esa ruta a la cima y primas exorbitantes a todos los soldados que se reúnan con él arriba. Seiscientos hombres se ponen en marcha de noche y escalan la cara del risco ayudándose con clavijas de hierro, de las utilizadas para sujetar las tiendas, que fijan en las fisuras de la roca y en las que aseguran cuerdas. Treinta y siete almas valerosas se precipitan a su muerte, pero trescientos hombres llegan a la cima. Cuando al amanecer se dejan ver con sus armaduras, el enemigo, creyendo que Alejandro tiene realmente guerreros con alas o que él mismo es un dios, pide la paz.

Oxiartes y un puñado de jefes escapan por una vereda secundaria, pero nuestros comandos capturan íntegro a su séquito: caballos, carretas, esposa y tres hijas. La menor, Roxana, es una belleza altiva y se dice que es la predilecta de su padre.

¿La crucificará Alejandro? ¿La retendrá como rehén? ¿Pedirá rescate por ella? ¿La usará como coacción? ¿Se aprovechará del temor del padre por su bienestar para controlarlo?

No se aclama a nuestro rey como un genio en política y en la guerra sin motivo. Aparece ante el ejército con la princesa a su lado.

Se casará con ella.

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

163

49

Alejandro ha elegido su caballo.

Al desposar a la hija del señor de la guerra Oxiartes nuestro rey convierte a su enemigo más formidable en su suegro. La guerra es un asunto de familia ahora. Emisarios —entre ellos mi hermano Filipo— van y vienen entre los campamentos afganos y los nuestros. El ejército es un hervidero de rumores sobre los detalles de la posible paz.

Si Oxiartes acude a la ciudad de Bactra con ánimo amistoso y entrega a su hija en matrimonio, Alejandro lo honrará con tesoros y muestras de estima tales como hacerlo señor de todo Afganistán y par de Amintas Nicolao, que gobernará Bactria y Sogdiana en nombre de Alejandro. Esto se les puede vender a las tribus como un golpe maestro para los hijos de la patria afgana ya que, bajo el dominio de Darío, nadie excepto nativos persas había llegado tan alto. Ahora, por la sangre de sus patriotas y la gracia del ciclo, la nación les ha sido devuelta a sus legítimos gobernantes. Al menos, ésa es la historia que se cuenta.

¿Quién utiliza subterfugios?

Entonces él, Alejandro, cogerá a su ejército y se irá de Afganistán. A cambio de estos compromisos de paz, Oxiartes utilizará su influencia para llevar a la mesa de negociación a sus confederados. Alejandro garantiza que las cosas se concertarán de tal modo que ningún jefe saldrá perjudicado en la parte que le toca y que todos ellos, seguros en sus tierras y posiciones, no tendrán motivo para protestar.

—Lo que hemos de aceptar en este teatro es que la victoria militar es imposible —nos explica Filipo una noche a nuestros amigos, Bandera y Estéfano, y a mí—. Mientras un solo hombre o una sola mujer de estos afganos siga respirando, se nos opondrán. Pero lo que hemos logrado con el sufrimiento atroz que les hemos infligido, es llevarlos al punto en el que aceptarán un arreglo, un pacto si lo preferís así, al que puedan llamar victoria o, al menos, que no sea una derrota y que a la vez sea aceptable para nosotros.

»Entonces, entre retribuirlos, apartarlos de sus aliados y refugios del norte y mantener una guarnición suficiente aquí, tal vez seamos capaces de estabilizar la situación lo suficiente para poder ponernos en camino hacia la India sin dejar las líneas de suministro y comunicaciones vulnerable a ataques. Es lo más que estamos en disposición de conseguir. Y es suficiente. Bastará.

»Al final —continúa Filipo—, la cuestión se reduce a esto: ¿cuál es la dispensa mínima aceptable? A falta de victoria, ¿qué podemos sobrellevar? No podemos acabar con todos los hombres, mujeres y niños de Afganistán por gratificante que pudiera ser tal empresa. Por fin la paz. Las unidades de Macedonia respiran con alivio. En cuanto a mí, sólo hay un obstáculo.

Shinar no se casará conmigo. Se niega.

Para celebrar su boda con Roxana y el final de la guerra, Alejandro ha prometido una rica dote a todos los maces que se sumen a él para contraer matrimonio con sus consortes asiáticas. Las parejas *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

164

pronunciarán sus votos matrimoniales a la misma hora que Alejandro y su princesa y en el mismo sitio: el palacio de Corienes, en la ciudad de Bactra.

Pero Shinar no quiere hacerlo.

Es la vieja historia de siempre sobre la *a'shaara*.

No me lo pidas! Si te importo algo, no volverás a mencionar esto nunca.

¿Llegaré a entender a esta mujer alguna vez? Mi hijo crece en sus entrañas. No puedo dejar que se cierre en su negativa.

—¿Qué harías si insisto? ¿Marcharte?

Su expresión desesperada me hace comprender que lo hará.

—¿Vas a obligarme a hablar de esto?

—¡Sí! Tienes que explicármelo de una vez por todas y hazlo de forma que lo entienda. Tiene que sentarse; le duele la espalda por el peso que carga.

—¿Puedes darme un poco de agua, por favor?

Se la llevo fresca y con una rodaja de albaricoque, corno le gusta.

—*A'shaara* significa «vergüenza», eso al menos lo sabes, Matías, pero también significa «alma», así como «familia» o «tribu». Yo he perdido el derecho a la mía al permitir que tú, un extranjero y un invasor, me rescatara. Por ello, estoy *ad benghis*, «fuera», y no podré volver a entrar nunca.

—Conmigo no estás «fuera» —arguyo con desaprobación—. Tu dios no puede tocarme, y cuando te unas a mí en matrimonio tampoco podrá tocarte a ti.

Esboza una sonrisa triste.

—Tal vez Dios no pueda, pero otros, sí. —Se refiere a sus parientes. A su hermano. Mi novia afgana. Ella y este país son una misma cosa. La amo y la temo y desvelar sus secretos está tan fuera de mi alcance como estas montañas ocres o este cielo hendido por la tormenta. Al final es mi hermano el que la convence. Acordado el tratado de paz, la unidad de Filipo se encuentra entre las primeras que se preparan para partir hacia la ciudad de Bactra a fin de ocuparse de los preparativos políticos para la boda de Alejandro. Nos visita a Shinar y a mí la última noche que pasa aquí y trae

banghee, un plato de cordero con relleno de lentejas, así como una jarra de vino de ciruela.

Shinar tiene el vientre tenso como un tambor. Si le doy golpecitos con un dedo, suena como un melón. Filipino la mima como un tío soltero. Ella hace que pegue la oreja a su vientre para que note las patadas del bebé. Cuando pasa, los dos ríen como chiquillos.

Más tarde, Filipino habla con ella de forma vehemente y Shinar le presta oídos cuando a mí no ha querido escucharme. Por el bien de la criatura, dice, debe tomarme por esposo. Por amor a esa criatura, debe convertirse en mi mujer.

Ya no eres responsable de ti únicamente, Shinar. Debes tener en cuenta la vida de otro ser. Tu hijo no puede crecer y hacerse adulto en este país sin tener a nadie más que a ti para protegerlo; y ningún afgano te aceptará como esposa si llevas a su casa y a su familia un descendiente del invasor. Pero el bebé puede vivir en Macedonia, desarrollarse y prosperar, acogido como estirpe de héroes, hasta hacerse hombre o mujer, entre muchos otros que serán como él o como ella. Ve el dolor en la expresión de Shinar.

—Sé, querida niña, que crees que el cielo te ha vuelto la espalda. Tal vez fue así en algún momento, pero las cosas cambian con el tiempo. Ni siquiera una deidad tan cruel como la de estas tierras puede mantenerse impasible para siempre ante la aflicción de los suyos. La prueba crece ahora en tu vientre. El sufrimiento te ha redimido, Shinar. Dios te tiende la mano. Tómalala, te lo suplico. ¿Puede haber un acto más impío que despreciar la clemencia del cielo?

Steven Pressfield

La campaña afgana

165

50

La boda de Alejandro y Roxana tendrá lugar en Bactra, en lo alto de la gran fortaleza, Bal Teghrib. Los ritos se celebrarán al aire libre, al estilo persa. Los capitanes de las unidades —y al parecer la mitad de los príncipes de Afganistán— se congregarán en Koh-i-Waz, el palacio del señor de la guerra Corienes, vestidos con sus mejores galas.

Bandera se licencia. Vuelve a casa. Su salario y gratificaciones, contando las primas de cinco Leones de Plata y uno de Oro, ascienden a la paga de veinte años. Es rico. Yo también presento mis papeles. Me toca el equivalente a la paga de seis años. Mil cuatrocientas parejas —maces y sus

novias extranjeras—pronunciarán los votos al tiempo que nuestro rey y su princesa en este día feliz. Hemos oído que la mitad ha elegido destinos afganos. Se establecerán con sus esposas en las guarniciones de las distintas Alejandrías: Artacoana, Kandahar, Ghazni, Kabul e incluso Alejandría Escate. Todos los soldados recibirán al menos una buena granja; los oficiales recibirán haciendas como recompensa. Bandera tuerce el gesto.

—No volverán a ver Macedonia. Hace falta ser gilipollas —dice.

Esa estupidez no va ni con él ni conmigo. Cogemos el «diploma» y nos marcharemos sin mirar atrás. Bandera dice que no piensa dedicarse a trabajar una granja allá, en casa.

—Lo mío es la vida de cazador. Engendraré un puñado de mocosos y los entrenaré en la caza de montaña. Criaremos caballos. Tú y Shinar nos visitaréis todos los veranos. Tú intentarás liarme para que me ponga a cosechar pero ¡por Zeus que no lo haré!

Le pregunto seriamente si será capaz de dejar atrás el ejército.

—Que le jodan al ejército —contesta—. ¿Quién lo necesita?

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

166

51

Shinar da a luz el diecinueve de artemisio a un niño sano. Le ponemos de nombre Elías. Pesa exactamente lo mismo que mi escudo pelta (unas ocho libras) y cabe cómodamente dentro del hueco cóncavo de cuero y bronce. Cuando lo baño, vocea como un soldado de la tropa. Tiene diez dedos en las manos y diez en los pies y un pene pequeñito y sonrosado por el que, tumbado boca arriba, lanza un chorro al aire como una fuente de mármol. No podría sentirme más dichoso. Shinar también ha cambiado. El niño tiene el pelo negro como ella y los ojos de color canela, como yo. Una amalgama habitual.

Con la llegada de este paquetito nuestra vida ha cambiado para siempre. Mi actitud hacia la muerte, mi *¿Narik ta?*, ha desaparecido. Seguir vivo y serle útil a este niño ha pasado a ser todo para mí de la noche a la mañana.

Bandera y Estéfano nos visitan para pasarle revista a este nuevo miembro de la campaña, que los recibe con una extraordinaria defecación. Mis amigos aclaman su tamaño y su peste varonil. No me sentiría más orgulloso si el pequeño hubiese escrito una segunda *Ilíada*. No quiero que

mi hijo sea soldado. Que enseñe música o practique el arte de la medicina. Que críe caballos y cultive la tierra.

Yo he cambiado, sí, pero Shinar está transformada. Ahora es madre. Despierta en mí admiración y respeto. Me aferro a esta aspiración: verla departiendo con mi madre sobre cosas de mujeres. Quiero verlas reír juntas en nuestra cocina de Apolonia o caminar con el pequeño Elías por las colinas que se alzan cerca de la casa.

Me viene a la cabeza la idea de que mi hijo tiene dos primos. El hijo y la hija de mi hermana Eleni y de su marido Agatón. ¡Qué ganas tengo de ver a estos tres pequeñines jugando! La noche del nacimiento de nuestro hijo, mientras la madre y el pequeño dormían, saqué la carta de mi cuñado que he guardado tantos meses en el fondo del macuto con el resto de mi equipo.

Estoy sentado y contemplo a mi hijo menor, que es hijo de tu hermana y tu sobrino, jugar al sol en el patio. ¿Sabes, querido hermano, que mi deformidad dejó una impronta tan indeleble en mi imaginación que cuando nuestro hijo nació esperaba que tuviera, como yo, un muñón en lugar de una mano? Cuando lo vi íntegro y perfecto, lloré. Gracias a este niño siento que se ha creado un mundo totalmente nuevo.

Seis días después del nacimiento, se celebra en toda la ciudad una fiesta nupcial llamada Mazar Dar, «Nueva Vida». Su protagonista es la princesa Roxana; el día de fiesta es en su honor y los ritos son sólo para mujeres.

Algo le ocurre a Shinar durante esos rituales; no quiere contarme qué ha sido, pero de lo que no cabe duda es de que a su regreso está cambiada. Quizá sea por la calidez de verse rodeada de un montón de mujeres compatriotas zureando como palomas por su hijo recién nacido. Tal vez sea por encontrarse y hablar con las numerosas novias afganas que dentro de unos días tomarán esposos griegos y macedonios. No lo sé. Pero cuando esa noche se tiende en la cama a mi lado, manifiesta que ha cambiado de idea.

—¿Es demasiado tarde para inscribirnos en la lista de boda?

—¿Quieres decir para casarnos?

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

167

Mi amada sonríe.

—Si me aceptas...

Steven Pressfield

Tengo un amigo, Teodoro, en el cuerpo logístico. Dice que esta boda gravará al cuerpo de intendencia como no lo ha hecho ninguna operación en toda la guerra. Oxiartes, para honrar a su hija, ha hecho venir a todos los jefes de clan y *malik* que hay desde la ciudad de Bactra hasta el Oxo y a todos sus criados entre los seis y los ochenta años. Los otros señores de la guerra, para no ser menos (o quedar fuera del nuevo orden), han convocado a todos sus secuaces. Precediendo a la boda habrá Antar Greb, es decir, «los Diez Días del Perdón». Durante ese período se indultará a los prisioneros, se condonarán las deudas, se arbitrarán enemistades. ¿Dónde dormirá semejante multitud? ¿Cómo se la alimentará? Solamente para transportar las tiendas en las que albergar ese gentío hará falta un millar de camellos. En cuanto al número de las mulas es incalculable, como el de los cargos que ya han enviado chalanes y acemileros. ¿Cómo daremos de beber a todas esas bestias? El río Bactro es la morada de centenares de nutrias sagradas.

—¡Por Heracles, esos mamoncetes tendrán que largarse nadando a toda prisa para salvar sus peludos pellejos!

La ciudad no puede sustentar a tanta gente, de modo que empiezan a aparecer campamentos extraoficiales de la noche a la mañana. Carpas de vivaques alfombran las orillas del río, suben por las faldas de las montañas, se extienden por la Llanura de los Lamentos que parece, por fin, haber derrocado su nombre. Todos los alfayates y zapateros al este de Artacoana han viajado hasta aquí

con la esperanza de obtener en veinte días las ganancias de diez años. Los barberos afeitan la cabeza de los hombres para que tengan buena suerte. Los carboneros pregonan la leña envuelta en haces sujetos con cintas que cargan en carros de dos ruedas; los espaderos montan *bichees*; centenares de puestos se apiñan en espacios ocupados de bote en bote con bataneros, merceros, pañeros, herreros, hojalateros, artesanos del bronce. Mendigos mutilados comparten puesto con grabadores de tatuajes; encantadores de serpientes reparten su tenderete con vendedores ambulantes de yute, nas y *bhang*. Hay chicos que trabajan por la calle cargando a la espalda recipientes de bronce con *chai* caliente que sirven en tazas abriendo pitorros que llevan a la altura de la cintura. Algo que no falta en Afganistán es el pescado. La trucha de arroyo y la marrón se traen a toneladas desde los

arroyos de montaña por los barqueros *dhuttie* en unas ingeniosas balsas de mimbre, con los peces todavía vivos en el agua. En la ciudad no queda alojamiento, de modo que caravanas de camellos ponen tiendas al borde del desierto. Un bazar de carpas se extiende sobre centenares de acres y en él se ofrecen chalecos y calzado de Media, dagas de Damasco, gorros *aghee* acolchados y túnicas de Patia. Adivinos leen el futuro con tiradas de piedras; astrólogos interpretan lo que ven en el cielo. Buhoneros de baratijas y fruslerías trabajan en pareja, uno llevando ante sí una gran horca tintineante de la que cuelgan cientos de anillos para dedos de manos y pies, brazaletes, ajorcas para el tobillo, collares, fetiches, amuletos y talismanes, en tanto que su socio va dando saltitos alrededor y vende las mercancías de ambos. Como recuerdo, las imágenes de la novia y del novio se pintan en copas y platos, se tejen en alfombras, se esmaltan en bandejas y se cosen en banderines, campanillas de rezos y en casquetes; se pueden comprar retratos de Alejandro y Roxana en cuentas y monedas, conchas de cauri, pañuelos y prendas interiores. Compañías de actores, acróbatas, malabaristas, contorsionistas, charlatanes de feria y bufones organizan espectáculos improvisados; los poetas recitan; los rapsodas cantan; los filósofos edifican. Jamás había visto a tantos oradores aficionados. *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

169

Un chiflado tras otro declama su desquiciada doctrina encaramado a una piedra en el mercado; dentro de un anexo entoldado cuento una decena que arenga al gentío que escucha con expresiones que van del fervor al estupor. En un paseo por la ciudad te encuentras yoguis de la India, ascetas de Cos, automutilados de Khumar. Veo a un *sadhu* atravesarse las dos mejillas con una docena de varillas de hierro para kebab sin dejar de sonreír en ningún momento. Su cestillo rebosa monedas que le echan los maces y albaricoques y ciruelas de los afganos. Una chica traga espadas; otra contorsiona el cuerpo para poner las plantas de los pies sobre la cabeza. Hombres con braseros venden sesos de cordero escalfados en el cráneo, manos de cerdo, criadillas de toro en camas de arroz humeante. Se pueden comprar globos oculares, nudillos, cráneos hundidos, collares de dientes y colmillos, orejas y dedos, amuletos contra la muerte y las deformidades, poemas para conseguir amor, suerte, felicidad; lubricantes y asfixiantes, emolientes y afrodisíacos, pociones y lociones, eméticos y panaceas. Veo al mismo tipo cojo dejar las muletas tres veces en un mismo día. De Babilonia

han venido maestros voladores de cometas; sus carpas de papel planean muy alto con el viento afgano. ¡Larga vida a Alejandro y a Roxana! La unión del rey y la princesa constituirá el día más glorioso del país desde el nacimiento de Zoroastro: los maces, jubilosos porque se van y los afganos eufóricos por verlos marchar.

Entretanto, se celebran cientos de *jurgas* y consejos tribales. Clemencia es la consigna del momento. El lema de empezar de nuevo lo impulsa todo.

Las bodas, como ya he dicho, se celebrarán al estilo persa. Habrá eventos preliminares durante cinco días que culminarán con la ceremonia del matrimonio en sí al quinto. El número cinco es el del amor en la numerología persa. Todo lo que forme parte de la ceremonia ha de ser divisible entre cinco: quinientos prisioneros serán indultados; quinientos esclavos serán liberados. El mismo número de cometas volará sobre el palacio el día de la boda y se soltarán dos veces cinco mil palomas en el apogeo de la ceremonia nupcial.

La ceremonia que unirá a Alejandro y a la princesa Roxana tendrá lugar al anochecer, el inicio del día en el uso persa. Un desfile militar precederá a la boda; discurrirá por la planicie y lo presenciarán los dignatarios maces y afganos que a continuación subirán a la ciudadela, donde se realizará la ceremonia en sí. Cuando los ritos concluyan y las cometas y las palomas hayan volado, darán comienzo los festejos, que durarán toda la noche, incluso después de que los novios se retiren al amanecer, y todo el día siguiente, cuando varios ritos de clemencia tendrán lugar. En cuanto a nuestra compañía, hará un último ensayo a media mañana, después comeremos y prepararemos los uniformes, las armas y las armaduras. Nos bañaremos y tendremos un último servicio de barbería con corte de pelo, arreglo la barba, encerado de dientes. Varios días antes se erige una columna conmemorativa a los caídos griegos y macedonios. La ceremonia tiene lugar al amanecer. Los nombres de Elías, Lucas y Tolo, junto con seis mil novecientos más, se han cincelado en la piedra. Estéfano ha compuesto una oda de despedida.

EN COMPAÑÍA DE SOLDADOS

En compañía de soldados

no tengo que justificarme.

En compañía de soldados

todos comprenden.

En compañía de soldados

*no he de fingir ser quien no soy.
Ni adoptar esa pose, por bienintencionada que sea,
que esperan quienes no me han conocido en armas.
En compañía de soldados todos mis crímenes se perdonan
estoy a salvo
estoy entre amigos
estoy en casa
en compañía de soldados.
Steven Pressfield
L a c a m p a ñ a a f g a n a
170*

Estos ritos van acompañados de juegos funerarios. Los participantes son centenares; el talante es solemne, pero alegre. El cuerpo de ingenieros ha construido un hipódromo, un circuito de cuatro estadios alrededor de un poste de viraje. Las carreras de caballos se organizan para que todos los participantes sean griegos y macedonios con el propósito de no agraviar a los nativos, ya que su participación podría entenderse por parte de sus compatriotas como un homenaje a la muerte de los extranjeros. Pero llegado el momento, son tantos los campamentos bactrianos y sogdianos que rodean la pista de carreras ya que no queda ningún otro sitio donde dormir y estos tipos son tan buenos jinetes que se los invita también. Yo mismo participo con *Khione*. Ganamos una eliminatoria y llegamos terceros en la siguiente, pero al final la fatiga de la campaña ha dejado a mi pobre yegua hecha unos zorros. Acabamos los últimos en la siguiente y nos unimos a la multitud de espectadores. Estoy con Bandera en la fila de la tienda de apuestas cuando veo a un *spin gar* («barba blanca», el término afgano para referirse a un viejo) que me es conocido. Es Ash, el acemilero de Kandahar que me alquiló a las mujeres porteadoras para cruzar el Hindu Kush. Cruzo hacia el bribón y le palmeo la espalda.

—¡Por Zeus, creía que los guardias habían encerrado a todos los criminales!

Se vuelve hacia mí con una sonrisa desdentada.

—Entonces, ¿cómo es que estás tú en libertad?

Nos abrazamos como hermanos. El proverbio es verídico en cuanto a que incluso entre enemigos irreconciliables puede haber concordia cuando transcurre tiempo suficiente.

—¿Qué te trae por aquí, Ash?

—Mulas, ¿qué otra cosa podía ser?

Encontramos un sitio fuera de las apreturas del gentío y nos ponemos al corriente de las noticias.

—¿Esta vez no traes mujeres? —pregunto, a lo que él alza las manos al cielo con las palmas hacia arriba.

Bandera le cuenta lo de Shinar y yo.

El viejo estalla en carcajadas por lo que cree que es una broma.

—¡No, es cierto!

Hace falta un juramento para conseguir que Ash se lo crea. Se retuerce la barba mientras intenta recordar.

—¿Cuál de ellas era?

—A la que golpeaste. La que te compré.

—¡Dios nos ampare! —Otra vez sube las palmas hacia el cielo—. Este país te ha vuelto más loco de lo que imaginaba.

Bandera le cuenta lo de Lucas y Ghilla, lo del niño y el final de mi amigo. Ash se pone serio.

—Era un buen tipo. Que su alma encuentre la paz.

Nos cuenta que comparte una tienda situada una milla río arriba, en el gran campamento de los panjshiri.

—Cenad conmigo, amigos míos.

No podemos. Tenemos que ensayar para el desfile militar que precede a la boda. Sin embargo, acordamos con Ash volver a encontrarnos el día de las carreras de caballos. A punto de marcharse ya, el viejo bribón me agarra del brazo.

—Sabes que su hermano está aquí también ¿verdad?

Se refiere al hermano de Shinar. Era lo que me temía, con tantos aliados afganos reunidos para la boda. Baz podría estar en cualquier parte, incluso en nuestro propio campamento.

—¿Dónde? —inquieta Bandera.

—Sirve en los lanceros sogdianos adjuntos a la brigada de Hefestión. Él y dos de sus primos. —

Ash describe un vivaque situado en la planicie, a varias millas—. Hermano y parientes buscan satisfacer la deshonra que has ocasionado a la familia al liberar a la chica. Le he oído hablar de ello, pero no sabía que su objetivo eras tú.

Le pregunto a Ash si en su opinión esto es realmente serio.

—Hay que temer a esos gallitos exaltados —contesta—. Y temer más a las pájaras de su tribu, *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

171

porque la *a'shaara* las tiene tan cogidas como la garra de un águila aferra a una paloma. Sé lo que Bandera está pensando. Despedirse del viejo, encontrar al hermano. Matarlo. Una parte de mí está completamente de acuerdo con él, pero nuestro código de *filoxenía* prohíbe derramar la sangre del clan de mi prometida... y parientes de mi pequeño hijo. Además, veo en esto una oportunidad que me brinda el cielo.

—Ahora son los Diez Días del Perdón ¿verdad, Ash? Contesta afirmativamente y añade que quizá pasen años hasta que se repita esta circunstancia. Me vuelvo hacia Bandera.

—Conocimos al hermano de Shinar hace un tiempo, ¿recuerdas? Él no quiso nunca que hubiera esta pendencia, no es algo que esté deseando hacer. Cogería al vuelo la oportunidad para dejarlo de lado.

Hay otra razón por la que soy optimista. La fecha de nacimiento de mi hijo es el diecinueve de artemiso. Allá en casa es el Día de la Anexión, el aniversario de la incorporación de Apolonia a la Gran Macedonia. En mi ciudad este día ondeará el estandarte del León en todas las casas; las calles se llenarán de danzarines. También allí se condonarán las deudas. Es un buen presagio. Le pregunto a Ash qué tenemos que hacer.

—Déjalo en mis manos —me contesta.

Hay que convocar un consejo tribal, una perspectiva que los hombres del clan aceptarán con entusiasmo. Será un gran pasatiempo; hablarán de ello durante años. Dice Ash que yo he de acudir en persona y pedir perdón por mis malas acciones.

—¿Pedir perdón? ¡Y una puta mierda! —exclama Bandera.

Pero Ash sabe de lo que habla.

—A estos *dussars* —dice, utilizando la palabra que significa «palurdo» o «patán»— les causará

un gran placer debatir tu petición, Matías. Tienes que tomar parte en la función. Puede que te cueste dinero. —Se refiere a la compensación por desagravio. Dinero de sangre, como absolver a un asesino—. ¿Tienes? —me pregunta.

—Suficiente para que un sinvergüenza como tú saque tajada —dice Bandera. Pero yo estoy lanzado.

—Puedes pedir lo que quieras, Ash. Al igual que Baz, el hermano.
¿Para qué sirve el dinero, si no? Para conseguir lo que necesitas... O para mantener lejos lo que temes.

—¿Cuánto se tardará en organizarlo? —pregunto.

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

172

53

El *jurga* se celebra la noche de la víspera de la boda. Por lo visto no se podía convocar un quórum antes porque muchos participantes de la tribu, que son tropas asalariadas al servicio de Alejandro, debían ensayar durante el día la participación de sus compañías en el desfile militar que precederá a las nupcias de mañana. A Bandera y a mí nos parece bien. Nuestro grupo tiene que prepararse también.

Estéfano me exime del último ensayo para que vaya al cuartel general a recoger los papeles que nos permitirán a Shinar y a mí contraer matrimonio en la ceremonia colectiva de mil cuatrocientas parejas. Este rito se celebrará a la misma hora del crepúsculo en la que se casarán Alejandro y Roxanna, sólo que será fuera de la fortaleza, en el nuevo anfiteatro de estilo griego que se ha excavado en la falda de Bal Teghrib, en el sitio desde el que nuestro rey le habló al ejército por primera vez tras cruzar el Hindu Kush.

Bandera y yo cabalgamos hacia el campamento afgano. Falta una hora para anoecer. Se suponía que Ash se reuniría con nosotros para hacer de escolta y garante, pero no hay forma de dar con él. En su lugar, tomamos a uno de nuestros *shikaris*, un montañés canoso llamado Jerezrah, para que presente nuestra petición de permiso para entrar. Pero ¡ay! resulta que *el* tipo es de los agheila, una tribu de los panjshiri con la que nuestros anfitriones, también pactianos pero de otra clase, están en guerra. No lo dejan pasar. Entonces aparece Ash. Por lo visto nos ha estado esperando allí, preguntándose qué nos habría retrasado a Bandera y a mí. Se hace cargo de la situación. Apelando al espíritu de los Días del Perdón, persuade a nuestros anfitriones para que permitan entrar a Jerezrah. Sólo que ahora Jerezrah está molesto por el insulto y no quiere pasar.

—Conozco a estos bandidos de toda la vida —dice mientras se da media vuelta—. Siguen siendo tan marrulleros y tan indeseables como siempre.

Bandera, Ash y yo entramos al campamento. Parece que hasta el último mono de la tribu en cien millas a la redonda ha oído el runrún sobre el acontecimiento y todos se han congregado aquí, ansiosos de asistir a él. Son una pandilla de aspecto salvaje; van armados hasta los dientes y se nota que no han ido al barbero desde hace meses. Todos llevan una fusta adornada con flecos y plumas; cuando se sientan apoyan la punta de la fusta en el suelo mientras sostienen el mango entre los dedos con delicadeza, de manera que cuando la asamblea al completo se ha colocado en círculo, todos los látigos de montar apuntan hacia el centro y se sacuden rítmicamente para golpear en el suelo. Es un espectáculo pintoresco y, a su modo, bastante bonito. El gentío se ha agrupado ahora frente al pabellón del jefe, una estructura de piel de cabra sostenida por multitud de columnas de madera y con un enorme toldo como pórtico, bajo el cual hay alfombras extendidas sobre la tierra. Nos muestran cuál es nuestro sitio. Tomamos asiento. El sol se esconde tras las montañas; al momento, se siente el frío aguijonazo del aire nocturno. Ash, sentado a mi derecha, dobla las rodillas. Los jefes y ancianos están sentados justo enfrente, con el hermano y los primos de Shinar de pie, detrás de ellos. No hay intercambio de saludos; ni siquiera dan señal de advertir nuestra presencia. Ash dice que es la costumbre. Se llama el «acomodo», cuando las partes se van conociendo por etapas, sin hablarse entre sí. En el círculo hay un runruneo de conversaciones. Todo el mundo charla excepto Bandera y yo. Ahora traen grandes cuencos de latón con agua, pero no para beber, sino para lavarse la mano *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

173

derecha. El ruido de fondo se vuelve más animado. Al instante, aparece una montaña de arroz, carne de cordero y guisantes que pasan en una carretilla cargada entre cuatro. Todo el mundo coge con la mano, así que Bandera y yo hacemos lo mismo por miedo a ofenderlos si lo rechazamos, a pesar de que acabamos de engullir en el campamento una cena de las que te hacen polvo el estómago. El hermano y los primos no se sientan. Ni comen. Se mantienen en su posición justo detrás del jefe tribal. No tengo la menor idea de lo que significa eso. Su gesto es hosco y antagónico; están cruzados de brazos. Cuando la montaña de arroz se ha devorado, cosa en la que no se tarda más de diez minutos, los hombres empiezan a debatir en pactiano el asunto de Shinar y su violación del código de la *a'shaara*. Nadie nos invita

a hablar a Bandera y a mí; ni siquiera miran en nuestra dirección. El jefe y los ancianos mantienen un diálogo muy hilarante entre ellos y que, en apariencia, nada tiene que ver con nuestro caso. La pasión anima el debate; en cierto momento hay que separar a varios hombres del clan que casi han llegado a las manos. Todos los viejos se lo están pasando en grande.

De repente, como si sonara una señal que todo el mundo puede oír excepto Bandera y yo, el follón cesa. Se llama a hermano y primos para que se adelanten; los tres se sientan, de cara hacia mí.

—*¡Toumah!* —aulla un intérprete—. Habla.

Lo hago. Me dirijo al hermano y los primos.

—*¡Nah! ¡Nah!* —me corrige el maestro de ceremonia. Tengo que presentar mi alegato a los ancianos.

Expongo el caso en griego y Ash lo traduce. Cuando acabo, se inicia un segundo turno de debate. De nuevo, los jefes tribales no prestan atención. De hecho, unos cuantos se levantan y se marchan, para orinar, imagino. Al volver reanudan la animada plática. El período finaliza y ahora es el hermano de Shinar, Baz, el que se levanta para hablar.

Habría preferido que estuviera más enfadado. En cambio, muestra una expresión pétrea y adusta. Se dirige a los ancianos y a la multitud, no a mí. Cuando gesticula en mi dirección, cosa que hace de vez en cuando, eleva el registro de voz. Sé suficiente pactiano para entender que más que odiarme como individuo o por cualquier agravio que haya podido hacerle personalmente, me odia por ser la representación del ejército de Macedonia, del detestado invasor. Para él soy todos los extranjeros, todos los maces. Nos odia con encendida pasión.

Ash me habla al oído.

—No te tomes esto demasiado en serio. Es un buen hombre.

Baz termina su arenga a los ancianos y a la tribu. Ahora se vuelve hacia mí. En unos términos de fría y dura truculencia, lee en voz alta una acusación que haría que la melena de Zeus encaneciera. Distingo tres palabras a fuerza de oírlas repetirse: «honor», «insulto» y «justicia.» Así acaba su alegato.

—Ahora, ofrece dinero —me apunta Ash.

Me advierte que empiece con una cifra baja. Lo hago. No funciona. Mi apuesta es casi la mitad de mi gratificación, la paga de tres años. No me sirve de nada.

—Añado mi yegua —digo.

La asamblea estalla en un gran clamor. Las fustas se sacuden con desbordante energía. Los hombres del clan se dan golpecitos unos a otros con el envés de la mano derecha (hacerlo con la palma o con la mano izquierda constituiría un tremendo insulto.) Mi yegua aparece como por arte de magia conducida por caballerizos afganos. La multitud la rodea en cinco de fondo. Hay que ser justo con estos bandidos: saben de caballos. Por el animado chachareo, es evidente que *Khione* tiene su aprobación. Echo una ojeada a Baz y a los primos. Los hombres del clan les golpean con la mano alegremente. La cosa pinta bien, según Bandera.

—Esos ladrones de ovejas le están mostrando respeto a tu hombre.

Tiene razón. Los hombres siguen felicitando a Baz. Es evidente que para ellos no hay ya ni rastro de deshonra.

Ofrecer mi yegua ha sido un golpe brillante. Aunque codicioso, a un afgano el oro lo atrae menos (apenas tiene oportunidades de gastarlo) que artículos honorables como armaduras o armas del *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

174

enemigo; y más aún su montura de batalla, en especial si ese animal es un ejemplar de primera como *Khione*, en plenitud de sus años de combate. Adquirir semejante trofeo es casi tan satisfactorio como asesinar al propio enemigo.

—¿Hay acuerdo? —le pregunto a Ash.

Me dice que por supuesto. Sólo que habrá otra hora de regateos por bridas y arreos. Ash se encarga de ello y negocia en mi nombre.

—Accede a todo —le digo—. ¿Qué más da?

—¡Jamás! Os despreciarán a ti y al animal si no luchamos por esto. Al final, Ash consigue conservar mi armadura y mis armas. Entonces traen una segunda comida.

—Ash, sácanos de aquí de una puñetera vez —exige Bandera.

Se cierra el acuerdo. El hermano de Shinar renunciará a su requerimiento de venganza bajo las leyes de *tor* y *a'shaara*. Yo le compensaré con mi yegua y la indemnización acordada. Quiero terminar con esto de una vez, pero la suma que he prometido es demasiado cuantiosa para darla en oro; de todos modos ni siquiera tengo una décima parte. Tendrá que ser con una libranza del ejército y obtener esto a través del oficial de intendencia nos llevará toda la noche y gran parte de mañana, si tengo suerte.

El hermano y yo acordamos encontrarnos al día siguiente en la entrada del campamento pactiano, una hora antes de formar para el desfile.

No me da la mano al cerrar el acuerdo; esa función la lleva a cabo el jefe, como marca la costumbre.

—¡Buen trato! —me dice el hombre en griego.

—¿Lo mantendrás? —pregunto a Baz, mirándolo a los ojos.

—Trae el dinero y la yegua.

—Si nuestras naciones han conseguido las paces, tú yo también podremos hacerlas.

—Abandona mi país y no vuelvas nunca —dice, sin darse por enterado.

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

175

54

Ash hace otra advertencia mientras salimos a caballo del campamento: cuando entregue el dinero y la yegua tengo que asegurarme de que el hermano los tome con sus propias manos sin que haya lugar a dudas.

—Una vez que acepte las bridas, no podrá echarse atrás en su promesa. Hasta entonces, no tienes nada en firme, todo está en el aire.

Le cuento la reunión a Shinar nada más llegar. Estaba enterada de la presencia de su hermano en el campamento desde el día del Mazar Dar, la fiesta para las mujeres. Allí había hablado con dos chicas de su pueblo.

—No lo mencionaron siquiera, pero lo vi en sus ojos.

Ghilla está con nosotros; la inquietud en las dos mujeres es tangible. Quieren trasladarse a otro campamento, ahora mismo, esta noche. Temen que Baz y los primos, a pesar de sus promesas, vayan a por ellas.

Pero, ¿dónde vamos a mudarnos? La ciudad está abarrotada y no queda vacante ni un cuchitril de esclavo.

Estéfano nos salva. A través de un amigo nos facilita el acceso al recinto de oficiales solteros, la parte más segura del campamento militar. Sólo para maces. Conseguimos una tienda con los caballerizos. No está mal. Debido a los caballos hay vigilancia día y noche. Entre los montones de campamentos repartidos en mil acres de terreno es imposible que Baz pueda localizarnos aquí. Falta una hora para que amanezca cuando dejo a las mujeres y a los niños instalados. Estoy demasiado crispado para dormir y, además, tengo que presentarme temprano en el cuartel general, para solicitar la carta de pago del ejército.

Me estoy poniendo una túnica limpia cuando Estéfano aparece con su amigo, el capitán que nos metió en el recinto de seguridad. Jura velar por Shinar y por Ghilla; pondrá a tres hombres de guardia en la tienda para que así siempre haya dos despiertos.

Debería quedarme yo. Debería llamar a Bandera y a Púgil y plantarnos delante de la entrada el día entero, hasta que llegue la hora de la boda.

Pero tengo que conseguir el dinero.

Tengo que sellar el contrato.

A mediodía he cruzado y vuelto a cruzar la ciudad media docena de veces. Cada burócrata me cuenta una historia distinta: la oficina del oficial de intendencia está cerrada por la boda; la oficina está abierta pero se ha trasladado al otro lado de la ciudad; la oficina desea ayudarme, pero el secretario no encuentra mis hojas de servicio; la oficina se cierra dentro de veinte minutos. La boda de Alejandro ha puesto en estado de histeria a la ciudad. Todas las calles están abarrotadas de alfayates y repartidores de ropa limpia. Golfillos descalzos corren por caminos secundarios de los campamentos del ejército para entregar botas recién lustradas y cascos recién bruñidos. Nunca había visto tantas capas militares tan planchadas y tan resplandecientes. Los enganches de bronce relucen como diademas. Al borde del río se alinean caballos pegados lomo contra lomo mientras los mozos los enjabonan y los restriegan. En la planicie debe de haber un millar de campamentos. A los márgenes de cada uno de ellos se acucillan centenares de nativos que *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a f g a n a

176

limpian sillas de montar, enceran bridas y aparejos, y saca brillo a las piezas de metal. Para mantener limpia la ciudad, nuestro anfitrión, el señor de la guerra Corienes, ha prometido una moneda de cobre por cada galón de estiércol de caballo retirado de la vía pública y entregado a sus encargados de cuadras. Los golfillos se pelean ruidosamente por las boñigas en todas las calles. La ciudad reluce.

El tercer intendente me deriva hacia al Registro de Condecoraciones. El administrativo no encuentra mis documentos de servicio, pero tiene éxito a la hora de localizar los de mi hermano Elías. ¿Sabía que tengo un abono pendiente de cobro? La mitad de la prestación por defunción de Elías; la otra mitad le corresponde a Filipo.

Esto me salvará.

¿Puedo cobrarla?

Por supuesto. En Apolonia, dentro de seis meses.

El funcionario tiene que cerrar la oficina. Sin embargo, es un tipo decente y cuando me doy la vuelta, rezongando, le llama.

—¿Y qué hay de su dote, sargento?

Me recuerda que la tesorería del rey obsequiará hoy a cada pareja de recién casados con una copa de oro que fácilmente valdrá la cantidad que me hace falta.

El problema es que el regalo llega después de la boda.

—Encuentra a un egipcio —aconseja el administrativo. Un prestamista. Alguien que me adelantará dinero en efectivo contra mi aval de la dote.

Lo intento durante otras dos horas. El barrio de los cambistas está cerrado a cal y canto por las fuerzas de seguridad, ya que esa calle conduce a la Ciudadela; nadie puede acceder por allí salvo llevando un pase con el sello real. Alguien me cuenta que los prestamistas se han trasladado temporalmente a otros emplazamientos, que sus mesas están instaladas detrás de la Calle de los Armeros. Estoy a veinte pies de esa calle cuando una procesión de sacerdotes se interpone en mi camino como un muro. Los zoroástricos avanzan a un paso con el que en comparación una babosa parecería rápida. Portadores de mazas ceremoniales flanquean a los hombres santos; no puedo cruzar entre ellos o la muchedumbre se me echaría encima. Sin embargo, alcanzo a ver a los cambistas. En todas las mesas hay una fila de veinte hombres. Uno de cada dos milicos que están sin blanca ha tenido la misma idea que yo. Para cuando consigo rodear la procesión, ya han recogido las mesas. No quedan cuartos. Los cuervos usureros han prestado todo; al doble y medio. Regreso al recinto de oficiales solteros cuando pasa una hora del mediodía. Ghilla y otras dos chicas están preparando el baño ritual para Shinar y no me dejan entrar en la tienda; trae mala suerte. Mi capa planchada cuelga del poste. La he cagado bien. He fracasado por completo. No tengo el dinero para Baz y no hay forma de conseguirlo. Mientras me dejo caer en el banco que hay fuera de la tienda, Bandera llega a caballo. También conduce a *Khione*, mi yegua, por la brida. Los dos animales están almohazados y resplandecientes. Trae asimismo un tercer animal para que lo cabalgue a la vuelta.

—¿Tienes el dinero?

Sacudo la cabeza.

Bandera me lanza una bolsa de cuero que cae al suelo con un ruido tintineante, pesado.

—Cógela y ni una palabra —dice.

No me deja que le dé las gracias.

—Estaré de vuelta dentro de una hora con Púgil y Rojillo. —Se refiere a que los cuatro cabalgaremos al encuentro de Baz—. Lleva hierro extra. Por si nos desarman a la entrada.

—¿Dónde está Ash? —pregunto tras asentir con la cabeza a su recomendación.

—En el campamento pactiano. O allí es donde dijo que estaría.

El lugar donde hemos de reunirnos con el hermano y los primos de Shinar se halla a unos veinte minutos planicie adentro. Hoy tardaremos el doble de tiempo por el gentío que abarrota las calzadas.

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

177

Me visto en cinco minutos. El resto de la hora lo paso rondando por el perímetro de nuestro callejón. Los guardias del capitán están en sus puestos. Todas nuestras mujeres están localizadas, excepto Jenin, la chica de los abortos, que ha salido a recoger la ropa de la colada. Repito para mis adentros la advertencia de Ash: poner las riendas de *Khione* en las manos del hermano de Shinar. Así se sellará el pacto.

Ya falta poco.

Un trámite más y habremos despejado el camino de obstáculos.

Bandera regresa con Púgil y Rojillo. Se ha cambiado y lleva el uniforme de gala para la boda, incluida la capa militar bajo la que guarda un destripador de estilo espartano (por si Baz y los primos intentan alguna jugarreta), un cuchillo *khofari* sujeto al muslo con una correa y un par de dagas arrojadizas metidas en las botas. Púgil y Rojillo esperan fuera, en sus caballos. Me despido de Shinar. Mis compañeros y yo tardamos una hora en llegar al campamento pactiano. Allí convergen tres calles principales; los callejones adyacentes están abarrotados de caballería, aliada e irregular, y millares de asistentes a los festejos que van a pie. El sol de la tarde es abrasador. Hay centenares de remolinos de aire que levantan tierra.

—Ahí es —señala Bandera.

Divisamos la entrada, donde ayer rechazaron a nuestro *shikari*. Hay un grupo de hombres de la tribu que espera. Ash se adelanta un paso.

Ni rastro de Baz.

Ni de los primos.

Freno la yegua delante del acemilero.

—¿Dónde está el hermano?

Ash parece encontrarse muy alterado.

—¿Dónde están?

—Sabía que nos la iban a jugar —dice Bandera.

—Ash...

—No lo sé —contesta.

—¿Qué pasa?

—¡No lo sé!

Bandera observa los rostros de los espectadores. Ellos sí lo saben. Han venido para vernos, para disfrutar con nuestra inquietud.

Dos afganos alargan la mano hacia las riendas de *Khione*, pero la libero de un tirón.

—¿Dónde está Baz? —grito en dari.

Los hombres se lanzan hacia *Khione* con intención de robarla. Bandera desenfunda el sable; las lanzas de Púgil y de Rojillo frenan en seco al grupo.

—¡Ash! —bramo— ¿qué coño está pasando?

—¡Matías! —Bandera señala hacia la multitud que observa. Jenin.

La chica de los abortos.

Nos ve señalándola y sale corriendo como una liebre. Clavo espuelas. En un abrir y cerrar de ojos, Bandera y yo nos ponemos a galope. La chica se escabulle entre las tiendas y una multitud nos cierra el paso.

Los cabrones nos la han pegado bien —grita Bandera. Nos han engatusado para alejarnos del recinto. Para dejar sin protección a Shinar y al bebé.

Veo a Jenin correr por el campamento callejón abajo. La advertencia hecha por Ash ayer retumba en mis oídos:

Y temer más a las pájaras de su tribu, porque la a'shaara las tiene tan cogidas como la garra de un águila aferra a una paloma.

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

178

55

Mi látigo arranca trozos de carne en los flancos de mi pobre yegua; le taconeó la caja torácica sin darle respiro. Nos han engañado. Baz nos ha traicionado.

Bandera y yo cabalgamos por la calzada paralela al río, de vuelta a nuestro campamento y a Shinar. Tres puentes salvan la corriente debajo de Bal Teghrib. Todos están abarrotados con peregrinos y asistentes a las bodas. Al otro lado del río se extiende el gran raso del campo de desfile y más allá se alza el pétreo macizo de la ciudadela. Ya vemos regimientos que entran en formación.

¿Cómo rodearlos? Nunca conseguiremos cruzar por los puentes y el río es demasiado profundo para vadearlo. Nuestros caballos se reventarán el corazón si los hacemos cruzar a nado; además, la orilla opuesta está protegida de punta a punta con barricadas de seguridad. La Guardia del Rey nos interceptará al vernos en este estado frenético y hasta pueden disparar y matarnos. No tenemos más opción de galopar corriente arriba la milla y media que hay hasta el primer vado. Cuando por fin nuestros animales remontan la ribera al otro lado, notamos que las rodillas les fallan. La calzada que se dirige a Bactra desde el oeste se bifurca al llegar a un bosque de tarayes que alberga los poblados de chabolas habitados por los más pobres de la ciudad. El ramal del sur se convierte en la Calzada del Río y converge con la vía meridional para entrar a la ciudad a través de la Puerta de Drapsaca. Ese cuello de botella estará atestado de gente. Tiramos por el ramal izquierdo, cuesta arriba hacia la fortaleza. Mi yegua está cansada pero sigue diez cuerpos por delante del caballo de Bandera. Ya veo la calzada de acceso a la puerta occidental; hay un atasco de una milla. Freno para que Bandera me alcance.

—¡Por ahí! —Saltamos el muro por un punto que es bajo.

Entramos en un laberinto de callejuelas. Cada arteria está atascada de juerguistas. Vamos a contracorriente luchando con una marca de miles de personas, todas engalanadas con sus mejores ropas. Qué felices son. Los odio a todos. Nos lanzamos hacia la masa como tropas antidisturbios contra un frente de rebeldes. ¿Dónde está nuestro campamento? Nos hemos perdido. Ni siquiera los golfillos que llevan viviendo en este laberinto toda su vida saben decírnoslo. Seguimos a galope. Cuesta arriba, es lo único que sé. El campamento está en terreno alto. Sé que estoy entrando en estado de estupor de combate. Cuando me limpio el sudor de la cara veo que tengo

sangre en la mano. Me he atravesado el labio con los dientes y ni siquiera me he dado cuenta.

Puestos de control cierran calle tras calle.

—¡No te pares! —vocea Bandera. No me imagino explicando el motivo de nuestra prisa a algún cabo de servicio en una barricada.

En mi mente conjuro al capitán de nuestro campamento, el amigo de Estéfano que juró proteger a Shinar y a Ghilla. Si con chillidos pudiera hacer que me oyera, gritaría de tal modo que la muralla de la ciudad se derrumbaría. Si tan sólo con la desesperación pudiera hacerle saber el peligro en el que están nuestras mujeres, el cráneo me estallaría por la intensidad de mi angustia. Fustigo a *Khione* cuesta arriba con furiosa violencia y entonces me doy cuenta de que me estoy azotando en la pierna derecha. Me la he dejado en carne viva.

Al fin conseguimos encontrar el campamento. Lo veo al frente. Desierto a excepción de un servicio de vigilancia mínimo. Todos se han ido a la ceremonia nupcial. A mi yegua le sale sangre *Steven Pressfield*

L a c a m p a ñ a a f g a n a

179

por los ollares; está a punto de derrumbarse debajo de mí. Detrás, Bandera ya ha soltado a su exhausta montura y viene a pie.

Dentro del campamento no hay nadie de guardia. Todos se han marchado. Sólo quedan mujeres. Mi yegua da un traspié y me bajo de un salto. Al librarla de mi peso, se recupera. La llevo de las riendas.

—Bandera...

—Estoy bien —resopla a mi lado; inhala como si tuviera un fuelle en el pecho. Oímos gritos un poco más adelante. Ya sé que ha ocurrido lo peor. Nos internamos en el campamento como los sentenciados a muerte. Identifico el redil de caballos y la calle de nuestra tienda. A la entrada se agrupan mujeres que lanzan gritos de aflicción mientras se arañan la cara; la sangre les resbala por las mejillas. Ahí está nuestro capitán. Grita algo, pero no le entiendo. Su expresión es de absoluta humillación. Sostiene las manos alzadas ante sí. Veo a dos cabos, nuestros guardias. Uno aferra una media pica manchada de sangre. El otro me mira fijamente con aire consternado.

Doy la vuelta en la esquina de la calle. Los cuerpos de Baz y de los dos primos yacen despatarrados en el polvo. Una multitud de mirones los rodea. El gentío repara en nuestra presencia y todos los ojos se desvían hacia la tienda.

Me aferro a la esperanza. Quizá los cabos han interceptado a los asesinos. Quizá les salieron al paso antes de que llegaran hasta Shinar y el bebé. Veo a Ghilla, que estrecha contra sí a su niño. Me lanzo al interior de la tienda, con Bandera pisándome los talones. Dentro está abarrotado de caballerizos y soldados.

El baúl del ejército que hacía las veces de cómoda está volcado. Un cuerpo de mujer yace tendido donde la alfombra se ha arrugado como en un forcejeo. La tierra está tinta de sangre.

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

180

56

Sólo tengo que mirar a Shinar para comprender que ya no respira. Ya no puedo hacer nada por ella. La sensación es igual que en combate. Me vuelvo de inmediato hacia el pequeño Elías. Un cabo, no conozco su nombre, sostiene al niño. Todos se apartan y se abre un camino desde donde estoy hasta el bebé; lo recorro. Las mantillas están empapadas como una esponja. El cabo ha echado sobre el rostro del niño parte del faldón. Es un bulto tan pequeño. Como los paquetes que te llegan en el correo. Tomo en brazos a mi hijito.

Los hombres me cuentan después que parecía estar ido. Todo lo contrario. Estoy vívida y prodigiosamente lúcido. Sé con absoluta certeza que vienen más enemigos. Así es como lucha el afgano. Te ataca una vez y cuando crees que estás a salvo cae de nuevo sobre ti. Me pongo a bramar órdenes. Tenemos que irnos, salir de allí. Los caballerizos me miran de hito en hito como si me hubiese vuelto loco.

Fuera, un muchacho sujeta a mi yegua. Está agotada; si la fuerzo a cargar con mi peso, caerá

reventada. Echo a andar con mi hijo sujeto en el dobléz del brazo izquierdo, debajo del cuadro de mi escudo de caballería. Oigo hablar al capitán a mi espalda.

—Que alguien lo siga y no se separe de él.

Bandera.

Mi compañero me alcanza. Tiene la cara bañada en sudor y el uniforme cubierto del polvo levantado durante la cabalgada desde el campamento afgano. La boda. Caigo en la cuenta de que yo también llevo el uniforme de gala. Parece ridículo.

—¿Dónde vamos? —grita Bandera.

Cree que estoy ido. Se quedará conmigo. Me protegerá. Pero cree que estoy en estado de estupor de combate.

Empiezo a subir la pendiente. El campamento se asienta en la base de la ensillada occidental del Bal Teghrib. Por encima serpentea un cauce seco de drenaje por la vertiente, y más allá, un asentamiento de chabolas. Las callejas se retuercen en un laberinto cuyo curso depende de cómo descienda por la ladera el desbordamiento de las aguas. Todas las calles tienen profundos surcos. Y

están desiertas. El barrio al completo se ha marchado a la boda de Alejandro y Roxana. Subo trabajosamente la cuesta. Bandera jadea a mi lado. Quiere saber adónde vamos.

—Lo sabré cuando lo vea —contesto.

Lo que pasa cuando te afecta el estupor de combate es que hasta la tarea más sencilla se vuelve increíblemente difícil. No razones. Los miembros te pesan como si fueran de plomo. Tienes que echar mano de todos tus recursos simplemente para permanecer en el presente. Las funciones auditivas cambian; te vuelves sordomudo. Tu compañero te puede estar gritando a dos pies de distancia pero no le oyes. A veces, en combate, parece que se apodera de un hombre el empeño de realizar una tarea sin sentido, incluso peligrosa, como evacuar a lugar seguro a un compañero que ya está muerto, en vez de seguir apoyando la misión que está en curso. Los compañeros o los jefes de escuadrón han de hacerse cargo de estos soldados. Bandera tendría que darme un puñetazo ahora, lo sé. Pero no tiene valor para hacerlo.

Sé que Shinar ha muerto, sé que al niño que llevo en brazos lo han asesinado brutalmente, pero no puedo dejar de buscar desesperadamente un lugar seguro para ellos. Una parte de mí cree —o desea creer— que si soy capaz de esforzarme con suficiente empeño, si soy capaz de buscar un

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

181

refugio con suficiente fervor, si ofrezco mi propia vida a cambio de la de esta criatura, los dioses me oirán y reanimarán a este pobre envoltorio que llevo en brazos.

Conduzco a Bandera calle arriba, hacia la ciudadela. Avanzamos entre una maraña de chamizos de adobe y cañas. Sobre el hombro izquierdo

cargo mi *pella* de caballería y, debajo, va refugiado mi hijo. El de la caballería macedonia no es un escudo completo sino una cuña más bien pequeña de roble y cuero de buey, reforzada por delante con bronce. Es manejable. Con una sacudida hacia atrás puedes dejarla colgada a través de la espalda o, con un movimiento al contrario, hacia delante, puedes colocarla sobre el hombro y la parte superior del brazo. En esta posición, te protege de arremetidas de lanzas y golpes de sable de adversarios diestros, y te deja libre el brazo izquierdo para sujetar las riendas.

Debajo de eso, defendido por eso, llevo a mi niño muerto.

¿Cuánto tiempo avanzamos trabajosamente por el barrio de chabolas? No lo sé. Pasamos calle tras calle acordonada por destacamentos de seguridad. Atravesamos toda la ensillada de la montaña; cada desvío obligado nos aleja más de la cumbre. ¿Por qué voy hacia arriba? No tengo ni idea. El instinto de buscar las alturas, quizá.

De repente todo queda envuelto en sombras. El sol se ha metido tras la fortaleza. Resuenan vítores clamorosos; se oyen tímboles y címbalos, campanillas y tambores celebrando la boda. Se han echado a volar las quinientas cometas; vislumbro el ascenso de sus formas en los huecos entre casas, por encima de las callejas. Bandera se apoya en mi hombro, agotado por esta lunática búsqueda a la que lo he conducido.

Nos derrumbamos contra un muro de adobes. Las rodillas dejan de sostenernos. Bandera se desploma frente a mí. El callejón es tan angosto que nuestras piernas extendidas se entrecruzan pesadamente unas sobre otras. Estamos demasiado cansados para desenredarlas. No he perdido la razón.

Entiendo lo que ha pasado.

Capto lo inevitable de este momento. Para mí es evidente, como lo ha sido todo el tiempo para Shinar, que los acontecimientos se han desarrollado como si estuviesen predeterminados, desde la invasión inicial de Afganistán por el ejército macedonio hasta este mismo instante. Los que hemos participado en ellos —desde Baz, Ash y Jenin hasta Bandera, Shinar y yo— no hemos tenido más libre albedrío a la hora de actuar que los planetas en su discurrir por el firmamento o los días en un mes.

Las cometas de boda surcan el cielo bañadas por la luz del sol; nosotros nos agazapamos en las sombras. Encuentro la mirada de Bandera. Detrás de él se alza una desastrada cerca de tablas que tapa un callejón secundario. Un cachorro y un chiquillo desnudo que no tendrá más de doce meses están

sentados juntos en el suelo polvoriento. Una joven madre sale por una puerta. Al vernos a Bandera y a mí se apresura a tomar al pequeño en sus brazos y desaparece en un abrir y cerrar de ojos. Oigo el batir de alas.

Palomas.

Palomas blancas.

Celebrando la unión de Alejandro y la princesa Roxana, la resplandeciente bandada pasa veloz a través de un rayo de sol.

La guerra ha terminado.

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

182

EPÍLOGO

OceanofPDF.com

DIOS DE LOS AFGANOS

57

Entre los ritos más dolorosos que cualquier soldado ha de llevar a cabo está el de hacer el inventario de los efectos personales de un compañero. Cuando esas pertenencias son de una mujer y de un niño a quienes ha llegado a querer más de lo que habría creído posible, entonces esa tarea resulta mucho más desgarradora.

Al final sólo conservo dos recuerdos de Shinar: las sandalias (las destrozadas *pashin* con las que cruzó el Hindu Kush) y la carta que me mandó desde Bactra, escrita por un escriba en el mercado, en un griego inferior al suyo.

Voy a Maracanda. El hijo de Ghilla ha nacido. Los soldados mataron a Daria por tu hermano. Te llevo la paga. Si encuentras otra mujer, ya me las arreglaré.

Tendré otras mujeres si vivo. Quizá el recuerdo de Shinar se desvanezca con el tiempo, pero lo dudo. Era más valiente, más fuerte y más sabia que yo. Mi insensatez fue la que desencadenó su muerte, que ella previó con tanta claridad mientras que yo, ciego y sordo a las señales, la arrastré hacia nuestra perdición.

En cuanto al hermano de Shinar, no puedo odiarlo. Ni siquiera puedo condenar el código que lo compelió a arrebatarse la vida. Éramos tres. El imperio tiene treinta millones. Señaladme a uno al que la inclemente reja de la guerra no le haya roturado el corazón. Cuando las divisiones parten hacia la India en primavera, quiere el azar que nuestra compañía desfile al lado del contingente afgano del que formaban parte el hermano y los primos de Shinar. Reconozco rostros del *jurga*. Ahora esos hombres serán parte de la guarnición militar que, bajo la bandera de Alejandro, controlará Afganistán en su nombre. ¿Qué monumento erigiremos por esta hazaña, el gran logro de que esos hombres sirvan al mismo señor de la guerra que antes, en el mismo lugar que antes, con el mismo propósito que antes, sólo que ahora se les paga con dinero macedonio?

He vendido a *Khione*, mi yegua. No me traía suerte.

He decidido no licenciarme; por el contrario, me he reenganchado. En infantería. He firmado para otros dos paquetes. La unidad me concedió una

promoción y ahora tengo el antiguo rango de Bandera.

Mi amigo y mentor sí se marchó a casa. Ahora soy yo el que instruye a los sorches que llegaron aquí en la última caravana de reemplazos. Son tan simplones como cachorrillos. Les meto caña. Tienes que hacerlo si quieres que sobrevivan.

Steven Pressfield

La campaña afgana

183

Estéfano y yo seguimos juntos. Hemos «doblado paquete» a la vez. Quiere conocer la India. Ahora es capitán; príncipes de la Antigua Macedonia no son tan ricos como él. Manda todo el dinero a casa y sólo se queda con lo suficiente para reemplazar armas y armadura.

—Es todo cuanto necesita un soldado —manifiesta.

Bandera y yo nos despedimos en la Llanura de los Lamentos. Rebusca en mi mochila, saca el casco de Tolo con colmillos de jabalí y me lo planta en la cabeza.

—Eso es. Así está mejor —dice.

Ghilla está junto a mí. Los he tomando a ella y a su hijo, el pequeño Lucas, bajo mi protección. Criaré al niño como si fuese mío.

—¿Para soldado? —pregunta Bandera.

Nos echamos a reír. El chiquillo terminará siendo uno, desde luego, diga lo que diga yo. Esa mañana a primera hora, mientras la caravana se preparaba en medio de la oscuridad, mi hermano ha pasado a lo largo de la columna a medio galope, de camino hacia su posición de marcha. Filipo también viaja a la India. Sigue tan severo como siempre; o más bien, lo simula. Desmonta. Inspecciona mi equipo.

—Me rompes el corazón, Matías. Está llorando.

—Encontrarte aquí hace realidad mis peores temores.

La columna se pone en movimiento como si le costara trabajo. Cuando el ejército de Macedonia se despliega hacia un nuevo teatro de operaciones lo hace con las divisiones dispuestas por orden de antigüedad. La mía, la taxiarquía de Ceno, es la número dos, detrás de las brigadas de élite de Alejandro.

Filipo vuelve a montar y me tiende la mano. Se la estrecho.

—Mantén agachada la cabeza en las cumbres —dice.

—Y tú no cabalgues más rápido que tu cobertura.

Tira de las riendas y clava espuelas. Con un brinco, su montura sale lanzada a galope línea adelante.

La planicie sobre la que se extiende el campamento es una gran confusión de cocinas de campaña desmontadas y tiendas de dieciséis hombres desarmadas. Todo eso no acompañará al ejército, sino que lo seguirá con los trenes de bagaje pesado. En el viaje, las tropas pegarán la pestaña bajo *bichees* de piel de cabra y comerán bodrio y pan rápido. El camino será el mismo por el que descendimos del paso de Khawak hace tres primaveras. Esta vez la columna cruzará por pasos más bajos y más fáciles. Nos quedaremos en el Valle de Kabul para el entrenamiento hasta que lo peor del verano haya pasado y después, con el otoño, bajaremos al Punjab. Mi madre escribe en una carta:

¿Te he perdido, hijo? ¿Volveré a tenerte entre mis brazos?

Querría consolar a esta entrañable dama para que entendiera por qué no puedo volver a casa.

¿Cómo explicárselo? ¿En que me convertiría allí si no en otro viejo triste, un veterano roto y completamente inútil para su familia, su país y para sí mismo?

Hubo un tiempo en el que quería ser soldado. Es en lo que me he convertido. Sólo que no es como me lo había imaginado.

El movimiento de avance de la columna llega por fin a nuestra posición. El trayecto del primer día nunca es largo. Si uno se ha olvidado de algo importante hay que tener la posibilidad de enviar a un hombre de vuelta.

Al pasar por los campamentos de las divisiones que irán detrás avisto una barba blanca conocida. Ash conduce una reata de dos docenas. La carga de las mulas está atada y equilibrada, aunque los animales siguen sentados para que el peso no los canse prematuramente. Ash me ha enseñado eso y también a pelar el lomo del animal para que en la capa de pelambre no se hagan nudos que se aplasten bajo la carga.

—Te dije, macito, que os echaríamos.

En efecto, lo dijo.

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

184

Me paro y estrecho la mano del viejo rufián.

—Lamento lo de tu chica, Matías.

Cito su proverbio:

Aunque ciego, Dios ve; aunque sordo, oye.

Me reúno con la columna.

—Te veré en la India.

—¡Así me muera de hambre antes!

La belleza de Afganistán radica en sus horizontes distantes y en su luz. El macizo del Hindu Kush, a cien millas de distancia, parece encontrarse tan cerca que uno podría tocarlo. Pero antes de que lleguemos allí, granizos del tamaño de proyectiles de honda repicarán contra nuestro bronce y nuestro hierro; las riadas se llevarán hombres y caballos a los que queremos; el sol nos cocerá como a los adobes de los diez mil pueblos de este país. Estamos tan contentos de largarnos de este lugar como él lo está de vernos marchar.

Una vez me burlé del dios de Ash, pero nos ha vencido. Muda, implacable, distante, la deidad afgana no renuncia a nada. Le suplicas en vano. Sin embargo sustenta a quienes se llaman sus criaturas, quienes estrujan esta tierra pedregosa y estéril para asegurarse la subsistencia. He llegado a temer a ese dios de los afganos. El que ha hecho de mí un guerrero, como lo son ellos.

Steven Pressfield

L a c a m p a ñ a a f g a n a

185

GLOSARIO DE ARGOT

OceanofPDF.com

aligerar
marchar, andar al paso
alpiste (alpis)
nas marrón
apurada
preñada
baz
cualquier hombre afgano
bhang
opio
bodrio
gachas de cebada
calentura
mujer
cebollón
veterano, oficial
cebollino
novato, recluta
chochete
mujer; sexo en general chorba chica
cuartos
oro, dinero, efectivo de cualquier tipo
dejar tieso
matar
desparramar los comestibles
destripar a un adversario
diploma, recibir el
licenciarse del ejército
echar las muelas
estar furioso, irritado
entrar en los libros
ser historia, morir
guripa
soldado raso
higo
genitales femeninos; mujeres en general

mace
macedonio
matarratas (y meados)
bebercio barato
merce
mercenario
milico
soldado
nas
naswar, opio afgano barato
palmar
morirse
paquete
período de dieciocho meses de alistamiento en el
ejército macedonio
paquete, doblar
reengancharse
parche
asignación añadida a la paga que se da a la
caballería y a la infantería montada para cubrir
los gastos de la montura
pasaje a casa
herida grave o mutilación por la que se obtiene
la licencia
pegar la pestaña
dormir
petizo
caballo de baja alzada, poni
pienso
gachas de mijo
pitanza
comida en general
priva
cualquier bebida alcohólica
priva, darle a la
beber
rancho de cigarra

nada de comida
rastra, ir a la
caminar arrastrando los pies
rayacera
escritor, cronista de guerra
Steven Pressfield
L a c a m p a ñ a a f g a n a
186
revolcón
tener sexo
romperse una tripa
quejarse por algo, tener un problema
runrún
rumor, noticias, chivatazo
salivajo
remache que se pone en el cinturón por un
enemigo abatido
sorche, sorchi
novato
tajada, pillar una
emborracharse
topo
zapadores
ventilar
matar
vet
veterano
yute
juto, planta estimulante
Steven Pressfield
L a c a m p a ñ a a f g a n a
187

AGRADECIMIENTOS

A Richard Silverman y Jody Hotchkiss por su perspicaz lectura del texto y sus muchas y útiles sugerencias. Al capitán David J. Danelo por la inestimable perspectiva que proporcionó como escritor, marine y veterano de la guerra de Irak. Y a los doctores Charles Salas y Thomas Crow del Getty Research Institute, en Los Ángeles, por incluirme en su compañía de académicos residentes.

OceanofPDF.com